

ALBERT
COHEN

Solal



Lectulandia

Cuando apareció *Solal*, la primera novela de Albert Cohen, el éxito fue inmediato y la crítica francesa le saludó como un escritor extraordinario, a pesar de la novedad y complejidad de su propuesta narrativa. «¿Ya habéis leído *Solal*? Ésta es la pregunta que hago en estos días a quienquiera que encuentre. *Solal* es un gran libro, una obra poderosa y rica», escribió Marcel Pagnol, quien reconoció en su protagonista a «una especie de Julien Sorel, pero muchísimo más loco».

En ella aparecían por primera vez sus inolvidables personajes: el joven Solal y sus atrabiliarios y desternillantes «Esforzados», Saltiel, Comeclavos, Salomon, Michaël, Mattathias. También sus grandes temas: la búsqueda del Absoluto a través del amor, los juegos de seducción con reglas refinadas hasta el delirio, el tormento de los celos, la muerte; la omnipresencia del judaísmo: Solal, en una fulgurante carrera, pasa de la efervescencia resignada del ghetto a las intrigas sociopolíticas del mundo occidental, para volver luego a los orígenes en una suerte de descenso a los infiernos.

El talento literario de Albert Cohen se verá confirmado por las críticas a las traducciones al inglés y al alemán de *Solal*, que se efectuaron de inmediato.

Así, en *Los Angeles Times* se le llamó «el Balzac del judaísmo», en el *New York Times* se afirmó que la novela combinaba «la fuerza generosa y la técnica de Joyce, la opulencia bárbara de Rabelais y las espléndidas inverosimilitudes de *Las mil y una noches*», mientras que en el londinense *Observer* se evocaba «el rudo vigor de Rabelais, la sensualidad de D. H. Lawrence», y en el *Times* se constataba que «*Solal* ha sido proclamado, por los críticos de Europa y América, un gran libro, una obra maestra».

También en Alemania se desbordó el entusiasmo. Sirva como ejemplo la siguiente crítica: «Con *Solal*, la novela contemporánea se despierta a una nueva vida, de una originalidad absoluta», en la que aparecen «escenas comparables a las más poderosas de Shakespeare, tan densas, tan crudas, tan auténticas, que dan cuerpo a verdades tan profundas que la vida real difícilmente puede igualarlas» (*Vossische Zeitung*). Muchos años después, *Bella del Señor* confirmó apoteósicamente todas las profecías sobre las capacidades literarias de Albert Cohen y lo instaló sin discusiones entre los grandes novelistas del siglo xx.

Lectulandia

Albert Cohen

Solal

ePub r1.0
sentinel 09.06.14

Título original: *Solal*

Albert Cohen, 1930

Traducción: Javier Albiñana

Diseño de cubierta: Julio Vivas. «*Nu aux buildings*» de Tamara de Lempicka, 1930

Editor digital: sentinel

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A su memoria

Primera parte

I

El tío Saltiel se había despertado temprano. De pie ante la ventana del palomar, que desde hacía ya años le servía de casa y que se erguía de través sobre el tejado de la fábrica abandonada, el vejete se cepillaba con esmero la levita color avellana y cantaba a voz en grito que el Eterno era su fuerza y su torre y su fuerza y su torre. Se interrumpía a ratos para aspirar las fragancias que arrojaba el viento de marzo sobre la isla de Cefalonia. Acto seguido reanudaba, fruncido el entrecejo, su importante quehacer. Silbaba de dicha pensando que cuatro horas más tarde daría el paseo habitual de los lunes con su dilecto sobrino.

Se roció con agua las mejillas, rasurándose sin más con afiladísima navaja. Se lavó con brío, se vistió con destreza. A continuación, puño en jarras, se miró complacido en el vidrio roto, se ahuecó el copete de finos cabellos blancos y se endosó el gorro de castor oblicuamente, al modo de un palomar.

El desayuno aguardaba sobre el tejado, ante la ventana. Tres platos. Una aceituna, una cebolla, un dado de queso. Tomó delicadamente la aceituna y se la comió con una corteza de pan duro. Silbó entre dientes el himno nacional francés y mojó con unas gotas de aceite el queso que saboreó protegiendo la levita con la mano izquierda y aprobando con los ojos cerrados la excelencia de su aroma. Se posó una mosca en el plato donde estaba la cebolla. El tío Saltiel arrojó el bulbo mancillado a la calle desierta, pronunció la bendición de los líquidos y bebió con satisfacción y afabilidad. Vertió el agua del cántaro en el hueco de la mano, se roció el rostro de volubles y finos rasgos, acarició lentamente la piel tensa con la palma de la mano, tornó a abrir los ojos, reconoció el mundo, aspiró con fuerza y expiró deliciosamente sin reparar en que su querida levita había sufrido múltiples salpicaduras.

—Estamos listos, caballeros —anunció el viejo solitario—. Aunque me produce cierto remordimiento el haberme lavado tan aprisa. Mañana me enjabonaré durante diez minutos, solemnemente lo juro. Bien, asunto zanjado, mi conciencia queda en paz. Vamos allá. Ah, se me ha olvidado una flor, para comenzar bien el día es menester una flor.

El hombrecillo dio media vuelta ágilmente, se asomó a la ventana, arrancó del tejado una rama de jazmín y, arqueadas las pantorrillas y abombado el pecho, se la prendió en una de las solapas de terciopelo. Se contempló en un trozo de espejo y pensó que tenía cincuenta y cinco años, que no había hecho nada aceptable en la vida, que sus múltiples e irisadas profesiones habían reventado unas tras otras, que sus magníficos inventos lo habían abocado a la ruina y que, en la actualidad, se veía reducido a ganarse la vida grabando, provisto de una lupa y de una finísima aguja, capítulos del Deuteronomio sobre castañas o huesos de pollo. Suspiró y se reconfortó admirando sus medias tornasoladas y sus pantalones cortos que había planchado la

víspera.

—Mis zapatos, veamos los zapatos una vez más.

Dicha perfecta. Los zapatos de hebilla crujían con garbo y demostrarían que estaban nuevos a todos los habitantes de Cefalonia.

—Guapo no lo soy por supuesto, pero cuanto más me miro más advierto que feo tampoco soy. Es menester ser imparcial. Cara simpática, viva, abierta, franca y no desprovista de inteligencia y aun acaso de malicia. Mi cuñado el rabino me sermonea porque me afeitó, sostiene que hay impudor en mostrar la faz desnuda. ¡Mi alma es tan pura como la suya, oh muy magnífico Gamaliel Solal, oh eminentísimo gran rabino de la Comunidad de las Siete Islas Jónicas con sede en Cefalonia! ¿Y si a mí me place asemejarme a los sajones en lo que atañe a la faz? Pero no quiero enfadarme. Ah, el regalo para el sobrino de mi alma, el regalito. Solal de los Solal. Tiene el mismo nombre y apellido. En fin, yo me entiendo. Es tradición, caballeros, en esta gran familia. (Rictus respetuoso a la izquierda para los Solal y despreciativo a la derecha para todas las demás familias). Cada dos generaciones, el primogénito del cabeza de familia se llama Solal de los Solal. Cosa que me place. Yo lo llamo Sol. Resulta más afectuoso. Los demás han tomado también la costumbre de llamarlo Sol, cosa que no me place en absoluto. En fin, tanto da. ¿Y quién es el auténtico papá de la criatura? Yo porque me quiere más que a su padre. ¡Ea, señores de la Riqueza, a vernos las caras! ¡Saltiel eterno vencedor!

Una vez confundidos sus adversarios ausentes, salió, regresó al cuarto a perfumarse el pañuelo con unas gotas de esencia de bergamota, bajó a toda velocidad y, consultando a cada instante su grueso reloj de hierro, se aburrió por las callejas vacías del barrio hebraico.

Saltiel Solal y su sobrino habían coronado la cuesta de los Jazmines y paseaban por el plateado bosque de olivos. Contemplaba el niño con simpatía al tío estrafalario con aquel chal de las Indias que le guarnecía los hombros.

—Sabes, palomito mío, diez grados sobre cero supone hoy el fin del mundo por la gelidez —dijo Saltiel con cara satisfecha.

Un anciano de ojos blancos pedía limosna declamando. Ante el maravillado espanto de su tío, Solal depositó en la mano del ciego todas sus monedillas de plata. Los cipreses montaban guardia en torno a la ciudadela de los antiguos podestás. El terso mar separaba a Solal de las maravillosas vidas extranjeras. La isla, divisada ahora, aparecía estúpida de puro hermosa.

—El Domo —presentó Saltiel con orgullo.

En la lejana colina, al otro lado del golfo, la curva mansión de los Solal dominaba el mar y custodiaba el ghetto de altas casas eccematosas separadas con cadenas de la aduana y del puerto por donde se paseaban griegos andrajosos, albaneses lentos y

sacerdotes lustrosos de mugre. Solal contemplaba con curiosidad la ciudad cristiana con sus casuchas piramidales, sus iglesillas encaramadas en escaleras, sus pequeños oratorios, sus retorcidas callejas y sus perspectivas de arcadas. A cien metros restallaba la bandera del consulado francés de donde salió la diosa que ansiaba Solal. Los dos niños que acompañaban a la joven gritaron y el niño arrojó una pelota a la cría que sonrió a Solal.

—La tira mal —dijo en voz alta el hijo del rabino.

—¡Calla, por el amor de Dios! —susurró Saltiel posando una tímida mano en los negros bucles de su sobrino que frunció las fastuosas cejas y se zafó con hastío—. Es el hermanito de la consulesa. Son gente poderosa. Y la niña es hija de un senador francés. Los dos niños abandonan Cefalonia, toman el barco de mañana. Ya ves que estoy informado. Por el amor de Dios, seriedad, hijo mío, y no olvides que mañana cumples trece años.

Miraba Solal a aquellos dos que venían de un país para él desconocido. Imaginó complacido que París era una inmensa sala de mármol en la que cantaban mujeres rubias como aquélla a la que saludó Saltiel con respeto.

—Es la consulesa de Francia —se pavoneó el tío—. La señora de Valdonne. No me conoce. Yo tampoco a ella.

Llamó a los niños la joven.

—¡Aude, Jacques!

Saltiel corrió para alcanzar a Solal que había apretado el paso. Pasaron unasocas con afectada importancia.

—¡Mira, cariño, mira qué bonitas son esasocas!

Pero la belleza de las palmípedas se reveló impotente para conjurar el mal y el niño echó de pronto a correr hacia la mujer de la que estaba enamorado desde que la viera en el reparto de premios del liceo francés y a quien llamaba la diosa Montpensier. Rebasó el vestido, se detuvo, contempló con terror la cabellera dorada y la ironía violeta. La señora de Valdonne miró al niño vestido de terciopelo, posó la mano en el collar cuyo hilo se quebró. Cayeron perlas. Solal se agachó; las recogió y alargó las dos cuentas con una sonrisa; pero de improviso mudó de parecer, cerró la mano, se guardó el botín y corrió hacia su atónito tío. Cogió una piedra y apuntó a la cría que había acudido por fin atendiendo a la llamada de la señora de Valdonne.

—¡Estás loco! ¿Qué ha ocurrido? ¿Has hablado a la consulesa? ¿Y por qué quieres matar a la niña Aude?

—Me apetecía jugar —contestó Solal con suave sonrisa.

En casa, fingió leer durante toda la tarde el «Tratado de las Bendiciones» ante la mirada supuestamente profunda y escrutadora de su tío. Le había cogido dos perlas sin que ella se atreviese a protestar. ¿Vendría a quejarse? Cómo lo había mirado. A lo

mejor también ella lo amaba. Una mujer desnuda. Se puso colorado.

Aguántandose la risa, se presentó el recadero del rabino y entregó al tío un largo rectángulo de cartón adornado con florecillas y dentado. Saltiel, para darse más importancia, creyóse obligado a ajustarse unas lentes de hierro cuyos vidrios raspados enturbiaban su penetrante vista. Leyó en voz alta:

Tarjeta de Visita del Licenciado Pinhas Solal
De los Solal oriundos de la Bendita Francia
Aunque Exiliados Ay desde hace Siglos
En Cefalonia Isla griega del Mar Jónico
Ciudadano francés con los Papeles en Regla
Apodado Palabra de Honor
Llamado Comeclavos Profesor
Emeritísimo de Derecho Hábil Abogado
Doctor en derecho y medicina no diplomado
Redacta Excelentes Contratos
Y Envenenadas Convenciones
¡Que para rato Te Escapas!
Llamado asimismo el Embarullador de
Procesos Quien logró un día
Encarcelar una Puerta de Madera Se Le Encuentra
Sentado en los Peldaños de los Distintos
Tribunales entre las Seis y las Once de la
Mañana el más brillante Jurisconsulto de
Cefalonia hombre Honesto Preferibles
Los pagos en especies Para los
Ignorantes Facilitase explicación de
La elegante expresión Especies quiere Decir
Dinero Pero se acepta Igualmente Comida
Se le encuentra en su Casa por la noche y
Acepta otros Asuntos hubiera Podido
Diplomarse de haberse Dignado hacerlo Pero
No se dignó No destruir La Tarjeta
Que ha costado Oro y Plata En Demasía.

Precedido de su tos cuyos ecos resonaban en las numerosas cavernas de sus briosos y tuberculosos pulmones, penetró el falso abogado Comeclavos, seguido de dos amigos, Salomon y Mattathias. Abiertos los pies descalzos, hizo crujir las formidables manos, todo huesos, pelos y venas, se abotonó la levita negra, alzó el sombrero de copa, ajustó una pluma de oca en el hueco de la oreja, esgrimió una sonrisa inútilmente sardónica y pidió hablar con urgencia con el gran rabino.

El largo y descarnado Comeclavos, también denominado Bey de los Embusteros y Padre de la Mugre, era un hombre hábil y menesterozo, dotado de hambre y sed célebres en todos los puertos mediterráneos. Las gentes de Cefalonia lo motejaban también de Capitán de los Vientos aludiendo a una particularidad fisiológica de la que Comeclavos se mostraba no poco ufano. Poseía una cultura jurídica real si bien los negociantes temían recurrir a sus conocimientos pues se complacía demasiado, por amor al arte, en complicar los procesos. Agobiábanle numerosas hijas a las que por

celos no dejaba nunca salir, así como una mujer a quien zurraba con toda confianza los viernes en orden a castigarla por las infracciones que hubiera podido cometer de tapadillo o que cometería en años venideros. («Amo la justicia», acostumbraba decir al término de aquella ceremonia semanal).

Poseía Comeclavos innumerables oficios. Se había granjeado brillante reputación de médico y había versificado las propiedades medicinales de la mayoría de las verduras y frutas. («La cebolla acrecienta el esperma, alivia el cólico. Para muelas temblorosas es buen específico»). De las verduras sobre las que no poseía especiales conocimientos, afirmaba invariablemente: «Alivia los vientos y provoca la orina». Era, por añadidura, oculista, zapatero, guía, mozo de cuerda, pastelero, administrador de fincas urbanas, profesor de provenzal y de baile, guitarrista, intérprete, experto, sillero, sastre, vidriero, cambista, testigo de accidentes, ropavejero, preceptor, especialista, pintor, veterinario, lagarero universal, médico de perros, improvisador, colocador de tremendas ventosas, cantor en la sinagoga, peritomista, perforador de pan ácimo, cartomántico, piloto, comerciante quebrado, intermediario a posteriori, prestidigitador, mendigo lleno de soberbia, dentista, organizador de serenatas y raptos amorosos, pífano, enterrador, recogedor de colillas, perceptor de falsas tasas militares a diáfanos y atónitos nonagenarios, detective privado, panfletario, profesor de Talmud, tonsurador, vendimiador, apuntado a distintos fondos de socorro, abejorrero, anunciador de óbitos, pescador con dinamita, acreedor de negociantes en quiebra, representante de joyas falsas auténticas y de matrimonios, falsificador de caballos, destructor de mitos y narrador retribuido de chascarrillos. Hombre excelente por lo demás y en extremo caritativo cuando podía.

Dos semanas atrás y durante veinticuatro horas, había sido banquero. Comanditado por Saltiel, había fundado el «Banco de Crédito Ambulante y de Oriente, S. A.». En unas horas había dilapidado el pequeño haber de Saltiel en gastos de notario, en complicados registros de tenebrosos e inútiles contratos de asociación. Un único luis de oro había permanecido en posesión de Saltiel. Ambos socios lo habían invertido en una caja de cristal, sede social de la Banca, que Comeclavos llevaba en bandolera. Pero a la misma mañana siguiente, el falso abogado se había irritado de la lenta progresión de los negocios: había solicitado la disolución de la sociedad anónima, reclamado cuentas ásperamente a su socio y exigido el reparto del activo.

Comeclavos era ingenioso. Así por ejemplo, acostumbraba predecir en secreto a todos los niños de Cefalonia que llegarían algún día a millonarios. Los instaba a que tuviesen presente su profecía y se acordasen de él al alcanzar la prosperidad. Poniendo todas sus esperanzas en el cálculo de probabilidades, se preparaba así rentas para el futuro y seguía con atención el desarrollo intelectual y comercial de sus jóvenes protectores futuros quienes, llegado el día, sabrían a buen seguro demostrarle

su agradecimiento. Aun a veces, donaba unos céntimos a un chiquillo particularmente dotado, a cambio de un reconocimiento de deuda de veinte mil dracmas, pagaderos en veinte años y en el caso de que el pequeño firmante del pagaré llegase a millonario. Solía asimismo negociar aquellos valores hipotéticos y, con tal objetivo, había fundado una especie de Bolsa de las Esperanzas. Si el joven deudor crecía en fuerza e inteligencia, Comeclavos, acosado sin cesar por sus acreedores, vendía el pagaré firmado por el favorito obteniendo beneficios fantásticos y por lo demás insuficientes. Y ya se ha hablado bastante de Comeclavos.

—¿Qué necesidad tienes de tarjeta de visita para entrar aquí? —le preguntó Saltiel.

—Es la nueva moda de los abogados de Marsella —contestó Comeclavos terminando de despacharse una libra de pan mojado con leche y untado con ajo—. Pero dejemos eso, tengo que hablar con el rabino y anunciarle un hecho capital. ¡Capital!

Se rizó los pelos que le salían de la oreja, se frotó el febril redondel de los pómulos y echó a andar hacia la habitación donde mantenía consulta el rabino con uno de sus colegas llegado de Bagdad.

—¡El auténtico fin del mundo venimos a anunciar! —exclamó el gordito Salomon aún sin resuello.

—Sí —se limitó a decir el sobrio y ahorrador Mattathias.

El jenízaro Michaël, bondadoso aterrorizador que había bebido un poco más que de ordinario, pellizcó el brazo regordete de Salomon al tiempo que canturreaba una melodía turca. Acto seguido, ufano de su voz ronca que se le antojaba lánguida, se aplastó el poblado y galante mostacho, apoyó el macizo puño en una de las pistolas damasquinadas que le cerraban las enaguillas y tensó los músculos del cuello, semejantes a fuertes cuerdas.

—Me pregunto, Comeclavos —dijo Saltiel en absoluto impresionado por las exaltaciones y exageraciones a las que estaba habituado—, me pregunto si es posible, cuando se tiene una deuda en moneda otomana, abonarla en napoleones de Francia acogiendo a la cotización de la firma del contrato si se remonta al siglo dieciocho y se concertó en país berberisco...

Pero se dio cuenta de que Comeclavos se había esfumado. Salomon continuaba anunciando un fin del mundo sin más precisiones.

—¿Pero, qué ocurre, lengua de conejo? Habla —dijo Saltiel acercando las manos a la estufa.

—¡Pero déjame de una vez, Michaël! —exclamó Salomon—. ¿Qué placer hallas atormentándome, a mí, un hijo de la tribu que no puede defenderse? Eres fuerte y alto y yo débil y bajo. ¿Conque qué placer hallas? No me gusta que me pellizquen y no me gusta porque me hace daño —agregó con tono resuelto y con su sensatez habitual

—. ¿Que hable, tío? Hablaré. Es lo siguiente. Comeclavos que es amigo del intérprete del consulado de Francia se ha enterado hace un rato de que la consulesa vendrá mañana a ver a nuestro rabino. ¡Y ya está! Hemos venido a toda velocidad.

Solal volvía con celeridad las páginas del Talmud. Venía por supuesto a quejarse del robo de las perlas. Mejor; así la vería. El tío Saltiel adoptó la actitud de generalísimo que requería tal noticia.

—Sigue, querido Salomon.

Pero Salomon no sabía nada más. Sonaron gritos en la cocina. Fortunée, la criada más anciana, a quien la edad había privado de razón, sabedora de la inminente llegada de la franca, se había asomado a la ventana y vociferaba desmelenándose: «¡Socorro, hombres de Judá, que nos asesinan!».

Por fin regresó Comeclavos. Saltiel se manoseó el aro de oro de la oreja derecha, introdujo dos dedos en el chaleco y aguardó. Pero el falso abogado no quiso soltar prenda y pretendió, para humillar una pizca a su amigo, que el rabino le había ordenado guardar silencio. Anunció a Solal que lo aguardaba su respetable señor padre.

Gamaliel Solal se comportó con su hijo como de ordinario, y le pidió, quizá de cara al colega de Bagdad, que leyese el trabajo de exégesis que le había mandado preparar. Rachel Solal, rellena criatura larvaria que se movía con dificultad y cuyos huidizos ojos relucían de miedo o de deseo, miraba alternativamente a su marido y a su hijo. Obedeció Solal y leyó con voz neutra. A ratos, bajo la franja de las inmensas y onduladas pestañas que semejaban maquilladas, iba y venía su mirada del padre a la madre, tratando de adivinar sus pensamientos y rechazando las odiosas imágenes del padre y la madre en el lecho nocturno.

—El trabajo es menos malo que de costumbre —dijo Gamaliel.

En realidad, el estudio talmúdico de su hijo le parecía admirable. Hizo unas preguntas de casuística a Solal, al tiempo que dirigía miradas de reprobación al enorme colega de Bagdad quien, por discreción, había cerrado sus enfurruñados párpados sobre las adiposidades pensantes, tomando nota de las respuestas y proclamando para sí la superioridad de su hijo sobre el de Gamaliel. Contestaba Solal con sensatez y agudeza sin dejar de pensar en el escándalo que provocaría la llegada de la señora de Valdonne. ¿O quizá venía sencillamente por amor hacia él y no a quejarse? ¡Más adelante, raptaría a aquella mujer, y se la llevaría a Italia! ¿Pero qué se hacía con una mujer desnuda? Tornó a ponerse colorado y se mordió el labio oscuro.

II

Saltiel madrugó más al día siguiente. Temía llegar tarde a la ceremonia de la mañana en la que se proclamaría la mayoría religiosa de su sobrino, cuyos trece años habían llegado por fin. Se sentía responsable de grandes deberes para con Solal de los Solal. Tenía que observar las distintas reacciones de la opinión pública, conocer al detalle los regalos que mandarían y describir en fin a sus amigos y enemigos el estado de felicidad en que se hallaba así como los suntuosos alimentos que se preparaban en la mansión del rabino. Imaginaba rostros lívidos de envidia con un placer que se le antojaba satánico y que no era sino el de un entrañable y cándido viejecillo.

La ceremonia tenía que comenzar a las nueve. A las seis de la mañana, se hallaba al pie de la cuesta de los Jazmines, caminillo que bordeaba el mar. Sonó una voz aguda en el frescor.

—¡Eh, compadre Saltiel! ¿Qué noticias hay?

Contempló al hombre ataviado con una túnica de tela verde ceñida en el talle por un cinturón de cuero. Le saludaba agitando el arpón de hierro que remataba su brazo amputado. Mattathias Solal, alias Mascarresina, alias capitán de los Avaros, dueño de la barcaza que transportaba la sosa para los jaboneros de la isla, arrojó el ancla y se acercó a Saltiel a quien estrechó la mano. Se le habían quedado oblicuos los ojos y abiertas las orejas de tanto mirar a derecha e izquierda y querer escucharlo todo.

—Déjame en paz, hermano, que tengo mil preocupaciones —dijo Saltiel que se hallaba en el colmo del arrobamiento.

Mattathias paseó de uno a otro carrillo la resina de lentisco y se acarició las hebras rojizas de la perilla. Su mirada era particularmente circunspecta.

—¡Que no te aqueje ningún mal, tío! ¿Cuáles son pues tales preocupaciones? Espero que no sean de orden financiero.

—Los trece años. ¿Sabrá atar las filacterias? Es hombre en Israel. ¡Ah, cuántas preocupaciones! —contestó Saltiel con un hastío fingido que pobló de bonitas arrugas la tersa piel de su rostro cándido.

—Enhorabuena —dijo Mattathias cuyos ojos azules no se dejaban engañar—. ¡Salud, fuerza y vida para Solal de los Solal!

—Deja, deja, Mattathias. Pese a tus prestamos al seis por ciento, eres un buen muchacho, siempre lo he dicho.

—¿Cómo que al seis por ciento? —replicó Mattathias ofendido pues jamás prestaba a menos del siete y cuarto—. No me crees mala reputación, por favor.

El gordito Salomon, vendedor de bebidas frescas, se hallaba a un centenar de metros. Esgrimiendo el redondo barrigón, llevaba una enorme jarra de arcilla sujeta con una tira de cuero y llamaba a invisibles clientes al tiempo que hacía entrechocar dos cubiletes de cobre. Aquel poeta, ataviado con una corta chaqueta amarilla y

pantalones bombachos rojos, gritaba para sí en plena ebriedad matinal:

—¡Agua de albaricoque y limonada de limoncillos! ¡Fresca mi limonada como el amor en primavera! ¡Fresca el agua de albaricoque como los ojos de la gacela y como los labios de la Sulamita!

Se le iluminó el afable semblante imberbe, la nariz respingona se estremeció cuando avistó a sus dos íntimos amigos. Echó a correr hacia ellos con todo el brío de sus piernas regordetas y de sus piececillos descalzos.

—¡Oh tío Saltiel!, ¿usted por aquí? —preguntó sin resuello y con tono de exquisita cortesía—. Se lo ruego, bébase un vaso de agua fresca con zumo de albaricoque. Y tú, Mattathias, bébete también un vaso gratis. ¡Y también yo beberé, si place a Dios! ¡Y qué estupendo es todo esto y qué felices somos!

Lavó los vasos con simulaciones destinadas a convencer de que empleaba mucha agua, los restregó con una hoja de naranja y los llenó hasta el borde de un líquido dorado, al tiempo que formulaba donosos votos de felicidad.

—Gracias, Salomon —dijo Saltiel—. Ten, toma este cigarrillo. Te lo fumas esta noche.

—Bueno, ¿y cómo van todos? —inquirió Salomon volviendo ingenuamente la menuda mano.

—Muy mal, amigo mío. Me duele la cabeza. Triste tiempo éste —dijo Saltiel contemplando el magnífico cielo terso como si fuese a estallar y limpio de toda nube—. Me ha fallado un negocio soberbio.

—¿Algún número de lotería que leyó usted en sueños? —preguntó con arrebató el inocente Salomon que respetaba los conocimientos cabalísticos de su amigo.

—¡Nada que ver con loterías! Me habían pedido que dirigiera una factoría de pesca de bacalao en Spitzberg —contestó Saltiel mirando fijamente al crédulo vendedor de agua.

Mattathias, sin dejar de escudriñar con la mirada las grietas del camino con la esperanza de encontrar alguna monedilla, se preguntaba de dónde sacaría el tío Saltiel sus mentiras y cuentos absurdos.

—Y no quise por no abandonar mi isla y a mis amigos. ¡Tan cierto como que Dios y yo estamos vivos!

—Pero no es más que un aplazamiento, se marchará usted mañana —dijo Salomon cuyos ojos brillaban de codicia ante la imagen de una situación tan poética y lejana.

—Oh, no importa. Hay más negocios. Por ejemplo en Ceylán. En Ceylán. En Ceylán, querido amigo, hay una barbaridad de perlas. Así es. Te zambulles. Vendes las perlas. Cien luises de oro. Te fumas un pitillo después de zambullirte. Y eres rico y dichoso.

El propio Mattathias, con todo su escepticismo, no pudo resistirse a tan agradable

visión y comprobó maquinalmente si llevaba bien cerrado el monedero.

—Así sea, oh compañero Saltiel —suspiró.

Salomon, de pura emoción, se rascaba frenéticamente el menudo cráneo pelado y la plantación de cabellos rebeldes e invertidos, junto a la frente.

—¡Te zambulles! —dijo fascinado—. Pescas perlas. ¡Cien luises de oro! ¡Mil cigarrillos! A mí sí que me gustaría pescar en Ceylán, tierra de la felicidad. —Y sin dejar de retorcerse el mechón frontal que había resistido a las tijeras de numerosos barberos, anotó las cifras en un pequeño carné que llevaba siempre consigo.

—Y a veces —agregó Saltiel—, el mar indio de Ceylán contiene ostras con diamantes y rubíes, caracoles marinos cuya concha es de zafiro y glóbulos de racamalardinisfaronfo que, como sabéis, es entre las preciosas la piedra más preciosa y prácticamente inencontrable.

—Lo sabíamos —repitió Salomon. (Un lapso)—. O mejor dicho, a decir verdad, sólo lo sabía un poco —agregó bajando la cabeza.

Y así brillaba el pobre Saltiel ante sus humildes amigos, consolándose de los desplantes que le infligía su arrogante cuñado.

—Cuéntanos, colega, uno de tus viajes, pero no mientas demasiado —le pidió Mattathias acariciándose la barbita.

Saltiel sacó una llavecilla y dio cuerda a su reloj.

—¡Dios santo, las siete ya, amigos míos! La ceremonia se celebrará a las nueve y esta tarde viene la consulesa. En fin, sentémonos, hijos de la Alianza, y platiquemos dos minutillos.

Declaró Salomon, como de costumbre, que por hoy había trabajado bastante; que estaba cansado; que no le apetecía morir joven y de agotamiento; que mañana seguiría trabajando; que además le quedaban veinte céntimos, lo que le daba para vivir tan a gusto durante dos días. Conque fue a dejar la jarra a casa de un vecino. Se reunió al punto con sus amigos que se habían sentado en los peldaños del convento de las Damas de la Misericordia y sacó un cucurucho de garbanzos tostados. Comenzaron los tres a hablar de jerarquías, prelaciones, generales, política, ministros. Como siempre que abordaban tal tema de predilección, discutieron prolijamente, se pelearon y acabaron insultándose.

—Oh hijo idiota de padre imbécil, así cojas la lepra, ¿has visto alguna vez algún ministro?

—Sí, señor mío, sí que he visto.

—¿Y sabes que cobran propinas de medio millón?

—Estoy en antecedentes. Y hasta de un millón. Ya ves que estoy al corriente. Ten, toma unas pasas.

—Alabado seas y ojalá vivas ciento tres años. Ten, coge almendras.

Eran felices y tan sólo echaban de menos la presencia de sus otros dos amigos,

Comeclavos y Michaël el Fuerte.

—¡Cómo nos queremos los cinco! —declaró Salomon frotándose las manos—. ¡Ni al pie del cadalso renunciaremos a nuestra amistad! ¡Solemnemente lo juro! La amistad que nos une es proverbial. Somos cinco como los dedos de la mano. Auténticos amigos que lloran la desgracia del uno y se cuelgan de la alegría del otro. Qué mejor cosa que cuando estamos los cinco juntos y nos damos el brazo y nos paseamos. ¡Ojalá me reúna con vosotros en el Paraíso, amigos míos! ¿No tengo razón? (—Tienes razón —corroboraron los otros). ¡Y Solal los cinco! ¡Qué gran familia formamos!

Un lejano parentesco unía, en efecto, a los cinco amigos. Descendían de los Solal de la rama menor quienes, tras siglos de vagabundeo por distintas provincias francesas, se habían instalado a finales del siglo XVIII en la isla griega de Cefalonia. De padres a hijos, los Solal de la rama menor habían seguido hablando entre ellos la lengua francesa. Su lenguaje en ocasiones arcaico arrancaba sonrisas a los turistas franceses que visitaban la isla. Pero aquella fidelidad al país amado y a la noble lengua resultaba entrañable. Durante las veladas de invierno, los cinco amigos leían juntos a Villon, a Rabelais, a Montaigne o a Corneille, para no «perder la costumbre de usar expresiones elegantes», que hacían asomar a los ojos de Saltiel o de Salomon lágrimas de efusión y añoranza. Los cinco amigos se sentían, ni que decir tiene, orgullosos de seguir siendo ciudadanos franceses —como, por lo demás, una parte de los judíos de Cefalonia—. Mattathias, Salomon y Saltiel, por distintas razones y no obstante su insistencia, habían sido dispensados del servicio militar, en tanto que Michaël y Comeclavos se ufanaban de haberlo realizado en el 141 de infantería en Marsella. El jenízaro había sido apuesto tambor mayor y Comeclavos áspero cabo.

Así como los chicos miraban por encima del hombro a los judíos de la isla que eran súbditos griegos, tenían en cambio un pelín de envidia a los Solal de la rama primogénita. Éstos, originarios de España, habían llegado a Cefalonia a comienzos del siglo XVI. La línea primogénita, a la cabeza de la cual se hallaba situado el rabino Gamaliel, tenía por autor al exilarca Judá y su jefe ostentaba, desde tiempos inmemoriales, el título de Príncipe de la Dispersión. Rica, dueña de palacios en Venecia, El Cairo y Nápoles, distinguida con hombres célebres y audaces, contaba la familia entre sus antepasados con grandes médicos, filósofos (uno de ellos fue célebre), astrónomos, cortesanos, poetas y caballeros hábiles en los torneos. En la biblioteca de Gamaliel había un retrato de Don Solal ben Gamaliel Solal, primer ministro del rey Alfonso de Castilla y amigo de la reina.

—Me han llegado voces de que desde hace algún tiempo nos llaman los Esforzados de Francia —dijo Salomon—. Celos, porque hablamos entre nosotros la grata lengua de nuestro lejano país que es como uva moscatel, y porque compartimos entre nosotros todos nuestros bienes, a excepción de Mattathias, y cuando uno de

nosotros está en quiebra reina la desesperación entre los otros cuatro que corren aquí y allá y se las ingenian para salvarlo. ¡A mí me encanta afanarme por mis amigos cuando me dan una orden!

—Un solo Salomoncito tenemos —murmuró Saltiel—. Que Dios nos lo conserve.

—Hombre, es que saben que somos amigos de siempre y que nos amamos más que entre hermanos —dijo el tío—. ¿Te acuerdas, Salomon, de la Escuela de Talmud? Tenías cinco años y yo veinte. Eras siempre el último.

—¡Y usted, tío, siempre el primero! —contestó Salomon alzando ufano la cabeza—. Y ahora le ruego que se sirva contar su historia.

Saltiel, consciente de que su cuñado le echaba en cara que se rebajara alternando con humilde compañía, miró que no apareciese ningún notable por el horizonte. Tranquilizado, metió mano en el cucurucho de Salomon y comenzó en estos términos:

—¡En primer lugar, oh hijos de Israel, oh fieles y dilectos míos, oh colegas de mi vida y destino, exaltaré el nombre del Eterno pues es uno y benigno! Y a continuación, menester es que os diga y que sepáis que hace frío en Spitzberg.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Salomon, al tiempo que cogía garbanzos—. Y yo que pensaba que al revés. ¿Y dónde para ese país de la gelidez y el escalofrío?

Cruzó las cortas piernas y aspiró con satisfacción la tibieza del aire. Saltiel contempló severamente al ignorantillo y contestó que Spitzberg se hallaba en un ángulo de Inglaterra.

—País de la libra esterlina —anunció Mattathias meneando la cabeza con gravedad y competencia.

—¿Quién puede luchar contra el Banco de las Inglaterras? —suspiró Salomon frotándose la oronda faz imberbe salpicada de pecas—. Pero prefiero Francia.

—Que viva y prospere —dijo Saltiel—, pues es el más precioso país del mundo. Pues Inglaterra, ya digo, como su nombre indica está llena de ángulos^[1].

—¿Y cuándo fuiste a ese Spitzberg? —preguntó Mattathias sospechándose algo.

—En una época de mi vida —replicó secamente Saltiel.

—¿Y qué se hace allá? —inquirió Salomon, totalmente satisfecho de la respuesta.

—Nada. Unos días hace frío, otros, calor. Comes bacalao al sol de medianoche. Y ya está.

Saltiel Solal había estado efectivamente en Spitzberg a consecuencia de un error. Cualquier otro se hubiese ufano de las aventuras que le habían ocurrido realmente en el lejano país y se hubiese limitado a referirlas con veracidad.

—Tenía, pues, que ir a Argentina, pero el hijo de Moab que estaba en la ventanilla de la oficina de los viajes, por puro odio a nuestra santa nación, me indicó una fragata que no era. Y, no yendo a esa Argentina...

—País del dinero^[2] —explicó Mattathias a Salomon.

—Exacto —dijo Salomon—. Y «tina» es por lo bonita.

—No yendo, me perdí el mayor negocio de mi vida. Jamás caí en semejante emboscada. En vez de hacerme millonario, vi focas; en las montañas, focas; en el mar, animales llamados leonfantes; y serpientes y cocodrilos en todos los caminos. Por otra parte, ese Spitzberg será probablemente un invento de las compañías de navegación que están dirigidas, como sabéis, por los jesuitas —concluyó Saltiel con cara de hastío.

—Verdad —dijo Mattathias.

No tenía ni idea pero la inesperada aparición de los jesuitas aquellos le complacía infinitamente. Salomon, estupefacto, abría la boca de par en par olvidando masticar los garbanzos. ¡Qué maravillas le contaría a su mujer al volver a casa! Suplicó a Saltiel que le escribiese en el cuadernillo aquellos nombres de países y animales que temía olvidar.

—Pues los jesuitas que tienen una policía tremenda —continuó diciendo el inventivo tío—, cuando ven que uno de nuestra raza marcha a hacer fortuna a Argentina, ¡dan órdenes rápidamente y te lo mandan a Spitzberg! Y precisamente sólo judíos había en aquel barco que iba a Spitzberg.

—Somos multitud —dijo gravemente Mattathias.

—¡Más numerosos que los saltamontes y que los granitos de arena del desierto! —agregó Salomon, irradiante de tímido orgullo.

Prosiguió Saltiel con sus delirios, embriagado por la ligera brisa y por la admiración de sus compadres.

—¡Aquellos judíos, traicionados todos como yo! Además, como os he dicho, no me creo que el Spitzberg ese sea un país auténtico del mundo. O si no, estará situado más bien hacia el centro. En Marruecos quizá. ¡Vete a investigar y a juzgar! Además, que hace frío en Spitzberg. Lo que prueba que no es un país de los de arriba. Compruébalo si puedes.

—Uno de nuestros antiguos dijo —comenzó a decir Mattathias.

—Más bien uno de nuestros sabios —sugirió Salomon que quería colocar una palabra sensata.

—Dijo: «Antes de que esté el hilo en la aguja, no puedes decir que estará cosida la túnica».

La intervención no guardaba la menor relación con el relato de Saltiel; pero al haber hablado éste de juicio, se le había antojado oportuno a Mattathias proferir, como es de recibo entre gentes de educación, una cita sentenciosa. A Saltiel no le gustaba que lo interrumpieran.

—¡Escuchad mi palabra si queréis que hable y si no queréis que hable decidlo pero si queréis que hable os calláis!

Reinó un largo silencio.

—En aquel triste asunto de Spitzberg, la malignidad de las naciones —prosiguió Saltiel con trágico mohín— se me reveló en su tenebrosidad. Y cuando le preguntaba al comandante, se reía como quien se burla. ¡Como podéis imaginar, cobraba doble propina!

—Seguro —dijo Salomon, a quien no se le alcanzaban aquellas complicaciones pero cuya alma era bondadosa y complaciente—. Y hasta puede que triple propina.

Saboreaban los tres soñadores la discusión y charlaban sin reparar en las horas que pasaban. Tanto daba a aquellos hijos de Oriente que su conversación fuese fantasiosa y vagabunda. Lo esencial era platicar en fraternal compañía y hablar de lejanos horizontes. El ahorrador Mattathias tuvo un hermoso gesto de generosidad. Sacó un pañuelo que contenía pepitas de calabaza, dio doce a Saltiel y cuatro a Salomon que dio las gracias con fervor. Masticaron sonriéndose de felicidad. Un precavido mosquito tanteaba, se equivocaba, vacilaba con una fina esquila en el calzón color avellana de Saltiel y acabó deteniéndose en la media. Alzó la mano Mattathias para aplastar el insecto.

—¡No, no mates al bicho, Mattathias! —exclamó con vehemencia el pequeño Salomon.

—Sí, déjalo vivir —dijo Saltiel pensando que la criatura sería sobrino de otro mosquito—. Los mosquitos también poseen alma pero es pequeñita y no inmortal. ¡Vamos, mosquito, ve hacia tu destino y diviértete mientras estés con vida!

Suspiró, cansado de sus mentiras.

—Ya no sé. Ya no sé dónde paraba aquel Spitzberg y, a fin de cuentas, me trae sin cuidado pues Dios está en todas partes. ¿Acaso hay calles en el mar? Agua aquí, agua allá. Han metido en Marruecos algún oso o algún esquimal, hijos de Cam ambos. ¿Y quién sufría por no estar en Argentina? ¡Ciento cincuenta víctimas judías de la opresión y de la intolerancia religiosa! ¡Pero brillará el día del Señor y serán barridos nuestros enemigos!

Salomon admiró a su amigo.

—Venga a almorzar conmigo, compadre —suplicó—. Jugaremos a las tablas reales.

—No, hijo mío. ¡Huele!

Saltiel alargó a Salomon su pañuelo perfumado.

—¡Deliciosa mirra! —exclamó Salomon respirando el pañuelo con muy infinito placer.

—Otra vez iré. Y no olvides que me gusta el bazo de buey en vinagre. ¡Oh desdicha! Son las once y me he perdido la ceremonia de la sinagoga. Tengo que ir al Domo. Hay reunión de notables y me esperan. ¡Adiós, hijos, el Cielo sea con vosotros!

—Creo que también yo estoy invitado —dijo tímidamente Salomon.

—No es verdad. Pero ven igualmente, hijo —dijo Saltiel sonriendo con afabilidad.

Mattathias marchó a vender recuerdos de Cefalonia a los ingleses que salían del hotel. Caminaba y sus ojos acechaban en los ojos de los turistas el deseo de sus mercancías. Transitaba cabizbajo pero con la mirada alzada oblicua indagadora rápida certera computadora voraz. Se detenía de cuando en cuando a recoger «un pulidísimo trozo de pan» abandonado por algún pródigo, algún desconsiderado, algún hombre de pecado. Se preparaba así excelentes gachas.

Saltiel y Salomon cruzaban entretanto el puerto, la aduana y la ciudad griega.

En los establecimientos vibrantes de moscas y almizcle donde los barberos tentaban a toques monótonos sus mandolinas o las epidermis, zumbaban noticieros y políticos. Se balanceaban bacalaos sobre las tiendas de ultramarinos y de los toneles despanzurrados escapaban los regueros yesosos del queso. Bajo los arcos, los coroneles de policía tomaban café y comían pastas rosadas que les engolosinaban las mejillas confiriéndoles una expresión distinta e imponente, se limpiaban luego las manos con pañuelos de seda, respiraban hondo, sonreían. Colgaban corderos despellejados arrimados a las paredes enlucidas. Circulaban golosinas azules y billetes de lotería. Se desgañitaban los vendedores de turrón rojo, rosarios y huevos duros. Discutían dos sacerdotes; el más joven con voz aguda, en tanto que el anciano, arremangándose con dos delicados dedos, asentía por cortesía al tiempo que aguardaba su momento de victoria dialéctica. Un mendigo inmóvil repetía en una calle solitaria su lamento implorando la piedad de los misericordiosos que no le dirigían una mirada.

Salomon pidió autorización a su amigo para pasar un instante por su casa a darse una pizca de cosmético en el pelo y coger la guitarra. Mientras lo aguardaba sin impaciencia, contemplaba Saltiel las moscas que caminaban por los párpados de un mendigo dormido y pensaba que también ellas estaban contentas, porque se frotaban las patas delanteras.

Por fin, apareció el hombrecillo y reemprendieron la marcha. Acompañándose con la guitarra de la que volaban pesadamente moscas metálicas que zigzagueaban de ebriedad y de calor, tarareaba Salomon una melodía de su invención.

Como llegaban tarde, tomaron un coche. Antes de azuzar al caballo que soltó un violento y herboso chorro de orina, el cochero cerró los ojos de placer, se inclinó hacia atrás, tomó las riendas y exhaló la orden: «¡Andando, hijo de la yegua!».

Un chiquillo acariciaba con gestos desvergonzados a una cortesana que lo insultaba y reía a los soldados griegos a quienes incitaba con el dedo medio. Un borracho cantaba una canción campesina y gritaba blasfemias y tornaba a cantar con voz loca de amor. Un alcahuete seguía a un inglés haciéndole ofertas con voz queda y

falsamente indiferente. Arrodillada, una vieja de mejillas arenosas sonreía, desdeñosa y suspensa, al cordero que se asaba en la brasa.

Saltiel y Salomon empujaron la verja bordada de lazos oxidados. Penetraron en el patio, rojizo de sol y enlosado con piedras redondas, donde los parásitos habían desplegado a la sombra sus alfombrillas y aguardaban las fuentes de comida, controvertiendo, fumándose sus pipas de agua, computando las cuentas de sus rosarios y suputando complejidades. Al fondo del patio, el Domo de los Solal hinchaba bajo el cielo azul su cúpula blanca. Sentado en el banco de guardia, Michaël espantaba con su sable de caballería a los enjambres de falsos invitados. Al divisar al tío Saltiel, se levantó, saludó a lo gran señor respetuoso. La mano partió del corazón, se elevó hasta la frente y rozó el escudo de mano doble de los Solal, esculpido en la pared.

Al tiempo que rogaba que aquella buena acción fuese incluida en el crédito de la cuenta celeste de su sobrino, Saltiel lanzó tres céntimos a un mendigo que invocaba y que, al no tener nada más que esperar, recobró su cara de odio. Salomon se detuvo en medio del patio, delante del pozo, y bebió en el pozal de cobre. Se quedó delante de las bóvedas del edificio separado donde se ubicaban las cocinas y las habitaciones de la servidumbre. Del horno escapaban efluvios de cordero y los vapores salados del queso. Salomon, con la boca abierta y un índice liberal metido en la nariz, contemplaba los frisos de pimientos y admiraba a las criadas que avivaban los hornillos.

—¡Desolación! —gimió Saltiel—. Se me ha olvidado. Bien-Nommée, pichoncita, dales lustre a mis borceguíes.

La criada se puso en cuclillas y restregó con violencia. El títo, bajo el sol que le caía ferozmente en la nuca, seguía con obnubilada y severa atención el trabajo de Bien-Nommée que se afanaba y esmeraba. Se sintió feliz al ver el glorioso brillo de sus zapatos y prometió a la fea criada que Michaël se casaría con ella. Se rascó ella la barriga y rió avergonzada.

—Ah, amigos míos —continuaba diciendo Salomon—, de tener una cocina semejante a esta mansión de belleza recibiría en la cocina a los invitados. ¡Y si me visitase el rey en la cocina lo recibiría! ¡Parrillas de veinte dimensiones, escudillas, rascadores!

Cerrados los ojos y en pleno delirio, salmodió la enumeración bajo el cielo cuyos ardores lo postraban. Por fin, suspiró que la riqueza era santa cosa.

—Qué quieres, hijo mío, el Señor se ha mostrado pródigo —dijo Saltiel.

—Sí, pero no conmigo —replicó el aguador.

Un violento estruendo les hizo aguzar el oído. El exaltado Salomon disfrutó imaginando imposibles acontecimientos y que tronaban los acorazados británicos.

—¡Que vienen los ingleses a salvarnos la vida y a defendernos de las matanzas!

—No te emociones —dijo el tío—, es Comeclavos que está tosiendo.

El quinto de los Esforzados de Francia se acercó, tosiendo y gesticulando. Se mesaba indignado las dos puntas de la barba ahorquillada. Tenía su voz ronca los rugidos rotundos de un torrente.

—¡Negarme la entrada a la ceremonia a mí que soy Casi Abogado, a mí, caballeros, que intervengo ante el tribunal rabínico y de contrabando ante el tribunal de los griegos!

—A lo mejor no te ha querido mi hermana porque complicas demasiado los pleitos —dijo Saltiel.

—Mira —pregonó ufano Salomon—. Mírame. Yo observo una buena conducta ejemplar.

—Cállate. Estoy por encima de tales mezquindades. Hablaba de eso por hacer lengua. Escucha, querido Saltiel, que tengo que hablarte en confianza. Dame algo, oh tío del honorificado, dame cualquier cosa. Aunque sea una perra. Para tomarme una taza de café. Si no, soy capaz de maldecir a tu sobrino. (Tremendo rictus de Comeclavos).

Saltiel le dio un escudo, besó la Salvaguardia clavada en el marco y empujó la puerta de la casa.

Treinta hombres y veintitrés mujeres se interpelaban en la antecámara cuyas ventanas batidas dejaban entrar el viento que torcía el chorro de agua en torno al cual respetuosos comerciantes discutían sobre el agio con agradables sonrisas, sacando bien la barriga en aquel día de importancia. Deambulaban cubiertos por el damero de mármol. Las mujeres contoneantes y enjovadas lucían agresivos colores florales. Los trajes de los hombres ostentaban los tonos apagados de los sorbetes de frutas que sorbían distraídamente. Las corrientes de aire sacudían las cabelleras de astracán de las sudadoras que guiñaban los ojos deslumbradas por los rayos oblicuos del sol.

Desde lo alto de la galería donde se abrían las habitaciones del primer piso, observaba Solal a sus tres primos, los hijos de Jacob Solal muerto en Jerusalén: Reuben que masticaba con unificadora avidez tres peladillas junto con el diente que acababa de romperse, Saül iluminado y Nadab rico en desprecio. Los asistentes evitaban a los tres adolescentes a quienes veían abocados a la locura como su padre.

Solal, a continuación, analizó a su madre. En el ancho rostro de arena, los ojos de Rachel brillaban como el carbón tallado. ¿Por qué le inspiraba repulsión aquella mujer que lo examinaba con odiosa clarividencia? Adrienne de Valdonne. ¿Por qué querría ver al rabino? ¿Qué había en común entre aquella diosa y aquel hombre perverso a quien llamaban El Rabino del Mediterráneo o la Luz del Exilio?

Saltiel escrutaba el rostro de su sobrino creyendo leer en él la emoción que

experimentaba sin duda el niño en aquel día de iniciación religiosa. «Se me parece. Y es guapo. Por mucho que haga y diga el rabino, el niño tiene mi nariz, mi boca, mis dientes. Los dientes de la rama primogénita no están mal. Pero comparados con la dentadura de la rama menor, clavos de especia pasados».

Se inquietaba Rachel de que no apareciese su marido. Rogó a su hermano que se acercase a la Academia de Talmud donde enseñaba Gamaliel a veinte rabinos llegados de distintas comunidades de Oriente. Vaciló el tío pues temía a su cuñado que despreciaba su agitación, sus ensueños y su pereza.

—¡Siempre los recados ingratos! ¡Los Solal primogénitos son magníficos leones que nunca tienen prisa, que miran a este lado y luego al otro!

Pero era de carácter servicial y se decidió a salir. Abrió la puerta. Las dos criadas jóvenes que se relevaban ante el ojo de la cerradura retrocedieron. A Saltiel le apeteció ejercer de jefe.

—¡A las cocinas las alcahuetas, intrigantes y traidoras!

Un cuarto de hora después, se oyó el rumor del coche que traía a Gamaliel Solal. Perline, a quien aterraba la llegada del amo, giró sobre sí misma y se bebió un vaso de agua para demostrar actividad.

Asomadas a las ventanas del callejón de Oro, caras demasiado vivas espían a través de la ropa tendida de una a otra casa y comentaban la generosidad del magnífico rabino que acababa de donar diez mil escudos a los fondos para viudas y huérfanos. Y su hermano el banquero había dado el doble. ¡Dios los bendiga! Manos ligeras señalaban la carroza de dos caballos y el turbante morado de Gamaliel que descendía, seguido de su hermano Joseph, el banquero llegado de Egipto para traer la ofrenda y el tributo anuales a su hermano primogénito. Un grupo de rapaces desnudos se inclinaban gravemente al paso del rabino. Uno demasiado pequeño y regordete se vino abajo. (Me gusta mucho). Seguía a ambos señores el geniecillo Saltiel que dirigía saludos tutelares a la población, caminando de puntillas para no quedar anulado por la elevada estatura de los Primogénitos.

Enmudecieron los invitados. La pesada túnica rabínica hacía un ruido de hojas secas. Algunos hombres, empleando el plural de dignidad, pidieron a Nuestros Rabinos Gamaliel que los bendijera. Alzó la mano que doró el sol. Solal amó femeninamente aquel porte, aquellas frondosas cejas que se juntaban y formaban una hirsuta barra encima de la nariz de noble cuño de donde descendía un torrente gris de inteligente Eterno. Estaba embobado por la seducción que emanaba aquella prestancia. Gamaliel sonrió con dulzura al hijo único.

Pese al apuro que le producía el hablar a su mujer, le dirigió unas frases corteses. Se acomodó en una suerte de trono, hizo una señal a Solal que se acercó. Bajando la vista, habló con voz cansada y como hastiada a su hijo, responsable a partir de aquel

día de sus actos.

—Sin esperanza de recompensa actúa con justicia a fin de que el pueblo sea ensalzado. (Pausa). Desprecia a la mujer y a lo que denominan belleza. Son dos colmillos de la serpiente. Anatema a quien se detenga a contemplar un árbol hermoso. (Pausa). La caridad es el placer de los pueblos femeninos; el caritativo saborea los humos de su bondad; en su fuero secreto, se proclama superior; la caridad es vanidad y el amor al prójimo viene de las partes impuras. El pobre posee derecho legal de propiedad sobre una parte de tus bienes. (Pausa). Más adelante, no te produzca rechazo nuestra deformidad. Somos el monstruo de humanidad; pues hemos declarado combate a la naturaleza.

Como contento de haber concluido, bendijo a su hijo, le alargó los filacterios, se levantó y salió. Los asistentes se sentían molestos. Se esperaban un hermoso discurso y aquellas frases desabridas les habían decepcionado. ¿Habrían turbado los estudios y vigiliat la mente del rabino? Pero los notables se tranquilizaron pensando que el Exilarca era rico y magnífico en prestancia; que los más venerables de entre los doctores lo juzgaban un maestro y, en fin, que su «Comentario de los Comentarios» era una obra de peso.

Resoplidos, resuellos, congratulaciones, abrazos. Michaël regaba el suelo de peladillas que Reuben recogía. Las mujeres de rosa y de verde bebieron, se atracaron y regocijaron, sujetando las blandas manos con distinción los pastelillos de miel y de aceite. Fueron, entre exclamaciones y risas, a importunar a Solal y a entregarle regalos. Veintitrés bocas cloquearon; los húmedos orificios se estiraban en sonrisas esclavas y dominadoras; las palabras eran bastas, pero por los ojos cruzaban finas chispas de ironía y de ciencia.

—¡Querida rabina —dijo una gorda abanicándose con violencia—, es hora ya de pensar en la novia!

—Sí, ¡ojalá pueda ser conducido pronto bajo el dosel nupcial!

—¡Que viva ciento cinco años!

—¡Y diez más!

—¡Mil napoleones de dote necesitaremos! —dijo Fortunée.

—¡Diez mil! —susurró Salomon.

—¡Cien mil! —rectificó Saltiel.

—¡Y bien contados! —exigió Comeclavos que apareció por allí de improviso.

Uno tras otro, fueron despidiéndose los notables. Pero la clase humilde hormigueaba aún ante la puerta. Los vendedores de buñuelos habían traído como homenaje pasteles humeantes, los de agua habían depositado palmas y cidras, y el jefe de los carniceros llevaba en los brazos un cordero ceñido con un collar de perlas azules. Los vendedores de queso, los de maíz asado, los vigilantes nocturnos, los empleados de la sinagoga entregaban a Michaël los cuernos de coral, las perras chicas

doradas, las flores de jazmín y de limonero. El jenízaro despidió a aquellas gentes de poca monta con gestos condescendientes y risas. La multitud protestó, afirmó que la madre de Michaël había concebido a aquel hijo de las tinieblas con el Maligno en una noche de invierno.

—¡Y le abría tu abuela las piernas a tu madre!

Debidamente proferidas las imprecaciones, marcharon en paz los visitantes en tanto que, con nueve clavos de desigual tamaño entre los labios y gran estrépito, Saltiel clavaba un par de cuernos encima de la puerta para conjurar el mal de ojo. Habida cuenta de que algunos invitados habían alabado la apostura de Saltiel, no estaba de más tomar precauciones. Contempló satisfecho su útil labor echándose para atrás; acto seguido, ordenó a los criados que depositaran en el suelo unos puñados de harina y pasas. El rabino, incomodado por el ruido, abrió la puerta.

—Es por los Innombrables y para su apaciguamiento —dijo Perline—. Nos lo ha ordenado su cuñado, señor —explicó Bien-Nommée abriendo una sonrisa sobre sus siete dientes.

El rabino cerró la puerta. Saltiel, avergonzado de ver descubiertas sus precauciones, expulsó a las cocinas a las descreídas, las supersticiosas y las adoradoras de Baal. Pero se guardó muy mucho de acercarse al pie a los montones mágicos, yendo a reunirse en el patio, encapotado ahora por un cielo de tormenta, con Michaël, Mattathias, Comeclavos y Salomon que degustaban una sandía y sus pepitas al tiempo que discutían los respectivos méritos del rey Saúl y del rey David. Para espantar a Salomon, Comeclavos, que en realidad era devotísimo, se declaró de repente «ateo materialista científico», añadiendo que Moisés era un gran embustero que no había existido nunca.

—¡E insulto a Dios! —concluyó con placer y cierta inquietud.

El pequeño Salomon se tapó los oídos e, indignado, propinó una patada al blasfemo. Sonó un trueno y Comeclavos masculló piadosamente que el Eterno de los Ejércitos era Uno.

Pasada la tormenta se sacó del bolsillo una condecoración roja que acababa de comprar y se otorgó el grado de oficial de la Legión de Honor. Sus amigos lo felicitaron. Los Esforzados sabían no complicarse la existencia inútilmente: cuando les apetecía una condecoración, la exhibían sin más durante uno o dos días. Así evitaban humillantes gestiones y experimentaban infinitamente más placer que los auténticos condecorados. Inspirémonos en su cordura.

Sentado entre sus amigos, el tío Saltiel silbaba desentonando. Habían transcurrido los instantes de alegría y tenía numerosos acreedores. Descubría que había fracasado en todas sus empresas y que no servía para nada. Suspiró, sonrió a una mariposa que revoloteaba gravemente. Tornó a ponerse hermoso el cielo. Los amigos permanecían silenciosos.

—¡Cuántas palabras! —dijo de repente Salomon.

—¿Qué quieres decir, ignorantuelo? —preguntó Comeclavos.

—Quiero decir que cuántas palabras en el mundo, cuántas frases, cuántos pensamientos. Me ha chocado de repente.

—Pero cuántos silencios también —dijo Saltiel.

—A fin de cuentas, ¿qué es la verdad? —preguntó soñadoramente Salomon.

—Es lo que está entre las palabras —dijo el títo—, y se siente con alegría.

Pidió albóndigas de carne con espinacas, se acomodó en un rincón umbrío del gran patio, comió y se durmió, con un pedazo de pan entre los dientes.

Al despertar, se fue en busca de una cuidadora de ocas, una cristiana cuya ciencia mágica era célebre. Dio con la vieja cuyas encías segaban hierbas sin cesar. Durante el camino, trató de convertirla.

—¿Pero por qué, respetable abuela, no crees en nuestro Dios que es auténticamente Dios? ¡Un Dios auténtico, sagrado, vamos! ¿Por qué crees en estatuas, en pedazos de madera, de hierro, como eso? —explicó empujando con el pie una cacerola desportillada que yacía en medio de la calleja, cuyo estruendo despertó a un mendigo pustuloso, quien, abriendo una boca cuajada de moscas, insultó a los ancestros y a la posteridad de Saltiel Solal—. ¡Explícamelo, abuela! Es una lástima, sabes. ¡Ah si supieras cuán grande es nuestro Dios! Y por añadidura es Uno, ¿entiendes? —concluyó empujando la puerta del Domo.

Solal acechaba ante la ventana la llegada de la señora de Valdonne. Se frotaba las dos perlas contra las mejillas y tenía miedo.

La vieja paseó la barbilla velluda por la mano del niño que se dejaba contemplar. La sacudió un fuerte estremecimiento, besó la mano de Solal y se alejó sin responder. Saltiel se fue hasta ella y la interrogó, temblando de impaciencia.

—Hombre, únicamente puedo decirte esto: el niño porta el signo.

—¿Qué signo, oh tía de infinita consideración? —preguntó Saltiel espantado.

—¡Tiene en las manos las mismas líneas, las mismas! —afirmó la vieja con exaltación.

—¿Pero las mismas que quién, que qué, oh setenta y siete veces maldita a quien he pagado un escudo por nada?

—No puedo contestarte, judío —dijo la vieja que desapareció.

III

La señora de Valdonne, saludada con entrañable respeto, fue conducida por Michaël junto al rabino. Saltiel, con tono de gran autoridad, ordenó al punto a Salomon que corriese y volase y contase que la consulesa, ¡que contase lo que quisiera pero que lo contase bien! A continuación, despachó a Comeclavos a alertar a los notables. Acto seguido, entró, supuestamente distraído, en la biblioteca del rabino, fingió abismarse en la lectura de un libraco y se acercó insidiosamente al grupo.

La mujer del cónsul, que fingía no reconocer a Solal, le preguntaba condescendentemente, al tiempo que contemplaba la inmensa sala cubierta de preciosas alfombras, las paredes encaladas, los topacios incrustados en las vigas. Solal balbuceaba porque lo estaba escuchando su padre, porque temía cometer faltas de sintaxis y porque desconocía aún el motivo auténtico de que se presentase allí aquella mujer. Habló sin ton ni son de Racine, impaciente por decirlo todo y por demostrar que había leído mucho. Sin interrumpir su lectura de teatro, Saltiel dijo con voz impersonal, hablando al foro:

—Trece años. Instruidísimo. Corneille, el príncipe de los autores trágicos, Moliere y todo.

La señora de Valdonne sonrió divertida. Solal proyectó asesinar a su tío aquella misma noche. ¡Deshonrado por culpa del asqueroso viejo! Sin percatarse de la suerte que le esperaba, el inocente Saltiel creía leer en el rostro de la señora de Valdonne sentimientos de admiración, feliz efecto de su oportuna apostilla. Se acercó, pegada la mano al oído haciendo corneta, y clavó la mirada, con mueca competente y amable, en la señora de Valdonne que explicaba el motivo de su visita en tanto que Solal, que se había colocado detrás de su padre, arrojaba al aire las dos perlas, las atrapaba y desafiaba a la diosa.

La mujer del cónsul, que presidía el comité del Instituto Pasteur, tras hablar de pasada del dinero que faltaba para terminar el anexo del hospital, invitó al rabino a la recepción que debía celebrarse a los dos días en el consulado de Francia, tras la inauguración del edificio principal. Se puso colorada, al pensar de repente que su gestión podía parecer extraña. Conforme hablaba, Saltiel, cuyo parecer a nadie se le ocurría consultar, se creía obligado a darlo a entender merced a una discreta mímica. Aceptaba ciertos puntos, se reservaba sobre otros; pero, conminado por una prolongada mirada del rabino, salió sin doblar la pantorrilla.

La señora de Valdonne concluyó diciendo que sería para ella un placer mandar otra invitación al joven hijo del rabino. Se tocó el collar y se le estremecieron levemente las aletas de la nariz.

Gamaliel contestó que alentaría gustoso a sus fieles a que aportasen su ayuda financiera al comité pero agregó, bajando la vista, que ni él ni su hijo podrían asistir a

la inauguración: los dolorosos acontecimientos que se producían en Francia exigían recogimiento y constantes oraciones. La señora de Valdonne, que era antisemita y creía ardientemente en la culpabilidad del capitán Blum, asintió cortésmente. Solal decidió que iría a la recepción. ¡Que no se hubiera hecho oficial el tal Blum!

Rachel Solal llegó con el café dorado y la pasta de almendras. A continuación, alargó la mano a la visitante con recelosa torpeza y sonrió, sin comprender las amabilidades de la señora de Valdonne que no tardó en despedirse.

El tío Saltiel, al acecho junto a la puerta, había preparado un discurso. Pero la señora de Valdonne tenía un aire tan señorial que sólo pudo balbucir:

—Usted siga bien, señora.

Llovía suavemente. Los notables, alertados por Comeclavos, discutían en el patio. Saltiel se reunió con ellos, se pegó el dedo índice a la nariz. Veinte manos interrogadoras trazaron un cuarto de círculo; algunas falanges suplementarias y artríticas crujieron. El grupo entró sin hacer ruido. Guiba Saltiel caminando hacia atrás y hablando con importancia.

—Creo, caballeros, que la cosa es grave, y así se lo he dado a entender a la consulesa. Podemos consentir en verdad.

Pero apareció Gamaliel. Así que Saltiel anunció que había terminado. Salió y se paseó por el patio en donde Solal corría y hada molinetes.

Dos días después, el ordenanza del consulado trajo tres tarjetas de invitación. Solal corrió a entregárselas a su padre, que las miró y las rompió. Había recibido un telegrama la víspera anunciando la condena del capitán Blum. Solal apretó los puños, se prometió ir a la recepción y siguió a su padre a la sinagoga donde debía celebrarse el servicio de contrición.

Como en el día del aniversario de la destrucción del templo de Jerusalén por el emperador Tito, el lugar de oración, tapizado de negro, aparecía iluminado por una sola mariposa. Los hombres, cubiertos de cenizas y descalzos, se lamentaban. El tío Saltiel pergeñaba planes de evasión para el capitán inocente. Sus amigos rogaban con toda el alma por el alsaciano y se balanceaban. El gordinfloncillo Salomon, para calentarse, llevaba las manos metidas en los bolsillos llenos de buñuelos ardiendo y cada vez que hacía una reverencia estaba a punto de caerse. Mattathias volvía las páginas del ritual con el arpón y masticaba. Solal, situado frente a los fieles, se había acomodado en el sillón reservado a los descendientes de Aarón. Meditaba sobre su vida futura. Cuando fuese mayor, arrojaría el dinero a la cabeza de los innobles y regalaría un coche de oro a su Adrienne.

Concluido el servicio, Saltiel sacó el periódico francés que proclamaba diariamente la inocencia del capitán Blum y al que acababan de suscribirse a escote los cinco amigos. Los Esforzados de Francia se sentaron sobre los escalones que

conducían al tabernáculo y escucharon, distraídos por una mosca o por un grito lejano, las palabras de esperanza que leía Saltiel con acento de tomillo y lavanda. Salomon lloraba de confianza y estrechaba la mano de Michaël. Mattathias se marchó desanimado, golpeando con el arpón en varios bancos.

Saltiel interrumpió la lectura, se pasó la mano por la mata de cabello blanco, y se quedó mirando a Solal abismado en su ensueño. Se levantó y fue a regalar a su sobrino una flauta de caña. El niño dio las gracias con desacostumbrada amabilidad y sopesó el cetro ofrendado.

—Consígame, por favor, una tarjeta de invitación para la fiesta del consulado. Es usted ingenioso.

—Cariño, ingenioso si tú quieres y tanto como quieras, pero ¡qué ocurrencia! Condenan a nuestro hermano el pobre capitán, van a llevárselo a la Isla del Diablo donde hará grados por debajo del mercurio ¿y a ti te apetece divertirse? Y luego, ¿quién soy yo para que me den tarjetas, a mí?

Arrugó Solal sus magníficos arcos. Así que le prohibían ir a la fiesta por culpa de ese Blum del Demonio, un traidor por supuesto, no había más que ver sus lentes. Pensó en el profesor de francés que le esperaba en casa. El Lefèvre aquel seguro que tenía una invitación. Se la robaría como fuera.

El señor Aloys Lefèvre escandía los versos de Racine con delicadeza y nervio. Solal examinaba al joven flaco con cuello postizo demasiado alto, desembarcado en aquella isla griega, que se creía irónico y se felicitaba de poseer una mente lúcida. Todo cuanto le atañía tenía para el señor Lefèvre un interés sumo; quería llegar alto y sus ojos al acecho buscaban sin cesar relaciones, causas y efectos.

Solal sintió lástima, se arrepintió y cerró los dientes con un chasquido que sobresaltó al hijo de excelente familia arruinada. Salió para pedirle a Michaël su pistola damasquinada que, según afirmó, quería ver el señor Lefèvre. Regresó con el arma oculta debajo de la bata. El profesor se retocó el nudo de la corbata y se preguntó en qué estaría pensando el joven correligionario del traidor para sonreír de modo tan extraño.

—Estoy pensando en la fiesta del consulado —dijo Solal—. ¿Tiene usted invitación?

De ser necesario, lo mataría. El señor Lefèvre se abrochó la levita, se cercioró de que la flor de lis estaba en su sitio y contestó que en efecto tenía una invitación y que acudiría al consulado dentro de media hora. Se abrió la puerta. El rabino, que permitía que su hijo se iniciase a las ciencias profanas no sin remordimientos, se quedó mirando. Solal empalmó y recitó la respuesta de Eliacin a la reina Atalía. El padre cerró la puerta.

—Deme su tarjeta.

Aquella sonrisa era desagradable. Humedeciéndose los labios con la aristocrática lengua, el profesor se negó en redondo y amenazó con marcharse si el señor Solal seguía haciendo el histrión. El niño enloquecía de impaciencia y codicia. Aquella tarjeta suponía las bellezas del mundo que se le negaba. Comenzaba la vida peligrosa. Iba a decidirse su destino. «Hay que ser fuerte y no sensato. Abominación a los borregos».

El señor Lefèvre corregía una narración. Solal cogió el tintero de bronce que estaba en una mesa detrás del profesor, vaciló. Tenía el pelo tan bien peinado. Pero si no la veía hoy mismo, moriría. En definitiva, mejor el tintero que la pistola.

Mirándose actuar, cuidando de no asestar un golpe demasiado violento, alzó por encima de la cabeza inclinada del profesor la mano cargada y, con un rictus de asco, dejó caer el bronce. El señor Lefèvre se llevó lánguidamente la mano a la corbata y resbaló a cámara lenta. Solal, primero inmóvil y presa de gran remordimiento, se decidió. Hurgó en la cartera, cogió la tarjeta de invitación y se dirigió hacia la puerta. Pero volvió, mojó en un vaso de agua su pañuelo y se lo puso en la nuca al caído. Un poco más tranquilo, salió.

En el pasillo, dos criadas que llevaban una especie de litera le hicieron señas de que se detuviera. El señor Maïmon Solal, el padre de Rachel y de Saltiel, reclamaba a su nieto. El niño que había tenido el valor de dejar sin sentido al señor Lefèvre no se atrevió a desobedecer al nonagenario que, por primera vez desde hacía meses, salía de su cuarto.

Tres años atrás, los médicos habían anunciado el fin inminente de Maïmon cuyas largas vigiliass consultando los libros de la cábala hacía ya tiempo que le habían debilitado la mente y consumido el cuerpo. Al tener conocimiento de que se avecinaba la hora de su muerte, el jefe de la rama menor de los Solal exigió que se le introdujese vivo en el ataúd que le estaba destinado. Los prudentes, declaró, debían demostrar así el respeto con el que recibían al emisario del Señor. Se ejecutaron sus órdenes. Pero no llegó la muerte y el anciano, con obcecación de loco, no quiso volver a salir de aquella caja donde se hallaba a gusto y en la que le trasladaban a veces a la sinagoga.

A través de la colgadura de la cama asomaron los hilos de una barba. Una mano diáfana apartó el velo y una cabeza de pájaro mostró unos ojos devorados por la curiosidad. Bajo la piel traslúcida, se hinchaba la vena de la frente con azules sobresaltos.

—He venido —dijo la voz de cabra— con el único fin de bendecir a mi nieta.

Las criadas le abrieron los ojos y le informaron de que era un nieto. Mientras el moribundo meditaba activamente, las mujeres intercambiaban miradas. Cualquiera sabía con aquel hombre que hablaba con cifras vivas. De repente el anciano, que no había dejado de lanzar taimadas miradas a Solal hipnotizado, se puso a chillar.

—¡Raza perversa que me engaña sobre el propio sexo de mis descendientes! Ven aquí, varoncito, ven aquí que te bendiga. ¡Que el caballo del Carro de Fuego te proteja y te bañe el agua del Ulai! ¡Sean tus enemigos candela y tu llama los consuma!

En la cocina, cayó al suelo una copa. Maïmon, que había perdido la noción de lugares y edades, se imaginó con su bisabuelo en Toulouse y pretendió que acababa de visitarle un magistrado.

—Decid al capitoul^[3] que me encuentre mejor. Hasta puede que tome esposa muy pronto. Hace buen día y el olor a jazmín me excita los sentidos. ¡Sí, mucho bien le quiero a ese niño que es varón y no hembra! Y cuando salga mi número en la lotería de Cremona, como entonces seré riquísimo, compraré para este niño un monstruito llamado Leviatán; o un coche con un caballito fuerte oculto en su interior.

Solal se sustrajo por fin de la atracción que ejercía sobre él aquel anciano enajenado, salió y corrió gozoso hacia la cuesta de los Jazmines.

En el jardín del consulado, en el que runruneaban grupos, Adrienne se había apartado y pensaba en su triste vida.

Tras la trágica muerte de Vivian Pourtalès, su novio, sobrevenida un año antes, el conde de Valdonne, un amigo de Vivian, había compartido su dolor tan afectuosamente que al cabo de unos meses ella había consentido en casarse con aquel excelente amigo. Contaba entonces veintidós años y el señor de Valdonne tenía veinte años más que ella. Un año después del matrimonio, se arruinaban con especulaciones en la bolsa. El general de Nons —rico, avaro y proclive a tremendos ataques de ira— se negó a recibir a su hija, cuyo matrimonio había desaprobado, y a ayudar a su yerno. El señor de Valdonne, que tenía amigos en el quai d’Orsay, se decidió a aceptar aquel puesto de cónsul en Cefalonia donde pasaba la mayor parte del tiempo realizando excavaciones arqueológicas. Carecía de ambición y estaba contento con su suerte. Pese a pertenecer a la rama protestante de los Valdonne, era realista. Sabía que no tenía que contar con un ascenso.

Adrienne suspiró, sonrió pensando en el hijo del rabino. Gracioso, aquel niño. Hacía un rato, había entrado con tanto fuego y altivez; pero luego se debía de haber sentido perdido en aquel mundo en el que no conocía a nadie; había errado unos minutos y, tras comerse solitariamente un helado, se había ido a sentar bajo un cenador.

Se levantó y se dirigió hacia el niño que terminaba de grabar unas cifras en la mesa. La oyó acercarse pero no alzó la cabeza. Temblaba de angustia. Había confiado tanto en que no lo descubriese.

—Qué tranquilo está usted aquí en su rincón. Me alegro de que lo haya dejado

venir su padre.

Su propio terror lo enfurecía. ¡Ah, era tímido! Pues le confesaría su crimen y ella lo echaría. Entonces la apuñalaría y sus ojos arrojarían llamas rebeldes sobre todos sus enemigos.

—No —dijo con voz ronca—, no me ha dejado y he asesinado a mi profesor que tenía una tarjeta.

Comoquiera que ella lo miraba con estupor, agregó que sólo le había dado un golpecito en la cabeza. Imaginó ella una fanfarronada, se tranquilizó y le preguntó por qué tenía tanto interés en venir.

—Yo qué sé. Además me aburro aquí.

Guiñó ella los ojos un poco miopes intentando leer las cifras grabadas. Él dijo que la primera fecha no era nada; que era la fecha de su nacimiento.

—¿Y la segunda? ¿Es la fecha de su muerte?

—No creo —sonrió él.

Se levantó, brillantes los ojos, seguro de pronto de que siempre saldría vencedor. Perdiendo la timidez, habló sin miedo, convencido de que ella lo admiraba. En realidad, lo encontraba guapo y una pizca ridículo. Le comunicó su deseo de marchar a Francia. Muy pronto se escaparía de Cefalonia y se iría allá, a las bibliotecas, a todos los teatros, y a todos los museos a ver todos los cuadros.

—Tengo reproducciones muy bonitas, se las enseñaré si usted quiere —dijo la señora de Valdonne.

Él fingió ahogar un bostezo. Le preguntó ella su edad. Contestó que dentro de tres años cumpliría dieciséis años.

—¿Y qué quiere decir la segunda fecha?

—No te... No se lo diré nunca.

—Ni siquiera sé su nombre.

—No tengo. Me llamo Solal. No me gusta que me haga preguntas. Le devuelvo las perlas que le robé.

Contestó ella que no entendía, que no había perdido ninguna perla. Él la miró. ¿A qué estaba jugando? Ya se vería. Se metió las perlas en el bolsillo.

Se acercó el señor de Valdonne, enjugándose la frente, luego las flácidas mejillas, luego el monóculo. El niño, paralizado ante el bicornio, fue presentado. Yo también tendré uno y con más plumas, pensó al percatarse de que la señora de Valdonne no lo miraba ya con la atención casi sumisa de antes.

Tras la verja, Satiel en éxtasis ante aquel sobrino de prodigio que charlaba con los poderosos de este mundo, rodeaba con el brazo el hombro de Salomon que se apoyaba en Comeclavos acodado en Mattathias. Solal se sentía acorralado. ¿Tenía que tender la mano a aquel hombre? Resultaba evidentemente ridículo como señor Solal. Hizo una profunda inclinación como los personajes de una novela francesa,

leída con avidez y desprecio.

—¡Si le reconozco a usted! —dijo el cónsul al niño que retrocedió con aire amenazador—. ¡Se cayó usted en las gradas durante el reparto de premios del catorce de julio!

—Pesaban demasiado los libros que me tocaron.

Se arrepintió de inmediato. ¡Imbécil, imbécil, bocazas! ¡Todo perdido! Ahora ella se reía del vanidoso escolarcillo. Había que salvar la situación. (¡Y Lefèvre allá sin sentido! Ruina y desolación. Toda una vida trágica). Sí, salvar la situación, ser el que pone término a la conversación. ¿Tenía que comenzar por el hombre o por la mujer? Ignoraba sus asquerosas historias de protocolo. Alargó la mano que el cónsul estrechó con leve retraso, saludó secamente (si la primera zalema había sido un error, aquel desdén compensaría), caminó con lentitud y majestad hasta la verja y, esquivando a los Esforzados, corrió como un loco hacia el Domo, hecho un mar de confusiones, mordiéndose los puños. ¡Bonito comienzo de victoria!

Al llegar a su cuarto, se encerró con doble vuelta de llave, se miró en el espejo, se arañó las mejillas, se arrojó en la cama, hundió la cabeza bajo la almohada, lloró de rabia y vergüenza. Minutos después, le llegó un rumor de discusión y recordó que había matado a Lefèvre. Seguramente venían a detenerlo. Alzó el seguro de la pistola y abrió la puerta, resuelto a vender cara su vida. Se asomó a la barandilla de la galería.

En la antecámara, Michaël muerto de risa contaba a las criadas, recomendándoles que guardasen el secreto, que se había encontrado al profesor furioso y tambaleante y que había calmado su indignación prometiendo una mala pasada durante una noche sin luna a los charlatanes. Cuanto hiciese el amito estaba bien hecho. ¡Puede que le hubiera ofendido aquella cara de cabra llena de granos!

—¡Fuerte cerrojo a la boca asesina! —exclamó Perline que, para calmar su emoción, apuró el fondo de un viejo medicamento descubierto en el sótano, cuyas propiedades desconocía pero que hubiese sido una lástima no aprovechar.

—¡Pero si tienes tripas de acero, hermosa mía! —dijo galante Michaël que abrigaba proyectos matrimoniales.

Solal regresó a su cuarto donde, una hora después, vino su madre a anunciarle que estaba lista la cena. Bajó, se sentó a la mesa. Padre e hijo fueron servidos por la madre y los criados. Silencio. Intercambio de miradas. Al cabo de unos minutos, el rabino, runruneando una oración, se levantó y salió.

Lanzando un suspiro de alivio, Solal fue a sentarse con autoridad al sofá, se acarició señorialmente la planta del pie derecho, ordenó a su hermana que se acomodara y a Michaël que hiciese pasar a los amigos que aguardaban en el patio.

Comeclavos trinchó los restos de cordero y de carnero que traía una criada de

lengua enajenada. A los postres, mientras se hurgaba en los dientes, relató imaginarias aventuras de Salomon y que cierto vendedorcillo de agua, un día en que formaba parte de la banda militar del presidente de la República, se sintió atraído por el abismo de su trombón, y cayó y se rompió el décimo hueso de la columna. Acto seguido, para purificarse el aliento, se terminó una fuente de pastas con ajo. Luego, eructó gravemente por deber de urbanidad y para demostrar que estaba ahíto; a continuación, afirmó con imparcialidad y melancolía que la cena no había estado nada mal. Finalmente, contempló el universo con despego.

Fingiendo querer comprobar si faltaba la vértebra, Michaël propinó un empellón a Salomon, atiborrado de ajos y berenjenas, que no tardó en dormirse durante un alegato de Comeclavos, que imaginaba tener que defenderlo de tres parricidios y salvarlo de la guillotina. Mattathias el ahorrador partía cerillas en dos.

Solal sacudió las crestas negras de sus cabellos, se levantó y salió. Era ya incapaz de soportar el pie descalzo de su tío y los ronquidos de Salomon yaciendo sobre su guitarra. Y por aquella raza se había pegado varias veces en el liceo francés con sus discípulos cristianos que le hacían la vida imposible y se burlaban de él porque era guapo y le envidiaban. ¿Por qué era judío? ¿Por qué tal desdicha? A los diez años era aún tan puro, tan fascinado, tan bueno; pero le habían invadido la amargura y la inquietud el día de la matanza de los judíos. Faldas levantadas de las mujeres asesinadas; masas encefálicas de niños en los arroyos; vientres agujereados. Sonrió con cansancio y cierta ciencia en la mirada. Y su madre siempre atemorizada desde entonces; su odiosa prudencia; aquel hábito innoble a la desdicha. ¿Sería él también más tarde un ser acosado? Su madre moriría loca de seguro. En el liceo, a veces, se dejaba pegar por hastío. ¿Para qué? Enemigos, siempre a mares. Ahora que cuando quería sacudirse aquella abulia, auténtico pavor le tenían. Los pelos que le arrancó al albanés grandullón, chorreando sangre lo dejó, él, Solal. ¡Y cómo los espantaba cuando hacía amago de coger la honda! A los diez años, ya, había conocido la maldad de los hombres, y el niño sabía que quedaría herido para toda la vida. Mientras que aquella Aude y aquel Jacques. «Ah, si supiera el mundo la bondad y la veneración que hay en mi alma. ¿Por qué quiere quitármela? Basta».

Se arrojó en la cama, dejó errar las manos por los muslos y soñó hasta el alba. Venía ella y su vestido le acariciaba. Lo despertó un estremecimiento; sentía un profundo asco. Había hecho el ridículo y no quería volver a verle. Salió, entró en una de las cocinas y cogió turrón con sésamo. Comió en la cama para consolarse. Se durmió, desesperado, con unos granos pringosos pegados a los labios. En la calle, el vigilante llamaba a los hombres a la oración del alba.

A las ocho de la mañana, entró Saltiel. Se dirigió con zancadas de primera clase hacia la cama de su sobrino, alargó en silencio dos sobres, uno de los cuales ostentaba el membrete del consulado de Francia, observó con mirada penetrante y entusiasmada

al niño de prodigio que recibía ya misivas oficiales. Solal no abrió las cartas, las arrojó al suelo, pidió a su tío que lo dejara solo y se volvió contra la pared. Seguro que era ella que le mandaba unas líneas de desprecio.

Llamaron. Perline, sin duda. ¿No le tenía dicho a aquella estúpida que no volviese a entrar por la mañana cuando él estaba acostado? Ésa estaba enamorada de él, y cuando sabía que estaba solo en la cama aprovechaba el menor pretexto para ir a verle. Le daría una lección a aquella idiota, guapa por lo demás. Se quitó el camisón y fue a abrir. Se quedó ella sin respiro ante aquella desnudez de ámbar, reaccionó y balbució:

—Cabellos de noche, carita de oro, el señor rabino quiere ver a Vuestra Gracia, mi tesoro.

—No soy tu tesoro. Lávame.

En el patio, confiaba Saltiel al jenízaro que Sol era un auténtico león, que había recibido una carta del consulado y no se había dado la menor prisa en abrirla. «¡Una carta con un sello auténtico no falsificado!». Vino Fortunée a rogarle que fuera a hacer la compra. Se fue canturreando: «¡A la compra vayamos, compremos compremos buen pescado!».

Pero olvidó de inmediato la misión que se le había encomendado y se fue a soñar ante el consulado. Contempló la bandera de la querida República y alzó su gorro de castor que cayó al mar violeta. Lo pescó Mattathias desde su barcaza. Saltiel le rogó que hiciese menos ruido «delante del palacio de Francia». Callejeó durante una hora, regresó al Domo sin haber comprado el pescado, regañó a las criadas que le reprochaban su negligencia y mendigó a su sobrino el contenido de la misiva consular.

Solal no le habló de la carta por la que Lefèvre abandonaba al joven bandido a sus costumbres asiáticas y le anunciaba que abandonaba la isla al día siguiente, llamado a funciones no menos distinguidas que los sentimientos con los que tenía el honor de ser y etcétera. No le dijo tampoco que había mandado a Michaël a que llevara al profesor, en señal de homenaje y contricción, veinte mangos, un inmenso ramo de rosas y confituras de limones y naranjas. Pero enseñó a su tío, deslumbrado de mundanidad y una pizca celoso, la hermosa tarjeta del señor de Valdonne. El cónsul de Francia lo invitaba a tomar el té aquella misma tarde. Saltiel palpó los relieves de la tarjeta grabada y se eclipsó como en el teatro, para ir a clamar la noticia. Mientras corría, meditaba sobre aquel té. ¿No acababan poniéndoseles los ojos oblicuos a quienes tomaban aquella bebida china?

Cuando regresó al Domo para asistir a la comida de los dos señores, oyó extasiado al rabino autorizar la visita que Rachel se atrevía a desaconsejar. Secretamente halagado por la invitación del cónsul, Gamaliel manifestó, con la

mirada baja, que el niño tenía que aprender a conocer el mundo. En el último momento, sintió remordimientos y recomendó a su hijo que rechazase los alimentos impuros que sin duda le ofrecerían. Solal prometió, besó la mano de su padre y salió.

Con paso voluntariamente indolente, pero latiéndole con fuerza el corazón, cruzó el patio donde un pueblo ingenuo admiraba al niño que iba a visitar al representante de Francia.

Michaël, de rojo ataviado, fustigó con viveza a los dos magníficos caballos que partieron al trote llevándose en el coche de gala al niño vestido de terciopelo negro. El brillante tiro era seguido de lejos por un miserable coche de punto desde el que acechaba Saltiel. Mattathias, Comeclavos y Salomon seguían al tío a distancias desiguales. El pequeño vendedor de agua iba el último de todos. Había alquilado un asno que no tiraba.

IV

Tres veces ha parpadeado el Eterno y han transcurrido tres años.

El caballo blanco sube por la cuesta de los Jazmines. El jinete de dieciséis años se acaricia la nariz que forma un brioso promontorio en la faz mate y alargada. Sabe ahora por qué le ha pedido su padre que vaya menos a verla. El cónsul fue a hablar hace unos días con el viejo y a expresarle su deseo de que el joven espaciase sus visitas. ¡Imbécil! De actuar, tenía que haber actuado tres años antes el Valdonne. «¡Espaciar!». ¿Qué daño han hecho? Al principio, por supuesto, hubo un amor de niño que pronto desapareció. La respeta. Es su protectora, su amiga. Ella dice que él es su hijo mayor, que se siente tan vieja a su lado. Vieja, no. Tiene veintiséis años y es tan guapa. Pero, por supuesto, no la ama. Se siente a gusto con ella y no desea nada más. «¡Espaciar!». Tendrá unas palabras con él. Menos mal que ha hablado Michaël. De ahí que lleve ocho días sin noticias de ella. Pobre, cómo sufrirá.

Si supiera el Valdonne lo bonitas que son sus relaciones. Sobre un punto concreto, incluso se muestra severa con él. Le prohíbe que mantenga relaciones con otras mujeres. Las desprecia a las mujeres. Se puso furiosa cuando le contó que le había echado una flor a la inglesa. ¿Celos? No, puesto que le tenía destinada una novia. Hasta le enseñó la foto de Aude de Maussane, la niña de la pelota. ¡Qué cara pondría el rabino! No le gusta nada esa Aude. ¡Anda y que te espacien a ti, cretino de Valdonne con tus ojos parpadeantes!

Todos han notado el afecto filial que siente por ella. Su padre, tan receloso, lo ha dejado ir, por supuesto sin entusiasmo. Ciertamente que hasta ahora todos pensaban que veía sobre todo al hombre. A decir verdad, se ha mostrado hipócrita con el Valdonne ese. El interés que mostró desde un principio por las excavaciones y los trozos de estatua. No, no tan hipócrita; cuando le apetece bostezar delante del cónsul, bosteza. No asciende ese cónsul. ¿Cómo es que no es ya embajador?

¡Tantos favores le debe a Adrienne! Gracias a sus lecciones pudo cursar la primera parte del bachillerato en el colegio francés de Atenas. Lo único que habían mantenido oculto era el beso en la mejilla cuando él llegaba y no estaba el marido. Y qué, ¿acaso está prohibido besar a su madre?

¡Tantos favores! Tan discretamente le ha enseñado los buenos modos, lo ha guiado en sus compras de libros. Elige las telas, el corte. Y las veinte hojas a la revista de París las mandó ella. Cuando leyó aquella descripción de una mujer desnuda, lo escrutó, entornando los ojos, como un profesor. Por supuesto, nunca había visto una mujer desnuda; se lo inventó. Y la gente esa de París que dice que tiene mucho talento. ¡A espaciarse ellos también! Aquello lo escribió para liberarse. Gotas involuntarias de su sangre fastuosa. Lo que más le gusta es cuando ella le arregla el pelo. Dice que tiene diez mil serpientes negras en la cabeza y pequeñas.

Lo llama Príncipe Sol o Solal Soleado o Jinete de la Mañana.

¡Cómo se rió de él cuando llegó, el año pasado, a caballo, con el precioso traje que se inventó él! ¡Y la ira del rabino cuando su madre mencionó el traje nuevo y el caballo! Miró atentamente la blusa de lino blanco, el cordón de oro trenzado que la ciñe y las botas blandas y no dijo nada. Hasta pagó el caballo comprado a plazos por mediación del tío. Lo cierto es que el rabino lo tiene que querer una barbaridad para dejarle cabalgar un animal. Aquí está el consulado. Muy pronto, la sonrisa de la amiga.

La doncella contestó que, para celebrar el cuarto aniversario de su matrimonio, los señores habían viajado a Italia y que pasarían unos días en Florencia. Solal se mordió el labio y los hermosos ojos bizquearon una pizca, como en sus momentos de ira o de apuro.

¡Se habían marchado los dos! De repente se dio cuenta de que eran marido y mujer, de que vivían solos por la noche y sin duda en la misma cama. ¿Entonces el Valdonne estampaba su boca blanda en la mejilla y en los labios de aquella mujer? La noticia era aterradora. ¡Y tres años sin reparar en nada! Estaba claro que era un simple de espíritu. ¡Traición! Que era su madre, le decía. Pero el Valdonne no era su padre. Luego era adúltera. ¡Adúltera!

Le había traicionado. Ni le había advertido que se iba. ¡Ahora, en la horrenda belleza de Florencia, besándose sin cesar y ella dejándose, tendiéndole la boca! ¡Pero qué asquerosa! ¿O sea que le mentía cuando le decía que era lo que más quería en el mundo? ¡Todo el mundo lo engañaba! Se imaginaba a la odiosa criatura paseándose, apoyada en el brazo del estúpido marido, recorriendo admirables museos. ¡Y por la noche, desnuda (porque estaba desnuda como las demás mujeres, con mil tetas), imitando el lenguaje y los gestos de Solal! ¡Y el otro burlándose y riéndose! ¡Y tres años sin enterarse de nada! Lo había estafado. Claro, con él se entregaba a pequeños placeres sin peligro, placeres impuros. ¡Qué vampira! ¡Y seguro que en Florencia se había presentado el dueño del hotel a quejarse del escándalo que organizaban con sus besos y de fijo que todos los viajeros se habían ido asqueados!

Vino un campesino a comunicarle que su caballo, sin duda mal atado a la verja, erraba por el bosque. ¿Qué necesidad tenía de caballo ahora que ya no estaba ella? Se lo regaló al hombre.

Llevó durante dos semanas una vida de aletargamiento, durmiendo de día y caminando de noche. El rabino, cuyos conocimientos médicos eran célebres en todas las comunidades judías de Grecia, lo mandó venir un día a la biblioteca, lo examinó en silencio, lo auscultó largo rato. No le dirigió el menor reproche, le propuso incluso un viaje con el tío Saltiel, pero el adolescente se negó y siguió llevando su atormentada existencia.

Una mañana, se presentó tímidamente Michaël anunciándole que el cónsul y su

mujer estaban de vuelta. Solal cerró violentamente la puerta de su cuarto. ¡Qué le importaban aquellos dos, que se besaran y lo dejaran en paz! Con todo, salió y al cabo de una hora se hallaba ante el jardín del consulado.

La odiosa criatura estaba en el jardín y cortaba rosas. Se abalanzó hacia ella y la mantuvo abrazada un instante. Temiendo que la vieran los criados, ella lo rechazó y subió los peldaños de la escalera. Con ademán habitual en ella, retorció nerviosamente el collar. Él, anegados los ojos en llanto, tendió las manos y pronunció por primera vez el nombre de la infiel. Ella lo apartó, un tanto molesta.

—Adrienne, no puedo más, no puedo vivir sin ti. No lo sabía, ahora lo veo, es espantoso. Me muero cada día desde que no te veo. Te he necesitado tanto. Te llamaba y tú no estabas. Quise matarme.

Adrienne se lo llevó a su cuarto, lo consoló, emocionada por sus lágrimas.

—Criatura, tienes que ser razonable. No debemos vernos más, se lo he prometido.

Trastornado, pidió un último paseo cerca de la ciudadela. Si no, se mataba en el acto. Consintió ella, pensando que había que calmarlo y romper poco a poco. Le daba lástima pero sobre todo temía un escándalo.

Subieron a un coche que pasaba. Él le tomó la mano, la miró con éxtasis. Corría un mendigo tendiéndoles un ramo de claveles. Solal compró las flores y olvidó ofrecerlas. Poco después, despidieron el coche y caminaron hasta el bosque de olivos.

Adrienne tropezó con una piedra y estuvo en un tris de caer. Él la sujetó, la atrajo con violencia contra él. (¡Dieciséis años, sí, pero era más alto que ella!). Permanecieron abrazados un minuto que dura aún ahora. Cayó una naranja. Solal la recogió, la mordió y miró a aquella mujer que estaba apoyada contra un árbol, con los ojos cerrados.

Anunció con voz breve que iría aquella misma noche a las doce y le ordenó que dejase la puerta abierta. Lo miró ella espantada y se escabulló. Quiso seguirla pero ella le suplicó que la dejase marchar sola. No insistió, se tumbó boca abajo, arrancó matas de hierba y rió de respiro.

Pasó una joven campesina coronada de cequíes, portando un gran jarro de cobre en la cadera violenta. Le sonrió él. Ella posó el bulto, sonrió y fue a tumbarse a su lado. En el calor, zumbaban las abejas.

No acudió a la cita. Sufrió toda la noche pero la imagen de Adrienne aguardando angustiada le dio fuerzas para quedarse. Se afilaba los dientes. Que esperara Adrienne y se fuera consumiendo en el sufrimiento. Iría cuando le viniera en gana y de ese modo la encontraría aún más a punto. La vida era la mar de hermosa.

Tres días después, recibió una carta. La señora de Valdonne le decía que la inquietaba su silencio; temía que estuviese enfermo y le pedía que tuviera a bien escribirle unas líneas o fuese a visitarla un día con sus primos que tenía tantas ganas

de conocer. ¡Sus primos! ¡Por qué no el tío Saltiel y la guitarra de Salomon! Iría solo. Era Solal. ¡Existía y ella se daba ahora cuenta de su existencia! Admirable. Estaba vivo y los muertos del cementerio eran tontos. ¡Abajo los muertos! ¡Oprobio a los muertos!

Gamaliel había notado los ensueños y miradas inquietas de su hijo. La maldita aquella era guapa y Solal era guapo. El otro, el marido, tenía una faz blanda de amorreo. Preguntó a su hijo que reconoció tranquilamente haber vuelto a ver a la señora de Valdonne. Le apretó el brazo.

—No volverás a casa de esa mujer. Lo prohíbo.

Solal salió del cuarto sin contestar. Fue a confiarse a Michaël que se aplastó el bigote con competencia, se regocijó de la aventura que le proponía el leoncillo y se pasó el día cantando melodías galantes.

A la noche siguiente, el jenízaro fue a entregar a Solal la llave de la casa y quedó con él delante de la verja, una hora más tarde. El adolescente cerró la puerta tras Michaël y aguardó en su cuarto. A medianoche, bajó. Rechinó la puerta. Pero de improviso una mano se posó en su hombro. Se volvió, reconoció a su padre, confesó humildemente que iba a explicarle el grave motivo por el que había querido salir. Gamaliel aflojó la mano. Solal propinó de inmediato un violento empujón a su padre, cerró la puerta tras él y cerró con doble vuelta desde el exterior.

Corrió a reunirse con Michaël, a quien acababa de ver junto a la reja. No quiso inquietarlo y no le contó lo que acababa de suceder. Aguardaba un caballo, que acababa de robar Michaël en la cuadra de la policía. El camino era largo y no era cosa, aseguró el jenízaro, de que el joven amo llegara consumido de cansancio a casa de la dama consulesa. (Aplastamiento de mostachos y mirada experimentada).

Tomó las riendas Michaël y Solal subió a la grupa. Titilaban las estrellas de primavera. El caballo, generosamente azotado, sacudía a los dos felices a lo largo de flores admirablemente empalagosas. Bajo la cuesta de los Jazmines, el viento acariciaba la arena lamida por el mar insistente. Los gatos imploraban con gravedad.

En el parque del consulado, brillaban gusanos de amor azul. Michaël ató el caballo junto a la verja, encendió un cigarrillo y siguió a Solal. Estaba cerrada la puerta de la casa pero en el primer piso se veía una ventana entornada. El jenízaro se subió en los hombros al adolescente que alcanzó la ventana, saltó el antepecho y entró.

Adrienne dormía, una pizca enarcadas las cejas, con una sonrisa irónica flotando en los labios que él besó. Lanzó un grito, lo reconoció, tornó a cerrar los ojos. Lo atrajo hacia sí y las olas se encresparon. Intercambiaron el gran beso rojo. Canto de carnes en lucha.

Arqueada la cintura, erectas todas las venas y crueles los dientes, el adolescente

desencadenaba los músculos y hacía la ofrenda a la extasiada que asentía gimiendo. Ritmo primero y ritmo padre. Caderas que alza el Eterno, caderas que baja el Eterno, embates profundos del Eterno. La vida piafante brotaba, jadeó en llanto triunfal. La mujer caía de cielo en gran cielo negro, con amplio batir de alas. Trágicas llamadas, avisos de gozo, advertencias del hombre a la mujer a quien penetra y que sonríe con desmayo a lo que está más lejos. Solal se sentía solo, ahuyentaba la imagen interpuesta de su madre y la muerte se estremecía en sus huesos y escapaba la vida en jubiloso tumulto. Se durmió un instante, despertó sobresaltado, rió de la arrobada que reconoció a su dueño.

Tapándose los pechos con las manos, se levantó y abrió la ventana. Volcado, derramaba el cesto de estrellas todos sus perfumes. El cielo curvaba su faz sobre la tierra inflamada que abría su seno. Sopro de jazmines y canto del mar. Inmortal fragancia de la inmóvil inmensidad moviente. Etcétera.

Adrienne fue a echar la llave a la puerta. Regresó, besó en la frente al adolescente que la había iniciado en la risa desesperada, en la acogida y en la vida por fin que se precipita y hace eterna a la vida. Él la miraba caminar. Aquel ondular enardeció su fuerza. Por la mañana, nada sabía y ahora era hombre. Alzó a su mujer, abatió de nuevo a aquella gran flor coralina y la cubrió. Se alzaban las resacas y lo sacudían. Gemía la dulce agonizante.

—Amado oh amado cómo irnos amado soy vieja tengo veintiséis años y tú, tú eres tan joven amado no puedo más qué guapo eres amado.

Ebrio de ser tan contemplado, decretó que se irían dentro de tres días o dentro de dos días; no, mañana. Lo había preparado todo y tenía dinero. Paladeando la palpitante paz y saciada de abundancia, lo aceptaba ella todo. Aquél era su dueño. Detestaba al otro y sus manías de impotente cerebral que hablaba clásico durante el día y necesitaba viles palabrejas de noche.

Cogió un cigarrillo de la arqueta y aguantó la primera prueba sin toser. Divisó, iluminado por un rayo de luna, un grabado de Miguel Ángel, detestó al tipo desnudo con el pelo ondeando al viento. De un brinco, asió el marco, lo abrió, hizo trizas a aquel crápula y arrojó los trozos al jardín donde Michaël se fumaba su vigésimo cigarrillo de contrabando. Dijo que él era el único hombre desnudo a quien podía mirar. Ella asintió, besó la mano y la ingle.

Pero los sobresaltó un rumor de pasos. Llamaron a la puerta. Ella pidió a Solal que se marchase. Pero él quería quedarse. No podía abandonar a su mujer. Arreciaron los golpes.

—Es él. Vístete. Ve, amado mío. Mañana nos marcharemos.

El silencio había sucedido a los golpes. Solal se ató el cordón dorado de la chaqueta y se asomó a la ventana. Dos formas luchaban abajo. Valiente Michaël. Antes de marchar, hincó la rodilla como uno de sus antepasados de España, besó la

mano de Adrienne, trepó a la ventana y saltó al jardín.

Apartó a Michaël. El señor de Valdonne se incorporó, con el rostro tumefacto. El jenízaro, que conocía los usos, dejó que el amante combatiera en su lugar. Era justo: el cachorro debía probar sus garras. De un soberbio directo a la barbilla, el adolescente anestesió al cónsul. Michaël se cercioró de que latía el corazón del vencido y arrojó su esclavina roja sobre el cuerpo caído.

El amante montó a horcajadas en el caballo y ahora fue el jenízaro quien subió a la grupa. El animal, azotado en el hocico, salió disparado. Mecidas por el viento cálido de la carrera, las crines de los jinetes restallaban echando chispas. A ratos se volvía el vencedor y ambos cómplices se miraban con los ojos brillantes. Cabalgaban gozosos, echada la cabeza hacia atrás, ¡y era la vida tan tremendamente emocionante, hermosa y joven!

Antes de regresar al Domo, fueron a bañarse al mar. Reían a mandíbula batiente los dos bergantes. Solal se llegó hasta el cabo donde gemían cipreses. A la luz de la luna y en las tranquilas aguas, jugaba magníficamente y cantaba un canto de alegría, un grito de juventud.

Tras vestirse, se abrazaron con entusiasmo. Pero se acordó de su padre y le recorrió un escalofrío. El rabino le esperaba y puede que le matase. ¡Tanto daba y viva el peligro! Se detuvieron a unos cincuenta metros del Domo. Michaël fue a devolver el caballo a la cuadra y Solal abrió la puerta.

El rabino Gamaliel estaba de pie en la antecámara, en el lugar en donde lo dejara su hijo. Se acercó lentamente, lo cogió del cabello, vaciló, buscó, alzó la vista, miró al techo y arrancó de un solo golpe la cadena de cobre que sostenía una lámpara estrellada. Azotó el joven cuerpo con la cadena. Solal se desvaneció y cayó sobre el mármol donde lo abandonó su padre para ir a rezar (o quizá a meditar sobre la belleza de Adrienne).

A las cinco de la mañana, Solal se deslizó fuera de la casa y corrió hacia la cuesta de los Jazmines, flanqueada de naranjos, cactus, limoneros, mirtos, cidros, lentiscos, granados, higueras. De una roca escarlata fluía un hilillo de diamante al mar que respiraba con justicia de toda eternidad. El sol sacaba su cabeza abrasadora fuera del mar que humeó, y tres nubes de oro blanco rodearon al sol que escalonó sobre el anfiteatro de Cefalonia cubos amarillos cuyos vidrios estallaron en gritos rosas y verdes. Solal alzó las manos y saludó su vida azarosa que comenzaba con el amanecer del señor de Oriente.

V

La segunda mañana de mayo lanzaba sobre la isla su hálito florido. El tío Saltiel soñaba que su sobrino estaba en Spitzberg y que, en compañía de la señora de Valdonne se dedicaba a matar focas con monóculo. Despertó, con la frente húmeda.

No era más que un sueño, a Dios gracias. Además, ¿no había mandado matar la misma víspera un gallo para soslayar todo infortunio de la cabeza de Sol y dibujado en la frente de su sobrino la cruz ritual con la sangre del gallo? Solal se había dejado a condición de que su tío le entregase cuatrocientos dracmas que le eran necesarios, según pretendía, para pagar libros llegados de Francia. Saltiel le había dado el dinero, única ganancia del año, que había cobrado a título de corretaje por una venta de aceite de oliva, concertada a resultas de un malentendido.

Se asomó a la ventana de su palomar y dio unas palmadas. Era la señal convenida con el cafetero turco. Tiró del cordel, subió un inmenso cesto de ropa en el que aparecía una minúscula taza. Comprobó el aroma del café, arrojó tres céntimos a su proveedor y pensó que sería bastante bonito amarrar un cañoncillo al borde del tejado; o del cesto. El cafetero comprendería más rápido al oír la detonación.

De codos en el borde de la ventana, Saltiel dio de comer a los pajarillos que cantaban sus alabanzas, se atiborraban con su propia retórica y lo conocían bien. Acto seguido, hojeó el libro de Lazare Bernard en el que se demostraba la inocencia del capitán Blum. Rogó a Dios que inundase con su óleo bendito la hermosa cabeza del querido Bernard. Pero estaba inquieto porque las letras que componían el nombre de un perseguidor del capitán formaban una cifra victoriosa. ¡Bah! Dios juzgaría al coronel Henry a tenor de sus méritos. A continuación, el tío Saltiel sacó de un escondrijo un Nuevo Testamento, miró que no lo espieran, leyó con interés, suspiró y derramó conmovido unas lágrimas de admiración.

De repente, vio calle abajo a los tres acólitos que, puesto el dedo en la nariz, le recomendaban, a gran distancia, que callase. Se quitó la pasta dentífrica —que se había aplicado en la mejilla para curarse la fluxión— al tiempo que se preguntaba qué le querrían sus amigos para presentarse a las nueve de la mañana. Abrió el armario, ocultó en él los Evangelios y contempló con orgullo su pequeño tesoro: retratos de su madre, de Napoleón y de Racine; libros de Descartes y Pascal; un colmillo de elefante; un plano de París; una bandera tricolor y un farolillo para celebrar el 14 de julio; un gorro de general; deberes de escuela de Solal.

Salomon se precipitó sin resuello en el cuarto y advirtió al compadre Saltiel que tenía que oír una noticia espantosísima. Entró Mattathias cabizbajo, hábito contraído de tanto buscar en las cunetas monedas perdidas por hipotéticos ingleses, y apartó a Salomon. Se sentó y proclamó la siguiente sentencia inadecuada, a saber, que la lombriz de tierra se asusta de una brizna de hierba pero que el cocodrilo se ríe de las

cañas. Comeclavos irrumpió el último; le bailaban los ojos, sus largos brazos colgaban de fatiga y sus pulmones silbaban con esfuerzo.

—Hazme sitio, Mattathias, a fin de que hable. —El dueño de la barcaza se levantó pues rendía homenaje a la elocuencia—. Y en primer lugar —dijo Comeclavos sentándose—, te desearé a pesar de todo, querido Saltiel, una buena semana, y te agradeceré este café pues tengo sed, y hambre también por lo demás.

Se bebió el café. Salomon sopesaba el colmillo de elefante. Saltiel se lo arrancó de las manos, cerró la puerta del armario, se ajustó el cinto de seda que le aguantaba los calzones e introdujo dos dedos en su tabaquera.

—Estoy con el alma en un hilo de impaciencia, querido Comeclavos. ¿Qué sucede?

Estornudó Salomon.

—¡Que vivas! —exclamó el anfitrión cortésmente.

—Pues bien —dijo Comeclavos auscultándose el pecho.

Estornudó Salomon.

—¡Que crezcas! —dijo Saltiel con lentitud—. Te escucho, querido Comeclavos.

Estornudó Salomon.

—¡Que revientes! —espetó Saltiel.

Salomon se limpió los ojos con la servilleta. Saltiel abrió el armario, dobló la servilleta, la colocó junto al cofrecillo que contenía la tierra de Palestina, cerró el armario, se metió la llave en el bolsillo y miró fijamente a Salomon.

—Pues bien —dijo Comeclavos—. ¡Conoces mi corazón y sabes lo mucho que te quiero, Saltiel Ezequiel Moisés Jacob Israel de los Solal! Palabra de honor que preferiría anunciarte la muerte de tu padre, la muerte de tu hermana, la muerte de tus sobrinas, siempre y cuando tengas.

—No estamos en el tribunal —dijo Saltiel que no se espantaba por tan poco—. Habla más claramente.

Pero Salomón se fue del pico y soploneó sin más.

—Se ha fugado el hijo del rabino —dijo.

—¡Oh destructor de exordio! —gritó Comeclavos—. ¿Es posible que tu santa madre haya perdido nueve meses para engendrar a este gusanejo intempestivo?

—Sí —dijo Mattathias liando un cigarrillo con su mano única—. Se ha fugado con una diabla.

—Y me han llegado noticias de que ella está enamorada como un morueco —se creyó obligado a inventar Comeclavos.

Saltiel estaba pálido. Le temblaba la rodilla por donde la hebilla de los calzones. Les preguntó si era cierta la noticia. No contestaron, no protestaron, no juraron. Por tanto, habían dicho la verdad.

—¿Con la consulesa?

—¡Así agujeree Dios su piel y haga caer sobre ella una quiebra! —dijo Mattathias.

—Dieciséis años —soñó Salomon—. A los treinta, aún era yo puro. ¡A los dieciséis años raptar a una mujer de cónsul y larga y guapa! ¡Qué leopardo!

—Cállate —ordenó Saltiel—. El niño es lucero y diamante. ¿Cuándo se marcharon?

—Esta mañana, a las siete, en el barco italiano. Dicen que la ha echado el marido. El cómplice Michaël ha huido a las montañas.

Saltiel se levantó palidísimo, se esforzó en mantener el cuerpecillo erguido, se alisó el gorro y rogó a sus amigos que advirtieran a su hermana que iría a verla. Bajaron los tres, seguidos por los mozos de cuerda de las fábricas y por los lenceros que habían cerrado sus tiendas para ir a contar a sus mujeres el inusitado evento.

En la habitación con los postigos cerrados en donde crepitaban las lamparillas olvidadas, Gamaliel arrodillado sobre un cojín de terciopelo. Junto a él, el huevo duro con que se alimentan los enlutados.

Cuántas veces había pensado mientras contemplaba las estrellas que su hijo era el Esperado. ¡La primera ramera que le salía al paso y el impúdico se había ido tras ella! Sus dedos tantearon, buscaron el huevo duro, lo aplastaron y se llevó una mitad a la boca. Le colgaba la mano sobre la rodilla. ¡Aquel niño en cuya desnudez jamás se había atrevido a pensar, cuyas largas pestañas se moría de ganas de besar, un perro! Se abrió la puerta y Rachel suplicó.

—Deje que vayan a buscarlo. ¡Por el honor del nombre, deje que vayan! Lo abandonará, ¿y qué hará él entonces?

—Vete. Di a mis tres sobrinos que vengan. Serán mi consuelo.

—Que no ve usted las cosas como son. Está trastornado y Dios lo ha hecho tan hermoso para su desdicha.

El rabino sentía un violento deseo de besar las mejillas y el cuello puro de su hijo y le venían a la mente al mismo tiempo los cabellos y los andares rápidos de la señora de Valdonne. Alzó la cabeza y divisó en el espejo su cara envejecida, impropia para los deleites de la sangre y de la tierra. Respiró el olor de los naranjos que penetraba por la ventana, abrió sus labios más rojos y escupió.

—Ya no tengo hijo. ¡Vete!

Se fue ella a su cuarto, cogió el cálamo y escribió:

«Alabado y querido hermano Saltiel. Ha prohibido que vengas y no quiere volver a oír hablar del niño. Toma el barco de las seis y vete a Brindisi. Estarán allí. No escatimes el dinero y por el amor del Señor, actúa. Encuentra al niño y confíalo a

honorables educadores, por tu vida, ¡honorables! Tu hermana y sierva Rachel de los Solal. Di a los educadores que el niño es de buena extracción y que se les enviará el dinero regularmente. Manda tus cartas a nombre de nuestro padre. ¡Por el amor del Señor, Saltiel!».

Entregó a Mattathias la carta, unos florines y su diadema de napoleones.

VI

Saltiel se paseó impetuosamente toda la noche por el puente del barco. A la luz de la luna, leía alternativamente una novela policíaca y un libro de aventuras del Far West. Esperaba hallar en tan apropiadas lecturas sugerencias para las circunstancias y se proponía seguirle la pista a su sobrino o encontrar en Brindisi algún cabello rubio de la señora de Valdonne. A ratos interrumpía la lectura para preguntar a los marineros si el carbón era de buena calidad y llegaría el barco a su hora o para cerciorarse de que su pasaporte y el de su abuelo estaban en su bolsillo. ¿Por qué el pasaporte de su abuelo que llevaba muerto cuarenta años? Prudencia. Nunca se sabe. Siempre es útil conservar un pasaporte. ¿Y no está dicho además que resucitarán los muertos?

A las ocho de la mañana, atracó el barco en el muelle de Brindisi. Saltiel zarandeo a los pasajeros, quiso ser el primero en salir, se equivocó de escalera, se metió en la rampa por donde desembarcaban el ganado, se dio de trompicones con las vacas, se abrió paso con angustia entre los cuernos, rabos y morros tibios. Se perdió por las calas, pensando con terror que el barco iba a zarpar de regreso hacia Cefalonia. Dio diez francos a un pañolero para que lo acompañase cogido de la mano hasta el muelle: ¡a grandes males, trágicos remedios!

Preguntó a un carabinero si había visto a un joven muy guapo. El soldado lo mandó a la administración. Al llegar ante las oficinas de seguridad, el ancianete reflexionó y dio media vuelta: resultaba más prudente no mezclar a policías en el asunto. Un cochero se brindó a transportar «al señor conde». Saltiel no se tomó ni tiempo para paladear la apelación y pidió que lo llevase a la sinagoga. El calesero entendió mal y lo llevó al manicomio. Los jadeos del pobre hombre hicieron concebir sospechas a los internos y a poco no lo dejan salir.

A las tres de la tarde, se sentó ante el ayuntamiento, desató los complejos nudos de su maleta. Estaba desanimado y convencido de que le habían traído mala suerte las vacas. ¿Cómo iba a encontrar a Sol en una bota de mil quilómetros? Comió lentamente los buñuelos al ajo y se serenó.

—Veamos la situación y veámosla bien.

Pero no veía nada. Pasaron dos enfermeras y con ellas la juventud y la alegría. Lió un cigarrillo, lo encendió. Eran guapas, pero la maldita era aún más guapa. Le echaría a perder a su sobrino. Dejó el gorro a un lado y aspiró una bocanada.

—¿Dónde he de buscarlos, dónde? Que me lo digan y me precipito. Pero si no me lo dicen, ¿cómo voy a precipitarme? ¿En Nápoles o en Brindisi, en Trieste, en Como o en los Estados papales? ¿Soy un policía, o un coronel? ¿Y entonces por qué me mandan de búsqueda y qué mal he hecho para merecer este castigo?

Se esforzaba en recordar las estratagemas de la novela policíaca. ¿Quizá haría

mejor poniéndose una barba pelirroja? Lo empujaron los empleados del ayuntamiento. Un señor tripudo echó cinco céntimos en el gorro. Saltiel rió amargamente. Todo aquello era de muy buen augurio. Dio los cinco céntimos a un chiquillo que lo miraba rascándose la cabeza.

—¿No habrás visto a una señora y a un chico?

—Sí.

—Bendito seas y acércate. ¿Dónde?

—En el hotel.

—¿Y cómo se llama ese hotel?

—Allá, enfrente de los barcos.

—¿Y cómo era el niño?

—Un rico. Con zapatos.

—Por ser rico, lo es. ¿De qué color era su pelo negro? —preguntó el detective.

—Rubio.

—¡Lárgate con la ramera de tu madre y con tu hermana de dudosa reputación!

Pero de todas formas tenía razón el niño. Era menester indagar en los hoteles. Se levantó. Bueno, ¿otra vez vacas? ¿Pero qué país era éste?

En el hotel, preguntó por el director. El conserje miró la maleta agujereada y mandó a Saltiel al subconserje quien le dijo que una señora y un joven habían pasado efectivamente la noche en el hotel. La señora era rubia y el joven moreno. Habían tomado billetes para Florencia. Pero podían haberse detenido en el camino.

—En el camino —repitió Saltiel ofuscado—. Han podido detenerse en el camino, naturalmente.

En la ventanilla de la estación, pidió un billete, se durmió durante tres segundos y despertó para sugerir un descuento.

—Pero ¿quién es usted? ¿Es que es usted inválido de guerra?

—Eso, amigo mío, no puedo decírtelo. Pero mi tío abuelo sirvió en los ejércitos de Francia a las órdenes de Napoleón, que es francés y no italiano.

La ventanilla se cerró con violencia.

En el compartimiento, una vieja aplastaba un tomate entre las encías. En el furgón contiguo, gemían los terneros.

—Esta mañana las madres —observó en voz alta Saltiel— y esta tarde los hijos.

La vieja no entendió y aseguró, cabeceando al ritmo del tren, que los hijos siempre eran ingratos. Tras escuchar toda la historia, le aconsejó que pusiese un cirio a san Antonio. Saltiel se abstuvo de contestar y se durmió. Cargado de cadenas, el tren clamaba su ebriedad.

A las cuatro de la mañana, una información mal interpretada le indujo a apearse en Foggia. A las doce del mediodía, tomó un tren de mercancías y viajeros y eligió un compartimiento ocupado por unos judíos polacos que habían querido trasladarse a

Jerusalén pero habían sido rechazados en Constantinopla y se dirigían hacia América —donde uno de ellos fue nombrado ayer rector de la Universidad de Harvard.

Saltiel contó su historia en hebreo. Sus acompañantes le dieron direcciones de protectores y le ofrecieron el pasaporte de uno de ellos, muerto durante la travesía. Uno flaco le aconsejó que denunciara el caso ante el ministerio de Asuntos Exteriores francés. Otro, al tiempo que se ensortijaba la barba, propuso una sortija de auténticas esmeraldas falsas para la señora francesa. Uno gordito ofreció la mitad de una carpa, salada en Kichinev. Saltiel compartió con ellos un pastel de almendras. Aquellas manos vivas estaban afelpadas por el humo. Al tío le dolía la cabeza. El futuro rector se le brindó como intérprete. Saltiel se indignó. ¿Por quién lo tomaban, por un servio o por un mongol? Dio rienda suelta de repente a su desprecio.

—Y además, ¿sois auténticos hijos de Israel? ¡Tenéis apellidos germánicos y una jerga de la que Dios nos guarde!

—¡Silencio! —dijo un patriarca velado de sombra y recelo—. Hemos huido de las persecuciones.

—Eso se dice —canturreó el tío Saltiel que se durmió.

Cuando se detuvo el tren en Florencia, se despidió de sus correligionarios con bendiciones y les prometió que les escribiría el resultado de sus pesquisas. Se apeó del compartimento titubeando, echó a andar con placer por las calles vacías, saboreando las perlas del alba y de las campanas, bastante feliz de haberse separado de aquellos polacos que bien podía ser tuviesen mal de ojo. En el umbral de una tienda de ultramarinos, un barítono cubría el escaparate de pastas frescas y de hinojo. Saltiel le pidió un vaso de agua e información.

—Nuestra antigua ciudad...

—Déjate de tu antigua ciudad. ¿Dónde están los hoteles y cuál es el mejor? Pues ella es rica.

—¿Es usted criado de alguna señora inglesa?

Comenzó a explicar Saltiel pero se dio cuenta de que no acababa de saber muy bien lo que era. Por fin, el tendero le indicó el Gran Hotel. Se llegó allí. Victoria. Los dos viajeros habían llegado la víspera. El conserje fue a despertar al joven.

Diez minutos después, bajó Solal. Estaba pálido y somnoliento. («¡Ya me lo ha echado a perder!»). Sonrió por toda respuesta cuando le preguntó su tío si llevaba equipaje.

—Entonces, ven —dijo Saltiel—, podemos irnos.

—Pero es que me gustaría...

El tío pensó que llevaba razón el niño, a fin de cuentas. Bien, tenía que verla por última vez. Así ocurría en todas las novelas.

—Me gustaría darle una propina a la camarera.

—Deja —dijo Saltiel decepcionado—, ¡deja! Llevo tres días enriqueciendo a

Italia con mis propinas.

El adolescente tomó el brazo de su tío y salieron. Hacía buen tiempo. Solal preguntó si iban a regresar inmediatamente a Cefalonia. Saltiel pensaba en la pobre mujer tan guapa, durmiendo en aquel instante e ignorando el abandono. Replicó con frialdad.

—Su padre, caballero, no quiere volver a verle. Y yo me quiero ir a dormir porque, sepa usted, caballero, que llevo buscándole tres días.

Solal trepó al pretil y arrojó piedras al Arno. Saltiel temblaba de reprobación. Aquella pobre mujer que había abandonado al marido y cuya vida quedaba definitivamente arruinada. Pero ¿cómo se las habría apañado aquel demonio para dejarse querer a los dieciséis años? ¡A él, Saltiel, rico en experiencia y lleno de sentimientos poéticos, siempre le habían tomado el pelo las mujeres!

—Tenga la bondad de caminar a mi lado. Vamos a ir a un hotel. Me ha dado una lista el tendero.

Solal obedeció, tomó la mano de su tío y la acarició.

—¿Qué opinas tú de este hotel de los Tres Palacios que aparece anotado aquí como de cuarta categoría? Me agradan esos tres palacios y el membrete del papel de carta hará furor en Cefalonia. ¿Qué opina usted? —repitió Saltiel recordando que estaba enfadado.

Tomaron dos habitaciones. Tras no pocos cálculos en el dorso de una cajetilla de cigarrillos, tras reflexiones y contraórdenes, Saltiel encargó un «baño completo con los perfeccionamientos» en el que se pasó una hora para aprovecharlo bien y no haber gastado tres liras inútilmente. Pidió acto seguido quince hojas de papel y tres plumas nuevas. Embutido en el batín, cortó la pluma de oca, examinó cuidadosamente la oquedad, sopló en el papel, se humedeció los labios, se sonó, se acodó a sus anchas, buscó la inspiración, sacó la lengua y caligrafió.

«Querida hermana:

»Tras realizar una travesía feliz aunque ingrata desembarqué con viento favorable en Brindisi en el año cinco mil seiscientos setenta y cuatro de la creación del mundo y siendo día de sabbat me abstuve, por supuesto, ¡de fumar durante tan sagrado día! No te contaré al detalle las asechanzas y tropiezos que el Señor. ¡Alabado Sea Su Nombre!, interpuso en mi camino pero que me permitió superar. ¡Nada más llegar, querida hermana, corrió Peligro mi vida! ¡Un rebaño de toros feroces de los que traen de las montañas de Albania y cuyos cuernos son como una Garra se me vino encima! ¡Referirte mis heridas, mi firmeza, mi valor es empresa imposible a la que renuncia mi pluma!

»Por abreviar. Tras minuciosas pesquisas altos en distintas ciudades alimentándome de frutas silvestres en el camino. Tras caer en las manos de unos estafadores que dieron en venderme una sortija probablemente robada, ¡aléjese el mal y no vuelva!, llegué felizmente a Florencia donde di con tu hijo que te manda un saludo. Buscaré para él un colegio sin duda en Francia, ¡amable refugio de nuestros ancestros y veneradísima Patria nuestra! ¡Gloria al Altísimo! ¡Su poder me aterra!

»¡Saltiel de los Solal!

»¡Y también me aterra su bondad! Recibirás más detalles con la próxima locomotora. La vida es carísima en Italia. Al hombre del carbón del barco di diez dracmas, eso puedo jurarlo sobre la tumba de nuestro abuelo

que está bien donde está y mejor estamos nosotros acá. Hace bastante buen tiempo y pienso visitar la ciudad en la que se encuentran abominaciones de piedra bastante airosas, ¡confunda el Cielo a quien las hizo! Pienso también comprarme un Sombrero de Paja pues tengo el gorro agujereado de una cornada véase descripción más arriba. Si aparece por allí Comeclavos le dices que puedo prestar juramento asimismo sobre el asunto de los toros. Es inútil que Salomon se lo cuente a toda la isla, ahora bien, si lo hace que sepa que los Cuernos tenían el Tamaño de un Niño de tres años. Gracias a los falsos datos del otro niño pude obtener las informaciones exactas del conserje. Ya ves que el Cielo ha sembrado milagros en mi camino. Otro prodigio, en la ciudad denominada Foggia, ¡vi a una mujer que comía gusanillos despreciables y cocidos encerrados en una concha! El mundo es grande, querida hermana, y bastante terrible. Es inútil organizar acciones de gracias por el Episodio de los Toros. Parece que los Terneros trajeron Buena Suerte, desde el furgón, pero ello ha de ser examinado y me propongo someter el caso a nuestro venerado Padre cuya mano beso con inexpresable respeto. Soy de nuevo

»¡Saltiel de los Solal!

»¡Psst! ¡A los católicos los admiro mucho por mil razones y también a los protestantes! ¡Pero me gustaría mucho discutir, polemizar con ellos para demostrarles que el Eterno es inmensamente Uno!».

El tío Saltiel, que quería resarcirse de sus padecimientos, estaba decidido a tomarse un buen mes de vagabundeo. Viajaron. Pisa, Luca, Bolonia, Módena, Mantua, Parma.

Saltiel se extasiaba ante los monumentos y Solal miraba. Por la noche, regresaban al hotel con comida. El tío sacaba de la maleta un infiernillo de alcohol y, al tiempo que entonaba salmos, preparaba deliciosas cenillas. Una vez cenados, se paseaban por las calles silenciosas, bajo bóvedas, entre altas casas ornadas de escudos. Iban cogidos del dedo meñique y Saltiel canturreaba melopeas con voz gangosa. Algún que otro literato se volvía a contemplar al risueño ancianillo con calzones y tomaba nota sobre el pintoresquismo italiano.

La víspera del día fijado para marchar y buscar un internado en donde Solal prepararía la segunda etapa del bachillerato, Saltiel permaneció largo rato al pie de la cama de su sobrino y cantó los éxodos de las generaciones precedentes. El adolescente escuchaba con atención, advirtiendo que aquella vida no tardaría en resultarle ajena.

Al cabo de dos horas, fingió que se dormía y abrazó la almohada. Muy pronto volvería a ver a Adrienne. Sabía que poseía una propiedad en Cimieu, cerca de Aix-en-Provence. Allí se habría refugiado. Le atenazaba de nuevo un violento deseo de verla. En definitiva, la amaba tremendamente. Pero ¿por qué había seguido entonces a su tío? Porque el viejecillo era simpático. En cualquier caso, debía haber ido a verla antes de abandonar Florencia. Tanto daba, ya daría con ella.

Saltiel alzó un flequillo fastuosamente negro que caía sobre el párpado del falso durmiente, rozó con los labios la frente y salió de puntillas maldiciendo sus zapatos que crujían.

A la mañana siguiente, se presentó con una solemne compra. Desenvolvió el paquete y sacó una violenta chistera peluda. Solal exclamó que era lo más precioso del mundo. El tío se la caló y lanzó una mirada dictatorial al espejo, a su sobrino y de

nuevo al espejo. Dejó luego a un lado el sombrero, cruzó los brazos y los descruzó.

—Sí, no me sienta mal —dijo con distinción—. Pero dejémonos ahora de perendengues. Iremos a Francia y buscaremos un colegio. Dentro de un año, tu padre habrá olvidado y perdonará y volverás a Cefalonia y ya veremos y Dios es grande. Así soy yo. O sea que nos vamos. Efectivamente, me sienta bastante bien la chistera. Bueno.

Suspiró y se hundió la solemne chistera hasta los ojos. Solal propuso ir a Aix-en-Provence. El tío aceptó dicha ciudad porque algún que otro antepasado suyo había vivido allí y porque allí transcurría una novela de capa y espada leída en su juventud.

Llegaron a los dos días. El jefe de estación les aconsejó el internado Bosq. Saltiel, durante el camino, se detenía ante las fuentes de agua caliente, de granito musgoso, admiraba las cariátides. Para comprender mejor las gárgolas que remataban los canalones, muequeaba como ellas, a paso ligero.

Celebró una larga conversación con el director de la institución a quien propuso pagar una cantidad superior a la estipulada. A continuación presentó al señor Bosq a Solal.

—Aquí tienes a tu tercer padre, hijo mío. Creo que es mejor que me marche.

Se alejó el director. Saltiel bendijo a su sobrino a quien prodigó consejos llenos de cordura. De repente, dejó caer sus manos temblorosas. Contempló al hijo de su alma con ojos de perro abandonado y marchó, olvidándose el paraguas.

Al llegar a la calle perfumada por las acacias, caminó al azar sujetando la velluda chistera, la maleta y los guantes agujereados. Renqueó y desapareció.

En la sala de espera de la estación, discutía consigo mismo. Los molinetes del brazo derecho le explicaban las ventajas de la institución Bosq, pero su puño izquierdo cerrado no estaba de acuerdo. Se durmió un rato en el banco, mecido por el canto de los grillos. Lo despertó un toque de silbato.

Convencido de que iba camino de París, tomó, con lágrimas en los ojos, el tren que iba a Marsella. Temía haber perdido a su sobrino para siempre.

Segunda parte

VII

De codos en el pretil del puente, miraba correr las probas aguas del lago de Ginebra. Las lámparas de arco formaban estrías en la esmeralda en donde una nube de menudas percas vivía su vida. La noche era fría. Se alzó el cuello de la chaqueta. Ante él se erguía la estatua oficial y romana del vagabundo maloliente perseguido por los funcionarios.

—Jean-Jacques Rousseau, estoy perdido. Tengo veintiún años y estoy sin blanca. Si supieras en qué términos me ha hablado Adrienne. Por lo visto lo ha olvidado todo y no debo volver a verla. Hace ya cinco años y yo no he olvidado nada. Por lo visto soy un demonio, he destrozado su vida y mil céteras afectuosos. Vive confortablemente en casa del pastor Sarles. Tú nunca tuviste una casa como ésa. Es allá, en Cologny, justo enfrente de ti. Hermoso parque. Sufre moralmente y tiene unas joyas preciosas. ¿Tengo la culpa de que muriese el marido de uremia? En diez minutos me ha demostrado que soy veintitrés serpientes. Y todo eso en la carretera. Por supuesto voy demasiado mal vestido para que se me reciba en el salón. Llevo tres días sin comer. Tanto da, volveremos a verla muy pronto y nos amará y nos casaremos con ella y seremos ricos, poderosos y enormemente bondadosos y pasaré una renta a mi tío y a unos mendigos franceses muy simpáticos. Déjame meditar sobre mi vida y tomar una decisión sorprendente.

Se acercó a la estatua, posó la mano en el pie descalzo de Jean-Jacques, le contó los cinco años transcurridos y le pidió consejo.

Unos días después de llegar a Aix, se escapó del internado Bosq y se fue a Cimieu. El jardinero le contestó vaguedades: la señora sólo se había quedado unos días; estaba ahora de viaje y no sabía dónde; puede que estuviera con su padre, el general de Nons, en Anduze. Solal había dejado una carta y había regresado al internado donde se había consagrado intensamente al trabajo.

A los alumnos no les gustaba aquel extranjero, su cortesía, su impasibilidad, su elegancia y su distraída ironía. (Blanche Bosq salía a veces de la habitación del proscrito a las cinco de la mañana).

Al cabo de dos meses, había llegado una carta de París. La señora de Valdonne le decía que le alegraba saber que había venido a Francia a completar sus estudios; que iba a pasar una larga temporada en Italia; que París estaba tan triste en aquel invierno de guerra; que era inútil que se presentase en Cimieu porque no la encontraría; que le deseaba sinceramente los más brillantes éxitos escolares.

Aprobó la segunda parte del bachillerato y recibió una carta de su padre quien, sin aludir en lo más mínimo a la fuga, le pedía que regresase de inmediato a Cefalonia. Regresar allá, ¿por qué? El mundo era ancho y no era cosa de perder tiempo. Tenía dinero y diecisiete años. Provisto de magníficas maletas y de cigarrillos dorados, se había trasladado en coche a Cimieu donde se le había informado de que ella estaba en España. Bien. Iría a buscarla a España.

En Marsella, había pasado varias semanas en el Hotel du Louvre. Tumbado en la cama, había escrito trescientos poemas magníficos que se dejó olvidados en un armario —y que desde entonces darían la fama a otro—. La princesa rusa que vivía en el hotel se meneaba de maravilla en la cama pero estaba harto de tantos labios y lenguas de mujeres. Siempre la misma humedad asquerosa. No se había atrevido a releer la carta de su padre. Sólo lo volvería a ver convertido en un ilustre personaje. ¿Quién era él, Solal, solo en el mundo? Ridículo con aquellas hojas en la cama. Además, se le había terminado el dinero. ¡Miserables, con su dinero!

Había abandonado el hotel y a aquella asquerosa rubia rusa que quería mantenerle. Vencería noblemente o moriría. Había descargado naranjas en el Vieux-Port. Almorzaba habas cocidas con dos italianos, vendedores de yesos, a quienes leía eternos panfletos revolucionarios escritos en papel de embalaje.

En el barco que lo conducía a España, iba con la chusma del puente. A su lado, un armenio se quitaba la mugre verde que llevaba entre los dedos de los pies, confeccionaba una albondiguilla, le daba vueltas y la contemplaba como si fuese su destino. Arriba, unos holandeses daban zancadas por el puente para activar la digestión. Todo estaba dispuesto para aquellos robustos mocetones. Se sentía desamparado, hijo de desdichado. Las manos ya cansadas. Había dado a un armenio los diez francos que le quedaban. Unos ingleses, atiborrados de soda y de seguridad, caminaban en sentido inverso tropezándose con unos americanos convencidos, alegres e inútiles. Unos rusos vacilaban. Ya no había franceses. ¿Y él, de qué nacionalidad era? Miró su pasaporte. Ah sí, ciudadano helénico. Curioso.

España. Miseria. Oficios varios. Ni rastro de Adrienne. Una mañana, en Valladolid, tras releer a Racine y a Rimbaud, fue al consulado de Francia, firmó un enganche por lo que durase la guerra. Legión extranjera. Campo de instrucción. Flores desintegradas por los obuses. Menciones. Una palma, dos estrellas. Tres meses de calabozo por graves actos de indisciplina.

Armisticio, ¿en qué año? París. Preceptorado. Pagaban bien los padres del niño brasileño. En un café, trabó amistad con gente metida en la Bolsa, escuchó y aprendió. Al cabo de un mes, se multiplicaban por cinco los ocho mil francos. Diez semanas después, jugaba con cien mil francos esparcidos sobre su cama. En ocho días, gastó los cien mil francos en faustos y presentes a simpáticos desconocidos y abandonó París con las manos vacías y el pecho ligero. Había que ir a cualquier sitio,

captar el azar, perderse en el movimiento.

De nuevo Marsella. En la Joliette, consultó en hebreo a un anciano recostado contra un saco de cacahuets. ¿Debía regresar junto a su padre?

—Sí, a tu casa, hijo mío. O a Jerusalén. No hay mejor lugar. Cuando tenga dinero, a Jerusalén iré, qué duda cabe que a Jerusalén.

—Yo iré a Cimieu. Me las arreglaré para averiguar dónde está ella.

—Ah, Dios está en todas partes. Quizá en ese lugar de Cimieu hallemos al Mesías. Te acompaño si quieres, pues te veo joven y hartito atolondrado. Toma tu parte de mi comida.

Compartió la comida del anciano Roboam que resultó ser un Solal y fue a tumbarse a la sombra, a soñar con la sonrisa grave de recibimiento, los lentos ademanes de Adrienne. ¡Y qué pechos! ¡Qué pechos! ¡Por Dios vivo, qué pechos!

Marcharon. Por la noche, dormían en la cuneta. El místico temblaba de admiración cuando oía a su joven pariente soñar en hebreo. ¿Por ventura sería Él? En Cimieu, Solal buscó una cama para su mentor consumido por la fiebre. Le lavó los pies y lo tumbó en la cama. Al tiempo que le acariciaba la mano, le aconsejaba que se durmiese y le aseguraba que mañana encontraría a Aquel a quien su corazón buscaba. «Buen niño», murmuraba el anciano.

Al caer la noche, escaló la verja, abrió sin esfuerzo los postigos mal cerrados y forzó el cajón del escritorio. Una carta, dirigida a Adrienne y firmada por Aude de Maussane. Arriba y a la izquierda, aparecía escrita una dirección. «Las Primaveras Cologny Ginebra». Aude se alegraba de que viniese su amiga. Vámonos a Ginebra. Antes de marchar, había estampado unos bigotes en un bonito retrato de Adrienne.

Y ahora estaba en Ginebra. Adrienne, a quien la fuga había dejado por supuesto un sentimiento de profunda vergüenza, lo había echado. Razón no le faltaba no queriendo cargar con un vagabundo cubierto de barro. Libre y rica desde la muerte de su padre, vivía acomodadamente. Había despedido con elegancia al pobre mendigo que reventaba de hambre. ¿Qué hacer para vivir y triunfar y capturar a Adrienne?

Medianoche. Puesto que la sociedad era carnicera, utilizaría los dientes. Eligió al de aspecto más acaudalado entre los que acababan de salir del teatro y lo siguió durante largo rato. El burgués con barbita y abrigo corto se volvía, apretaba el paso, se hallaba visiblemente atemorizado por la presencia del golfo. Solal, obedeciendo a la tradición, se acercó, pidió lumbre y entabló conversación con el aterrorizado tipo. Le contó su vida, al tiempo que le apretaba afectuosamente el brazo.

—No me apetece prolongar este período absurdo. No te escapes. Quiero disfrutar de toda la vida, y no dentro de ocho días sino esta noche. Quiero a Adrienne mañana o pasado mañana. Por otra parte, no le concedo más importancia de la que tiene. Para conquistarla (¡bobada!), necesito dinero. Dame dinero. Te prometo que te lo

devolveré. Pero si no me lo das, tengo desgraciadamente derecho a cogértelo. Tengo diez derechos, mira.

Enseñó las manos. El hombre de barbita, temblándole el párpado izquierdo, sacó la cartera. Qué suerte. Veinte billetes de mil francos. Solal cogió catorce, devolvió el resto, dio las gracias. Aquel préstamo le resultaría útil. Lamentaba que el dibujo de aquellos billetes suizos fuese un tanto tosco. Conversó cortésmente un rato más, ofreció un cigarrillo y se marchó. Pero regresó hacia el robado que trató de huir; lo alcanzó, le preguntó su nombre y dirección, pues tenía intención de devolverle el dinero un día. ¡Palabra de recién nacido!

—¿Marquet? ¿Avenue des Crêts? Bien. No has de denunciarme. Si me detienen por tu culpa, acabaré contigo. ¡Hu! Lamento haber sido indiscreto. ¿Pero qué hacer si no? Huele bien la vida esta noche, hermano. Dame la mano. Muy bien. Todos somos hijos de Dios. Sigue tu camino, hermano, que yo seguiré el mío. Cuenta conmigo y no olvides al hijo de Gamaliel.

Besó al atónito individuo en el hombro y marchó, lleno de júbilo, con grandes proyectos de vida.

Cuando llegaron los paquetes al hotel Ritz, los abrió y se los presentó.

—Seis trajes de milagrosa tela y de soberbio corte. Tres batines del más extraordinario y ligero terciopelo. Veinticuatro camisas de una seda a sesenta mooms o momés. Seis pares de zapatos. Doce docenas de calcetines de seda. Seis abrigos de lord. Cien pañuelos de los más finos. Un reloj de platino. Doce litros de colonia. Quince sombreros. Maletas de inefable cerdo. Smoking jacket. Frac.

Se pasó una hora en el baño turco del hotel. Cuando salió, molido y con la piel viva, todas las heces de su existencia habían desaparecido. El masajista, tras colmar al príncipe de respetuosos elogios sobre su cuerpo de atleta, le condujo al salón de peluquería. Al ser la puerta muy baja, Solal se inclinó para entrar y se acomodó en el complicado sillón.

—¿Qué le hacemos? —le preguntó el muchacho.

—Ponerme guapo. Ve y haz tu trabajo puesto que es tu destino. ¡Las lociones más millonarias, la navaja más angelical y la mano más garbosa!

Mientras se afanaba el peluquero, su cliente le confiaba que el judaísmo, el catolicismo y el protestantismo eran respectivamente la mística del desierto, del feudalismo y de los municipios burgueses; que el universo no era ni finito ni infinito, sino infinitamente finito. Una increíble propina recompensó al mozo de su dolorosa atención.

Solal se puso su ropa nueva y salió del hotel, muy satisfecho de sí mismo y de los hombres. De los catorce mil francos que tomara prestados tres días antes al señor Marquet no le quedaban más que dos billetes de quinientos francos. ¡Admirable!

Fue caminando para ver el mundo y que lo vieran. Acarició a un niño, se metió en una pastelería y encargó que mandasen al señor Marquet un monumental pastel. Se contempló en el espejo y quedó seducido. Tenía tras él a un joven mal vestido. Le puso un billete en la mano.

Eran las diez de la mañana. En el muelle, junto al agua donde se deslizaban unos cisnes, un cochero acariciaba a su perrillo. Solal quedó prendado del perrillo, satisfecho de su buena educación. ¿Quién se atrevía a afirmar que la felicidad no es de este mundo?

—Las Primaveras. En Cologny.

—¿A casa del señor Sarles? Muy bien.

El viejo hizo ademán de fustigar. Le gustaba llevar clientes a casa del señor Sarles. Un gran ciudadano, un buen corazón ¡y viva Ginebra!

VIII

Théodore Sarles, antiguo pastor y profesor en la Universidad, se levantó y se presentó ante Dios. Rezó durante largo rato por su querida esposa, por su ahijada Adrienne y, muy especialmente, por Aude, su nieta, cuyo compromiso con el conde Jacques de Nons, hermano consanguíneo de la señora de Valdonne, acababa de celebrarse. Al concluir, se acarició la barba blanca, se ciñó el cordón de la bata y salió pisando con prudencia para no despertar a nadie.

En su despacho, tras leer a la luz de la lámpara con regulador un pasaje del Nuevo Testamento en la versión griega, incorporó una nueva página al diario íntimo comenzado en su trigésimo aniversario y que llevaba redactando cuarenta y cinco años. Contempló no sin tristeza su gorra de estudiante colgada de la pared, se sentó ante el armonio y ensayó en sordina el cántico del día. A las siete y media, se embutió la levita, descolgó el cuerno de caza y se lo llevó a la boca para llamar a su familia al culto, como solía hacer desde hacía mucho tiempo. (Un día de buen humor, al poco de casarse, había invitado de esa suerte a su esposa al piadoso almuerzo. A los padres y a los fieles les había hecho gracia aquella excentricidad de buen tono).

En el comedor, sobre el mantel a cuadros amarillos y blancos, aguardaba el porridge en una sopera valaisana. El té, el chocolate y el café humeaban en recipientes de estaño de Argovie. El señor Sarles dejó de mascar el tallo de una flor cogida en el jardín, se afianzó las gafas sobre el hueso de la nariz, examinó a la concurrencia con mirada azul y preguntó a su mujer cuya inexorable suavidad temía una pizca y a quien únicamente sabía hablar con energía cuando estaban a solas en el cuarto, si había pasado buena noche. (Me gusta este viejo pastor).

La señora Sarles se agitó toda ella, esparció un olor a eucalipto y a menta, suspiró y sonrió, indicando con ello que no había pegado ojo, pero que sabía soportar la desdicha como auténtica criatura de Dios. Se sentó. Fuera de la blusa de satén negro emergía bruscamente, con la corta transición de un cuello velado por una cinta de terciopelo violeta, la oronda faz surcada de venillas de la anciana dama que parecía huronear de continuo con toda la curiosidad de su naricilla respingona.

El señor Sarles saludó acto seguido a Ruth Granier, su sobrina, que acababa de alargar con brusquedad su piel lustrosa a la señora Sarles. Con aquella voz cuya gutural aristocracia extasiaba a las afiliadas a la Sociedad Para La Comunicación Recíproca De Las Experiencias Espirituales que ella presidía, Ruth se informó por la salud de su tío exhibiéndole, como prueba de afecto, su robusta dentadura. Formaba parte de la familia desde la muerte casi simultánea de sus padres, misioneros en Zambeze. Llevaba diez años dirigiendo cada mañana la misma sonrisa dental al pastor, y este no había podido aún habituarse y reprimía cada vez un imperceptible estremecimiento ante aquella sonrisa con que la señorita Granier gratificaba

asimismo a los enfermos que visitaba tres veces por semana.

Aude, para besar a su tío, se irguió sobre la punta de sus sandalias de cuero, sujetas por una correa redonda a los tobillos desnudos. Al señor Sarles le embargó una dulce alegría contemplando a la altiva muchacha de formas esbeltas y bien proporcionadas, tan guapa con aquel vestido ruso muy escotado por la espalda.

El culto comenzó tras entrar la vieja cocinera, el criado, el jardinero, el chófer y las doncellas. El pastor leyó y saboreó el salmo XVIII, abreviando los pasajes alusivos a exterminio u odio, recalcando los versículos sobre misericordia y torciendo con respeto los gruesos labios al pronunciar la palabra «ungido» que la cocinera aprobaba especialmente.

Cada uno leyó un versículo extraído del Lucas XII. La señora Sarles con trémulo sentimiento. Ruth con la energía que le granjeaba la apasionada amistad de sus jóvenes protegidas. Aude con rudimentarias faltas de despiste; al tiempo que daba vueltas a la sortija de madera de teca con escudo de armas que llevaba en el meñique, comparaba interiormente a su abuela con la mantis religiosa que devora al marido.

Llegó por fin la meditación. El señor Sarles, entornados los ojos y posadas las manos sobre la Palabra, habló con el benévolo defecto de pronunciación de los eruditos escrupulosos. Una vez concluyó, los criados se sacudieron tras emerger de las solemnes aguas. El pastor se sentó al armonio y cantaron.

—¿Propone alguien otro cántico? —preguntó el señor Sarles.

El jardinero, aclarándose la voz, movió los hombros, adelantó la rodilla, separó los codos y sugirió «Desde la mañana, Señor». El pastor miró agradecido al jardinero. Mientras cantaba, la señora Sarles pensaba que habían olvidado poner la confitura de arándanos que le chiflaba. No obstante, entonó jubilosa el estribillo porque le gustaba aquel instante en que se hablaba de la bondad divina ante el café con leche y los picos dietéticos que le chiflaban.

Seguido por la tropa servil falsamente recogida, el viejo pastor, a quien bastaba el café solo que preparaba él mismo a las seis y media, salió y fue a conferenciar con su criado, dispensador de limosnas secretas. La señora Sarles, con un velo de tristeza porque no veía en la mesa su botella de aceite de parafina, habló de dominio moral, sacrificio y optimismo. Aude soñaba con un mundo maravilloso en el que no acertaba a incluir a su novio y en el que vivía con tres amigas y un joven ermitaño; recomponía por tercera vez el decorado oriental, demasiado incompleto para su gusto, disponía el cielo, las urnas y las bóvedas azules.

—¡Vamos, despistada, que ya hemos acabado de almorzar! —dijo la señora Sarles.

Aude despertó, lanzó una mirada apagada y como de estar acorralado, encorvó los hombros y partió en busca de la tranquilidad. Pero una vez de pie, la sensación que la inundó de lo placenteramente que le circulaba la sangre le hizo dar un brinco y salir

corriendo hacia el taller de carpintería donde el profesor de teología cepillaba una pequeña cimitarra.

—Ves, te estoy haciendo un cortapapeles —dijo con cortedad pues era tímido fuera de los momentos de religión.

Besó ella varias veces las viejas manos.

—Abuelo, deja ya esas maderas. Abuelo, abuelito, vamos a ver el jardín. Ves, han sembrado culantrillos y va a llegar Jacques.

—¿Y su hermana, qué hace?

—Adrienne se estará bañando en alguna leche de burra.

Obligó a apretar el paso al pastor que fingía enfadarse de que lo atosigaran. Pero se le había olvidado el gorro. Aude se volvió imprimiendo un brusco y stendhaliano vuelo a su falda. En unos brincos, se plantó en la carpintería donde colgaba el birrete encima de una litografía de Calvino, olvidó llevárselo a su abuelo y se paseó imaginando que daba la mano a siete niños alineados en forma de zampoña y de quienes era la respetada madre.

Al divisar a Adrienne bajando las escaleras que daban al jardín, el señor Sarles se quitó ceremoniosamente el ligero gorro que solían meter en el bolsillo del despistado, pensó en el padre de su ahijada, el general conde de Nons, a quien conociera en Anduze, pequeña ciudad del Gard donde comenzó su ministerio, y que había pasado a ser el más querido de sus numerosos amigos. Se congratuló de reunirse muy pronto con él en el cielo, pensó en el generoso legado donado por el general a la Facultad de teología de Ginebra y se prometió seguir su ejemplo. A continuación, soñó ante sus queridas rosas y meditó sobre injertos.

Aude había ido a reunirse con su amiga al saloncito tapizado de persiana. Adrienne de Valdonne leía una novela de Dostoievski con la sonrisa estúpida, distante y placentera de la mujer culta que entiende lo que lee. Aprobaba tal pasaje, criticaba tal otro. Abandonó muy pronto la lectura y se puso a pensar sobre la loca escapada de cinco años atrás.

Flores. El despertar tras la marcha de Solal. La vergüenza. Una fuga con un niño de dieciséis años. Ridículo. ¿Qué demonio se había apoderado de ella? Las drogas para dormir por la noche. En Roma, la vaga idea de convertirse y tomar los hábitos. Luego la muerte, en definitiva cortés, de su marido. A continuación, la muerte de su padre. Regreso a Anduze. La herencia. La cuantiosa fortuna que administraba bien y de la que heredarían los hijos de Aude. La felicidad en definitiva, aquella existencia en las Primaveras junto con la estancia de primavera en Cimieu o en Anduze y los dos meses de invierno en París. Bonitos libros, Proust, Meredith. Por otra parte, no llevaba una vida inútil. Había hecho bien aceptando aquella colaboración desinteresada en el Comité de la Cruz Roja. El joven Solal estaría ahora

en Constantinopla o en Hamburgo. Asunto liquidado, a Dios gracias. Su hermano tenía por delante una soberbia carrera. Compartiría su vida entre Cimieu, Anduze, París y Roma donde fijarían su residencia los dos jóvenes esposos. Era tremendamente hermosa aquella niña.

Aude, arrimada al violoncelo, descifraba concentrada con un mohín de enojo. Se indignó de lo mal que tocaba, apoyó con respeto el instrumento contra un sillón, se sentó en las rodillas de Adrienne, experimentando un placer sin duda puro en pegar la mejilla a los hermosos y prietos pechos. Se entretuvo despeinando a su gran amiga y recomponiendo las tupidas llamas.

—Adi, a veces me entran ganas de despreciarte. Si nunca me dices nada, quizá es que no tengas nada que decir. Tu silencio me obliga a respetarte. No me gusta. Opinas que el señor Tagore es un gran poeta y no entiendes en absoluto a Dostoievski.

Cerró los ojos y suspiró de nostalgia pensando en vidas de sufrimiento. Adrienne colocó la señal, cerró el libro y sonrió con su grave mirada violeta una pizca irónica.

—Necesitas casarte, pequeña.

Aude se puso colorada. La menor emoción animaba sus mejillas doradas, Odiaba aquella sinceridad física que la colocaba en situación de inferioridad ante su tranquila amiga.

—No me impresionas nada. ¡Por si no lo sabías, llevo ya tres años de esgrima! ¿Por qué se retrasa Jacques? Los dos sois rubios y guapos. Cuando sea agregado militar en Roma, causaré sensación en el Quirinal. Es un excelente partido, y yo también. Además, le quiero. Vámonos a pasear.

El conde de Nons empujó el portal, ató las riendas del caballo a un árbol con ademanes precisos no obstante su indolencia. Un mullido abrigo le cubría los hombros a modo de esclavina. Acarició un instante a su montura, una fina yegua de la Mancha; a continuación, sus ojos verdes fingieron reconocer a la señora Sarles, coquetamente intimidada. Se inclinó con violento respeto ante la vieja a quien despreciaba, pareció perder los miembros y recuperarlos por un milagro de prestancia y agilidad. Acto seguido, abiertas las aletas nasales para reprimir un bostezo, escuchó vagamente, sin contestar a las preguntas acarameladas de la ardorosa ancianita. Al cabo de unos minutos, la dejó deshaciéndose en nuevas exquisiteces.

Aude divisó a su novio, se abalanzó hacia él, no supo qué decirle y se lo llevó al salón. Una vez allí, pretendió que tenía que hacerle una pregunta, rozó con el tobillo las espuelas, posó un espantado dedo índice en la cinta roja.

—Es una pregunta, Jacques, que quiero hacerle. Ten. (Le tendió atemorizadamente los labios).

La señora Sarles, a quien no le hacía gracia dejar a los novios solos («la carne es débil»), se dirigió hacia la ventana del salón con el minúsculo cesto que contenía sus

gafas, su periódico, su revista de misiones, las cartas recibidas hacía una hora y aún no abiertas (le gustaba prolongar el placer y, además, únicamente recibía noticias agradables) así como las medias que le hacía a la hija medio convertida de un alcohólico católico totalmente arrepentido.

Le chispeaban los ojos de curiosidad. «¿Le habrá robado un beso?», se preguntaba. Decidió ser indulgente. Jacques de Nons poseía una fortuna inmobiliaria tan importante como la de su novia y, por añadidura, la propiedad en los alrededores de Anduze, que poseía pro indiviso con su hermana, era magnífica. Sin tener conciencia de ciertas misteriosas relaciones de causalidad, a la señora Sarles la embargó de repente el profundo convencimiento de que el novio de Aude era sumamente idealista: «Puede que sea un poco mundano pero posee una mente superior. Hay tanta espiritualidad en su mirada. Con tal de que el Quirinal no trastorne a mi niña todo irá bien. Un encanto, esa propiedad de Anduze, tan distinguida, se echa de ver que allí han vivido siempre personas selectas».

No bien llegó ante la ventana, juzgó encantador emitir modulaciones montañesas destinadas a demostrar que pese a sus grandes preocupaciones seguía siendo una alegre cría angelical.

—¡Ohe juventuud! ¿Queréis que os lea el periódico?

Aude, que sabía que a su abuela le gustaba practicar ese rito en familia, no quiso privar a la señora Sarles de aquel placer. Ambos novios apechugaron pues resignados.

La señora Sarles, tumbada en la hamaca comenzó con una lamentación sobre las ideas modernas. Por supuesto que no se oponía a las innovaciones decentes pero, vamos, es que. Por ejemplo le habían dicho, ayer o anteayer, que a un pastor de la Iglesia nacional le había dado por ponerse botines amarillos. ¿O quizá eran botines charolados? ¡No, botines negros! Ah no, no, eran botines blancos pero se los puso la nieta de una amiga suya que estaba de luto. ¡Total, que la única esperanza era un despertar religioso!

La anciana abrió por el fin el periódico, leyó las necrológicas y se extrañó de que no apareciese ningún nombre conocido. Le resultaba no poco grato decir: «Pobre amigo, espero que haya tenido un dulce tránsito». Prosiguió y dedicó su atención, movida por un oscuro objetivo de propaganda moral, a los acontecimientos de apariencia catastrófica. Enumeró, meneando la cabeza, las distintas maniobras del espíritu maligno: atracos, incendios de fábricas californianas, ciclones y tifones, combates de boxeo, granizadas sobre los viñedos, divorcios, reuniones socialistas.

Una vez concluida la lectura, con gran alivio de los novios, se fue a su habitación donde consultó el termómetro para saber si debía tener frío. Como marcaba doce grados, se estremeció y se puso otra vez la chaqueta. A continuación recortó cupones Ciudad de Berna 1905. Suspiraba y le resultaba latoso aquel trabajo. De tanto manipular las tijeras le había salido un callo en el dedo pulgar a la pobre señora que

suspiraba. Y los obreros convencidos de que las personas acomodadas lo tienen todo de color de rosa. ¡Ah —pensaba la señora Sarles—, aquí me gustaría verlos!

Solal miraba a través del seto de espinos. Las hojas del manzano formaban manchas fluctuantes en el rostro de la muchacha. El malicioso secreto de una raza jugaba en aquellos ojos en los que bullían las sombras de las flexibles silvas chorreantes. Una mariquita viajaba por la mano de Aude.

—Eres una monada, tienes dos patitas bifurcadas, ves, así, y luego así. Tus antenas están dibujadas con el más fino pincel y en la punta tienes dos redondelitos de cera negra. Con eso vas servida. ¿Aún te quieres quedar? Estoy triste porque se ha ido Jacques. Porque tú no eres condesa de Nons, sabes. Yo sí muy pronto. Al fin y al cabo, aunque descienda de Adhémar de Nons que fue amigo de Enrique de Navarra, nosotros nada tenemos que envidiarle, ¿oyes, mariquita? Bajo el reinado del mismo Enrique, mi antepasado fue nombrado duque y par y fue el malvado de Luis XIV el que nos arrebató los títulos y los bienes porque éramos protestantes firmes en nuestras convicciones. ¿Te enteras, catoliquilla? Hasta hubo un Foulques de Maussane que tuvo una muerte heroica combatiendo en la plaza de Grève. Y existen Audes de Maussane desde hace siglos. Aude. Es un nombre ligado a la familia. Me gusta. Escucha, no pongas esa cara, tienes una expresión malévola. Veníate diciendo que los señores del territorio de Maussane, así, fueron los primeros duques-pares de que se tenga noticia. Escúchame bien, con tu cuello de colegialillo inglés, que sé de qué me hablo. Y tras la revocación del Edicto, héteme aquí que el último conde de Maussane vino a refugiarse a Ginebra, pues sí, aquí, y sus hijos se hicieron banqueros. Qué quieres, bien hay que vivir. ¿Sabes lo que es un cheque? Es un papel. Vas al banco, sacas del bolsillo de la levita tu cheque. Y regresamos a Francia después de la revolución de 1830. Y desde entonces, de padres a hijos, hemos sido hombres de Estado relevantes. Mi bisabuelo fue ministro de Finanzas de Luis Felipe. Cuando presentó la dimisión (para ya de correr), el rey le pidió que eligiera entre una gran propiedad y la restitución del título. El muy bobo eligió el territorio. Qué le vamos a hacer. ¿Y a mi papá lo conoces? Gustave de Maussane, caramba, el eminente senador. No sabes nada. Sabes, estoy muy enfadada con el ermitaño de mis sueños, estaba desnudísimo, impasible y yo le lavé los pies. ¡Yo! Pero quiero a Jacques y lo de Jacques va de verdad. ¡Me rebajo a hablar contigo y soy licenciada en filosofía! No me enorgullezco. Me resulta ridículo con mi cuerpo acrópolis, mi sonrisa orante y mis ojos vinci. Literario. Basta. Si supiera lo tonta que soy la gente que alaba mi inteligencia. ¡Y ahora vuela, abre tus alitas y adiós!

Se volvió, vio a Solal soleado que sonreía, se levantó y huyó a su cuarto donde, al poco, se presentó un criado comunicándole que un joven cuyo nombre no había

entendido muy bien deseaba que lo recibiese la señora de Valdonne.

—Ya sabe usted que ella está en la Cruz Roja. Dígale que volverá muy tarde. Es inútil que espere.

Pero alcanzó al criado en la escalera y le dijo que ella recibiría al visitante. Abrió la puerta del salón. Solal se levantó, más impasible que el ermitaño de los sueños de la muchacha. ¡Y la había espiado mientras ella contaba sus locuras a la mariquita! Estaba mal. Y ahora disimulaba. ¡Antipático tipejo! El Hermes de Praxíteles, con sus serpecillas en la cabeza. Odiándose a sí misma por ponerse colorada, anunció con voz casi brusca que la señora de Valdonne había salido.

—Pues me marchó.

—Pero seguramente no tardará en volver.

Solal miraba a la muchacha, descendiente de los propietarios de tierras. Él era el indigente. Mejor. Más difícil el juego, más delicioso el triunfo. Para prolongar el silencio hasta el límite, se inclinó sobre una fotografía de Aude cuando era niña y sonrió con bondad.

—¿Algún recado para la señora de Valdonne? —preguntó Aude.

Solal indicó que no con un gesto y se sentó. Sus ojos risueños desnudaron a la señorita de Maussane y la despidieron cortésmente. Ella dejó de sentirse en su casa y salió indignada, impotente.

Para conocer los secretos de la casa, Solal abrió los álbumes familiares y la Biblia regalo de los feligreses, encendió la araña holandesa, examinó las paredes tapizadas de seda, los dos cuadros de Breughel y el paisaje suizo donde las agujas de pino aparecían detalladas con probidad.

En la habitación contigua, sonaban los bloques de notas de un prelude. Por una rendija atisbo a la pianista, la muchacha de antes, con una sonrisa flotando en los labios. Caminó de un lado a otro, apoyó el pie en el torno de una máquina de hilar y la hizo girar con fastidio.

Cuando entró la señora de Valdonne, no se volvió, siguió mirando por la rendija. Pero los dedos índice y medio se movieron y llamaron a Adrienne como quien alecciona a una campesina tímida. Ella lo encontró de una belleza arcangélica infernal y decidió despedirlo de inmediato.

—¿Esa muchacha era la que me tenías destinada para novia?

Adrienne no contestó. Él se volvió bruscamente.

—¿Quién es esa muchacha? —preguntó con cara fingidamente huraña para demostrar que estaba distraído y no le extrañaba el silencio (de ese modo salvaguardaba su prestigio)—. No me impresionas, Adrienne. —Se acercó con andar indeciso y gallardo—. Te he palpado los pechos. Y tienes dos. Ya ves que conozco tus secretos.

—Le ruego que deje de tutearme y tenga la bondad de decirme qué quiere de mí.

Solal hizo gestos de marqués. (Un silencio). Ella dijo que la época a la que aludía quedaba muy lejana y que resultaba poco delicado recordar un error pasado.

—¿Un error? Pero si sólo durante la noche en Florencia se produjeron cuatro errores. ¡Y tú aún querías otro!

La asió sin delicadeza por los hombros. Con voz brusca, le ordenó que no se las diera de vieja arisca y que se sentase. Ella obedeció, temiendo una vez más el escándalo. Solal sonrió.

—Te demostraré cómo se seduce a una mujer. Prestidigitación. Nada en las manos, nada en los bolsillos. Sobre todo nada en los bolsillos. Empiezo.

Adrienne se dispuso a escuchar, casi interesada. Pero dejó de flotar la sonrisa extasiada, amenazadora, infantil, en los labios de Solal. Se paseó, se desplomó pesadamente en el sillón y meditó. Había disimulado su turbación tras una alegría que se le antojaba ahora ridícula y lamentable. En realidad, había tenido tanto miedo al venir. Ella era la única mujer a la que había amado. Desde hacía mucho tiempo, se hallaba presente en todos los caminos de su pensamiento.

Adrienne no dejaba de mirarlo, advertía la sinceridad de aquel silencio, no se atrevía a hablar, sentía remordimientos. ¿Cómo había podido ser tan dura con él? ¡Qué ojos! Y era alto como un semidios.

Solal habló con gravedad de un dolor auténtico que se atrevía por fin a asomar. Ella era su único país. Había esperado tanto, siempre. Cada mañana había esperado en Aix la carta del milagro. Cada noche, se oprimía el corazón y brotaba de él sangre negra. Cada noche, pensaba que ella vivía y que él no veía sus ojos. No había olvidado una sola palabra, un solo gesto de ella. Los tres maravillosos años de Cefalonia. Ella era la única, lo más delicioso que había conocido, lo más vivo y lo más noble. Etcétera, la vieja quincalla indeseable.

—Mi vida está en tus manos. Si me rechazas, me muero. Es que yo te quiero, te quiero, he sufrido tanto.

Emocionado por tan dolorosas imágenes, lloró sinceramente. Ella se derretía de lástima ante aquel joven sufrimiento.

—Adrienne, verla una vez más. Vernos a solas. Entre las paredes de la habitación, caminaba y te esperaba. En la soledad, las lágrimas que corrían por mis dedos eran mi única compañía.

Sus ojos estaban empañados de auténtico dolor pero la alegría de haber bordado la última frase lo hizo respirar aliviado. Bajó las onduladas franjas aún perladas de lágrimas y meditó. «Uno: declaración de amor. Bueno. Hecho. Nada mal. Eso para despertar interés: para volver a existir a sus ojos. Ahora veamos el dos y el tres que quedan por hacer. Dos: insinuar que me ama otra persona; inventar la historia. La improvisaré sobre la marcha; se me ocurren más ideas en voz alta. Por tanto, el interés que siente por mí está justificado. Bueno. Tres: insinuar que la mujer que me

adora es digna de que yo la ame. Al tiempo que niego muy sinceramente amar a la misteriosa beldad, hablar de ella de tal modo que Adrienne quede convencida de que no puedo no empezar muy pronto a amar —¡qué palabra!— a la extraordinaria rival como no se ande con cuidado. Sin el uno, imposible lograr celos con dos y tres. Sin dos y tres, uno pierde valor. Lo desencadeno todo: cariño maternal, dignidad satisfecha, atisbo de orgullo, inquietud. Muy bien. Adelante. Qué tres serpientes soy».

Cuando terminó de hablar, ella se levantó, se miró en el espejo. No, no había envejecido, pero aun así pasaban los años. Y él se hallaba en pleno esplendor de juventud. Ah, qué poco tardaría en enamorarse de aquella desconocida, indudablemente más joven que ella. Seguro que había podido cambiar de vida gracias a ella. Hotel Ritz y ropa elegantísima. Seguro que se dejaba adorar, que llevaba una vida de vago. Tenía el deber en definitiva de reparar el mal que había causado. En definitiva, no tardaría en llevar por su culpa una vida de corrupción. Se engañaba a sí mismo cuando decía que la amaba. Pero tanto daba. Su deber era velar por él.

Él pensaba. «Pobre, la he hecho sentirse mal y ha picado. En cualquier caso, es una miserable. Sincero y sarnoso, ni la menor compasión por mí. Pero desde que voy bien vestido y miento, cambio a la vista. Qué miseria. Por mí ojalá no hubiera sido así. Lástima». Le suplicó con la mirada. Ella acarició los cortos rizos negros.

—Todo lo que quiera usted, criatura —dijo ella con la sentenciosa melancolía de las mujeres que se acercan a las solemnidades de corazón.

Sintió vergüenza por aquella mujer inteligente súbitamente estúpida y se levantó con excesiva brusquedad. Pero notó de inmediato la desconfianza de Adrienne. Para solventar la pifia, hizo temblar imperceptiblemente los dedos y los párpados, chocó con un velador. A ella la conmovió aquella torpe sinceridad. Él le lanzó una mirada sumisa, bajó los ojos que, en aquel instante, bizqueaban una pizca.

—¿Cuándo, Adrienne?

—Mañana por la noche, si usted quiere, sobre las ocho y media. ¿En el Ritz, me ha dicho usted?

—Bendita sea —dijo el joven pontífice con mucha gravedad.

Se retiró. Ella lo siguió con la mirada, recordó de repente que había hablado de prestidigitación, se preguntó si no le habría tomado el pelo y si de veras iría a verle al hotel.

Mascando una rosa y muerto de hambre, se detuvo ante la posada del pueblo. Tras bromear con la dueña, pidió que le sirvieran una copiosa comida en el jardín donde dos suizos lanzaban bolas a cámara lenta.

En Ginebra, tras hacerle un barco de papel a un niño que jugaba a orillas del lago, tras darle cuatrocientos francos a un mendigo (¿pero en qué se le habían ido los catorce mil francos? Tuvo el alegre convencimiento de que le robaban), tomó un

coche hasta el Ritz. Se sentía tan a gusto en el coche, su brazo descansaba tan milagrosamente que hubo de hacer un gran esfuerzo para apearse. Allá, el Arve rugía y corría con júbilo en las venas. Aquellas inglesas del tenis eran guapísimas, el portero era un hombre probo y dos vincapervincas sonreían en los ojos del ascensorista a quien predijo un venturoso futuro y dio su último billete.

Se durmió, soñó que bogaba sobre una mujer desnuda cuyos cabellos trenzados en forma de vela se hinchaban al viento.

Al día siguiente, tras soñar largo rato y fumar cigarrillos, se acordó, al anochecer, de que ella no iba a tardar en presentarse. Se acarició la nariz, urdió planes y se dispuso a preparar la batalla.

Pidió prestados cien francos al mozo del ascensor, corrió a la ciudad, compró las sedas azules que debían tamizar las luces, hizo mandar al hotel un ramo de deslumbrantes rosas (las mujeres se mostraban sensibles a esas verduras).

A su regreso, espantó a la doncella. Era menester desmontar la cama, dejar únicamente el somier y el colchón que se cubriría con algún magnífico chal. Además, había que encender la chimenea, pues un suave calor resultaba indispensable para el éxito de sus planes. Desnudo, delirando fríamente de alegría, se afeitó delante de la criada estupefacta y se interrumpió para esbozar un bastante aceptable baile.

De repente le embargó la total convicción de que con música las mujeres se derriten antes, telefoneó a la dirección y pidió que le subieran un piano. Absolutamente necesario. No podía dormir sin piano. Le contestaron que tendría que pagar un suplemento de treinta francos diarios.

—Doy siete veces más a condición de tener el tamboril en mi habitación a las ocho y veinte. Son las ocho y diez.

Se volvió hacia la doncella, le preguntó su nombre. Ella contestó que se llamaba Rose.

—Eros y Oser. Mi vida está en tus manos, Rose. Si me rechazas, me muero.

A las ocho y veinticinco, se había metamorfoseado la habitación. Las luces azules difuminaban los dibujos de la tapicería formando deleitosos rincones en las cercanías del sofá. Las ocho y media. Las nueve. Asquerosa mujer, ¿por qué no venía? ¡Valiente cortesana! Las nueve y cuarto. Entró Adrienne. ¡Qué guapa era y cómo la amaba!

Escrutándola con breve y punzante mirada, advirtió que lamentaba haber venido y se felicitó de haber disfrazado tan bien la habitación. Una luz cruda y una cama de cobre hubiesen aumentado la sensatez de aquella mujer que, evidentemente, estaba más o menos arrepentida. Rompió el silencio y le pidió (con un respeto velado, concentrado y convencido que le hacía reír interiormente) que tocara las sonatas que a ella le gustaban. «Si no se me concede el piano —pensó—, todo está perdido». Aceptó ella, estimando que valía más tocar que abismarse en silencios o revivir

tiempos pasados. Se sentó ante el piano y muy pronto, olvidando casi la presencia de Solal, se sosegó.

Mientras dejaba que penetrase en ella la perfidia de los sonidos, él pensaba: «Vamos allá. Es el mejor momento. Su digestión está bastante avanzada, pero no ha terminado aún, exactamente como debe ser. Es el momento del abandono. Por otra parte, la temperatura es tibia y no se oye ruido en la habitación de los vecinos. ¡Sus y al enemigo!».

—Amada —dijo con su voz de los grandes días.

Alzó ella los ojos ante la maravillosa llamada, adelantó los brazos, sin saber si quería rechazarlo o llamarlo. Echada la nuca hacia atrás, bebió la vida. «¿Conviene pararse ahora? —se preguntaba Solal—. No, aún tiene los ojos cerrados, lo que quiere decir que está disfrutando muchísimo. Yo me estoy aburriendo. Nunca les he visto la gracia a estas ventoseras bucales. Hay que estar al tanto. Dentro de cinco segundos, separar la boca. El placer (¿qué placer hallará en ello, esta mujer de la carne? ¡Qué diablitas de Astarté estas mujeres, hay que ver!), el placer será intenso pero no lo asociará a un sentimiento de saciedad, etcétera. ¡Qué trabajo, Dios santo! Y además me gusta y siento remordimientos».

Alejó los labios. Ella abrió los ojos, surgida de muy lejos. Gimió y le suplicó, apretándose contra él, que la dejase marchar. El deseo se insinuaba en ella, posaba su dedo de fósforo bajo los pies; el reguero subía, se detenía, afianzando su dominio, seguía subiendo. Torbellino de soles.

Ahora, Adrienne tumbada, desnudada, notaba el peso del amado y gravitaba en los empíreos. Él la sacudía sin fiorituras.

Extinguidos los sollozos, se cubrió púdicamente, buscó consuelo junto al seductor cuyo dedo índice en aquel instante consultaba a la nariz sobre cómo pagar el hotel. «Y además —pensaba—, debo cien francos al empleado del órgano, al tipo del barco, al individuo del faro». Se negaba a decir «el mozo del ascensor». Mediante recursos infantiles, le gustaba introducir en su mente una falsa bruma que lo entretenía un instante y le ocultaba la incoherencia de su vida.

Transcurrieron dos semanas. Adrienne acudía cada noche. Por supuesto, en su alma, un cúmulo de complicaciones psicológicas de las que huelga hablar. Por temor a romper un hechizo, no se atrevía a hacerle preguntas, pero adivinaba que tenía problemas. Él se sentía hastiado de aquella pasión monótona, sin ventanas abiertas a la vida.

Una noche, tras preguntarle durante mucho rato sobre Aude de Maussane, apagó la luz. Una hora después, ella, rendida, le pedía clemencia.

—Amado, ¿por qué otra vez?

—Porque estoy triste.

Adrienne se levantó, giró el interruptor.

—Sol, habla.

—Yo no hablar.

—Deja de jugar, cariño mío.

—Yo no dejar. Yo buen negro triste.

—No hagas el niño —dijo ella humillada por él.

—Yo negrito sin blanca, yo ni caña de azúcar, ni calzoncillos, muchas deudas, morir esta noche.

Ella le besó las manos.

—Escucha, ahora se ha acabado este juego. Habla razonablemente.

—Yo razón no tener —declaró él con real majestad.

—Bobito mío.

—Pues bien —dijo él con voz seria. (Estaba ofendido. «¡Bobito mío!»). Ahora se descolgaba con familiaridades esa mujer a quien en definitiva no conocía.)—. Puedo quedarme una semana más en este hotel. Pero al final habrá que pagar. Y no soy rico. O sea que tengo que marcharme a París.

—¿Tú crees? —preguntó ella con angustia.

—No conozco a nadie aquí. Mientras que en París. En París tampoco conozco a nadie, por lo demás. Sabes lo que dijo vuestro Pascal: «Que la nobleza es gran ventaja que, desde los dieciocho años, brinda a un hombre ser conocido y respetado, lo mismo que otro podría merecerlo a los cincuenta años. Son treinta años ganados sin esfuerzo». Todos llevan ventaja. Tienen padres afincados o amigos. En cualquier caso una patria.

Adrienne se cubrió, reflexionó seriamente.

—Te presentaré al padre de mi amiga. El señor de Maussane, ya sabes, el senador. Está en Cologny estos días. Anunciaré tu visita. Ven mañana, sobre las cuatro.

Él bostezó para disimular su humillación.

IX

Al oír voces, Solal se detuvo ante los postigos entornados.

—Ruth, ¿quieres rezar conmigo? —preguntaba la señora Sarles.

—Con mucho gusto, da.

Tras un silencio, la buena señora declaró al Señor que era un gran privilegio para ella conversar con Él. Le pidió que velara especialmente por Adrienne e hizo votos para que la visita del joven a quien la querida Adi, como de seguro sabía el Señor, había conocido en Grecia no fuese un escollo. Esos orientales. En fin, ya veremos. La señora Sarles afirmó que aguardaba con confianza los resultados de la inagotable bondad de su interlocutor silencioso. (Una pausa). Pensó que Dios Mismo acababa de colmar el déficit de varias obras de beneficencia y que siempre había mostrado benevolencia especial, y justificada con la honorable familia Sarles. Le rogó acto seguido que hiciese regresar al redil a Moquai Sepopo, la gran jefa de los Mabundas, que había tornado a caer en sus errores.

—Hace ya dos años —precisó— que venía perseverando, ¡y en pocos días lo ha arrastrado todo el espíritu del paganismo! ¡A los ochenta y tres años, se ha echado un segundo marido y vuelve a beber zumo fermentado de palma! Confío en que mi paquete de enaguas con viñetas edificantes contribuya a la salvación de su alma.

Por otra parte, la señora Sarles imploró a aquel Dios paciente que bendijese la semana de renuncia y consagración durante la que se privaba de postre por los hindúes que pasaban hambre. ¡Claro que el sacrificio no era muy grande y no rebasaba sus pequeñas fuerzas! ¡Pero con Su ayuda se superaría, oh claro que se superaría cada vez más! La anciana habló a continuación de caminos intrincados, nubes en el horizonte, faros, olas desatadas y salvavidas y recomendó a la bondad del Todopoderoso a la Asociación Por el Solaz Espiritualista de los Jóvenes Criados.

—Hay muchas más peticiones en nuestro corazón —prosiguió—. Por el instante, planteamos nuestras dificultades interiores ante Ti con auténtica confianza y esperamos que quites las vendas de los ojos de los comunistas que son tristísimos sujetos. En fin, tengo plena confianza.

Tras pedir que la cocinera se consagrara a Dios aun en las pequeñas cosas, la señora Sarles concluyó formulando el deseo de que todas sus grandes preocupaciones contribuyesen a la salvación de su alma.

Tras un silencio destinado a establecer una transición entre el más allá y este mundo, la señora Granier se retiró. Al quedarse sola, la señora Sarles consultó un resumen prontuario de oración metódica editado por los Hermanos Moravos, meneó la cabeza ante las columnas de las peticiones y sonrió infantilmente al comprobar que estaba bastante llena la columna contigua en la que aparecía anotada la fecha de los cumplimientos. Frunció los labios, cerró los ojos y, haciendo una reverencia con su

cabecita colorada, dijo «amén». (En definitiva, es simpática).

Al poco, se levantó, metió en una caja los gemelos que tenía intención de regalar a su marido en ocasión del cuarenta y nueve aniversario de su primera charla sentimental. ¡Como que a ella no se le había olvidado! Mientras que él. En fin.

Acto seguido, se dirigió al *office* donde, tras preguntar a la ayudante de la cocinera por la salud de su alma, preparó un paquete de ropa de abrigo y un gran cesto de vituallas para la única familia pobre del pueblo. La excelente señora resplandecía de gozo. A continuación, entregó a la cocinera, como hacía cada día, los cinco escudos destinados a los mendigos titulados que, para ganársela, afirmaban abstenerse de cualquier bebida alcohólica. La señora Sarles, que había dicho siempre la verdad desde la más tierna infancia (¿y por qué habría de mentir?), no ponía en duda tan piadosas declaraciones y amaba a aquellos buenos abstemios quienes, una vez recibidos los cinco francos, se iban a agarrar la curda cotidiana.

Pero sonó la campana del té, con gran conmoción de la señora Sarles. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! ¿Dónde tenía la cabeza? ¡El té ya! Vamos, es que en su juventud las horas transcurrían menos aprisa. Algo había cambiado desde la guerra. ¡No sabía una ya dónde estaba! Corrió hacia el importante brebaje y las pastitas.

Solal admiró que su amante se pasease sin sombrero por aquel gran parque. Ella se informó cortésmente de su salud y le propuso enseñarle el libro del que le había hablado. Una vez en su cuarto, apoyó las manos en los hombros de Solal.

—¿No me dices nada?

—No tengo ganas de besarte. Dame un cigarrillo y una copa de ron. No, ron no. No me gusta. —Encendió el cigarrillo—. Cuando me lo haya fumado, me presentas al dentista.

Cuando bajaron de nuevo al jardín, se acercaron a Ruth Granier quien, tumbada en una hamaca, hacía reservas de fuerzas al tiempo que conversaba con su amiga la señorita de Gantet, una rubia arrugada. Adrienne presentó al señor Solal cuyos dientes rechinaron. (¡Paciencia!). La señorita de Gantet, atentamente vigilada por Ruth, habló animadamente de uno de sus asistidos y del privilegio de ser pobre. Solal se mordió los labios pero no chistó.

Se inclinó con timidez ante la señora Sarles y su marido que acababan de aparecer, examinó con alivio el gorro y las manos temblorosas del pastor y sintió afecto por el querido anciano quien, sin las segundas intenciones que se adivinaban en las mujeres, entabló de inmediato conversación con el joven israelita sobre la lengua aramea. El señor de Maussane llegó el último, saludó con cordialidad forzada al protegido de la señora de Valdonne y bebió sin decir palabra.

El senador se sentía incómodo en aquel ambiente. Todos los años, durante las vacaciones de Pascua, iba a pasar un mes con Aude, educada por sus abuelos desde

su nacimiento (la señora de Maussane murió poco después del parto). Venía de buen grado a Ginebra porque quería a su hija. Pero se iba sin disgusto, feliz de huir de los reproches indirectos y amables de la señora Sarles. Ésta, que no se habría separado de Aude sin sentir un vivo dolor, no podía evitar dar a entender a su yerno que hacía mal no llevándose consigo a su hija. El señor de Maussane llevaba quince años diciéndole a su suegra que tenía toda la razón y que examinaría atentamente el problema, pero aplazaba su decisión año tras año y lograba llevar una agradable vida de soltero entre su criado y Berthe Denerny, actriz de la Comédie-Française.

Inteligente, rico, extremadamente cortés, dotado de un auténtico genio para la intriga, principal accionista de un gran diario de información, había sido lo bastante hábil como para seguir siendo intachablemente honrado. Presidente del grupo de la Unión republicana, dos veces ministro, era actualmente presidente de la comisión de Asuntos exteriores del Senado y mantenía cordiales relaciones con la mayoría de sus colegas de centro, izquierda y extrema izquierda.

A sus numerosos amigos, que le predecían los más encumbrados destinos, les hubiese sorprendido saber que Maussane temía una pizca las implacables sonrisas de su suegra cuando, al tiempo que chupaba caramelos pectorales, elogiaba ante él las virtudes paternas de ciertos evangelistas negros e insinuaba, mediante tenaces reticencias acompañadas de «hum» sonrientes y mediante inocentes palabras bien asestadas, que era un padre egoísta por quien ella, la justa de las justas, sentía un afecto tanto más meritorio cuanto que él no lo merecía. Lo que también irritaba al señor de Maussane era el interés que la excelente verduga creía experimentar por las vicisitudes de la política francesa. Agobiaba a su yerno con preguntas encantadoras y atolondradas sobre su actividad en el Senado. Aunque se enorgullecía de los éxitos del señor de Maussane, no dejaba de darle a entender que lamentaba verlo dirigir un grupo de izquierda y aprovechaba todas las ocasiones para arrojar la buena simiente en un alma, ay, muy tibia desde un punto de vista, hum, religioso. E incluso, cuando podía, daba consejos al señor de Maussane y hacía votos por que los senadores franceses adoptasen la buena costumbre de abrir sus sesiones con una pequeña oración. Las intervenciones de la señora Sarles provocaban las más de las veces una tímida reprimenda del pastor que se llevaba aparte a su esposa. (Vamos, hija mía, vamos). Ambos perseguidos, el señor de Maussane y el señor Sarles, habían pactado una tácita alianza y se echaban una mano cada vez que podían.

La señora Sarles, inquieta de que no aparecieran Aude y Jacques, trasladó su malhumor a otro particular y buscó la libreta donde anotaba los libros prestados. ¡Desde luego, tenía gracia la gente con su falta de puntualidad! ¡Seis meses hacía que había prestado un libro y aún no se lo habían devuelto! ¡Un libro tan bonito! Tomó por testigo al señor Solal. Para rehabilitarse del silencio al que lo obligaba aquel nuevo ambiente, Solal apretó por debajo de la mesa la rodilla de Adrienne que

preguntó a la señora Sarles sobre aquel libro fuera de serie. La anciana intentó recordar el título sin lograrlo. En cualquier caso, el autor era un hombre distinguidísimo, o no, una mujer. (La señora Sarles solía sufrir arrebatos de vago entusiasmo: las aguas se arremolinaban en torno suyo; se agitaba, hacía subir la arena a la superficie, y quedaba desconcertada, anestesiada; se le iba el santo al cielo y no sabía ya de qué estaba hablando; cuando recuperaba el sosiego, sus interlocutores no lograban obtener más información).

Alzando la ceja derecha, el señor de Maussane liberó el monóculo al que los cenicientos mostachos parecieron acompañar en su caída y preguntó el nombre del distinguido autor. La señora Sarles declaró que empezaba por B. No, era más bien una N. Una X o una F, concluyó con energía. ¡En cualquier caso tenía un estilo pulido y de una finura! El señor Sarles se dirigió al cenit y canturreó «Oh montes independientes». El señor de Maussane, que no desperdiciaba las ocasiones de vengarse, se informó del tema que tocaba el distinguido autor. La pobre señora Sarles, acorralada, se echó dos terrones más para estimularse la memoria.

—Es un tema maravilloso y tratado con mano maestra. ¡Ahora caigo! Fue Ruth la que me aconsejó que lo comprase.

El señor de Maussane frunció la frente y encendió un puro. La imperceptible sonrisa que había esbozado Solal al mirarle no le había resultado desagradable. Ruth acudió en socorro de su tía y recalcó que se trataba de un sustancioso estudio comparado sobre los ritos del noviazgo tanto en la especie animal como en las sociedades primitivas. El señor Sarles retrocedió y frunció el ceño. A continuación, miró al señor de Maussane que miró a Solal. Adrienne lanzó un suspiro de alivio y ofreció otra taza de té a su amante. Éste hablaba con la señorita Granier de un libro feminista que fingió haber leído. Ruth Granier, retocándose la blusa, habló con animación de la autora, Lady Bloom.

—Es una de tus mejores amigas —precisó la señora Sarles que adoraba a su sobrina y aprovechaba cualquier ocasión para encarecerla—. Una mujer de singular distinción —dijo a Solal que se inclinó.

El pastor se compadecía no sin buen humor del joven, nueva víctima, y susurró con variantes: «¡Os saludo, sublimes glaciares!». Tecleando sobre la mesa, escuchó con simpatía al joven a la brega preguntando pormenores sobre la vida y obra de Lady Bloom.

Por fin, llegaron Aude y su novio. Solal se levantó, saludó a la señorita de Maussane sin mirarla y estrechó la mano del conde de Nons con una agradable sonrisa. Acto seguido, siguió hablando. Improvisándose modesto y cortés, supo agradar a los tres hombres y no desagradar a las mujeres. Por lo demás, todos adivinaban que Adrienne sentía cierta simpatía por aquel joven evidentemente dotado y querían mostrarse amables. Únicamente Adrienne no compartía la cordialidad

general y examinaba al hipócrita con los párpados entornados.

Habló de Cefalonia, de las excursiones que hiciera con el señor de Valdonne y de sus estudios en Aix.

Jacques de Nons anunció al señor de Maussane que había descubierto en Angoulême un cuadrito de Corot que constituiría una de las piezas más hermosas de su colección. Solal pergeñó (se avergonzaba de recurrir a tan fáciles dotes; ah, ¿por qué era imposible ser completamente blanco y puro y hermano?), una teoría nueva sobre Corot. Jacques de Nons, que saboreaba con delicioso terror las paradojas y a quien el rostro de Solal impresionaba, dijo que le encantaría enseñarle su puñado de pequeños lienzos y le dio las señas de su piso de París. Aude golpeaba nerviosamente la grava con sus sandalias blancas.

Jacques, cuyo rostro se sonrosó de repente, preguntó a Solal si unos poemas, publicados varios años atrás en una revista joven, eran suyos. Adrienne contestó por Solal. Jacques se puso colorado de gusto y dijo que uno de sus amigos de Oxford, que dirigía una revista paneuropea en Berlín, hablaba a menudo con admiración de aquel Solal desconocido. Aude interrumpió a su novio para alabar la obra de un joven escritor a quien encontraba un talento fantástico. Solal la miró por primera vez. (Había dicho «fantástico». O sea que era completamente virgen). Pero estaba harto y había dejado de escuchar al capitán de Nons que hablaba con entusiasmo de los alemanes y de sus dos mejores amigos, unos príncipes mediatizados.

La señora Sarles se levantó. Poco después, se marchó Solal, bastante cabizbajo. Había hablado mucho. El Maussane lo había mirado con bastante recelo. La vieja Sarles le había dicho muy amablemente «adiós, adiós», para compensar sin duda la ausencia de invitación concreta a que volviese. En resumidas cuentas, todo había fracasado y no resultaba tan fácil integrarse en sociedad.

Tras marchar Solal, el senador mantuvo una larga conversación con Adrienne. Haría todo lo posible por echarle una mano y encontrarle un trabajo a su protegido. Pero quería asegurarse antes de que no existía intriga alguna entre ella y el joven. De ser así, no sólo no colocaría al tipo sino que pediría a Berna su expulsión. La señora de Valdonne supo disipar las sospechas del señor de Maussane. De modo que lo prometió. No obstante, se hallaba indeciso. ¿Qué trabajo ofrecer a aquel muchacho? Evidentemente, necesitaba él mismo un secretario que velase por sus asuntos financieros, que se encargase de la correspondencia con los electores y de confeccionar los discursos. Era lo bastante antisemita como para no dudar de la capacidad del joven. Pero aun así, el hijo de un rabino. Ojo con la pifia. Pero había prometido. Así que mandó llamar al joven.

Dos días después, el senador sometió a Solal a un apretado examen y lo admiró por resistir la tentación de dar a entender que advertía las trampas que le tendía, por no picar en la conversación familiar que había urdido y no sumarse a las veladas

ironías sobre la señora Sarles. Le preguntó qué había hecho durante la guerra. Solal se acordó de su alistamiento voluntario y lo mencionó con apuro. El señor de Maussane preguntó el número del regimiento, el nombre del coronel y las fechas de las citaciones.

Solal no tenía ganas de seguir recurriendo a las artimañas de la visita anterior. Con sincera naturalidad, habló de su vida de miseria y vagabundeo. Dijo que estaba cansado de trazar planes hábiles; que no le gustaba seguir dándose las de joven modelo y beber té; que además no tenía ni idea de asuntos financieros ni de política. Si quería contratarlo el señor de Maussane, mejor. Si no, mejor también. Reanudaría su vida de miseria. El senador le hizo observar que no tenía pinta de no tener dinero. Solal estuvo en un tris de contar la piratería nocturna pero una chispa artificial de sensatez lo detuvo. El señor de Maussane se alisó en varias ocasiones el calcetín de seda.

—Por supuesto, si le contrato como secretario, tendrá que andarse con ojo con la señora de Valdonne. Por mi parte, no veo mal alguno en ello. Viuda, libre, joven. Tiene derecho a tener un amante. Pero discreción, ¿verdad?

Solal se olió el peligro. «He sido casi del todo sincero —pensó—, y tú te andas con añagazas». Fingió la indignación muy contenida que convenía. El senador se rascó el párpado y aspiró aire.

—Conforme, joven, lo contrato. Le deseo que me haya dicho la verdad. Mandaré a su hotel los papeles y la documentación necesarios para ponerle al corriente. Venga a verme dentro de una semana. Entretanto, tenga. —Agitó el cheque para que se secase la tinta. Solal se metió el papel en un vago bolsillo—. Son los tres primeros meses. Adiós, caballero —dijo el senador alejándose a zancadas con sus polainas.

Solal corrió hacia Adrienne que se paseaba por el fondo del jardín y saltó el banco con los pies juntos.

—Es un imbécil. Todo al traste.

—Lo presentía.

—¡La intuición femenina! —exclamó él con grandilocuencia.

Tenía ganas de coger a la entrañable amiga por las manos y ponerse a bailar con ella. Pero pensó que no convenía mostrarse cándido y que las mujeres preferían la actitud del gallo. Dijo gravemente que había llegado a un acuerdo con el señor de Maussane.

—¡Cariño cariño cariño!

—Tranquila, niña.

—Sí, lo sé, soy una niña, una boba. Pero es que, mira, me entran ganas de gritar, de saltar.

Se interrumpió, avergonzada. ¡Cómo había cambiado!

—Escucha, ¿la mariquita quiere a tu hermano? ¿Qué hace él aquí? ¿Por qué no

trabaja, cómo es que no tiene un trabajo como yo?

—Es oficial.

—Cuéntame más cosas.

—Combatió heroicamente en el frente. Sólo tiene veinticinco años y es capitán.

El señor de Maussane ha dado su consentimiento a la boda, que no se celebrará hasta que mi hermano sea nombrado en Roma. Su permiso expira dentro de unos seis meses y creo que entonces lo ascenderán a comandante y lo nombrarán agregado en la embajada.

Solal se sentía humillado. Evidentemente, el tipo estaba mejor situado que él.

—Estas historias me aburren soberanamente. ¿Y ella es más rica que él?

—No lo sé. Creo que sí. Pero, cariño, ¿qué te importa a ti todo eso?

—¿Y la quiere?

—Sí.

—Yo también.

X

Solal dejó de dictar el discurso de su jefe. Sin segundas intenciones, propinó unos golpecitos en la nuca a la taquígrafa que engulló la hostia.

Se paseó, olvidó su trabajo y rememoró la época en que, solo en el cuarto del hotel ginebrino, compulsaba febrilmente los documentos que le había mandado Maussane. Se vio, rascándose la barba de diez días y devorando las obras sobre finanzas (¡valiente ingenuo!), hojeando las colecciones de los grandes periódicos de opinión, examinando actas de los consejos de administración a que pertenecía el senador, caligrafiando resúmenes, prendiendo en las paredes fichas y diagramas, estudiando bajo la dirección de un viejo contable, recluido durante diez días en un cuarto y magníficamente retribuido. Luego, el duro trabajo en París. Seis meses habían transcurrido ya.

Cierto que tenía ahora en sus manos la fortuna y los éxitos de Maussane. ¿Y para qué? (A Dios gracias, Adrienne llevaba un mes sin aparecer. Bendita estrategia de las celosas). Ahora tenía dinero. Sus funciones propiciaban las buenas jugadas de bolsa y tenía trescientos mil francos en el banco. Tan inútil todo eso. ¡Ah, que llegase mañana con su hermosa aventura! Aquella muchacha frente a su máquina de escribir. Se sonaba y se empolvaba cada dos por tres la sexualilla. Él era casto. En las clases de moral en la escuela, deberían colgar pantalones de mujer en la pizarra.

Se sentó. Se le cerraron de repente los ojos. La taquígrafa adoró el rostro severo del durmiente en el que no se movía un músculo. Despertó, sonrió distraído y despidió a la joven cortésmente.

Sí, había sabido trabajar y en seis meses Maussane había crecido en influencia y en dinero. Vanidad de vanidades. Evidentemente el senador era amable, francés, simpático, generoso, egoísta, ingenuo en definitiva, y quería sinceramente a quienes le resultaban útiles. La vida no era desagradable. Los periodistas, los bancos y todo el inútil bullir de la gente que morirá mañana. Todos aquellos franceses le tenían aprecio. Se les invitaba, venían a comer y a charlar. Amables, discretos. Se les veía cuando uno quería. Las cenas; el club donde Maussane se alborozaba viéndolo perder con impasibilidad; en la Comédie-Française el palco de la amante de Maussane; el *dancing* donde bebía agua canturreando una melopea del tío Saltiel. ¿Por qué no había escrito a los de Cefalonia? Su padre. Bueno, pues sí, su padre era un viejo con barba, no era el Eterno.

Entró el señor de Maussane y con él un olor a cuero, puro y agua de Lubin. Miró con afecto a aquel muchacho espigado, silencioso, activo, respetuoso ante los extraños y cuyos juiciosos consejos seguía.

—¿Qué, está ya ese gran discurso? Esta vez le he dado a usted una documentación de primera.

—No.

—¡Ah! Bueno, lo necesito para las dos. Esta vez daremos el golpe de gracia.

—No conviene. No es el momento. Si quiere, le explicaré por qué. El discurso que he preparado no es el que se espera usted.

—Es suficiente —dijo el señor de Maussane disimulando su sujeción con un fuerte carraspeo.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Óigame muchacho, ¿se da cuenta de que se está usted pasando un poco de la raya?

—No sé, me aburro hoy. Tenía algo que decirle. Ah sí, te quiero mucho.

Se acercó, abrió los brazos. Maussane, que no se esperaba el abrazo de loco, retrocedió, declaró que todo tenía un límite y salió. A la una, mandó al criado a por el discurso mecanografiado.

A las seis, fue a ver a Solal. Tras anunciarle fríamente que su intervención había sido favorablemente comentada, anunció su decisión de ir a pasar unas semanas a Ginebra con objeto de asistir a las sesiones de la Asamblea de la Sociedad de Naciones y supervisar la actividad de la delegación francesa.

—Le tocará a usted su parte de los sermones de la señora Sarles. No quiero dejarle solo en París y enterarme por los periódicos de que un energúmeno ha ido a besar a la turca al presidente de la República.

En realidad, Maussane no podía prescindir de aquel muchacho a quien profesaba cariño. Salieron aquella misma noche.

Ginebra. Lago estilográfico. En el andén, el comisionista Einstein discutía con su amigo Samuel Spinoza, el pequeño cambista y vendedor de pistachos.

Cordial acogida de los ancianos Sarles. Mirada de Adrienne a las ojeras de los ojos infieles. Sonrisa y enérgico apretón de manos de la señorita de Maussane.

Aude, que tiempo atrás había rogado a su padre que no contratase al desconocido, había mudado de parecer sobre este último. Adrienne le había repetido que el tenebroso personaje era en realidad un jovencito lleno de candidez y Jacques de Nons, que había visto varias veces a Solal en París, recibía cartas de éste cuyo tono confiado, vital poesía, coherentes locuras, profunda y fragante nostalgia resultaban simpáticas. Se sentía conmovida cuando Jacques se detenía en algún pasaje destacado y se la quedaba mirando no sin cierto orgullo. En definitiva, que aquel misterioso Solal poseía un alma y una mirada fresca.

Pero no tardó en desmoralizar la buena voluntad de Aude. Se mantenía distante, la miraba apenas y le contestaba con cortesía excesiva y desagradable. La señorita de Maussane, que no era paciente y encajaba mal que se la tratase con indiferencia, quedó convencida al primer día de que su primera impresión había sido la correcta. El

tipo era bastante extraño. Adrienne, la tonta ésa, que no le quitaba los ojos de encima, seguro que estaba enamorada. Decían que había combatido valerosamente en la guerra, y que en París había salvado a gente en un incendio. Sin duda Padre había exagerado. Historias de folletín. Y aunque fuese cierto, ¿qué tenía de extraordinario?

Lo que más la irritaba era ver a Jacques encandilado con él. Aquella amistad súbita y exagerada resultaba bastante penosa. Desde que había llegado Solal, Jacques le hacía menos caso a ella. E imposible convencerlo y sustraerlo de aquella influencia. Se negaba a escuchar, decía que ella llevaba los celos demasiado lejos. Influencia realmente perniciosa puesto que el brillante oficial llegaba ya al extremo de exponer teorías antimilitaristas.

Se esforzó en hacer inaguantable la estancia de Solal en las Primaveras, buscó ocasiones de ofenderlo. Se dirigía a él con la voz una pizca ronca e imperiosa que empleaba con los inferiores. Bueno, ¿y acaso no era el criado de su padre aquel secretario que cruzaba sus largas piernas ante el hogar? Pero el otro miraba en silencio los pies, las manos, la frente de la señorita de Maussane, se alborotaba el pelo y bostezaba bondadosamente.

Un día, el sexto después de llegar Solal, entró ella en el salón donde conversaban ambos. Para sonreír a Jacques, sus labios, como retenidos y abiertos con esfuerzo, mostraron los dientes ingenuamente. Se sentó, cogió un libro. De cuando en cuando, volvía varias páginas a la vez. Naturalmente, el exótico se afilaba las garras y colmaba a su amigo de un cariño exagerado, dominador, insultante. Y Jacques, in albis. El aventurero le aconsejaba con una vehemencia cuya sinceridad resultaba convincente, que renunciase a la profesión militar. (¿Por qué? Ni él mismo lo sabía, sin duda. Placer gratuito de jugador. Deseo de mover de sitio los peones). Luego habló de «Lamiel» y afirmó estar enamorado de las heroínas de Stendhal. (Aude volvió diez páginas). A continuación, describió las «Cortesanas» de Carpaccio, su espalda indolente, su ociosidad de sucias diosas y, en torno a ellas, los equívocos animales, compañeros y pensamientos.

Se levantó y salió. Era bastante inteligente, pero qué insolencia hablar de mujeres de mala vida delante de ella. Pésimamente educado. ¿De dónde salía aquel hombre? Telefoneó a su librero, encargó el libro de Stendhal y todas las reproducciones de Carpaccio. Para combatir al intruso, era menester conocerlo.

Llovía. Se puso la esclavina de su abuelo y se paseó por el jardín. Se detuvo ante el gran nogal, disfrutó aplastando las cáscaras blandas y notando la nuez dura. Al cabo de diez minutos, regresó, olvidó quitarse las botas (había montado a caballo desde las siete hasta las nueve) y se acercó a calentarse ante la chimenea. Solal sorprendió la atenta mirada que clavaba Jacques en las botas cuya marcial brusquedad contrastaba con la suavidad de la seda revelada.

Con un gesto púdico y celoso bajó los ojos, sopesó el libro que el oficial, que era

también hombre de letras, acababa de regalarle y lo recorrió en siete minutos. Era una novela de ciento ochenta páginas aireadas, titulada «Amistades» y dedicada al príncipe de Tour y Taxis. Imágenes selectas. Nombres masculinos y femeninos bullían, se reunían, se alejaban, peces reventados. Un libro enjundioso, equilibrado, armonioso, decantado, sobrio. (Todos los adjetivos preferidos de los impotentes cristalinos que no han sido bendecidos por el oscuro Señor resplandeciente de vida, adoradores de la plomada, hábiles en encorsetar su debilidad y maquillar su anemia). Jacques explicó que había querido escribir una obra arbitraria y gratuita, que estaba cansado de los personajes demasiado sanguíneos. «Un desafío en definitiva a la psicología». El marido se llamaba Marie y la mujer, Claude. Solal pensó en Sancho, en el general Ivolguin y en los Esforzados. Cerró las mandíbulas y el libro.

—Ya he leído. Su libro es extra —una pausa insolente— ordinario. Tiene que escribir otro esta noche. Jacques, le quiero muchísimo y desconfíe usted de mí —dijo involuntariamente con tono muy grave y muy suave—. Tengo nostalgias, sed de cosas. Me gusta sorber las almas con un huevo fresco. Tengo hambre de todo. Tengo tres mil trenes contradictorios que corren por seis mil raíles y de mi corazón van a mi mente. Le canso, Jacques. Dígame que me calle. Actúe autoritariamente. Podría hablar durante treinta y tres horas. (Su exageración le encandilaba). Durante tres vidas. Hermano, te quiero muchísimo.

Pero de inmediato se echó a reír, bromeó sobre sus momentos de locura, logró serenar el ambiente y tranquilizar a su amigo que, poco después, abrió su pitillera de platino y se la alargó. Tanteando con los dedos, Solal cogió un cigarrillo sin mirarlo, con un imperceptible y voluptuoso estremecimiento de la mano, entornados los ojos, inclinada la cabeza, nerviosos los labios y como transidos. Aquel cigarrillo, cogido al azar, era para él como una mujer nueva, tantísimo más cómoda que las auténticas.

Eran las tres. Jacques tenía que acudir a la Asamblea de la Sociedad de Naciones para reunirse con amigos alemanes, austríacos e ingleses e intercambiar puntos de vista oxforianos. Preguntó a Aude y a Solal si querían salir con él. El secretario arqueó las onduladas cejas, meneó la cabeza y sonrió. Aude, que daba una clase gratuita de gimnasia rítmica a los niños del pueblo, dijo que tenía que prepararla. Solal le preguntó cortésmente si sabía hacer el espagat.

Jacques marchó, con una imperceptible vacilación. Llevaba observando desde hacía unos días que en presencia de Aude, Solal (extraño: Aude Solal) no se comportaba con la amistad y delicadeza habituales. Lástima. Sus modales empezaban a resultar desagradables.

Los dos enemigos frente a frente. Al fin y al cabo, ella estaba en su casa. Le correspondía a él marcharse. Lo desafiaba a que la obligara a irse. Él miraba aquellos ojos dorados, aquellas mejillas mates y tersas, aquella nariz a la antigua y aquella amplia dureza de la frente prominente, segura de su destino, ovalada y compacta

como un casco atajado por las cejas estelares.

Aude se levantó a cambiar de sitio un cofrecillo. Su cuerpo adolescente poseía el entrañable desgaire de la vida. La delicadeza de las manos. Los hombros estilizados. Y las caderas sultanescas. (¡Oh Señor de la sangre y de la carne viva grávida viva!). Aquellas ancas de espléndida materialidad. Cayó al suelo el cofrecillo. Aude lo recogió con estudiada flema. Solal se levantó. Ella se volvió.

—Es usted guapísima —dijo con tono bastante desdeñoso.

Y salió. Aude permaneció pensativa hasta que la campana de la cena la hizo salir corriendo hacia el comedor. Estaba muerta de hambre y, gracias a Dios, aquel hombre no se había presentado a la mesa.

Después de cenar, había dejado de llover y salió con Adrienne. Acariciados los cabellos por el viento fresco, pasearon por la carretera otoñal en la que un grupo de paseantes entonaban un cántico en honor del Jura azul, del Salève postreramente rosa y del lago ceniciento, con sus orillas erizadas de parpadeos. Aude tomó del brazo a Adrienne. Un puñado de cuervos de mirada antisemita graznaron que la patria se hallaba en peligro y huyeron.

—¿Le quieres, verdad Adrienne?

—Qué va. Tengo treinta y un años, pequeña. —La otra pensó: no, treinta y dos—. Pero tú te fijas demasiado en él —dijo Adrienne abrazando a Aude que se echó a reír.

—¿Yo? Me hace gracia. Me gusta verlo poner esa nariz orgullosa. Hasta es curioso ese tipo de orgullo que tiene. Oculta un continuo estar a la defensiva, un temor a que le humillen. Y resulta irritante con su cara de no sé qué. ¿Sabes una cosa? ¡Me gustaría tirarle del pelo y que grite ese hombre, que grite como un mortal!

Se hartó de repente de estar con aquella mujer triste, la dejó bruscamente, echó a andar a zancadas. Cuando llegó ante las Primavera, subió apresuradamente la escalera, corrió hacia el cuarto de baño. Abrió los grifos y se duchó, fruncidos los labios. Le urgía estar en la cama, la amiga de las preciosas historias, y contarle sus desdichas. Mientras se secaba el cuerpo con frenesí, repetía adoptando distintos tonos, en el tumulto de la ducha que no paraba de correr:

—Es usted guapísima.

Cerró los grifos y habló en voz baja.

—Es malo. —Apagó la luz y se acostó—. A fin de cuentas, es lo que se llama un judío —dijo con desprecio. (Se acarició lentamente con la mano los pechos que asomaban).

XI

Al día siguiente, Solal se levantó con los primeros rayos del sol que se bebía a largos sorbos la bruma. Embutido en su batín de terciopelo rojo, cruzó el jardín, descendió el caminillo que pasaba por el prado. Nadie. Arrojó el batín dentro de una barca, se zambulló en el lago y se alejó.

Aude llegó en el instante en que desaparecía tras el cabo. Inspeccionó su cúter y se sentó en la arena. La aurora helaba de rosa el cielo y de violeta la extensión sobre la que, a lo lejos, una vela rojo oscuro se inclinaba y soñaba. Los cuchillos del sol herían la pequeña playa. Un abedul inclinaba la cabeza inflamada en la que veintisiete pajarillos organizaban su necia algarabía, sin meterse en complicaciones psicológicas, limitándose a rendir homenaje a la delicadeza y vivacidad de este mundo. El sol jugaba oblicuamente en el agua y doraba las estrías de arena.

Dejó caer el albornoz, surgió flamante y se lanzó. Tras retozar en el agua, volvió con su respiración sana, posó su belleza en la arena y se acurrucó. El sol acarició el cuerpo denso que se desanudó.

No veía a Solal que regresaba. La agitada brisa y el sol concentrado la poseían y se abandonaba. Atisbos de colores se esfumaban y le hacían asomar a los ojos lágrimas de añoranza. Los árboles desplegaban su patronazgo. Contempló su brazo irisado que tenía, en el hueco del codo, la transparencia de un fruto.

Espanto. Chorrean unos rizos negros y surge un dios del agua. Ve las perlas de agua en el oro moreno de Solal hinchado de fuerza precisa. Ve el juego de los músculos de Solal, serpientes enlazando sus desiguales redondeces. El ve las largas piernas de Aude y las sombras y los contornos. Busca la mirada de Aude, sonrío, se vuelve y se zambulle. El agua recibe al hijo ágil que reaparece más lejos. Alzado el brazo, ríe y entona un largo canto de vida, un grito de juventud.

Hora del almuerzo: Aude, Adrienne, Solal y Jacques. Los Sarles y la señorita Granier habían marchado la víspera a Nîmes. En cuanto al señor de Maussane, un misterioso telegrama lo había obligado a tomar el rápido de París.

Elocuente en el vacío, exultante de amistad y lleno de apetito, Solal se dirigió a Jacques. Adrienne comía a cámara lenta, notaba la inutilidad de su vida y juzgaba a su amante en definitiva antipático y grosero. Aude pensaba que todos los libros describían mal la maldad de aquel hombre a quien había sorprendido hacía un rato hablando con dureza a Adrienne que evidentemente le amaba en secreto. No podía soportar ver sufrir así a su pobre amiga por culpa de aquel secretario.

Solal, tras comparar, como a su pesar, un poema de Blake con las primeras líneas del libro de Jacques, pidió a este último que tocara unas melodías de Schumann. Jacques halagado (¡Blake!), se sentó al piano. Solal escuchaba con mirada extasiada. En el límite mismo de la delectación, tomaba al mundo por testigo y suplicaba a su

querido amigo que tocase con arrebato, con sentimiento, con inusitadas languideces, que tocase amorosamente, que tocase con pasión extremada, que tocase pensando en la más jónica de las mujeres.

—¡Con toda tu alma, hermano! ¡Hasta asquearte de placer!

Aude, harta del espectáculo, se acercó, apoyó la mejilla en el pelo de su novio y le habló en voz baja. Él dejó de tocar y la siguió al jardín.

De pie ante la ventana de la biblioteca, Solal la miraba acurrucada contra Jacques, conmovido por aquel cariño, pero demasiado respetuoso con la vida interior de su novia como para preguntarle los motivos de su tristeza.

Solal arrojó al fuego las copias de documentos que la secretaria de la Sociedad de Naciones enviaba cada día. Horrenda muchacha que pegaba el cuerpo al cuerpo de aquel hombre. Ya puestos, ¿por qué no se dejaba poseer allí mismo en la hierba? ¡Hija de Baal! ¡Y él, Solal, tan sencillo y puro!

Aude suplicaba a su más querido amigo, a su Jacques de la infancia, pedía a su amigo que se quedase, que no la dejase sola, lo necesitaba tanto. Jacques, ya en el coche, la consoló, se excusó: dentro de una hora, tenían que presentarle a un joven ministro influyente y tan interesante.

—Bueno, pues vete —exclamó ella con ira.

Aude pensó, al pasar ante la biblioteca, que en definitiva la separaba una puerta del hombre y que a toda costa tenían que tener una explicación. ¡Acabar de una vez con aquello, Dios mío! Estaba harta. Seguro que la había seguido por la mañana. Harta de que la persiguiese aquella sonrisa. Le haría entender que tenía que marcharse, que era innoble jugar así con Jacques y con Adrienne. Angustiada y notando que hacía mal, abrió la puerta, embargándole en el umbral la delectación del vértigo y quizá el espantoso júbilo de seguir la senda equivocada destino de toda eternidad.

—Le molesto.

—¿Qué? —preguntó él con odio, desconcierto, distracción y genialidad.

—Le molesto.

—Sí, sí, gracias.

Ambos ignoraban lo que decían y pensaban en la sorpresa de verse desnudos. Se acercó ella a los estantes, hizo un montón de libros que se vinieron abajo.

—¿Ha concluido usted sus investigaciones bibliográficas? —preguntó él gravemente, imprimiendo al cordón de su batín tornasolado un movimiento amenazador de honda.

Aude buscó en vano una frase insolente y se acercó, sin saber lo que iba a decir.

—¿Qué tiene usted contra Adrienne? ¿Qué ocurre, por qué la hace sufrir de ese modo?

—Le ruego que me deje solo.

—Cuando me dé la gana.

—La espera su novio. ¿Se casan pronto? Buen viaje.

—Como puede imaginar, no me quedo aquí por gusto. ¿No se da cuenta de que es usted odioso con ella? No la mira, no le contesta cuando ella le habla. La he sorprendido llorando. ¿Es posible que no se dé cuenta?

—¿Cuenta de qué? —preguntó él falsamente desconcertado.

—Pues —le temblaron levemente los labios— de que ella le quiere.

El loco soltó la misma carcajada que por la mañana y se estiró.

—Ella me quiere, yo la quiero, usted la quiere, todo el mundo se quiere. ¡Cuánto azúcar! Y una vez casados, Jacques le sonreirá a usted hasta afeitándose. Y yo no quiero que me quieran. Mi corazón tu corazón su corazón. Mi góndola tu laúd su echarpe nuestros sentimientos vuestros efluvios sus pasiones. Te quiero me entonteces me hace sufrir es usted odioso. Váyase usted con sus ensueños. No resulta difícil, sí por sus ensueños, comprender qué clase de temperamento tiene. ¡Váyase, váyase, mariquita! Estoy harto de verla. Sueña usted con una existencia heroica y rebelde, y en realidad la niña está encantada de ser la hija de Maussane, y opina que soy descortés y que de dónde salgo etcétera. Váyase a soñar. Usted que es tan altiva, oféndase de una vez en vez de mirarme con esos ojos de hipnotizada. Me imagino que en su diario íntimo escribirá cosas de este estilo: «Los pensamientos se apiñan en torno a mí como el rebaño hacia el pastor cuando derrama la sabrosa sal en la piedra». La conozco. Y sé lo demás. Lo que no puede decirme. Lo que hace por la noche. ¡Póngase colorada de una vez!

Se alejó y regresó, más delgado y tan cautivador violento oscuro amenazador.

—En realidad, es una declaración de amor. Vete. Te amo. ¡Y tú también me amas, por Dios vivo!

Ruido de puerta. Entró Adrienne y se extrañó del silencio. Aude se llevó los libros y salió.

—Os molesto —dijo Adrienne sonriendo.

—Dices lo mismo que ella. Sí, me molestas.

—¿Qué le decías a esa niña?

—Le he dicho a esa niña que se largue con viento fresco.

—¿Y eso la ha halagado a fin de cuentas?

—¿Por qué?

—Se ha creído que le tenías miedo.

—¿Yo?

—No mientas.

—Sí, le tengo miedo.

—Ya no me quieres, ¿verdad que no?

—No, ya no me quiero, no me quiero a nadie. Todo el mundo conspira contra mi paz. ¿Qué os he hecho yo a todas? Ahora vete. ¿A ti también te halaga?

Al quedarse solo, se paseó. De cuando en cuando, una buena carcajada. ¡No quería volver a saber nada de esas malditas!

—Aude Solal. Ni hablar. Además, seguro que se suena. Así que no me subo en su góndola, joven Aude de Frangipane, yo qué sé cómo se llama esa soñadora, esa moqueapañuelos. No me esclavizan a mí esas criaturas de humedad. Por supuesto que Moisés también se sonaba. Pero no se situaba en el plano de la belleza, o sea de la asquerosa carne, y no le humillaban por tanto las mezquindades de la carne. Joder, esa fusión de dos tubos digestivos. Los pechos, esas dos bolsitas siempre blandas y caídas, por mucho que digan vuestros novelistas. Me gustaría saber quién soy, quién seré. Tiene unas caderas admirables. ¿Por qué le habrá concedido el Señor esas caderas de la perdición que fustigan mi corazón y el aire con una llamada desgarradora? ¿No hubiera podido ponerles en vez de eso algún bendito y viejo pergamino sagrado? Sí, Moisés. No tocaba el piano Moisés, no cogía zinnias y cataclinas diciendo: ¡Ved cuán inmaterial soy y cómo mi cuerpo, querida, es la imagen de mi alma! ¡Tenía callos en la nuca y la cintura virtuosamente deformada! Se sonaba sin rubor, pues su vida era el espíritu. —Solal muequeó solemnemente para sí. Tras aquel tartamudeante furor, había tanta alegría y juventud—. Mientras que Apolo se sonaba a pequeños sopliditos detrás de una columna, Moisés, hombre de Dios, sacaba su viejo pañuelo a cuadros, inmenso como una tienda, lo sacudía, lo desplegaba al viento del espíritu y, mirando cara a cara al Eterno, se sonaba. Entonces, tronando desde lo alto del Sinaí, sus fuertes expectoraciones amedrentaban a las doce tribus arrodilladas al pie del monte. Yo también tengo miedo. ¿O quizá no tenía pañuelo? ¡El índice derecho, luego el izquierdo y el temor de Dios! Mientras que las chicas ésas te sacan un pañuelito perfumado y con escudo de armas y te sueltan modestos soplidillos, pff pff, como un gatito, poniendo caritas discretas, como si dijeran: «Es un juegucito, nuestra bonita naricilla hace confidencitas a nuestro cuadrado de linón». ¡En realidad, están echando ahí buen moco bien verde, bien recio y espeso! Producción del amor: azar (podía haber hecho perfectamente sus monerías musicales, distinguidas, apasionadas, poéticas, con cualquier otro); sentido de lo social (admiración consciente —o inconsciente en el cabo de las mujercillas puras— por el hombre que triunfa); biología (un robusto pecho resulta indispensable a esas virgos o vergas del diablo para que amen); y si el amado no es absolutamente imbécil puede tenerlas sobre ascuas mediante la inquietud. Sobreviene entonces el gran amor azul celeste y rojo corazón y violeta infinito.

Se levantó, rompió un Buda de jade.

—Todo inútil. ¡Ah tontería ah corazón ah miseria! Aude amada mía, la más dulce y la más hosca, la más noble y la más esbelta, la viva la torbellino y la soleada, Aude,

me gustaría poseer todas las voces del viento para anunciar en todos los bosques: ¡amo y amo a la que amo!

Entretanto ella erraba, calzada con zapatos claveteados, por el bosquecillo ensombrecido. ¿Con qué derecho, con qué derecho había hablado? Y ella escuchando la voz de aquel terrible lúcido con cobarde placer. Feliz de que calara en ella. ¿Cómo había podido adivinar su vida secreta, las frases de su diario? ¡Qué mago! ¿Y cómo se había atrevido a pronunciar aquellas palabras al final? Te amo. ¿Pero y entonces Adrienne? Adrienne le amaba. ¿Y no amaba él también a Adrienne? Quizá. ¿Pero entonces? Te amo.

Se sentó contra un árbol, disfrutando del húmedo frío que penetraba en ella, aspirando el olor de la tierra, de las setas y de las hojas podridas. Sacó la Biblia de la vieja esclavina de su abuelo. Evitando lealmente las hojas del Cantar de los Cantares, abrió al azar para conocer su destino. La respuesta fue aterradora.

Arrojó el libro, contempló las pequeñas vidas herbosas que hormigueaban, se asió a la melena verde y gimió sin darse cuenta. El viejo sauce se mecía con indulgencia y el pájaro que anuncia la lluvia repetía su lamento. Pasó una hora.

Vio a su novio saliendo del coche y cerró los ojos. Jacques le preguntó qué hacía allí.

—Creo que he ido a buscar setas.

—Mi Aude está un poco loca. ¿Por qué crees?

—No lo sé. Te quiero.

Le acarició él la frente y el cabello. Sus dedos se demoraron en la pequeña depresión.

—Es aún una criaturita. Tiene aún la fontanela.

—Déjame tranquila. —Un lapso—. Jacques, estoy melancólica. Aprétame fuerte. O si no, no, vamos a cenar. Han tocado.

(Consumé a la Royale). Adrienne, que instantes antes había sido violentamente tranquilizada en el sofá, estaba suave como la tierra regada. (Conchas de rodaballo Morny). Aude y su novio desenterraron recuerdos de infancia. Tierna mirada de Aude. A falta de otra cosa, Solal se contó la historia de Maïmon. (Costillas de cordero a la Villeroy). Jacques habló de las últimas vacaciones que había pasado en la montaña y del campeonato de esquí en el que ambos habían llegado los primeros *ex aequo*. A quinientos metros de la meta, ella se había caído y Jacques había ayudado a levantarse a la querida adversaria con las cejas blancas de nieve. Oscuro relampagueo en los ojos de Solal. ¡Aquellas dos gamuzas se conocían hacía tiempo, aquellos hijos del pingüino y de la ballena, dale que te dale con su nieve! (Peras a la Emperatriz).

Solal se levantó, fue a sentarse a la veranda.

—Apague las luces —dijo a Jacques que se preguntó si debía obedecer o negarse.

—Sí, Jacques, apague —rogó Aude.

—No, quédate —dijo Adrienne conteniendo la ira—, iré yo.

Hablaron de la señorita de Gantet.

—Solal, no debe usted hablar mal de ella —dijo Jacques—. A pesar de todo, es una mujer que ha consagrado toda su vida...

—A la caridad —completó Solal con énfasis.

Encendió una lámpara baja y Adrienne pensó: «Quiere que ella le vea. Sabe que la maldad le da elocuencia. Anda, anda, hazte el guapo, que no me engañas». Solal meditaba: «Si toso, estoy perdido ante la Maussane ésa. Toser igual a deficiencia física».

—Le citaré —dijo— unas frases pronunciadas hace un año por la señorita Granier. «Cuando Dora de Gantet tenía siete años, tras vaciar su monedero un día, corrió hacia un pequeño mendigo y lo besó». Hum. —Sonrió de gusto pensando en la carnicería que iba a organizar. ¡Empezaba bien, la joven criminal!—. No, no se ría, Jacques. Así que besó al niño mendigo. Y luego, volvió a casa y probablemente se atiborró de caramelos mientras lloraba de lástima en su cama bien caliente sobre el destino del pobre, del pobre —iba bajando la voz—, del pobre mendiguillo.

—Vamos, vamos —exclamó Jacques no sin cierta irritación.

—No, no vamos. Yo sí voy y veo. Usted no. Un día oí a la señorita de Gantet —continuó tras respirar a fondo— proferir esta pequeña infamia: «El pobre, Ruth, es un amigo. Quiero amarlo más que a mí misma». ¡Pues, por Dios vivo, puesto que lo amas más que a ti misma dale tus joyas, tu casa, tu caballo!

—¿Y qué hará con el caballo? —preguntó Adrienne para darle un giro anodino a la conversación.

—¡Se lo comerá, señora! —contestó muy serio Solal—. Cuando tiene uno hambre —he conocido el hambre—, un bistec de caballo es una eucaristía.

—Sabe usted perfectamente —dijo Jacques que había decidido meterse con brusquedad las manos en los bolsillos, con lo que pretendía adoptar un aire marcial y contrarrestar el aplomo de Solal— que Dora de Gantet es muy generosa. Respeto su idealismo, pero tampoco exageremos.

—No soy idealista. Soy malo. Pero no soporto la máscara de amor. Al amor hay que lanzarse con locura. O, si no, atreverse a decir: «¡Yo primero!». El amor al prójimo quiere poetas que sean capaces de regalar su único abrigo. ¡Generosa lo es la señorita de Gantet! ¿Pero priva su generosidad de uno de sus cojines a la riquísima jovencita? —Por un instante cruzó por su mente la idea de casarse con ella y prosiguió—. La señorita de Gantet se brinda entre otros lujos el de reservar el cinco o el veinte por ciento de sus ingresos a los pobres. —No dijo «diez por ciento» por un oscuro respeto al diezmo instituido por el Antiguo Testamento—. ¡El veinte por ciento! A eso le llamo yo pura canallada. El hombre de caridad debe vender todo

cuanto tiene y entregarlo a los pobres. Si da el cien por cien, beso su vestido. Y aún, está por ver, porque puede desprenderse de su dinero por orgullo o por afán egoísta de perfección o por esperanza consciente o inconsciente de recompensas celestes o no. —Cogió un vaso, lo llenó y se embriagó con agua fresca—. Otra cita: «Roguemos por nuestros adversarios». Así se expresa la señorita de Gantet. Veo círculos horrendos. Círculo uno. En realidad, es un modo de vengarse de sus adversarios, de decirles: «Me odias; yo te amo; luego soy superior a ti». Es un pequeño truco. Círculo dos. Pero ¿para qué? Me voy al círculo diez o al doce. Esa mujer admirable tiene un hermano oficial, lo admira. ¡Y él se pasa el tiempo aprendiendo a matar mejor, haciendo que se mate mejor! Pues entonces no ruegues por tus enemigos y límitate a detestar a quien los mata, límitate a no aceptar que los maten, límitate a no admirar a tu hermano. Círculo quince. En realidad, sólo piensa en sí misma, en realidad, la única persona del mundo a quien ama es a sí misma. Y cuando ha rogado por sus enemigos, y cuando ha pensado, pensado, pensado que el pobre es el enviado de Dios, se estrecha la mano y se dice (y si no se dice, se lo piensa, hablo mal, no soy francés), se dice: «Dora de Gantet, ¡es usted admirable!». En verdad, en verdad os digo que habrá más felicidad en el cielo para una brizna del rabo del perro que fue mi amigo en Barcelona que para las cien mil Gantet de este mundo.

—¿Y qué se habría ganado con que Dora de Gantet diera toda su fortuna? —preguntó Jacques.

—Un pobre —contestó Solal—. Puesto que tan admirables son los pobres, hazte como ellos.

—Aspiramos a un ideal difícil. Pero ahí está la realidad.

—Profundamente pensado y harto tranquilizador en lo que respecta a la prosperidad futura de los bancos y los cuarteles.

—¿Qué habría que hacer si atacase el enemigo —preguntó Aude—, no defenderse?

—Quizá sería el momento entonces de rogar por el enemigo.

Se levantó, se excusó, pero tenía que marcharse. Adrienne habló de alguna hermosa dama que debía de estar aguardando palpitante al señor Solal. Aude apretó por debajo de la mesa la mano de su novio que se sumó a la chunga. Solal confesó que iba sencillamente al circo.

—¿Y no le ha pasado a usted por la cabeza invitarnos a participar en sus distracciones? —preguntó la señora de Valdonne comiéndoselo con los ojos.

—Pues claro que les invito. —¡Maldita esa otra con sus esquíes!

Se detestaba por mostrarse tímido de pronto ante aquella gente que estaba habituada a hablar en la mesa, ante flores. (Hacía tiempo que había muerto el Valdonne. ¿Lo habrían enterrado con su bicornio?). Adrienne preguntó a su hermano si los acompañaba. Aude se negó.

Pero cuando se hubieron marchado los dos, la invadió una tristeza mortal. Tras un agitado ir y venir por el salón, declaró que le apetecía salir. En diez minutos, el automóvil los dejó en el circo. Se acomodaron en el palco donde estaban Adrienne y su amante.

Solal admiraba con toda su alma a los ágiles hombres que se arrojaban del trapecio, desafiaban la atracción de la tierra, inmóviles por un instante en el aire vacío, y regresaban. Concluido el número de los acróbatas, el «tigre salvaje sin domar» penetró en la jaula.

Un minuto después, el domador yacía en el suelo, con el pecho ensangrentado. Los ayudantes, que no se atrevían a entrar, dispararon varios pistoletazos. Tumulto. Aude cerró los ojos y apretó la mano de Jacques. Pero un latigazo que resonó en medio del extraño silencio le hizo alzar la cabeza.

Solal había penetrado en la jaula y hostigaba al tigre que retrocedía rugiendo. (Aude soltó la mano de su novio). Se llevaron al domador herido. Pero Solal, que no pensaba renunciar a pasárselo bien, dio dos golpes en el tronco y el animal obedeció y saltó. Los espectadores aplaudían al desconocido que actuaba con discretos ademanes de domador. Hombre y tigre poseían la misma joven elegancia.

De repente la fiera saltó, retrocedió, adelantó la pata y la larga mano de Solal se tiñó de sangre. Dionisos maravilloso vestido de frac, azotó con todas sus fuerzas, relampagueantes los ojos de ira, al animal que protestó, obedeció por fin, se sentó y bostezó con remoto desprecio. Solal le volvió la espalda y se fue con tranquilidad quizá teatral. Delirio de la multitud hembra. ¡Viva la victoria! Adrienne, palidísima, rasgó su echarpe y vendó la mano de su loco, de su hijo del alma que miraba a Aude de Maussane con cándida sonrisa.

—Jacques, no le acompaño al hotel —dijo Aude precipitadamente—. Tenemos que curar al señor Solal. Hasta mañana, Jacques.

Se sentó al volante y el automóvil blanco salió disparado, rozó a unos guardias, derribó una bicicleta y alcanzó los ciento diez por hora por la pendiente de Cologny.

Aude, desplegando sus conocimientos de enfermera-visitadora, trajo antisépticos, apartó a Adrienne, ejecutó complicados vendajes. Solal se aburría y echaba de menos la compañía del tigre, tan discreto a fin de cuentas. Por fin, Adrienne dijo a su amiga que se había hecho tarde.

Ya en su cuarto, la muchacha realizó heroicos movimientos ante el espejo y azotó a unas fieras. Acto seguido, se acostó. Sonriendo al rayo de luna, paseó el índice por una flor del empapelado y dibujó el nombre del domador. Sólo por probar, por darse más cuenta, por curiosidad. Reparó en que había perdido su anillo de prometida. Un fastidio. Qué se le iba a hacer. Dejó vagar la mano por el pecho endurecido, apoyó, cerró los ojos, aspiró aire. Un dios, surgido del mar, luchaba con los animales de la jungla y con una virgen.

A la mañana siguiente, sin darse tiempo siquiera a dejar las maletas, el señor de Maussane fue a llamar a la puerta del pabellón, extrañándose para sí de lo mucho que le urgía dar la buena noticia a Solal. Las diez y el secretario aún dormía; desde hacía algún tiempo aquel muchacho daba muestras de lujurante pereza. Y aquel dolor de muelas, bastante poco creíble, para no acompañar a su jefe a París.

Embotado por el sueño, Solal abrió la puerta, se cruzó el batín rojo, sonrió beatífico al señor de Maussane a quien rogó que tomase asiento. Atusándose un mechón que le caía sobre la nariz y ocultando la mano derecha tras la espalda para no tener que explicar los juegos circenses, interrogó sentimentalmente al padre de la amada.

Tras lanzar una severa mirada al batín entreabierto y a los pies descalzos, el senador inició un bien construido relato cuyas consonantes paladeó y del que resultaba que, a raíz de un inesperado escándalo que había requerido la inmediata convocatoria del Parlamento, Maussane iba a recibir el encargo en breve de formar un ministerio de unión nacional. Solal felicitó a su jefe con voz melodiosa e indiferente.

—Por cierto —dijo el señor de Maussane—, su naturalización. —Solal alzó las cejas con interés fingido, destinado a disfrazar la atención real—. Solucionado. Tenga.

Solal cogió el documento con la mano sana, buscó un bolsillo que no encontró, introdujo en el interior del batín el papel que voló y aterrizó bajo un sillón. Se miró atentamente en el espejo para ver qué aspecto ofrecía un galo.

—Pero ahora tendré que hablar francés y utilizar sus diabólicas complicaciones: «Tanto más cuanto que me imaginaba que estaba nada menos que enamorada de mí». Su pelo es como pelo rubio, dorado por el sol.

—¿De qué habla usted?

—Estoy hablando del pelo de mi novia.

El señor de Maussane se encogió de hombros y salió. Solal se arrancó las vendas que le envolvían la mano. Los labios de la herida estaban milagrosamente cerrados. Se vistió con esmero y se encaminó hacia el jardín.

Pasó ella, examinó la mano lacerada y sonrió. Él sonrió a su vez. Descendía un aura de los árboles, la tibieza se derramaba sobre los matorrales y corría una liviana brisa. Solal se tumbó en la hierba, con un haz de soles en el pecho. Se acordó del hombre a quien pidiera prestado dinero y se levantó de un salto.

—¡Marquet!

Sacó la cartera, la abrió. Alabado sea Dios, tenía veintitrés billetes. Pidió un taxi, ordenó al taxista que le dejase en la ciudad, entró en una tienda de artículos de cuero, eligió una bonita cartera e introdujo quince billetes. Entregó al recadero Einstein el

paquete y las flores.

—Llévale esto a Marquet. Buscas las señas en el talmud de los teléfonos. Y aquí tienes mil francos para ti. Ve con Dios. Date prisa porque quiero que Marquet se lleve una alegría hoy.

Aude se gustó con aquel vestido planteado e hizo una reverencia a su imagen. Presa de súbito júbilo, recobró el aliento, gritó casi con miedo: «¡Adi!», y corrió hacia el cuarto de su amiga. Él estaba allí. ¿Qué hacía siempre metido en el cuarto de aquella mujer?

—Ya ves, Aude, este señor es incapaz de hacerse el nudo de la corbata, a este señor lo persiguen los camiseros, este señor amenaza con no acudir a la fiesta de tu padre. Maldice a la gente de la Esedeene que asistirá y jura odio eterno a la sociedad.

Solal deshizo el nudo blanco.

—¿Quiere usted que lo intente? —preguntó alegremente la enemiga de semanas pasadas.

—Anda, sí, inténtalo, a ver si te sale mejor que a mí —exclamó Adrienne con locuaz animación.

Solal alzó la barbilla para que no lo rozaran los espléndidos dedos de Aude trabajando para él. Cuando concluyó, examinó el flamante nudo.

—Está bien. Muchas gracias.

Aude se puso colorada de gusto. Para hacerse útil, retocó el vestido de Adrienne, lo alisó e hizo a la tela los inútiles arreglos y los graves ajustes que se supone que salvan del desastre el vestido de la amiga, quien así se convence de la abnegación de la leal toqueteadora.

Una vez hecho el nudo de la corbata, Solal ya no necesitaba de las madres. Regresó a su habitación y aguardó ante la ventana.

Ahí estaba colgada del brazo del novio. Embargado por tristes pensamientos, cargó dos pistolas epirotas pero la adúltera había desaparecido. Con las armas en una mano y el acta de naturalización en la otra, Solal se sintió solo. Tosió y desvió su ira contra un catarro que se inventó; Vercingetórix le traía mala suerte, en definitiva. Se tomó con horror varias copas de coñac que lo dejaron ronco.

A las nueve y media recordó que tenía que acudir a la reunión organizada por Maussane, quien tenía interés en presentarlo a varios delegados en la Asamblea.

—Malísimo estoy. Además, los franceses hablan todos con la nariz —confió al criado que le abrió la puerta.

Aude examinó la pechera blanca incrustada en el pecho liso y el busto triangular del joven señor que acababa de entrar y que fue presentado por el señor de Maussane a lord Rawdon. Solal escuchó vagamente al joven sensible a la belleza masculina y cuyas mejillas se teñían de rosa; acto seguido, se alejó preguntándose si un catarro nasal podría degenerar en meningitis.

De pronto, oyó en un salón contiguo la risa de la infiel. ¡Oh, si estaba bailando con Rawdon y sonriéndole amorosamente! ¡Qué perdida y qué hija de Tiro! Creyó atisbar un innoble destello de placer en la mirada de Rawdon. Se acercó al sátiro y le dijo que tenía que plantearle un asunto confidencial. El joven inglés asintió y dijo que enseguida estaría con él.

Solal, satisfecho del mal cariz que iban a tomar los acontecimientos, sonrió fraternalmente al maharajá ceniciento enturbantado de oro y desdén, empujó al encargado de negocios de una potencia irrisoria que andaba prodigando amabilidades por debajo de la par pero se consolaba pensando que al fin y al cabo en su país era un personaje importante y se inclinaba ante un consejero inglés que ensayaba con aquella vil materia un saludo imitado del conde de Foix quien decía amabilidades a una japonesa cuyo rostro había recibido un puñetazo maquillado bajo los ojos y que dirigía una húmeda sonrisa en primer término a la embajadora china con cara de edema diademado por un tupé de cantante sentimental, en segundo término a la delegación japonesa, colegio de niños calvos oficiales de la Legión de Honor que sonreían púdicamente contemplando sus zapatitos de charol, y en tercer término al ministro de España que no la reconoció y se inclinó con sincera sonrisa, que por el hábito profesional resultaba forzada, ante Adrienne que graduaba sus sonrisas con ciencia envidiada por Aude, otra criatura de representación que será su mujer dentro de tres meses, ¡lo jura! ¡Y no volverá a bailar ni a reír!

Solal tomó del brazo a Rawdon. Jardín. Siempre aquel jardín. ¡Ah que me traigan un desierto! Del catarro ni rastro. Lástima. Matar a Rawdon era fácil, ¿pero cómo entrar en materia?

—Bien. ¿No es Moisés el más grande de los hombres? Ah, ¿no lo cree usted? ¿Y cuando marcha a buscar una sepultura al desierto para que los sucios tipejos que estaban con él no lo divinizaran? ¿Y el asesinato del joven Rawdon egipcio? ¡Me ha ofendido usted gravemente!

Lord Rawdon le aconsejó descanso. Solal lo empujó hacia el pabellón, abrió la puerta, alargó una pistola. Rawdon apretó sin querer el gatillo. Detonación.

Solal, herido, confiesa que ama a esa muchacha y que ella lo tortura. Ayer con Jacques, esta noche con el egipcio. ¿Y qué hace él en aquella casa de esclavitud? Rawdon, a quien la imprevista confesión y el duelo absurdo y poético entusiasman, tranquiliza a Solal: la señorita de Maussane no ha dejado de hablarle de Solal encantador de tigres. Parece enamorada de él y no ha dejado de mirarlo. Solal, loco de agradecimiento y de júbilo, besa al joven en la boca. Ah sí, le sangra el brazo. No tiene la menor importancia. Mañana se mirará. Aquellas pistolas son de Rawdon. Que las conserve de recuerdo el queridísimo Rawdon. ¡No ha parado de mirarle, la más extraordinaria Aude del mundo! ¡Oh, amada mía, cómo te amo y cómo me amas!

La velada tocaba a su fin. Solal ensangrentado evolucionó con suavidad entre los encerados diplomáticos. Maussane se regocijaba de verlo tan íntimo ya con el sobrino de *Sir George* y pensaba que esos judíos realmente sabían abrirse paso.

El hábil israelita hablaba de Beatriz y de Laura al ministro búlgaro quien, terminando de despacharse un sandwich con importancia, le habló de un apetitoso préstamo de veinticinco millones bien garantizado que Francia podría tener a bien consentirle. Estaba en antecedentes de la estima que Maussane, todopoderoso del mañana, profesaba a Solal. Solal pujó más alto. ¿Por qué no cincuenta? Teniendo en cuenta que la amada no había despegado los ojos de él, ¿a qué fin amargar la vida a Bulgaria?

La orquesta estaba cansada y una pasión primitiva confería patetismo a los rostros de las últimas parejas que no tardaron en marchar. Solal ayudó a Jacques a ponerse su gran abrigo suave, salió con él a la carretera oscura, lo agobió colmándolo de protestas sinceras: lo quería mucho; tenía sed de sacrificio; quería por encima de todo la felicidad de Jacques de quien afirmó que era dulce y bueno y noble como un camello de grandes alas blancas. Estaba a punto de llorar de emoción, Jacques tenía sueño y prestaba escasa atención a aquellas palabras de después del champán.

Al regresar Solal, encontró a Aude junto al sauce y se acercó a ella. Caminaron bastante rato así, juntos, sin hablar, con un maravilloso terror atenazándoles el corazón. Un pájaro carpintero auscultaba.

Bajos los ojos, Aude tomó la mano de Solal. Noble calor. Qué terciopelo en la sangre. Marcha silenciosa. Oh la complicidad de los comienzos. Oh tibieza del amor. Oh blancas bayas de seda en todos los matorrales. Oh tú a quien amo. Oh tú la primera y última. Oh milagrosamente aparecida. En el fondo oscuro del cielo, dioses artificiales perseguían a luminosas deidades.

Morir de inmediato si era incapaz de sincerarse con su amada. Refirió los cinco años de viajes, las secretas aventuras, las sombras y las humillaciones jamás confesadas. Él era Solal, llegaba y los amaba a todos ellos. Respuesta: ¡Judío asqueroso! Sus manos estaban cargadas de rosas y se las tendía. Respuesta: ¡Judío asqueroso! Las salas de espera y los gendarmes en la noche y el pasaporte examinado con recelo. La raza ésa a mí me hace temblar, decía la tendera. Y aún él salía bien librado pues tenía la risa y los dientes. Pero los dolores eran infinitos. En aquel momento, un viejo se calentaba en la sala de espera de la estación y pensaba que mañana todo iría mejor, y un poco de paciencia. Y aquel pobre viejo veía a Adrienne y a todos los Maussane poniendo sus útiles de aseo delante de la litera del coche cama. Y el viejo levantaba uno y otro pie para calentarse y pensaba que había sido niño y que todo es suerte en la vida, muchacho. Y los demás viejos. Los que se mueren solos. Los que querrían trabajar y dicen: «Bien fuerte que estoy aún». Los que no saben adónde ir. Y todos los humillados y los que buscan trabajo y sonrían y

dicen: «Muchas gracias, sí, ya volveré». Y todos cuantos brindan su corazón encantado y tropiezan con la fría estupidez reprobadora.

Se detuvieron ante la puerta del chalé. Había luz en el cuarto de Adrienne. Sintió él vergüenza y se echó a reír. Mañana quizá Adrienne, pero hoy aún Aude y Solal. Aquel ruiseñor les cantaba un jubiloso soneto. Y al fin y al cabo, quién les mandaba a los infelices ser infelices.

Ella lo miró con gravedad de muchacha y se inclinó de improviso a la rusa, se llevó a los labios la mano de su queridísimo señor y desapareció.

Solal hizo una mueca de fastidio. En definitiva y como conclusión a tan magníficos discursos, era un maldito. Ayudaba al novio a ponerse el abrigo y la novia le besaba la mano. Más valía irse a dormir. Durante el sueño se arreglarían por sí solas las complicaciones.

Se tumbó vestido en la cama. Aude la más hermosa le había hecho aquel nudo de corbata. Jamás se atrevería a deshacerlo. Cogió las tijeras y cortó la tela dejando intacto el nudo sagrado. Qué se le iba a hacer, había hecho todo lo posible para que no le amara. Era el destino de ambos. Se miró en el espejo para ver qué aspecto tenía un hombre amado. Sus pestañas eran admirablemente negras.

—Tienes buen gusto. Hablo para disimular mi gravedad. Oh amada Aude de Maussane. Aude. Soy Solal. Sí, soy Solal.

Besó la mano besada por Aude. Se desnudó. Una falena chocó con la lámpara y con el cuerpo desnudo de Solal.

—Blando asqueroso, no te mato esta noche. Agradéceselo a mi novia. En su honor te indulto. Ve con Aude, viajero estúpido, y dile de mi parte. Pero no has de saberlo. Díselo igualmente, cariñito mío.

Le brillaban las lágrimas. Sí, amaba. Caminó sin parar por el jardín, y llegó el alba. Y se sentía muy guapo y muy noble y la amaba y tenía al mundo a sus rodillas y reía como el más loco de los hijos del hombre. Arrancó una rosa, la mordió y bailó mientras las sociedades dormían.

En el bosque de robles, los trocitos de creación despertaban para vivir y se afanaban irresponsables. Un arrendajo pleiteaba solicitando inocencia; un gorgojo de prehistórica trompa mostraba inquietudes; una mosca dorada trazaba figuras geométricas; unas hormigas se palpaban, intercambiaban consignas y regresaban a su activa soledad, ante la petrificada mirada de una araña surgida de una mata de brezo rosa; una libélula era una miradita de Dios.

Desnudo, Solal soleado mantuvo largo rato la mano alzada para capturar una lagartija que vivía su vida bajo la sombrilla laminada de una seta. Y Dios se regocijaba de su criatura.

Una hora después, Maussane conferenciaba con su secretario. La súbita simpatía

del joven lord por Solal lo había movido a encomendar a este último una misión oficiosa cerca del tío de Rawdon. Se trataba de estudiar si Inglaterra consentiría en la supresión del Condominio franco-británico de las Nuevas Hébridas y, mediante ciertas compensaciones, en reconocer la plena soberanía de la República sobre dicho territorio.

—Por supuesto, resultaría más indicado encomendar este asunto a nuestro representante en Londres. Pero quiero brindarle la oportunidad de que haga sus primeras armas y poder proponerle para la Legión de Honor. —Sin abrazos, le quiero mucho muchacho—. No comience a actuar allá hasta que sepa la constitución del gabinete. De mi gabinete. Dentro de dos días, me imagino. Si triunfa, explotaremos ese pequeño éxito. Viajará usted con Rawdon. Tiene una hora.

Solal hizo el equipaje prometiéndose que no se conformaría con las instrucciones de Maussane. Haría y lograría más. No sabía muy bien el qué. En cualquier caso, ofrendaría un presente de feliz ingreso a su nuevo país. Noble Francia enflaquecida, tan bonita, inteligente e ingenua y tan Aude. A su regreso, cargado de honores, se casaría con Aude. Disraeli. Pobre Francia llena de deudas. Y aquellos americanos reclamando lo que se les debía. Mientras Ella zurcía sus medias de seda, ellos comiendo jamones y galletas con pasas y verduras tempranas.

El chófer aguardaba. El coche cruzó la verja.

—¡A la estación, chófer, oh leal amigo! ¡Es hora de hacer temblar los cristales! ¡Aude, regresaré a ti victorioso y seré tu novio! ¡Y déjalos que se rían de mí, que yo me sonrío de ellos!

XII

En el alto comedor, una de cuyas columnas sostenía la araña que le hacía más blancos los hombros, Lady Rosamund Normand repartía con justicia sus reflexiones acompañadas de una mirada verde. Sin dejar de exhibir sus dientes revisados trimestralmente, se dirigía, con regularidad de faro, tan pronto a su ilustre esposo como a Lord Rawdon y al invitado francés.

Al sobrino de Satiel se le antojaba hermoso hallarse entre dos poderosos Estados. Su derecha tocaba los colmillos de la Gran Bretaña y su izquierda descansaba sobre Francia la de los mil ojos socarrones de activos pueblos. Lady Normand era el cerebro de la comida. Su cabello pelirrojo no coloreaba su rostro de esmalte cuyos finos labios emitían corteses y sorprendidas observaciones sobre el parlamentarismo francés.

El Muy Honorable *Sir George Esme Louis St. John Normand, Bt., G. C. M. G., K. C. B., K. C. V. O.*, asentía y masticaba, convencido de su existencia, bajando y subiendo los blancos bigotes pegados a las sonrosadas mejillas. Lady Normand, entre dos bocados, formulaba reflexiones libres y desenfadadas sobre la metempsicosis. Al observar a *Sir George* y aquellas bolas de músculos, junto a las orejas, que se hinchaban y distendían al ritmo de las mandíbulas, Solal se estremeció y comprendió que fracasaría.

Rawdon lo había llevado al Foreign Office y se lo había presentado a su tío. *Sir George* había leído, frunciendo sus dos bosques ciliares, la carta personal de Maussane. Solal había expuesto acto seguido el objeto de su visita. *Sir George*, tras clavar intensamente la mirada en el dirigible semiconsumido que aún humeaba, contestó que no podía dar una respuesta antes de consultar al secretario de Estado que estaba haciendo una cura de reposo en Italia. De permitírsele exponer su punto de vista personal, se vería obligado a decir: «No». Al concluir la entrevista, el subsecretario parlamentario invitó a Solal a cenar.

Y ahora allí estaba, pobre bohemio ante aquellos tres vikingos, aquellos claveles negros y aquellos frascos chispeantemente impecables.

Frente despoblada, orejas en punta, enorme busto, manos cubiertas de manchas pardas, *Sir George* disfrutaba, en su fortaleza, de no tener que volver a pensar hasta el día siguiente. Cuando el negociador le hablaba de las Nuevas Hébridas, él le citaba a Alejandro Dumas o a Victor Hugo, al tiempo que movía frascos de salsa turquesa y mostaza de color amaranto.

Trajeron un telegrama. A Solal le palpitó el corazón. De seguro era la respuesta del ministro. *Sir George* se guardó en la cartera el despacho que examinaría a las once del día siguiente, después del golf.

Lady Normand se guardaba de preguntar a su esposo y a su sobrino puesto que,

después de las ocho, los hombres bien nacidos descansan. Animadora de la política imperial, amiga íntima de la reina, se limitaba a suministrar sus reflexiones que las circunvoluciones de ambos hombres iban lentamente a elaborar. La pierna de Solal tocó la de Lady Normand que no la retiró de inmediato.

Aquellos babilorromanos eran más fuertes que él y sus bustos prolongaban la verticalidad del respaldo. Con idéntico pragmatismo, daban correcta satisfacción a un apetito similar al que reinaba en tres millones de comedores, asomando rojizos en medio de la bruma. No pensaban en la muerte ni en la inevitable caída de los reinos de este mundo. Estaban seguros del mañana y no miraban con remordimiento, como aquel hijo de profetas, al *maître d'hôtel* que planeaba en el silencio y que había sido concebido para Sir George como Sir George había sido creado para él. Todo resultaba claro para aquella gente. El mundo estaba trazado a la regla y Sir George era perpendicular al mundo.

Aún más desheredado se sintió Solal cuando contempló a Lord Rawdon admirablemente ceñido de negro, atlético y con las pestañas casi blancas. Desde su nacimiento, las revistas habían registrado los acontecimientos importantes de su vida. A los veintidós años, por la época en que Solal erraba en compañía de Roboam, se le había destinado a un puesto que le permitía ser visto cada día por Su Majestad. Podía limitarse a desempeñar con celo su actividad diaria, facilitada por las simpatías que su numerosa parentela suscitaba a su alrededor, para ser a los cincuenta años virrey de las Indias. Tan sólo había de precaverse de las pasiones del corazón y de la mente y, para afirmar su personalidad, elegir una excentricidad intelectual tal como el estudio de los jeroglíficos o la numismática. Su cuna, su matrimonio, su cuadra de caballos de carreras y las revistas harían el resto. Solal, en cambio, sólo tenía a Solal.

Se compadecía de sí mismo. Pobre hijo de la Ley y de las cebollas crudas, ¿qué hacía en medio de aquella raza roja de carnes rojas y de duchas heladas? Si enrojecía, puede que se lo comieran. Veía a un pueblo fuerte y despreciaba los vanos tumultos de su corazón. Israel era un pobre ruiseñor, un viejo pájaro desplumado que se desgañitaba en la noche de los siglos mientras las naciones jóvenes construían sus imperios. Los fuertes son púdicos. Frente unido, Inglaterra tan sólo ofrecía al extranjero la bandera del Imperio y el lenguaje misterioso y uniforme de sus dentaduras. Israel, viejo cantor de los caminos, deambulaba vacilante por los países, hablaba veinte lenguas, lloraba de cansancio y de miedo y, conociendo todas las cosas, erraba sin actuar.

Se despidió con aire bastante huraño y salió a las calles de Londres. En el frontón de un palacio salutista, unas luces blancas que desaparecían y se tornaban azules le decían quiere usted salvarse YO le salvaré.

—Calla, hermano. Déjame en paz que estoy muy fastidiado esta noche.

A la sombra de un *policeman* enlutado y delante de una farmacia que expendía

excitantes grageas, le abordó una cortesana tambaleante con sombrero de plumas. La bendijo, la encomendó con toda su alma al Dios de misericordia y siguió su camino. Los diarios de la tarde anunciaban la formación del ministerio Maussane.

En el Cecil, se equivocó de puerta y se acostó en la cama de una joven de pijama con escudo, que tenía los labios afrutados. Hay un tiempo para vivir y otro para morir, a Dios gracias.

Al día siguiente, salió del ministerio, con el rostro descompuesto: la respuesta del secretario de Estado era negativa. Tomó un taxi hasta casa de Lady Normand. En ella podía estar la salvación. Mecido por el coche, trazó sus planes.

La mujer del subsecretario recibió sorprendida la visita. Menos sorprendida que escandalizada se quedó cuando supo que el negociador había conservado un recuerdo tan vivo de un retrato suyo contemplado en casa del señor de Maussane que, si había aceptado aquella misión, había sido más que nada por volver a ver a la mujer cuya imagen le había conmocionado. Despidió secamente a Solal.

Todo perdido. Aude no querría saber nada de un vencido. En la antecámara, descolgó el kriss malayo de la panoplia. Lady Normand le aferró la muñeca pero la hoja penetró una pizca. Cuidados. Reproches afectuosos.

Precedido de inmensos ramos de flores, el enamorado regresó cada día. La cuadragenaria, que no había mencionado el romántico incidente a su marido, se complacía en preguntar a Solal sobre el estado de su herida. No tardó *Sir George* en compartir la simpatía de su mujer por el joven. Pero no volvió a hablarse del asunto de las Nuevas Hébridas.

Una mañana, apareció Solal, pálido y jadeante. Sin hablar, tomó la mano de la amada y la apretó contra su corazón desbocado merced a tres inyecciones de cafeína. Lady Normand estrechó contra su pecho a Romeo. ¡Qué niño grande! ¡No debía pensar más en esas historias de amor! Debía cumplir con su deber y llevar a buen término las negociaciones interrumpidas. Telefonó al secretario de Estado, le reprochó que desertara de su hogar y le rogó que acudiese a almorzar aquel mismo día.

Lord Maldane, momia irónica con monóculo encintado, llegó a la una. Habló poco durante la comida pues estaba de malhumor. ¿Cómo se le había ocurrido a Maussane mandar a aquel extraño negociador oficioso? Solal, temblándole la taza en los dedos, abordó el tema de las Nuevas Hébridas. Lord Maldane no lo miraba y planeaba por estratos diplomáticos de considerable altura.

Pero Solal declaró de pronto que, a decir verdad, el asunto al que se había referido en primer término presentaba una importancia meramente secundaria. Había llegado el momento de plantear, «conforme a las instrucciones que acababa de recibir» (le incomodaba mentir), un tema más grave. Lord Maldane, inalterable el perfil, escrutó

de soslayo con el ojo izquierdo al negociador elocuente quien, tras hablar durante una hora, concluyó:

—Por tanto, tras consultar con las más incuestionables autoridades en la materia, el gobierno francés juzga necesaria la creación de un «trustee» internacional que cuente con las atribuciones que he mencionado a Su Excelencia y sería de desear, antes de iniciar cualquier acción al respecto, conocer el parecer del gobierno de Su Majestad Británica.

Sir George dejó la pipa y Lord Maldane tomó las riendas del Imperio. Tras un ataque de tos artificial, destinado a facilitar unos segundos suplementarios de reflexión, replicó que, desde luego, había oído con el más vivo interés aquella densa exposición, tan documentada, tan rica en ideas nuevas y tan clara, si bien, a decir verdad, no podía comprometerse a emitir de inmediato un juicio definitivo sobre sugerencias verbales —verbales— tan interesantes como inesperadas. Solal se levantó, dijo que no se extralimitaría en sus atribuciones dirigiendo a Lord Maldane una nota completa sobre el asunto que había tenido el honor de, etcétera.

Mientras los dos ministros releían la carta personal del señor de Maussane, el diplomático improvisado entraba como una tromba en un centro mecanográfico, con la angustia de que se le olvidase lo que había dicho. Dictó cincuenta páginas sobre la Banca Internacional que acababa de inventarse.

Una hora después, Lord Maldane leyó el «informe Solal» al ministro de Hacienda, quien encontró bastante curioso y aun, en honor a la verdad, notable aquel informe. No cabía duda de que Francia tenía un interés especialísimo en la creación de un organismo de ese tipo. Era menester meditarlo.

Al día siguiente, el secretario de Estado comunicó a Solal que tenía que expresar ciertas reservas respecto a los párrafos siete y veintitrés que beneficiaban a la República amiga —de lo que no podía sino congratularse— aunque en detrimento del Imperio. Lo cual. Pero, en definitiva y globalmente, el proyecto era viable. Incluso podía agregar, sí, realmente así lo creía, que el generosísimo proyecto de la República era susceptible de engendrar un organismo de cooperación internacional apto para contribuir a la causa de la paz. No tenía el menor reparo en afirmarlo. De la paz, sin duda alguna. El gobierno de Su Majestad estaba dispuesto por tanto a proseguir las conversaciones con un negociador oficialmente acreditado. Cabía, pues, dar por concluido el período de las negociaciones privadas. Lord Maldane se levantó, con un crujir de rótulas.

Ya en la calle, Solal corrió, mejor que cualquier joven levita durante los últimos veinte siglos, en busca de una sucursal de correos. El telegrama fue cifrado según las indicaciones de Maussane y cursado. Solal, en medio de la niebla, palpitándole el corazón sin cafeína, releyó el borrador en el que se disculpaba de haber olvidado las Hébridas e inventado un banco internacional. Destacaba las ventajas que había de

aportar a Francia el organismo a punto de nacer. Concluía así el telegrama:

«ministro me plantea aceptación si soy negociador oficial telegráfíe mi nombramiento a lo que sea stop londres cliché abajo expuesto triste ciudad autobús rojo rosbif escaparates con puddings escarchados tiendas húmedas con caras refunfuñantes degustando ostras stop bares donde beben muchachos despiadados enérgicos salidos de un anuncio de maquinilla de afeitar stop en los restaurantes cientos de mecanógrafas comen en medio de una corriente húmeda una ración de haddock cuatro patatas y se toman una taza de té y un vaso de agua con gas stop viva francia».

Se paseó durante tres horas y se dirigió hacia el hotel Cecil. Puede que hubiera llegado ya el telegrama. En el ajeteo de la calle, un perro perdido —con los ojos iguales que Salomon— se daba la buena vida, saboreaba el placer de los actos gratuitos y preguntaba a los ingleses: «¿Qué hay, qué pasa, qué ocurre en este mundo, oh hombres? ¡Contadme, que me entere yo y disfrute!».

Pero los transeúntes continuaban zanqueando, fijos los ojos en el autobús en vez de mirar hacia su tumba.

Le esperaba la contestación en el hotel. Maussane comunicaba secamente al absurdo muchacho que había encomendado a la embajada que prosiguiera con las conversaciones. Solal corrió a casa de Lady Normand que cogió el teléfono, pidió París, suplicó al señor de Maussane, le sonrió y amenazó suficientemente.

A la mañana siguiente llegó el cable telegráfico. Solal era nombrado secretario de embajada. Un segundo telegrama le instaba a que abandonara el asunto y entregase toda la documentación a la embajada. ¿Y por qué no? Estaba hartito. Que siguiese la gente seria.

Fue a un sastre y encargó, previa condición de que estuviese listo en cuarenta y ocho horas, el uniforme que le correspondía por su cargo. Probó varios espadines de ceremonia atacando a los maniqués del probador. ¡En guardia, señores ingleses! Oía las deliciosas músicas de la vida. Pasaba a ser agregado diplomático antes que Jacques de Nons. ¡Qué miseria, por lo demás, la tal diplomacia!

Vagabundó durante dos días y por fin se decidió a marcharse. Fue a visitar a *Sir George* quien le anunció que las conversaciones oficiales iban a buen paso y formuló votos por que el futuro organismo de cooperación internacional y económica. Solal lo interrumpió, alzó el tintero e hizo un brindis en honor de Lady Normand.

En el hotel, deshizo en el último momento el equipaje para sacar y embutirse el abigarrado uniforme. Acto seguido, tomó un taxi hasta el aeropuerto de Croydon. Los pasajeros del avión miraron con curiosidad el bicornio colocado de través sobre los rizos demasiado risueños y alborotados. Se creía admirado y sonreía a todo el mundo. Una sola pega: estaba torcido el espadín.

Le Bourget. Quai d'Orsay. Maussane lo recibió fríamente. El escandaloso nombramiento iba a crearle problemas y el personal estaba en ebullición. Lo mejor era encomendar en el acto una falsa misión a aquel acróbata y quitárselo de encima de momento.

—Va a volver usted a su casa y cambiar de traje. Saldrá mañana para Atenas. Tenga la orden de misión. Atenderá mis instrucciones. No entregará Turquía a Grecia. Se estará callado. A la primera llamada de la mujer de un ministro griego, le destituyo.

—¿Y cómo está la señorita de Maussane?

—Bien, gracias. Adiós.

XIII

En el bosque de robles, envuelta en mantas, pensaba en él, lo veía rasgo por rasgo. Sacó la fotografía que había robado del cuarto de Adrienne. Era guapo, ingenuo, penetrante, cálido, atrevido, insolente, tan cortés, bueno, inmenso, diabólico y vivo. Bueno, sobre todo. (Además, tenía razón). Dejó caer el retrato y permaneció inmóvil recordando, con un fulgor en los ojos. Alzó la cabeza y vio a Adrienne.

La ausencia y el silencio de Solal las había acercado. Durante el día, no hablaban de él. Pero, por la noche, Aude tumbada apagaba la lámpara y decía a Adrienne, sentada junto a ella: «Cuenta». La otra comprendía, pensaba en su hermano con remordimiento pero era incapaz de resistirse a la dicha de aquellas equívocas conversaciones. Hablaba de Solal adolescente. Aude era incansable, quería descripciones precisas y apenas podía reprimir la ira cuando Adrienne no recordaba los trajes de Solal o el nombre de su madre. No se perdonaba el haberlo olvidado todo del salvajillo que le arrojara una piedra en la isla de oro. Le echaba en cara a Adrienne que se acordase, y que se acordase mal.

Comprendió de quién era la carta que le alargaba su amiga. Se levantó, se alejó, leyó el mensaje de Solal y volvió, etérea y triunfante.

—¿Se encuentra bien? —preguntó humildemente Adrienne.

—Bien, gracias.

Sonrió con bastante insolencia, como su padre, y marchó. Comunicó a su abuela que no cenaría y fue a refugiarse a su cuarto. Jamás había escrito nadie una carta semejante. ¿Pero y quién era ella para ser la amada de Solal soleado? Admiró la letra, el sello, el sobre. Luego, ocultó el mensaje del rey bajo la almohada para tener la alegría de descubrirlo y releerlo nuevito como si no lo conociera. Amor, oh juventud.

En la habitación contigua, Adrienne buscaba la última carta tan cariñosa de Solal, recibida varios meses antes. En el espacio en blanco, escribió, imitando la letra de su amante, la fecha de la víspera. Aude no sospecharía el artificio. ¡Qué acto tan vil! ¡Pero estaba defendiendo su vida!

Aude se había dormido. Lo veía en su sueño. Ella le decía que había que darse prisa pues la carroza de oro aguardaba. Jacques daba tres golpes de alabarda y hacía de perdiguero en la catedral donde un elefante que era también el pastor Sarles tocaba el órgano. Se sentía orgullosa de su vestido que Solal desgarraba de un solo ademán que la trasladaba desnuda a la terraza blanca de una casa redonda y azul donde, de

rodillas, lavaba los polvorientos pies del ermitaño raptor.

Se despertó con un estremecimiento. Era suya. Los antepasados de Solal y los de Aude de Maussane habían vivido, actuado y engendrado para preparar el destino de Solal y de Aude. ¿Qué podía hacer ya si no esperar? Esperar a que llegase él a su hora y según su antojo. Si él lo deseaba, lo seguiría hasta el fin del mundo. Pensaba con placer que le había besado la mano. Ponía su voluntad en manos más poderosas y sonreía en la oscuridad.

Olvidando las enfermedades, la decrepitud, la muerte y la tierra ya existente que cubriría su insensibilidad, Aude pensaba en la dicha que la aguardaba. Ignoraba que aquellos dientes, iluminados por la luna y reflejados en el espejo, eran el primer anuncio de su esqueleto y que, una tarde de primavera que reflorecería los campos y el cementerio, se insinuarían unos gusanillos en aquella nariz que aspiraba la vida y su fragancia de mil flores. Los brazos perfectos se estiraron y la muchacha imaginó por primera vez el peso de un cuerpo de hombre Solal sobre su cuerpo.

A las ocho de la mañana, entró Adrienne. Le alargó tranquilamente la carta falsificada. Aude tuvo miedo, vaciló antes de leer.

XIV

Era medianoche, pero Comeclavos, Salomon y Michaël no pudieron decidirse a regresar a casa. Fueron a sentarse al jardín del Gran Hotel de Cefalonia donde, desde hacía seis días, Solal los invitaba a tan magníficas cenas que el Rey de los Mentirosos, aquejado desde hacía treinta años de una tisis de la que se enorgullecía, temió echar carnes, curarse y perder por consiguiente las considerables rentas que obtenía del fondo comunal de enfermos.

Los Esforzados de Francia decidieron pasar la noche en el jardín. El personaje era importante y debían velar su sueño hombres de buena voluntad. Comeclavos llegó a sostener que cabía perfectamente que el cónsul de Alemania ordenase a algunos esbirros que asesinasen a Solal. Salomon, tras confirmar que los germanos eran gente de gran maldad, encendió la pipa de agua del jenízaro y obsequió con doce buñuelos al tísico que los engulló en doce tiempos y se puso a roer una algarroba. Los tres amigos, iluminados por el fragante hogar, pasaron a conversar sobre el eterno tema.

—¡Ya comprendéis, amados míos —dijo Comeclavos tras soltar un eructo—, que la caravela griega, a la que haga Dios naufragar lo bastante pues los griegos me han subido los impuestos que no pago nunca, haya mandado disparar tres cañonazos por nuestro diplomático francés, a quien Dios conserve y a mí y a Francia también, amén!

—¡Que una fragata de guerra dispare tres truenos por un hijo de Israel! —exclamó Salomon—. ¿Habrás visto jamás semejante prodigio? Para mí que el Eterno prepara algo bueno para su humilde pueblo.

—No era una fragata —dijo Michaël— sino una galeaza de línea; o quizá una galeota. ¡Y qué regalos le ha traído al rabino! ¡Tres cajas! ¡Y pesadas!

—¡Telas de seda y terciopelo, trescientas obras hebraicas y mil bienes de la tierra! Esa falúa griega rango tenía de galeón de alta mar, créeme.

—¡Alabado sea el donante!

—Que tampoco nos ha olvidado a nosotros. ¡Alabado sea!

—En verdad lo sea —concluyó Salomon—. Pero lástima que no esté aquí nuestro títo. ¡Su sobrino grandioso personaje y una caja llena de abundancias para él! Mi mujer me despierta cada noche para preguntarme lo que contiene la caja destinada al tío Saltiel. ¿Y qué sé yo, Rebeca, y qué te voy a decir?

La última carta que habían recibido del jefe de los Esforzados aparecía fechada en Bagdad. Llevaban cinco días telegrafando a la comunidad israelita de aquella ciudad y Comeclavos había apostado en distintos lugares de la isla mensajeros con la misión de señalar la llegada de los barcos. A uno de sus espías, de guardia día y noche en el telégrafo inglés, se le había suministrado un cohete que debía prender en caso de llegar un cable de Saltiel.

Pero los días no traían sino suspiros y decepciones. Salomon se lamentaba y tenía

el ánimo demasiado decaído como para subvenir, a través de su noble negocio (en invierno, vendía a la vez agua y buñuelos) a la manutención de su familia. Los clientes despreciaban su agua porque estaba tibia y sus buñuelos porque estaban fríos.

—Escucha, Comeclavos, oh Capitán de los Vientos, tú que tienes imaginación, mira de conseguir que venga el tío —suplicó—. Es pecado privarlo de esta alegría.

Comeclavos se levantó, exigió el silencio necesario para la meditación, soltó un viento, se volvió para olfatearlo sombríamente, arrugó el entrecejo y anunció que había dado con la clave: había sido un error telegrafiar tan sólo a Bagdad.

—¿Entonces qué? —inquirieron los otros dos.

—¡Pues que hay que telegrafiar a todas partes! —contestó el dictador.

Abandonaron el lugar. Salomon, entusiasmado, anotaba en su libreta azul los nombres de las ciudades en que podía hallarse Salties, nombres que proferían triunfalmente sus dos acólitos y que rebotaban en las calles desiertas.

Tales enumeraciones despertaron a algunos hombres que se informaron y bajaron, ataviados con madrás multicolores, para dar consejos, sugerir otras localidades y encender antorchas. Comeclavos, seguro de que no le obedecerían, fingía expulsar a la multitud a la que cada instante se sumaban nuevos grupos provistos de candelas.

El ejército luminoso se detuvo ante la oficina de telégrafos inglesa. Comeclavos llamó varias veces. La puerta seguía cerrada. Salomon, en el límite de la excitación, quiso entrar a la fuerza, se transformó en ariete y proyectó seis veces, aullando de dolor, su esforzado cuerpecillo contra la puerta claveteada. Por fin, el inglés dormido abrió, retrocediendo ante tal gentío.

—Vengo a telegrafiar a los Países del Mundo —anunció sencillamente el jefe de las tropas.

—Tendrá que pagar —dijo el telegrafista.

Comeclavos, que había olvidado tal formalidad, optó por reducir el número de telegramas y se dirigió a Mattathias —con quien estaba tirante desde que el manco realizara grandes negocios.

—¡Oh Mattathias, Capitán de los Ricos, préstame quinientos dracmas por el amor del tío!

Mattathias rehusó cerrando los ojos. Pero la multitud unió sus súplicas a las de Comeclavos:

—¡Presta, Mattathias!

—¡Oh tú que has hecho fortuna, presta!

—¡Tú que eres dueño de la gran empresa pesquera, presta!

—¡Por toda Grecia la empresa, presta!

—¡Tú que tienes diez mil hijos trabajando de pescadores!

—¡Por una perra al día trabajando!

—¡Oh Mattathias concede el préstamo!

Mattathias meneó la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha sin dejar de mascar resina. Michaël se acercó, pellizcó con sus enormes dedos al avaro en la oreja.

—Te quiero mucho —dijo con aterradora suavidad—. De manera que, por darme gusto, prestarás.

—Presto —dijo Mattathias. Sacó a regañadientes su vieja cartera repleta atada con un cordel—. Aquí van los quinientos dracmas. ¡Pero todos vosotros sois testigos!

El coro testimonió como una sola voz. Comeclavos mandó a las sinagogas de Túnez, Alejandría, Jerusalén, Constantinopla, Roma, Venecia y Malta el siguiente telegrama:

«haciendo uso de la violencia o de la bondad manden a saltiel solal a cefalonia magníficos regalos para él stop bendiciones en nombre de la comunidad emocionada stop firmado comeclavos abogado litigoso arregla toda clase de procesos a precios razonables se recomienda no sin dignidad».

Mattathias observó agriamente que, en un plazo de diez días, aparecían ciento un falsos Saltiel para tomar posesión de los magníficos regalos. Pero poco a poco fueron apagándose los comentarios y la multitud se dispersó. Tras cumplir con su deber, los Esforzados se pasearon cogidos del dedo meñique y balanceando los brazos.

A eso de las cinco de la mañana, divisaron en la punta de la calle de Oro, entre el mercado de pescado y la Aduana, a un turco que se dirigía a su encuentro. Vieron primero el fulgor de una cimitarra, a continuación una gandura blanca, luego unas botas rojas y por fin una frente cruzada de una cuchillada. Cuando el forastero se halló a cincuenta metros, bloqueó con los brazos la calle y rugió.

—¡Por la gracia del Ojo!

—¡Por el Nombre bordado en el Velo! —exclamó Michaël.

—¡Por el Omnipotente de Israel! —dijo el otomano.

—¿Es usted, tío Saltiel? —preguntó Salomon.

—¡No, amigo mío, no soy yo —contestó Saltiel Solal—, es un proscrito y han puesto precio a mi cabeza! Pero referiré estos asuntos más adelante. De momento abracémonos.

Michaël recomendó en voz baja al sollozante Salomon que tuviera consideración con el tío y no le anunciase aún la gran noticia. Salomon hizo ademán de haber entendido y pegó un índice secreto a una nariz discreta mientras Saltiel preguntaba a Comeclavos por su salud.

—Ya sabes que padezco del pecho —dijo Comeclavos con orgulloso pudor...—. Tuberculosis, como siempre. Tengo los días contados desde hace cuarenta años. —Tosió y temblaron los vidrios.

—Vamos, que estás bien. Bueno. ¿Y cuál es tu oficio actual?

—Intermediario a posteriori. Inicio mis actividades en cuanto despunta el día y

me interpongo, por las buenas o por las malas, en toda transacción, generalmente cualquiera, rogando al vendedor que atempere sus exigencias y suplicando al comprador que haga un pequeño esfuerzo. Y cobro un corretaje de ambas partes. Tal es mi profesión actual, ya que deseas saberlo. Ni un céntimo y me reconcomo a diario agobiado por los golpes de una extrema adversidad —concluyó dignamente Comeclavos.

—No me parece tu oficio muy honesto. Pero dejemos que sea Dios quien juzgue a su criatura. Y tú, Salomon, has crecido, se me antoja. Salud y fraternidad, Michaël. Dime, ¿no hay noticias de mi sobrino?

—¡No!

—¡Sí! —gritó en una explosión de júbilo Salomon que no tuvo empacho en faltar a la palabra dada y miró a Michaël con atrevimiento y desafío.

Llegó Mattathias, escupió su resina para abrazar al amigo Saltiel quien, al tiempo que estrechaba el arpón del recién llegado, pidió precisiones a los otros tres.

—No puedo contarlo —dijo Comeclavos—. La historia es demasiado hermosa y de complicación demasiado suprema. ¡Palabra de honor!

—Habría que comenzar por el comienzo —sugirió el temerario Salomon a quien Comeclavos lanzó una mirada de desdén y Michaël sancionó con un pellizco.

—No podremos —repitió Comeclavos—. Cuando quiero comenzar a explicártelo, me falla el suelo y mi lengua desfallece. Pues para que lo sepas todo, he de contártelo todo. Y no puedo contártelo todo de repente. Es como la leche, si mantienes la botella vertical e invertida, no cae.

—Tu sobrino tiene un empleo que no está nada mal —enunció Mattathias.

Saltiel se ajustó la gandura y carraspeó.

—Puesto político —dijo Michaël.

Saltiel adelantó una bota, apoyó la mano derecha en la cadera y alzó la barbilla.

—¡Es secretario de las embajadas de Francia y las fragatas han disparado cañonazos en su honor! —pregonó Salomon en el límite extremo de la emoción y el orgullo.

—Las bombardas de alto bordo —rectificó Comeclavos royendo un trozo de mojama.

—Enormes tartanas —dijo Michaël.

—Más bien un brulote —sugirió Salomon.

Saltiel se llevó la mano a la guarnición de la cimitarra y, pegados los tacones, irguió el busto. Acto seguido, se creyó obligado a fulminar con la mirada a Mattathias que no valoraba en lo que se merecía el cargo de su sobrino. Sabía ya lo suficiente para tomar las riendas de los debates y volver a convertirse en el más competente de los Esforzados.

—Oh cráneo de la estupidez —dijo con suavidad a Mattathias—, ¿acaso sabes lo

que quiere decir secretario de embajada?

—Lo sé —contestó Mattathias—. Quiere decir cónsul de gran ciudad. ¿Por quién me tomas?

Saltiel estrió el aire con una carcajada desdeñosa, sardónica, ofendida, noble y dolorida. Asomó por una ventana una cara dormida.

—¡Cónsul! ¿Pero serás hijo de zopenco para no saber nada en el mundo? ¡Cónsul! ¡Pero si un secretario de embajada vomita cuando ve a un cónsul, se muere y se tapa las narices! Un secretario de embajada mira los zapatos de charol y dice: «¡Malditas sean tus zapatillas zarrapastrosas!». ¡Hasta el propio criado de un secretario de embajada mira, con los brazos en jarras, a un cónsul y se ríe de asco! Pero eso tú no puedes comprenderlo y tu ignorancia no puede concebir tales grandezas que te rebasan —concluyó el tío Saltiel con auténtico desespero.

—Lo he entendido perfectamente. Y sé que exageras.

El campeón de la diplomacia maldijo al Dios de Israel por elegir a una raza tan ignorante.

—Supón, oh negociante, supón, oh rana, que quieras un pasaporte o uno de sus visados, uno de sus malditos redondeles impresos que tanto me han perjudicado en mi existencia y que arruinan a todo Israel, uno de sus sellos, uno de esos chismes del demonio que apoyan con fuerza, orgullo y salud tras impregnarlo de tinta grasienta. Te vas entonces a ver a un cónsul, ¡qué nombre de miseria!, y te lo niega y te llama lagarto. Supón que acudas a ver a mi sobrino y se digne recibirte por amor a mí y colocarte bajo el ala de su protección. Entonces coge, se presenta donde el cónsul silbando, contoneándose con un junquillo y le dice haciendo silbar también el junquillo: «¡Psst! Ven acá, chacal de asfalto, oh sobrino de una tía carente de reputación, firma el pasaporte y concédeselo a fulanito hijo de fulanito que es amigo de mi tío». El cónsul balbucea, se achica, palidece y tiembla como un pajarillo herido y contesta: «Como mande usted, excelentísimo señor. Sus deseos son órdenes». Incluso no sé si no le llamará: «Excelencia». ¡Ahí tienes, oh pescadero, ahí tienes lo que es un secretario de embajada!

—¡Ahí tienes! —repitió desafiante Salomon.

—¿Sabes, Mattathias, cuánto vale un cañonazo? —agregó el psicólogo Comeclavos—. Cien napoleones. Y la galera capitana de Cefalonia ha disparado tres por el hijo del rabino. Eso es todo. No tengo nada más que añadir.

Y pegó la mano derecha abierta a la mano izquierda.

—Yo diría que era una balancela o más bien un junco —dijo Salomon.

—¿Galera de Cefalonia? ¿Y dónde está él? —gritó Saltiel.

—Gran Hotel. ¡Gran suite y riquezas fabulosas de Saba! —chilló Salomon, inflamados los ojos por un extraordinario orgullo—. ¡No se lo hemos dicho enseguida por evitarle el espanto de una súbita alegría!

Saltiel maldijo a sus amigos por haberle hecho perder un tiempo precioso y corrió al asalto. La cimitarra del viejecillo golpeaba las piedras redondas arrancándoles chispas.

El conserje le dijo que el señor Solal había ordenado que no se le despertase antes de las ocho. El tío no insistió y se fue hacia la fábrica en ruinas, cuyo palomar oblicuo constituía en el mundo su alcázar y su territorio. Procedió a realizar abluciones de primera clase, se embutió la levita color avellana, se puso los calzones cortos y medias tornasoladas y se floreció el ojal con una rama de jazmín.

A las seis y media, se hallaba de nuevo ante el hotel dormido. Tras errar un rato por el jardín, sonrió, se dirigió hacia un bosquecillo y arrancó un tallo de saúco en el que abrió cinco agujeros. Concluido el caramillo, se situó ante el gran balcón y tocó, como en otro tiempo, durante los paseos con Sol en torno a la ciudadela.

La bata de terciopelo rojo apareció en el balcón. Tío y sobrino se sonrieron. Aquel silencio de cariño era roto por los cantos del mar jugando a las esmeraldas. Solal hizo un gesto de bienvenida. El anciano, serio como una imagen y tieso como un tejo, se atusaba el copete de cabellos blancos y se acariciaba las mejillas rasuradas y surcadas de arrugas. Solal rompió el hechizo invitando a su tío a que se reuniese con él.

Saltiel se apresuró, se topó en el primer piso con un criado que llevaba al señor Solal una carta llegada a través del consulado francés. Se la arrancó de las manos y sospechó que la había abierto y luego había vuelto a cerrar cuidadosamente el sobre, ¡el muy infame! Llevaba el sello del Trianon-Palace de Versalles. «Para entregar al consulado de Francia». Siempre el consulado de marras. Quizá una mujer. El títo olfateó el sobre.

Solal, entretanto, pensaba que el entrañable instante de momentos antes fluía hacia la desembocadura de la muerte donde, reunido con los demás instantes, aguardaría la llegada de su amo. Y el mar los sepultaría a todos y nadie volvería a saber nada de él. Pensó en el hombre de abultados labios, con el que se tropezara un día en Ginebra, y que lo había mirado con especial atención.

Entró Saltiel, baja la cabeza y temblorosas las piernas. Para evitar las probables efusiones, Solal acribilló a su tío a preguntas y encargó un desayuno muy completo. En respuesta a una discreta pregunta sobre su situación material, el ancianillo, que como única fortuna poseía nueve piastras, movió alegremente las monedillas que tenía en los bolsillos.

Hizo honor al desayuno, dejando de beber café y de paladear confituras para asombrarse de los frascos biselados, de los cepillos de concha o del cabello negro de su amadísimo sobrino. Con todo, se sentía bastante triste porque se reprochaba no haber sabido captar el momento propicio para besarle. Al tiempo que pelaba un

melocotón, alzado el dedo meñique como debía de hacerse en los ambientes diplomáticos, contó sus desventuras por el Nayd y olvidó entregar la carta de Versalles.

—Que te diga y te cuente, querido niño. A los cincuenta y cuatro años, tras acompañarte a Aix, fui a dar una vuelta por Arabia. Y fíjate tú que fui nombrado visir del faraón de aquel país, que se llama emir Ibn Rashid. Firmaba los decretos y ordenaba a todos mis soldados beduinos que aprendiesen poesías francesas. *Mignonne, allons voir si la rose*, ya sabes. Logré equilibrar el presupuesto de mi Estado. Cada uno de mis administrados tenía la obligación de mandar una carta por semana y yo por supuesto vendía los sellos. En Marsella, había comprado una vieja remesa de sellos de Panamá. Y me tenían mucha ley. Emir, me llamaban. ¿Has leído la historia llamada Quijote? Pero eso es otro asunto y tendremos noches y noches para charlar y bendito sea el Reunidor de las familias y de los afectos. Ordené condenar a muerte por contumacia a todos mis acreedores y te mandé nombrar jeque. Pero ¿dónde encontrarte para decírtelo? Y héteme aquí que el emir ordenó que me espieran y se enteró de mi amistad —sonríes, hijo mío, pero es pura verdad— con el cónsul francés de Yidda. Quería hacerle un regalito a Francia y darle el protectorado de Nayd para que hiciera brillar las luces de la civilización. (De un tembloroso papirotazo, quiso eliminar de su chaleco a flores una mota de polvo inexistente y volcó la taza). Luego vino lo del madrigal, un poemita que mandé a la mujer del emir. En resumidas cuentas, hijo mío, que se empeñó en cortarme la cabeza, y como yo no quería, me pasé tres días corriendo por el desierto para escapar a mis cobardes agresores. Y ya está. ¡Así son esos árabes de la nalga negra del Profeta!

Se avergonzó de haberse expresado groseramente. En compensación, cogió un terrón de azúcar con las pinzas y lo trituró entre dos incisivos. Acto seguido, se golpeó la frente y alargó la carta olvidada. Temblorosa sonrisa de Solal que leyó rápidamente y hundió la hoja en el bolsillo del batín. Aletas nasales dilatadas. Palidez.

—Disculpa, cariño, no es curiosidad pero ¿son malas noticias? ¿Sigues conservando tu puesto? —Solal lo tranquilizó con un gesto—. Entonces estoy contento. He tenido miedo. No me gusta esa letra. Y dime, mi Sol, —no le apetecía decir otra cosa; aquella breve frase era la música de su corazón y una caricia que se atrevía a posar en la frente de su sobrino; pronunciándola se sentía en conversación íntima con el hijo de su alma, pero había que seguir—, ¿es estable la plaza? Son amabilísimos los franceses. Sabe Dios si los quiero, y además que yo soy ciudadano francés y no por naturalización sino desde hace cinco siglos, hijo mío, pero cambian rápido de opinión. ¿Tienes contrato firmado por el Presidente de la República? Ah bueno, mejor. ¡Ojalá que ahora no derriben la República los realistas! Y dime, mi Sol —nueva pausa enternecida—, ¿no habrá serpientes en ese ministerio que te tengan

envidia y deseen darte una puñalada por detrás? ¿Tienes un buen protector? Ah sí, que me lo has dicho, el presidente del Consejo. ¿Y qué quería decirte también, mi Sol? Me hierva la cabeza. Sí, has hecho bien en hacer buenas migas con el presidente. Los viejos que están en la cúspide de los honores —Saltiel suspiró— han perdido la hiel. El ministro te dice amablemente: ¡Quieres un pasaporte, toma y vete al diablo! Mientras que el joven comisario te quema y te fríe de esperanza y temor. Tengo la experiencia. Y precisamente me gustaría decirte una cosa. Créeme, los consejos de un anciano son buenos. Sé respetuoso con el señor de Maussane. No te enfades con él, aguanta si te dice una palabrita de más. ¡Qué quieres, nosotros tenemos que aguantar! Ante todo vivir. Bueno, estoy contento. Tienes un puesto importante. Estás inmunizado en tu calidad de diplomático y hasta el yatagán del gendarme se quiebra ante ti. ¿No habría una plaza de recadero diplomático para mí? De recadero. Guardaré bien la maleta, te lo aseguro. Bueno, ya veremos. Y dime, mi Sol, este hotel en que vives ahora, espero que no te salga muy caro, este hotel, por el mero hecho de vivir tú en él (es que, sabes, me documento de cara a Mattathias), ¿goza de extraterrorialidad?, ¿o oxtraterroridad? ¿Cómo dices esa palabra, tú? Yo la digo así porque la he leído en los periódicos —dijo el tío con falsa seguridad tan lastimosa.

—Extraterritorialidad.

—Alabado seas. No me salía la palabra de la garganta. ¡Qué palabras van a encontrar! En fin, todo va bien y la instrucción es una gran cosa. Tengo intención de escribir al señor de Maussane para agradecerle que te haya nombrado. ¡Cómo has triunfado, eso rebasa el entendimiento! Tranquilízate, en la carta anónima firmaré tan sólo «Un anciano de Israel emocionado y agradecido hasta la hora de la agonía de Vuestra Gran Excelencia». ¿No está bien? Bueno, pues no escribiré. Y tu pobre mamá que murió sin verte. En fin, qué le vamos a hacer. Escucha, no quiero molestarte. Si tienes algo que hacer, yo me quedaré tranquilo en un rincón. Si quieres, me prestas un libro de política diplomática, pero si no tienes, cariño, poco importa. Perdona que haya hablado tanto pero es que hacía tanto tiempo, tesoro.

Cediendo a las instancias de su tío, Solal le enseñó por fin el bicornio diplomático que ya no le hacía gracia y lamentaba haber traído. Pretextó tener que dar una orden, para salir. Sabía lo que haría Saltiel, si lo dejaba solo.

Tras contemplar por todos lados y olfatear el objeto de magnificencia, el tío se recogió un minuto y derramó dulces lágrimas de orgullo. Luego, cerciorándose de que estaba solo, cogió el bicornio y se lo puso. Se paseó discutiendo con encumbrados personajes al tiempo que se miraba subrepticamente en el espejo. Posó, se examinó sentado, de pie y en una silla. ¡Ah, le sentaba de maravilla el bicornio! Se separó de él con pena.

Cuando regresó Solal, un tío transformado leía en el balcón, con las piernas cruzadas y el busto echado hacia atrás, un periódico al revés y se embriagaba con su

reciente poder. Saltiel no reparó en que había regresado su sobrino. Solal releyó la misiva de Versalles.

«La cartita que me mandó de París era ridícula. Ciertas revelaciones me la hacen odiosa. Si me he decidido a escribirle es porque deseo decirle que me resultaría bastante desagradable volver a verle. Tenga la bondad de no olvidarlo. Aude de Maussane».

Solal sonrió. Una faena de Adrienne por supuesto. Pobrecita Aude. Escribió a continuación la carta para el tío que, horas después, había de amotinar a la población israelita de Cefalonia.

—Ahora, tío, tiene que dejarme.

—Ah, ¿estás ahí, hijo mío? —dijo Saltiel volviéndose—. Anda, déjame quedarme. Me volveré de espaldas. No te molestaré, tú te lavas y mientras charlaremos. Me han dicho que sólo te quedas diez días y que luego te marchas a Atenas.

Solal desnudo paró la ducha.

—Me marcho hoy a las seis y no voy a Atenas.

Saltiel no se atrevió a volverse, con toda su desesperación. Dijo con voz débil:

—Llévame contigo.

—Imposible. Pero le daré una carta antes de marcharme. Le gustará. Es una carta misteriosa y volveremos a vernos muy pronto.

—¿No puedes dármela enseguida?

—Tío —dijo Solal inundándose de colonia—, ¿qué opina usted del matrimonio mixto?

—¿Qué voy a decirte, hijo mío? —contestó Saltiel sin volverse—. Buena cosa, desde luego, no lo es, aunque la muchacha se convierta. Pero es un asunto de destino. Hum. ¿Y a Versalles vas?

Al llegar el instante de la marcha, Gamaliel Solal no quiso rebasar el callejón de Oro. Demasiada gente mirando. Y el Saltielillo siguiéndole. El rabino hizo una señal a Michaël que detuvo los dos caballos. Estrechó el hombro del hijo que partía, aferrándolo con las tenazas de su mano.

—Me ha comentado tu tío esa pregunta sobre el matrimonio mixto. —Solal admiró la prisa que se había dado Saltiel en ir con el soplo—. Cásate con una de las nuestras. No viviré mucho tiempo. Vuelve a mí.

Solal bajó, besó la mano de su padre. El jenízaro fustigó los caballos y el coche regresó camino del Domo. Los Esforzados ahuyentaron a la multitud que había acudido a presenciar la marcha del hijo ilustre de Cefalonia y Saltiel ahuyentó a los Esforzados.

Subió ágilmente la escalera del barco en pos de su sobrino, le rogó que lo dejase

solo un instante en el camarote. Cerró la puerta, sacó de la levita una vieja fuente de plata, la dejó sobre la litera y escribió en una hoja: «Llámame pronto a tu lado a París. Como criado, pero a tu lado. No te besaré luego, que ya he visto que no te gusta. ¡Distinguidos saludos de tu tío durante la vida y la muerte, se llama y firma Saltiel de los Solal!». El entrañable anciano besó la almohada de la litera y dejó sobre la bandeja de plata la hoja de papel, un chal de oración y unas violetas.

La campana dio el primer toque. El tío entregó toda su fortuna a un criado previa promesa de especiales cuidados al insigne viajero. Regresó al camarote para agregar en la carta que el salvavidas estaba debajo de la cama «¡y por el amor de Dios, hijo mío!».

Estrechó virilmente la mano de su sobrino, dijo que haría buen tiempo y bajó la escalera esforzándose en silbar entre dientes. Al llegar al desembarcadero, subió en el coche avisado con antelación y ordenó al cochero que partiera a todo galope hacia la ciudadela. Allí, agitó el pañuelo con violencia hasta que se esfumó el último mástil. A continuación, se sentó, con el alma en duelo, y lloró desconsoladamente.

Una hora después, saliendo de su letargo, se decidió a abrir la misteriosa carta. La leyó, sintió un renovado rigor y salió pitando hacia el barrio judío en busca de Comeclavos. Quería encomendarle que amotinase al pueblo de la isla que, durante varios días, había de explayarse sobre la fastuosa noticia.

XV

Versalles. Trianon-Palace. Baile de beneficencia de las Damas de la Cruz Sangrante. En los pechos de los generales de artillería pesada, prendidas las cruces de san Juan y san Pedro.

Jacques bailaba con su novia y era feliz. Acababa de ser ascendido a comandante por méritos y pasado a la reserva para ser nombrado en Asuntos exteriores. Muy pronto marcharían ambos a Roma, tras celebrarse la boda. Sabía ahora lo impaciente que se sentía Aude por llevar su apellido. Había tenido una excelente idea acudiendo a reunirse con él a París.

—La verdad es que se está bastante mejor en el Trianon que en Les Reservoirs. Por cierto, Aude, se me había olvidado decírtelo: hace un rato he visto a Solal en el Ministerio. Ha llegado esta mañana. Tu padre está bastante enfadado con él. Le había encomendado una pequeña misión en Atenas y no se ha presentado.

Aude pareció no oír y siguió girando despacito, la mirada perdida, ignorando su baile y el universo.

Adrienne los seguía con la mirada. Ya estaba bien de remordimientos inútiles. Qué acto tan vil había cometido, la verdad. Había falsificado una carta antigua de Solal para hacerle creer a aquella criatura que les había escrito el mismo día una carta de amor a ambas. Se lo había hecho pasar mal a Aude pero había defendido la causa de su hermano.

Pobres razones. En realidad, tenía que haber tenido la valentía de marcharse. ¿Qué había hecho en aquellos treinta y dos años de vida, en qué había sido útil y para qué había nacido? Sin embargo, ella también había sido joven y ardiente. Y ahora, se limitaba a vivir y no creía en nada. Todo podría haber sido distinto. Y además, ¿le deparaba aquel amor felicidad alguna? No, un afecto salvaje y triste de animal desvalido. Oh, tener un niño que fuese sólo suyo, sin todas aquellas bajezas de falsificar cartas. «¡Mira, mira, mamá, el guau guau!». ¿Por qué se había apresurado Maussane a consentir que su hija se reuniese con Jacques en Versalles? Claro, ella estaba allí, de carabina. ¡Aquellos escrúpulos morales le correspondían a ella! La amante de Maussane viviría seguramente con él y prefería alejar a su hija. Qué miserable era todo. Aquel viejo, que moriría dentro de cinco o seis años, necesitaba una mujer. ¿Pero por qué nos obsesionará a todos, pobres humanos, el abrazarnos a otro cuerpo? ¡Cómo la despreciaba Aude, desde lo de la carta! Dejaba que aquella niña la tratase como una criada cómoda. En otro tiempo había sido orgullosa y ahora, los seguía cobardemente, sin acabar de saber por qué. Por vigilar sin duda, por espiar. Pero qué bien había sabido reaccionar aquella niña.

Entró Solal, admirablemente pálido, caminando con la lentitud de un déspota y todo le pertenecía. Aude y Jacques bailaban de nuevo. Amistoso ademán a uno y

saludo ceremonioso a la otra. Invitó a Adrienne que obedeció y se dejó arrastrar al baile. Un címbalo despertó a la orquesta y el infierno abrió sus puertas. Aude, de pronto, se despegó de Jacques.

Una orden salvaje la arrastraba adonde no quería ir; una sed de alegría inmediata y de victoria. Se volvió y pasaba Solal, sonriendo a Adrienne. Posó la mano en el hombro del arcángel que le ciñó el talle como en sueños y giraron, arrobados. Los ojos irónicos clavados en ella la despertaron. ¡Escribirles una carta de amor el mismo día a las dos! ¡Oh, morder los labios al perverso!

—Vil, es usted vil —le repetía por lo bajo apretándose a él.

No se soltó hasta que la orquesta dejó de tocar. Se volvió hacia Jacques y se burló afectuosa. Pues sí, había querido vengarse de él, había mirado demasiado a aquella mujer de allá y entonces se había buscado otra pareja. Jacques intentó sonreír. Lo cierto es que estaba harto del tal Solal. Si sonreía, ella comprendería que estaba celoso y, si no, también. Aude se lo llevó hacia el parque. Adrienne se había marchado.

Solal se divertía. «Llego y los tres se ponen a dar vueltecitas y se marchan». Pisó adrede a un vieja que babeaba patrióticamente y salió.

En el vestíbulo, se detuvo ante la lista de viajeros: señorita de Maussane, suite setenta y seis. Buen número. Lo lograremos. Adelante. Unos criados hablaban en voz baja, y, con aire correcto, intercambiaban abominables insultos.

Subió las escaleras, abrió la puerta de la setenta y seis. En el cuarto, caminó a lo largo y a lo ancho al ritmo del generador eléctrico que estaba al fondo del parque. Oyó las voces de Aude y de Jacques, se refugió en el cuartito que servía de ropero.

Beso. Tras marchar Jacques, Aude suspiró, se sentó, deshaciendo una trama que se volvía a formar sin cesar. Se desnudó maquinalmente y habló en voz alta.

—Me apetece algo. ¿Quizá un caramelo? No. ¿Quizá un cigarrillo? No. ¿Quizá Solal? Sí. Ah, Solal, Solal, nunca sabrás la dulce locura que despiertas en mí. ¿Qué has hecho, quién eres para adueñárte me así? Toda mi persona tendida hacia ti y tú no estás. Y nunca más y nunca más. ¿Y por qué, por qué escribiste a esa mujer el mismo día y casi con la mismas palabras? ¿Y por qué no me raptaste antes? No me quieres, no me quieres y yo te quiero.

Arrojó al aire sus últimas ropas y se puso a hacer gimnasia. Se detuvo, pensando que ya todo era inútil. ¿Para qué hacer gimnasia? Abrió un libro inglés y leyó en voz alta, exagerando la pronunciación. Se detuvo y sollozó. Vio en el empapelado una rosa estúpida en la que se concentraban todas las alegrías, y confió.

—Dios mío tengo frío y sed de Solal. Dios mío, me habéis reducido y roto, tened piedad, dádmelo y haced que venga. Señor Jesús, creeré en ti si me lo das enseguida.

El corazón de Solal latía violentamente.

XVI

Tras marcharse Solal, maese Comeclavos había salido solo en busca de algún entretenimiento lucrativo, al tiempo que degustaba unos higos chumbos.

Quiso su buena fortuna que se topase en su camino con los Hermanos Tosedores. Tal nombre recibían tres ancianos arruinados, bronquíticos y caídos en la infancia. Sentados en los escalones de su destartalada casa, comían pistachos mientras se daban el baño de pies mensual y se contaban, contemplando el sol medio zambullido en el mar, historias de rabinos milagrosos.

—¿Sabéis una cosa? —preguntó el Bey de los Mentirosos que ni sabía aún la historia que les iba a contar—. ¡Gran noticia del exterior!

Las palabras tantas veces oídas en el transcurso de su larga existencia alcanzaron los cerebros embotados de los tres ancianos.

—Cuenta, aureolado —dijo el más joven que tenía años.

—¡El rey de Inglaterra se ha convertido a la fe israelita! —anunció Comeclavos ensortijándose los pelos de la oreja—. ¡Acude a la sinagoga cada mañana, viste larga levita y ha hecho voto de comer pan ácimo todo el día!

Los tres despojos dejaron de comer, se congratularon, exclamaron con voz aguda que valía la pena vivir mucho tiempo para oír tan gallardas noticias, bendijeron al rey de Inglaterra, coincidieron en reconocer que el mundo era una sucesión de milagros y tosieron.

Comeclavos anunció a continuación una más portentosa noticia, a saber que acababa de ser nombrado guardia. Los Hermanos Tosedores lo felicitaron y desearon al guerrero que se moviese largo tiempo por el sendero de la justicia. Pero se les cayeron los pistachos de las manos cuando se enteraron de que las autoridades de Atenas y el Sultán habían encomendado a Comeclavos que percibiese todos los días, entre las siete y las ocho de la noche, una nueva contribución denominada «tasa sobre la tos, estornudo y accesos análogos».

—¡Habrased visto tal cosa! —dijo el benjamín cruzando los brazos.

—¿Pero qué inventa ese Sultán? ¿Un derecho de aduana sobre la tos? —dijo el mediano que siguió gimiendo sobre los infortunios de Israel.

—¡Alabado sea el Dios vivo! —dijo el mayor consultando, tras extraerlo lentamente del bolsillo, una suerte de torre que era un reloj de hierro. Son las siete menos cinco. ¡Aprovechemos los cinco minutos que nos quedan y tosamos, hermanos!

Tosieron los tres a cual mejor, implorando a Dios que les aliviase la garganta. Pero no bien anunció las siete el cañón de la ciudadela, el agente de la autoridad alzó la mano derecha. E intimó a los tres ancianos a que dejasen de toser.

—¡Stop!

Los hermanos mantuvieron cerrados los labios durante veinte minutos ante la severa mirada de Comeclavos. Pero cuando sus apergaminadas caras se avivaron hasta cobrar el más intenso tono escarlata, vencidos, estallaron y dejaron oír los fabordones, los ronquidos y los carillones de la más vivaz tuberculosis. Comeclavos alargó la mano, exigió el pago de los impuestos atrasados. Los desdichados vaciaron sus bolsas de punto.

—Haz a un judío guardia —dijo el más joven.

—¡Y se volverá peor que el babilonio! —dijo el de más edad.

Comeclavos vio a Saltiel en lontananza y temió la ira del justo. Para borrar el recuerdo de la expoliación de que acababan de ser víctimas, contó a los ancianos que un hijo de Israel reinaba desde hacía siete días en Palestina. Los hermanos se abrazaron, entonaron con voz escuchimizada un salmo insolente y Saltiel llegó en el instante en que el pérfido anunciaba a los Tres Tosedores que acababan de ser nombrados altos dignatarios de la corte israelita.

Mientras los dos benjamines iban a engalanarse con su ropa de fiesta y a preparar su marcha a Jerusalén, Saltiel se llevaba aparte a Comeclavos y, con grave ademán, le mostraba la carta de Solal y los cinco billetes de mil francos que había dado el Magnífico a su tío. El mayor de los Tosedores, que seguía sentado, repetía obstinadamente que no quería ser gran chambelán y maldecía al rey israelita por llegar tan tarde.

Saltiel estaba demasiado emocionado por la marcha de su sobrino como para leer él mismo la maravillosa carta a la población. Dio instrucciones a Comeclavos que respondió oyendo y obedeciendo y marchó, con la rapidez de la cierva, a despertar al ministro oficiante y pedirle prestado el cuerno de morueco que congrega al pueblo en las grandes fiestas. Se llevó a la boca el instrumento y tosió en el interior para dar la alarma. Golpearon los postigos de las casas, asomaron caras aterradas y se rompieron cristales. Los hombres siguieron al heraldo hasta la Plaza del Mercado. Las mujeres acechaban trágicamente en las ventanas sin atreverse a reunirse con sus esposos e hijos.

Comeclavos ordenó a la multitud que se sentase, mandó traer odres de vino con miel que pagó con los ahorros de los Tres Tosedores, se calentó los inmensos pies descalzos y mugrientos al amor del gran fuego en el que se asaban ya unos cabritos traídos en honor de la gran noticia, se abrochó la levita negra, depositó junto a él el sombrero de copa y comenzó la lectura.

A decir verdad, la carta no justificaba tal sobreexcitación, pero los hombres de la isla eran de temperamento ardiente. Solal se limitaba a invitar a su tío a que le visitase en París, comunicándole que pagaría con mucho gusto los gastos del viaje y que, para animar a los compañeros de Saltiel a que vistiesen decentemente, entregaría veinticinco mil francos al mejor vestido, a menos que su tío prefiriese entregar el

dinero a una obra sionista.

Un silencio de casa mortuoria sucedió a la lectura. Comeclavos apagó su sed echando un largo tiento al odre que le aguantaban dos serviciales. A continuación, se despachó una pata y una cabeza de cabrito. La multitud lo contemplaba con respeto. Por fin, tras restregarse la boca con el dorso de la mano gigantesca, huesuda, venosa y velluda, el falso abogado inició su discurso en estos términos:

—¡Hombres aquí reunidos, compañeros de mis trabajos, testigos fidedignos de mis vicisitudes, la hora es grave para nuestro pueblo! ¡Nos hallamos ante un giro decisivo de nuestra historia! ¿Qué hacer y qué no hacer?

El sabio Salomoncillo interrumpió para decir que era muy fácil, que lo mejor era que Saltiel eligiese cuanto antes a sus acompañantes y que éstos se vistieran como mejor pudiesen. Pero tan rápida interpretación no convenía al Embarullador de Juicios.

—¡Oh, perro nacido de la perra! —exclamó arrojando la cabeza de cabrito a Salomon que la atrapó al vuelo y dio cuenta de ella a placer—, ¿sabes o no sabes que el venerado Saltiel me ha dado plenos poderes y que represento aquí al mismísimo Solal de los Solal, alabado sea hasta el fin de los siglos?

—Bien, bien —dijo filosóficamente Salomon sorbiendo el ojo del cabrito—, haz lo que quieras.

—Porque, señores del jurado, el texto es explícito —continuó diciendo Comeclavos al tiempo que aporreaba la carta—. «El mejor vestido se llevará los veinticinco mil francos».

—Muestra la carta, hijo de la riqueza —pidió un anciano iletrado calándose las gafas y fingiendo leer—. Exacto. El mejor vestido. Como dices tú.

—¿Y que ocurrirá, mis señores, si el hombre de munificencia juzga que no vamos lo bastante bien vestidos? ¿Que el caudal saldrá de nuestra santa tribu e irá a engordar a unos sionistas, a unos judíos del país de Gog y de Polonia, a unos hombres de tierras nevadas, que pronuncian de modo incorrecto las palabras de nuestra Santa Ley!

Brotó un unánime grito de horror en el seno de la multitud mediterránea. No había que permitir que la enorme suma escapase a los auténticos hijos de Israel. «¡Antes quitarles el pan a nuestros hijos y a nuestras mujeres!», exclamaron algunos. A continuación, se habló de números y corrieron los lápices por las paredes de las casas.

Comeclavos decidió por fin que al día siguiente, que era viernes, se celebraría un concurso de prendas elegantes bajo su presidencia. Voces en sordina clamaron ya contra la injusticia y murmuraron que ya se las apañaría el leopardo para elegir a sus amigos.

La multitud fue adormeciéndose poco a poco. Seguían discutiendo algunos

valientes. Salomon, apoyada la cabeza en las piernas de Michaël, decía con voz pastosa que más le hubiera valido al hijo del rabino darle aquel dinero al más pobre, sin tantas extravagancias de vestidos correctos. Pero se hizo callar al rebelde informándosele de que «el rico manda». Al poco, trescientos cincuenta ronquidos pletóricos de esperanza adornaron la Plaza del Mercado.

Al despuntar el día, Comeclavos fue a firmar un contrato de asociación, válido por veinticuatro horas, con el único ropavejero de la isla que, por fortuna, ignoraba los acontecimientos de la víspera. A continuación, instó a la población a que comprase en el establecimiento del ropavejero prendas de suprema elegancia. Tan sólo se vio transitar aquel día a notarios, marqueses, astrólogos, boticarios, domadores, comodoros, abates.

Todos fueron eliminados la misma noche, antes del oficio religioso, por Comeclavos quien, tras pasear una feroz mirada por la multitud, se dispuso a leer la lista de los bienaventurados.

Pero en ésas llegó a todo correr él siempre rezagado Salomon. Acostumbraba tomar un baño caliente todos los viernes y, como siempre tras el rito semanal, estaba todo encarnado y tenía un miedo tremendo a pillar frío, pues no le apetecía morir joven. Se alzó, pues, la solapa de su atavío europeo de ceremonia, un trajecillo moderno y azul, tembló y tosiqueó para enternecer a la multitud que lo maldecía. (El carácter apacible, el humor placentero y la obsequiosidad del bondadoso hombrecillo le atraían el desdén general). Por fin, comenzó Comeclavos:

—Elegidos para participar en el concurso de los veinticinco mil francos de la elegancia: Saltiel Solal por derecho de parentesco y mando, vestirá como guste. Yo, porque lo que llevo es de buen gusto: levita azul con botones de nácar, ligeramente forrada de armiño, y sombrero cilíndrico revestido de ídem, como los jueces de férreo carácter. Maïmon Solal, por derecho de vejez y sabiduría. Mi primo Querido Solal, porque tiene un bastoncillo, y los hijos de mis primos lejanos Bambo Solal y Besso Solal, por ser hijos de mis primos y porque van vestidos como gente decente y no como presuntuosos. Mattathias Solal y su hija Léa Solal, fuera de concurso y por razones Privadas Confidenciales Urgentes. Michaël porque es amigo mío y Salomon por ídem. Además, todos los concursantes seleccionados por mí llevan trajes magníficos cuyos pormenores no corresponde que conozcáis y que se mantendrán secretos hasta su llegada a París. El mismo traje que me veis no está completo. Los aderezos más ennoblecedores y originales que me permiten esperar resultar vencedor del torneo, no han sido incorporados, ¡por temor a envidiosos y plagiarios! He dicho. ¿Nada que oponer? Aprobado. Se levanta la sesión.

La multitud bramó de ira y abucheó al hombre de mala fe que gritó: «¡Adoptado por unanimidad de mi voz!», y rió burlón tras su barba ahorquillada. Salomon, que daba piruetas de felicidad, fue vapuleado por los candidatos eliminados. El traje azul

que estrenara a la edad de trece años, el día de su iniciación religiosa, y que fue concebido lo bastante holgado como para que durase mucho tiempo, quedó desgarrado por la lluvia de trompicones.

Los elegidos decidieron marchar de inmediato y darse una vueltecilla por Europa antes de ir a París. Telegrafieron, pues, a Solal, comunicándole que se hallarían en el ministerio de Asuntos Exteriores, si tal era la voluntad del Protector de las Tribus, el treinta de noviembre a las cinco de la tarde.

Al día siguiente, la multitud, olvidando las injusticias, acompañó a los turistas entre cantos y gemidos.

Algunos de los Esforzados blandían sucedáneos de pasaportes. Comeclavos se había agenciado la tarjeta de visita de una actriz francesa; Salomon, el permiso de caza de un inglés fallecido; Mattathias, una cédula testamentaria. «¡Y sea lo que Dios quiera! ¡No queremos que se engorden los consulados a nuestra costa!».

La mujer de Salomon berreaba y sostenía que su marido, atraído por las sirenas francesas, no regresaría al hogar conyugal. El rechoncho hombrecillo (cubierto con un chal de mujer de gruesa lana roja, pues temía el frescor de la brisa marina) se pasó del brazo derecho al izquierdo el alpenstock, que le rebasaba medio metro, y acarició el hombro de su mujer.

—Oh, oveja mía —dijo con tono altivo, varonil y lánguido que hizo morir de risa a la concurrencia—, confía plenamente en mi constancia, no llores ni des rienda suelta a una desesperación amorosa que podría serte funesta, honor de mi casa y delectación de mi lecho. —Se puso encarnadísimo, se avergonzó de haber pronunciado estas últimas palabras, cerró los ojos, estornudó y recuperó el dominio de sí—. ¿Acaso quieres que me quede y pierda los cinco mil escudos, o quizá deseas que nuestra pobre hija se quede sin dote y se dedique más adelante a tocar el organillo?

Ilusionadísimos todos, embarcaron. A las seis zarpó el barco.

Saltiel, en la popa, contemplaba románticamente la isla que se alejaba. Salomon, a quien se le habían desabrochado los cordones y que no sabía aún hacer nudos, se acercó a rogarle que le sacara del apuro. Conversaron a continuación sobre los países del mundo.

—Ha llegado a mis oídos —dijo Salomon— que el alemán es severo pero que el francés es como una natilla.

—El alemán es fuerte —informó Mattathias con cara de enterado—. Y puede contarse con él.

—Prefiero al inglés —replicó Comeclavos—. Tiene colonias y es una pizca por el estilo que yo: intermediario a posteriori.

—Nuestro ejército francés es el primero —afirmó Salomon—. Nuestros cañones son pequeños, ¡pero te tumban a un hombre a cien pasos! Me lo ha dicho un amigo.

¡Cañones pequeños, queridísimos amigos, pero fuertes! ¡Y ándese con ojo el germano y los itálicos lo mismo!

—Todos los pueblos son hijos de Dios —suspiró Saltiel abriendo los ojos—. Pero no lo saben y nos zurren a nosotros.

—En cualquier caso —concluyó ilógicamente Salomon—, estoy convencido de que el premio gordo me lo llevaré yo. —Intentó dar una palmada con tono protector a Michaël pero falló el golpe—. ¡Ya veréis qué traje llevo! Pero no os lo enseño aún, no me lo vayáis a copiar. Cada uno en su casa y Dios en la mía. ¡Y cuando me toque el gordo, llevaré una vida, oh amigos míos! ¡Tendré un lacayo ante la puerta de mi cuarto y su espada refulgirá, oh amigos míos! Por cierto, tío Saltiel, ¿le gustaría ser papa?

—¿Por qué no? —dijo Mattathias—. Es un cargo interesante.

—Ya lo creo —aseguró Salomon—. Ha llegado a mis oídos que el banquero del señor papa es el señor Rothschild. Y dígame, tío Saltiel, cuando sea usted ministro de algún gobierno —Saltiel suspiró—, ¿le importará darme alguna provincia o pueblo para que pueda mandar muchísimo, a pie o a caballo? Pero si no puede, tanto da. Y, a fin de cuentas, ¿estoy capacitado para mandar? Temo la intriga y las maquinaciones de los ministros que podrían muy bien decapitarme. Y no me apetece nada que me decapiten. Pues me disgusta morir joven y por consiguiente rehúso la provincia. Quizá sea lástima porque mi porte es airoso, según creo. No se hable más. Lo importante es disfrutar de las pequeñas maravillas de Dios, cumplir con su deber y conversar con los amigos.

—Hablas demasiado, gusanillo —dijo Comeclavos—. ¿Quién te ha dado tanto valor?

—Creo que habrá sido el premio gordo o quizá la brisa marina —contestó Salomon—. Por cierto, se me ha afirmado que existe en cierto lugar un hijo de nuestra raza que está escribiendo nuestra historia y que se interesa especialmente por mí. Ha llegado a mis oídos que soy un personaje principal. —Hinchó los carrillos—. Ojalá no se le ocurra leer a mi mujer ese libro en el que quizá se cuente que estuve enamorado de la consulesa de antaño.

—Enamorado —rectificó Michaël.

—¡Otro que busca gresca! —exclamó Salomon, excitado por momentos—. Déjame decir las palabras como me plazca.

—Y que se ande con mucho cuidado ese hijo de nuestra raza —dijo Comeclavos—. ¡Porque como me calumnias, le presento una demanda vejatoria redhibitoria y hartu ruinosa en lo tocante a los intereses!

Declinaba el sol. Las cimas de los montes de Acarnania se teñían de rosa. Los Esforzados se tornaron melancólicos.

—Que me expliquen la vida —dijo Salomon, que solía sufrir pequeñas angustias

metafísicas—, ¿y qué hago yo en este barco y por qué ha llegado la hora de mi vida?

—Sí ¿y qué hemos hecho en nuestra vida? —preguntó Comeclavos.

—Nada —dijo Saltiel.

—Entonces, somos unos inútiles.

—¿Y eso quién lo sabe? —dijo Saltiel—. Yo creo que inútiles como nuestro Salomoncillo constituyen la sal de la tierra.

La sal de la tierra, que se había dormido, despertó al oler la deliciosa comida humeante que acababa de traer Michaël. Mecidos por la deliciosa brisa y a la luz de las estrellas, comieron de buena gana. A continuación, se pasearon por el puente cogidos del dedo meñique y sin envidiar a los pasajeros de primera. Michaël se burló del orondo trasero de Salomon quien se rebeló por enésima vez.

—Entérate de una vez por todas, querido amigo, que me disgusta adelgazar. Trasero si quieres, pero es mi trasero. Y le tengo apego. Hasta te diré más, me gusta. Alabado sea el Señor que me lo ha concedido rollizo. Rollizo lo conservaré. Y por favor, no me pellizques más.

—Basta —dijo Saltiel—. Contigo quiero hablar, Comeclavos. Vamos a París, capital de la urbanidad. Si me lo permites, te rogaré que dejes de cometer con la boca ciertas inconveniencias que podrían disgustar a mi sobrino y que en nada cuadran con el segundo de los Esforzados.

—Eructar es bueno para mi salud —replicó escuetamente Comeclavos humillado—. Conque seguiré haciéndolo. Me repelen todas esas minucias, etiquetas de Herodes, falsas elegancias y martingalas. ¿Acaso soy cortesano o quizá cortesana para liarme en galanuras? Así que te callas. Además, tengo sueño.

Los cinco amigos comenzaron a bostezar. Se envolvieron en sus mantas, se tumbaron en torno a un mástil, saludaron a Dios y se durmieron como te lo deseo.

XVII

Solal no se había decidido aún a salir del ropero en el que se ocultaba. Aude se incorporó cansinamente y surgió fuera de la bañera. Oprimió suavemente el paño contra su cuerpo como con un herido. Hablaba y no sabía que Solal estaba tan cerca de ella y la oía.

—Se acabó, se acabó. Resolución, dos puntos, no volver a pensar en ese hombre. Me tengo a mí. Yo sola y basta. La verdad es que, decid lo que queráis, pero Aude y sus pensamientos no son cualquier cosa. Y me queda la música. Mozart querido Mozart desconsolado dorado feliz. Maldita sea.

La fusta que acababa de coger hizo un ruido, silbó y estrió las largas piernas. Brotaron unas gotitas de sangre. De ese modo se castigaba por pensar en Solal. Rompió a sollozar. (No puedes imaginarte lo adorable que estaba).

Se acostó por fin. Al apagar, oyó un ruido de pasos, reconoció una respiración y alargó las manos que fueron asidas en la oscuridad. Fluía el río de juventud y la espantaban la alegría y la certeza. El viento abrió los postigos, penetraron los rayos que alumbraban al moribundo del piso de abajo.

—¡Usted! —Se frotó la frente con las manos y sonrió inefablemente—. Contesta rápido sin pensarlo: di di di ¿me quieres? Oh, oh el amado, oh quién ha venido. Mi dulce bien, oh, el señor de toda el alma, el maravilloso que ha venido a mí. Oh, te quiero.

Se sentía dispuesta a cometer toda clase de atrevimientos y su temeridad la exaltaba. Tendió torpemente los labios.

—Dueño. Mi dueño.

Solal se inclinó sobre aquellos labios y los besó. Ella recibió, párpados moribundos, salvajemente el primer gran beso aleteante. Se sintió marcada para siempre, aspiró la vida. Oh, aquellos besos tatuados en los labios de ambos. Oh, precipicios de su destino.

Él se alejó, vio un melocotón sobre la mesa, mordió la fruta, miró la boca entreabierta que pedía más y aquellos ojos de santa y los labios húmedos de jugo amoroso. Júbilo. Labios y lenguas unidas. Oh, lenguaje de juventud.

—Mi dueño —tornó a balbucir ella.

A él le apuraba aquel entusiasmo miserable y no obstante era feliz. Ella salió de su éxtasis y le preguntó si era cierto que Adrienne y él. Solal se encogió de hombros y contestó que hacía cinco meses que no escribía a aquella mujer. Le dirigió ella una inquisidora mirada de esposa, ya celosa: le haría padecer aquel arcángel negro impasible.

—Vete ahora, amado mío —dijo con tono sentencioso. (Como Adrienne. Todas, no cabía duda)—. No dormiré y toda la noche, toda, te conservaré en mi corazón. Tu

nombre de sol y soledad lo llevo grabado en el corazón desde el primer día. El de la mariquita, ¿te acuerdas?

Cuando vio que él abría la puerta, se quejó.

—¿Ya me dejas? Amado, vuelve. Escucha. Más cerca. Amado, soy tu aldeana, sabes, con largas trenzas y puedes hacer cuanto te plazca, mi todopoderoso señor. Tienes todos los derechos sobre mí. Soy tu mujer antaño y siempre. Oh amado, me gustaría poseer más para darte más. Todo cuanto tengo, amado mío, tómalo. Tómame ya, si quieres. Eres mi señor, lo proclamo.

Apartó bruscamente las mantas y se mostró desnuda.

—Solal, oh Solal Solal, es tu nombre y pronuncio tu nombre. Oh Sol me gustaría preguntarte otra cosa. No te burles, mi más amado. Dime, dime, ¿me quieres? —Lloraba casi de alegría—. Yo te quiero te quiero. Te quiero. Dime que me quieres. Dilo. Tengo sed de tu voz. Toma otra vez. La boca, toma. Oh, amado.

Hasta el alba y la sempiterna alondra, fue a lo largo de los siglos el eterno y pobre, el ininteligente, el tremendo dúo merced al cual es fecundada la tierra.

Al aparecer los primeros rayos de sol, le pidió que la esperase afuera. Obedeció él y fue a pasearse. Ella no tardó en reunirse con él.

Ambos jóvenes iban cogidos de la mano y caminaban por la carretera. Ella quería hablar con su padre el mismo día, decirle que había elegido al que desde el primer día eligiera. Se entretuvieron y jugaron por el bosque. Corría ella, él la perseguía, la alcanzaba y la estrechaba en sus brazos. ¡Jugad, amigos, solazaos, embriagaos de amor!

XVIII

Y nada más bajar del compartimento, el tío Saltiel creyóse obligado a saludar a la Ciudad Luz con un amplio ademán con el gorro. Acto seguido, fue a encabezar la fila cargada de bultos, cajas y chales. Una multitud que crecía por momentos seguía a la caravana impávida y consciente de su gloria. Comeclavos se detenía a ratos, interpelaba a los mirones que se mofaban y les preguntaba, con incomprensible ironía, si tenían amigos en la diplomacia o si quizá esperaban ganar en breve veinticinco mil francos.

Tras doce horas de marchas y contramarchas, Saltiel condujo a su cuadrilla a un hotel ubicado junto a la estación de donde venían.

Acomodó a su padre en su cuarto y Mattathias encerró a su hija con doble vuelta de llave. Comeclavos dispuso en el vestíbulo a los tres humildes comparsas aterrorizados, sus tres primos, con orden expresa de no moverse de allí «ni aun en caso de incendio, peste, fieras salvajes, naufragio, baratería, inundación, piratería berberisca, granizo, plaga de langosta, cuarentena, acreedores y toda suerte de calamidades o casos de fuerza mayor generalmente cualquier no previsto por el presente decreto». A continuación, los Esforzados salieron por París sin más objeto que saludar las estatuas de los benefactores de la humanidad.

A las siete de la tarde, aquellos cándidos se detenían ante el ministerio de Asuntos exteriores, se descubrían ante la bandera tricolor y se pavoneaban pensando en que al día siguiente serían de la casa. Salió una señora del ministerio. Saltiel se creyó en la obligación de inclinarse donosamente.

—¡Un auténtico personaje nuestro tío! —dijo Salomon—. ¡Conoce a todo el mundo!

—A decir verdad, sólo la conozco de vista y si la he saludado, ha sido para felicitarla por frecuentar aquella Mansión de la Perspicacia.

Al regresar de camino al hotel, se metieron en un bazar donde cada uno adquirió un despertador. Era menester tomar precauciones: el mozo encargado de despertarlos podía morir durante la noche o ser antisemita y dejarlos dormir todo el día, cuando habían concertado la cita para las cinco de la tarde. Acto seguido, entraron en una cuadra y pidieron un coche de dos caballos para el día siguiente. Después, regresaron al hotel.

En el vestíbulo, en el lugar asignado, los tres comparsas, muertos de inanición, eran las estatuas de la obediencia. Los Esforzados se fueron a la cama no sin encomendar la República francesa a los cuidados del Eterno.

Se despertaron antes de que sonasen los timbres de los despertadores y se reunieron, a las cuatro de la mañana, en el cuarto de Maïmon. Mientras las encías del anciano bregaban con unos almendrados de miel, los tres comparsas, que no habían

dormido en toda la noche, pidieron a su primo que les enseñase la lengua de los francos, que habían olvidado, pues pertenecían a una rama decrepita de la rama menor de los Solal.

—Ignorantes —dijo Comeclavos—. Cerrad a medias la boca y dejad escapar el aire por la nariz, hablaréis el mejor habla de Francia. An. On. In. No se os olvide la nariz. Podéis aprender asimismo la expresión «demasiado caro» que resulta útil.

Los tres se afanaron con brío, berrearon, ganguearon y aseguraron a los cuatro puntos cardinales que era demasiado caro. Apareció un criado pidiendo que hiciesen menos ruido. Saltiel echó a los alumnos de Comeclavos.

—Quédate, Mattathias, puesto que de tu hija se trata. Quédate también, Comeclavos, tu opinión puede resultar útil. ¡Pero no estés hablando todo el rato! —agregó con brusca ira—. Comienza, querido y estimado Mattathias.

—Si todos estáis al tanto del asunto.

—Habla igualmente, hagamos las cosas correctamente, resume la cuestión.

—Como en el Parlamento inglés —explicó Comeclavos.

—Bueno, pues que Solal de los Solal tiene un buen trabajo y he traído a mi hija Léa a la que concederé una pequeña dote.

—Nada me gusta ese comienzo —rezongó el viejo Maïmon arrojando el almendrado imbatido.

—¿Quién se atreve a hablar aquí de pequeña dote? —dijo Saltiel—. ¡Con tus pesquerías has rapiñado un millón a los ensortijados rapaces de Grecia, oh, auténticamente avaro!

—Un millón cuatrocientos setenta y tres mil francos —precisó Comeclavos que sobornaba a los contables de la isla para enterarse, por puro gozo gratuito, de los distintos balances.

—Bien, Comeclavos. Así me gusta —aprobó Saltiel—. Pocas palabras pero buenas.

Mattathias suspiró y propuso una cantidad ridícula.

—¡Vuélvete a tu casa, estafador arruinado! —chilló Maïmon combándose en su ataúd.

Mattathias se retiró pero no tardó en volver, acompañado de su rolliza hija pelirroja de enormes caderas, vestida de seda de color ciruela y ataviada con corales.

—¡Ved a mi hija, ved a la paloma! —pregonó—. Ved esos dientes. (Abre). Sanos todos. Alimentada con aceite de oliva. ¡Y qué panza tan apta para el alumbramiento! ¿Quién ha visto semejante tesoro? ¡Afirmo que es la propia esposa del rey Salomón! ¡Una auténtica mantequilla de almendras!

Maïmon pidió sus gafas. Los expertos examinaron, hicieron volverse a la becerra, menearon la cabeza y se reservaron el juicio. Mattathias se llevó a su hija y regresó, con las llaves en la mano. El viejo cabalista rompió por fin el silencio.

—Los ijares son estrechos. Recógeme el almendrado, oh hijo mío Saltiel.

—Me gustaría proponeros una buena proposición —aventuró tímidamente Mattathias.

—No nos interesa la proposición —dijo con parsimonia Maïmon—. La muchacha es flaca. Mójame la galleta en un vaso de agua, oh joven Saltiel, a fin de que se ablande y pueda nutrirme con ella en el centésimo año de mi edad. Y, además, se me antoja patizamba y mal conformada en lo que atañe a la delantera.

Mattathias dijo que si realmente era menester daría más. Maïmon meneó la cabeza con cara de asco.

—Ya no hay tiempo.

—¡Pero si aún no sabéis lo que voy a dar!

—No es suficiente —dijo Maïmon con tajante ademán.

Mattathias se inclinó y gimió sobre el destino de la paloma traicionada. Saltiel se preguntó con terror si realmente aquel canalla no iba a hacer más ofertas.

—¡Qué propuestas de matrimonio recibiré mi nieto! —suspiró Maïmon, mirada al acecho.

—¡Vamos, habla, tú, Comeclavos, empuja la barca! —susurró Saltiel.

Se le entenebreció la mirada al intermediario y preguntó en voz baja si cobraría una comisión razonable. Saltiel asintió. Entonces, el falso abogado, hostigado además por tremendos pellizcos del anciano Maïmon que le martirizaba el trasero con toda clase de rictus, hizo maravillosamente el artículo del sobrino de Saltiel.

Se prolongaron las discusiones hasta las cuatro de la tarde. Por fin, tras una serie de dramas, odios mortales e indignados sollozos, los negociadores se entendieron y llegaron con apaciguadas sonrisas a la cifra que desde hacía tiempo sabían que sería aceptada por ambas partes. Mattathias fue a por Léa que palmoteo y se desmayó de alegría al saber que estaba por fin prometida. Se besaron, se bendijeron hasta la séptima generación y sudaron.

En éstas, Salomon anunció que había llegado el landó. A pasos prudentes para no despertar al centenario dormido en su ataúd, cada negociador marchó a ponerse el traje de lujo que le proporcionaría fortuna y una dorada vida de ocio.

Al poco, Comeclavos, Mattathias y dos comparsas aparecieron en el vestíbulo, se lanzaron miradas críticas y aguardaron. Apareció el jefe.

—¡Firmes, hijos de la vestidura! —dijo Comeclavos.

Saltiel, puño en la cadera, se detuvo, miró, venció, arqueó el busto y las pantorrillas embutidas en medias blancas, se ajustó la levita color avellana y el gorro de castor, se humedeció dos dedos, se puso con descuido, elegancia y esbeltez los guantes blancos que reventaron en el acto. Acto seguido, cabeza baja, manos en la espalda, frente taciturna y mirada diligente, se precipitó a inspeccionar sus tropas. Los cuatro competidores estaban formados por orden de estaturas.

Comeclavos, con su levita verde con botones de nácar y solapas forradas de armiño, era la imagen de la rectitud competente y los asuntos solemnes. En sus dedos, diez anillos de imitación; en su chaleco, cuatro sellos de cobre; en su corbata, dos alfileres; en su brazo, dos bastones. En la solapa de la levita, una condecoración de teatro. En bandolera, una escribanía de hierro forjado. En el hueco de la oreja, una pluma de ave. Con púdico y sardónico rictus, bajó los ojos y alzó el sombrero de copa forrado de armiño y lanzó una esperanzada mirada a la cartera de molesquín atestada de piedras, que debía conferirle una prestancia jurídica y universalmente intermediaria. Tosió y el monóculo, fijado a la órbita con ayuda de cola fuerte, aguantó. A su lado estaba Mattathias, vestido con severo traje de sepulturero.

Querido, el mozo de cuerda más pobre de la isla, descalzo, separados los dedos de los pies, se erguía en postura de presentar armas, sonreía y no hablaba. En su triste cerebro, rondaba sin cesar la esperanza de llevarse el dinero que le permitiría cuidar a su mujer enferma y mandar a sus hijos a «la mejor escuela de las Europas». El pobre diablo llevaba pantalones caqui y un jersey a rayas azules. La única prenda de lujo que había podido agenciarse era un bastoncillo; pero tenía intención de hacerlo vibrar y silbar luego con gran elegancia y Dios el misericordioso decidiría.

Junto a Querido estaba el compadre Agnel, tío de Salomon. Llevaba una chaqueta infantil de domador y pantalones bombachos de señora ciclista. Aquel minúsculo anciano, que vivía en total confusión mental, tan sólo sabía que había posibilidad de ganar dinero en el país de los francos para quienes se vistiesen a la franca. ¡Los caminos del Señor eran maravillosos e incomprensibles! Tras escurrirse entre los turistas en el momento del embarque, se había negado a largarse y había exigido que le dejasen tentar su primera oportunidad.

En lo alto de la escalera apareció el ataúd, precedido por Michaël y portado por Bambo y Besso. Se abrieron las cortinas. *Rabbi* Maïmon se había acicalado un poco. Coronaba su cabeza traslúcida una gran llama torcida de magníficas sedas de arco iris apagado y exhalaba perfumes árabes en su centésimo año.

Llamaron y maldijeron al vendedor de agua siempre rezagado. Nuestro Salomoncillo llegó por fin y no oyó que le deseaban que muriera sin ojos y sin hijos. Sólo pensaba en su insuperable elegancia y estaba apuradísimo por sus pobres amigos a quienes derrotaría de fijo en el concurso. Vestía frac, sombrero hongo y alpargatas. Una corbata blanca demasiado apretada lo asfixiaba y sus mejillas púrpuras estaban incandescentes de pudor y de triunfo. Mantenía modestamente baja la mirada. Una pastilla de jabón nueva, colocada a guisa de pañuelo perfumado, asomaba discretamente en el bolsillo del chaleco blanco. Le aplaudieron. Alzó el bombín para dar las gracias, fue a alinearse con los demás a pasitos de primera comunión, respiró a fondo para demostrar que estaba a sus anchas, se pasó la diminuta mano por el cráneo, sonrió agradablemente, se abanicó con la pastilla de jabón, resbaló y se

contusionó. Fin de la historia de Salomon.

Saltiel halló a sus hombres de su agrado y se enorgulleció en su corazón. Alzó el gorro.

—Caballeros, estoy contento de ustedes. Y ahora salgamos. Nos aguarda nuestra victoria.

Abrió la portezuela del coche y asignó su sitio a cada uno de los Solal. Mattathias y Comeclavos al fondo del coche y Salomon en las rodillas de Comeclavos. Se izó la litera como se pudo. Saltiel, ojo avizor, permaneció de pie y posó la mano en el ataúd, una de cuyas angarillas descansaba en el asiento del cochero, en donde se había acomodado Léa entre ruborosas sonrisas. Los comparsas estaban de pie en los estribos. Saltiel, en un relámpago de sensatez, se preguntó si no serían juzgados demasiado excéntricos tan estrafalarios atavíos. Pero era demasiado tarde para cambiar y, al fin y al cabo, ¿qué mal había en ello?

—¡Adelante la falúa! —gritó Comeclavos, impaciente por cobrar sus veinticinco mil francos.

Michaël se montó en uno de los caballos y lanzó un grito de guerra. Los transeúntes aclamaron a la peregrina cuadrilla, y el cochero, tronchándose de la insólita aventura, fustigó los dos caballos que partieron, seguidos de una cada vez más nutrida multitud. El coche se detuvo ante el ministerio a las cuatro cuarenta y cinco.

—Hay que esperar —dijo Saltiel—. Reprimid vuestra impaciencia. La entrevista es a las cinco y la exactitud es la cortesía de los reyes, caballeros.

De pie en el coche, no despegaba la mirada de su reloj de bolsillo con vidrio de aumento. La multitud aguardaba el discurso del charlatán. A las cuatro cincuenta y siete, el títo pagó al cochero. A las cuatro cincuenta y ocho, mandó bajar a sus hombres, les pasó revista, se cercioró de que llevaba bien puesto el gorro, comprobó las flores de su ojal.

—¡Sea lo que Dios quiera! —exclamó poniéndose a la cabeza de la cohorte.

XIX

En el umbral, el señor de Maussane estrechó cordialmente la mano de Solal que, desde hacía cinco minutos, era su futuro yerno. Aude besó a su padre. Ya solo, el Presidente movió de sitio el jarrón de Sèvres.

—Aude Solal. Condesa de Nons. Sí, claro, pero ¿qué se le puede hacer? Además, el muchacho de Nons no me ha gustado nunca. En definitiva, puede funcionar la cosa. Rosas. No dejaré que Solal se pudra en la subdirección de Europa. Hoy mismo le doy un destino en el gabinete. Pero ¿y la familia de ese hijo de Israel? Unos cuantos pasmarotes en alguna aldea lejana que no supondrán ningún estorbo. Le importan un rábano ellos y el pueblo elegido y lo más probable es que se convierta. Hojas de. Arrugas, pobre Maussane. Muy pronto se acabó. Fakires. Maumau es simpático, Maumau buen perro. Bien habrá otro mundo, espero. Píldoras de. Se examinará el asunto. Son jóvenes y yo viejo. Vigilar esa tensión. Pssps. Vamos, hombre. No puedo, mamá.

Teléfono.

—Nada, mi querido Jacques, nada especial. Ha estado aquí hace un rato. Un poco delicada. Lo mejor es que se quede sola unos días. Vivirá en mi casa. Ya le avisaré. No se inquiete. ¿Le parece bien dentro de tres días? Conforme. Adiós, adiós.

Muy bien. Ése le dejaría en paz algún tiempo; dentro de tres días, haría que lo llamara el jefe de despacho y le explicase la situación; él se las arreglaría para estar ocupado. Telefoneó a su criado y le rogó que echase con mucha amabilidad a la señora Denerny.

—Sí, amigo mío, mi hija vendrá a vivir a casa unos días. Vaporice con una pizca de alcanfor la habitación de la señora. Sí, para que se vaya el perfume, ¿verdad? Ah, acabo de recibir un telegrama del señor Sarles. Viene a París a pasar unos días y me anuncia su visita. Llega hoy. Prepárele también una habitación.

El señor de Maussane sintió la necesidad de marcharse. ¡Cuánto lío! ¡Su piso invadido! ¡Valiente gracia verse convertido en hotelero!

Abrió la puerta y vio a la grotesca cohorte penetrando en la antecámara roja y dorada. Dos redactores dejaron de hablar de ascensos, vacaciones, injusticias del jefe y masonería. Saltiel, metida la mano en el chaleco, abría la marcha, seguido de sus tropas. Los redactores fueron a llamar al ordenanza.

—Alto —dijo el títo.

La cuadrilla se detuvo y el ataúd fue depositado en el suelo. Maïmon apartó las cortinas, miró con curiosidad a otros funcionarios que habían acudido, bendijo, salmodió, dirigió sonrisas protectoras al señor de Maussane. La barbita, mecida por la corriente, le flotaba garbosa y sus manos acariciaban el espacio lampiño entre la nariz y el labio. Al divisar a un sacerdote católico, se quitó el turbante y se rascó el cráneo

en el que latía lentamente una vena.

Comeclavos alzaba regularmente el sombrero forrado de armiño y asistía a ejecuciones capitales. Tosió y tintinearón las arañas. Sonrió al señor de Maussane, lo saludó, le guiñó el ojo: y, señalándose con el dedo índice los pulmones, le hizo saber que estaba aquejado de una enfermedad incurable.

El enterrador Mattathias auscultaba los sillones de terciopelo con su gancho reluciente; como cayeron en una sala contigua unos objetos de plata, sus móviles orejas apuntaron hacia el ruido inquietante.

Salomon columbraba el olor de la derrota. Aquel señor que los miraba tan atentamente le daba miedo. Se le ocurrió una idea, se llevó la mano al sombrero hongo y propuso a Saltiel «salir pitando porque tengo apego a mis huesos y quizá haya mazmorras en este castillo y no tengo ganas de que me enmazmorren ni de ser un fantasma más tarde».

Querido, lejos del mundo, repetía la gran escena, hacía vibrar y silbar el bastoncillo, ponía en él todas sus esperanzas.

El ordenanza cogió a Saltiel de la manga y lo empujó hacia la puerta. Michaël golpeó una contra otra las pistolas adamasquinadas que le adornaban la barriga y la túnica con pliegues. Plantó pesadamente el zapato de larga punta curva en el del criado.

—¡No toques al tío Saltiel!

—¡No lo toques, ladrón de cajas fuertes! —intimó Comeclavos—. Ve a anunciarnos. No te pido otra cosa ni te pregunto cuántas llaves falsas ha fabricado tu padre esta noche en el silencio propicio para el crimen. Ve hacia tu noble señor Solal que es nuestro pariente y amigo. ¿Se te hará un agujero en la barriga por comprobar la veracidad de nuestras alegaciones? Aquí donde nos ves somos conspicuos personajes de la isla y hogaño poderosos. ¡Sé hombre de prudencia, tiembla y ve!

Maussane, que había meditado activamente, ordenó al ordenanza que no echase a aquellos caballeros y se los anunciase al señor Solal. El tío Saltiel enrojeció de placer, se inclinó y juzgó preciso decir al personaje influyente:

—Encantado.

Esperaba que se entablaría una brillante conversación.

—Oh Saltiel, hijo mío —inquirió Maïmon—, ¿quién es este poderoso nefasto y por qué se aparta de ti y qué hace en este palacio?

Maussane lanzó una última mirada a los parientes del hombre a quien, una hora antes, había concedido la mano de su hija y se alejó. La llegada de aquellos grotescos era providencial. Sabía lo que le tocaba hacer. ¿Cómo se le había podido ocurrir el convertir a su Aude en esposa de un Solal? Comeclavos estaba contento. De seguro que aquel director lo había admirado al oírle hablar al ladrón de cajas fuertes. ¡Más adelante harían negocios juntos!

Solal los recibió con una sonrisa. El instante era delicioso para los hombres de la isla. Un despacho casi tan grande como la sinagoga, ¡y en ese despacho («que me quede sin ojos si faltó a la verdad») un hijo de Israel de entre los hijos!

—Encantado, Excelencia —dijo Comeclavos alzando el sombrero.

El tío Saltiel era el que estaba más impresionado. Perfilándose en aquel gobelino, su sobrino le aterraba. No se atrevió a mostrar familiaridad y rogó a Dios que le inspirase.

—Hum. Excelentes tiempos para la política, para la política de las potencias. Me pregunto si hemos de permitir a Rumania.

Los hombres de la isla opinaron que el títo se defendía bien. Solal advirtió que para agradar a aquellos simples había de mostrarse imponente.

—No permitiremos a Rumania —replicó con voz grande y afable.

Un estremecimiento de orgullo recorrió a las tribus. «¡Comprendes muchacho, le dice a callar a Rumania y Rumania se desmorona!». Saltiel estaba ávido por conocer secretos y aprovechó la ocasión para instruirse definitivamente.

—¿Y Alemania? —inquirió.

—Alemania, Alteza —explicó Comeclavos alzando el sombrero.

Todos aquellos hijos del sol admiraban a sus dos grandes hombres y estaban harto satisfechos de su viaje. A Saltiel se le iban los ojos tras los expedientes de impresionantes títulos políticos y se mordía los labios para no gritar de entusiasmo.

—Más adelante hablaremos de Alemania —dijo Solal.

Comeclavos susurró a Mattathias que el hijo del rabino era un demonio y un condenado diplomático. Mattathias cerró los ojos con gesto de asentimiento. De pura emoción, Salomon se apoyó en la cortina de una ventana. «¡Ojalá no se enteren los rumanos de que yo, Salomon, soy cómplice de su pérdida y tienen los dientes largos esos devoradores del corazón israelita!». Saltiel se acercó a su sobrino.

—Bien —dijo con no poco apuro—. Los amigos han venido para lo que tú sabes.

Los seis, poniéndose tiesos de súbito, temblaron en lo más hondo. Querido creyó llegado el momento de atraerse la benevolencia del donador que había exigido la elegancia e hizo silbar su bastoncillo que lo rodeó de vaporosos velos; luego se lo pasó de uno a otro dedo como los gentilhombres. Solal abrió un cajón y sacó un fajo de billetes que no se inflamaron ante las seis miradas. Miró con cariño a aquellos seis perros mansos que no sabían qué hacer con sus patas.

—He elegido al ganador.

La cortina que sostenía a Salomon se rasgó, los labios de Comeclavos temblaron, las orejas de Mattathias se animaron con un movimiento giratorio. Querido presentó armas, inmóvil el bastoncillo y separados los dedos de los pies. Maïmon se despertó.

—¡Detente! —gritó—. Guarda el dinero de tus sudores y no enriquezcas a estos

holgazanes y sobre todo nada des a mi hijo Saltiel pues es el más desconsiderado. ¿Y por qué me has olvidado en el reparto de las riquezas?

Tornó a dormirse de inmediato. Al oír hablar de dinero, Léa, relegada a una sala de espera, abrió la puerta y asomó una cara devorada por apasionada curiosidad.

—¡Atrás, perra! —rugió Mattathias.

Volvió a cerrarse la puerta. Solal, que había tenido buena mano en una serie de operaciones de bolsa, anunció que aumentaba la donación y que entregaría diez mil francos a cada uno de los concursantes. Alargó el primer fajo a Querido que soltó el bastoncillo, besó la mano del magnífico y se escabulló, pintado el espanto en el rostro. Los otros cinco cogieron su parte con profusión de bendiciones, votos de larga vida y zalemas.

Cada cual se sentó en el suelo, se desabrochó la chaqueta, sacó una bolsa de piel de carnero, colgada al cuello, y metió los billetes. Una vez concluyó, Salomon inclinó la cabeza, balbució el nombre de su hija y se desmayó. Lo dejaron que digiriera su riqueza. Los comparsas salieron en pos de Querido.

Comeclavos se despojó de sus pieles ya inútiles y que había que pensar en revender. Los huesos de sus dedos crujieron en el silencio. Aquel neurasténico comenzaba a aburrirse. ¿Qué hacían en Cefalonia sin él? Por supuesto, había ganado diez mil francos. ¿Pero qué son diez mil francos para Rothschild? «¿Y por qué yo, Comeclavos, no soy Rothschild? ¿Y además qué me importa el dinero? ¿Y por qué he de morirme algún día?».

Sonó el teléfono. Saltiel se precipitó hacia el aparato pero Solal lo detuvo.

—Perdona —dijo el tío ruborizándose—, era para evitarte la molestia, para echarte una manita.

Solal cogió el auricular. Aude le dijo que dentro de unos minutos estaría en casa de su padre y que allí lo esperaba. Dio las gracias, colgó, miró a aquella gente que le hacía corro.

—Por cierto —dijo Mattathias—, voy a decirle una cosa, mi querido señor Solal, a quien vi nacer y llevé en los brazos. Mi hija, la virtuosa, nos ha acompañado. Está ahí, al lado. Habrá podido admirar hace un rato su delicado rostro y estoy seguro de que se alegrará de verla.

Salió en busca de Léa que balanceaba sus cortas piernas aguardando la hora de su destino. Tenía puesto sobre las rodillas el sombrero en el que dormía un loro disecado y enumeraba en el pensamiento su ajuar. Su padre le soltó un pellizco y el grito que dio al levantarse hizo pegar un brinco a los ordenanzas. Entró, empujada por Mattathias, sonrió al joven y noble señor, se sonó y jugueteó con los corales de sus pulseras. Silencio.

—¿Qué le parece, querido y estimado Solal de los Solal? —preguntó Mattathias con risueña expresión.

—¿No le gustaría a usted casarse con ella, Gobierno? —inquirió Salomon no sin alejarse prudentemente de Michaël.

Solal miró a aquellos pobres con expresión distraída, dura y fría. Todos notaron lo lejos que estaba aquel hombre de ellos y trataron de combatir los desconocidos maleficios. No sabiendo o no atreviéndose a decirle palabras graves, conversaron, pendientes de él, sobre los peligros que aguardaban al judío casado con hija de gentiles. El desdichado vería al Dios único escarnecido, se vería obligado a comer cerdo, bogavante, conejo y hasta, quizá, caracoles («¡maldito sea su nombre!»). Mattathias enumeró, en cambio, los exquisitos platos que Léa sabía cocinar y alabó el esmero con que se enjuagaba la boca con agua de menta, después de las comidas.

—¡Oh, qué precioso collar de cequíes llevas! (Vamos, habla, lúcete —le dijo en voz baja fingiendo que le sonreía cariñosamente pero pellizcándola a hurtadillas).

—Tengo veinte collares como éste en casa —susurró Léa lanzando una mirada púrpura a Solal—. Y como soy cuidadosa y mujer casera los restriego con arena todas las mañanas.

—Vamos, que es lo que se llama una rosa de Arabia —dijo Mattathias—. Nació el decimoquinto de Tishri, día de los Tabernáculos y de buen augurio. ¿Y tu guitarra, tesoro, no la has traído? —En voz baja—: Vamos, ve a darle un beso, idiota.

Comeclavos organizó un barullo gritando:

—¡Hurra, hurra por los novios! ¡Aquí estamos de más! ¡Cómo se quieren los novios!

Solal se disponía a echar a la horda cuando se produjo un milagro.

El viejo Maïmon se levantó y caminó. Con gran estupefacción de todos, habló con lucidez, ironía y vigor. Tras dar por sentado que su nieto estaba enamorado de alguna «indígena» —lo había adivinado todo al oírle contestar al teléfono—, denunció la debilidad de quien pretendía sin duda buscar la felicidad en el matrimonio.

Maïmon estaba transformado. Se parecía a Solal. Su voz tartamudeaba con el mismo ritmo impaciente. Su boca tenía el mismo rictus y como él abría desmesuradamente los ojos en plan farsante. Caminaba a lo largo y a lo ancho, se detenía bruscamente, miraba de arriba a abajo al culpable, se encogía con precisión de hombros. Proclamó el deber de conservar la pureza del pueblo. Solal debía unirse con una mujer seleccionada por una educación secular.

—¿Es tonta esa Léa? La sangre que corre por sus venas es inteligente. ¿Y no eres tú inteligente por ambos? La cristiana dueña de tus pensamientos es menos inteligente, en verdad, que Nehunia ben Haccana o que Baruch Spinoza, maldito sea este último por cierto aunque sea Solal por ascendencia materna. O sea que es tonta —enunció con desdén—. Cállate. ¿Léa es fea? ¡Valiente lo que importa! ¿Te casas con una estatua o con un caballo?

Comeclavos escuchaba arrobado y, de orgullo, se mordía los labios. Pensaba para sí que el viejo rabí era un astuto «y si habitualmente se hace el necio es para mejor sonsacarte». Pero Maïmon se desmoronó. La sangre que había afluído a sus mejillas se esfumó. Tornaron a acomodarlo en la litera, cubrieron con un chal el cerúleo rostro e Israel se durmió en espera de un futuro.

Mattathias hizo la última tentativa pero Solal lo empujó afuera. En ésas, llegó un ujier anunciando que el señor presidente deseaba ver al señor Solal. El hijo de Gamaliel salió, previendo de súbito la desdicha.

El ruido de la puerta despertó a maese Maïmon quien exigió que colocasen la litera sobre el escritorio. Necesitaba contemplar el ministerio desde lo alto para acabar de hacerse una idea. El tío Saltiel se sentó en el sillón de Solal, cogió una pluma y firmó varias veces en un hoja con membrete. Acto seguido, se rodeó la frente con las manos y contempló el efecto producido en sus compañeros.

—¡Una auténtica lumbrera nuestro tío! —dijo Salomon—. Oh compadre Saltiel, oh colega de la isla, ¿cómo haría usted si fuese director de Francia? ¿Daría las órdenes en voz alta o por el contrario en voz baja?

—Todo es suerte en la vida y destino en el mundo —contestó melancólicamente Saltiel apoyando por descuido el codo en los pulsadores que llamaban a los colaboradores de Solal.

Contestando a las prolongadas llamadas de los timbres, aparecieron cinco funcionarios. Se aterraron al divisar el cadáver vivo colocado sobre el escritorio y el rostro de Saltiel arrugado de amabilidad que se inclinaba bajo la litera, desde lo alto de la cual el rabí Maïmon invocaba la protección del ángel Andalfón sobre los hombres de bien que acababan de entrar. Comeclavos los invitó donosamente a entrar y a no temer. Les hizo preguntas insidiosas, procedió a averiguaciones, escrutó los gestos fallidos y los errores involuntarios, quedó convencido de que los cinco acusados robaban al ministerio y les afeó su conducta. Los funcionarios se retiraron con desagradable sonrisa.

—Me aburro —chillaba el vetusto Maïmon desde su encumbrado lugar—. No se me presta suficiente atención por aquí y en este país. Respeta a tu padre, Saltiel. ¿Y quién ha abierto mi cofre? Sabed que no tengo dinero y que me veré obligado a mendigar por las calles en el tercer año de mi edad centenaria. ¡Ojalá no pille el cáncer o una meningitis a causa de los cuales bien pudiera ser que viese mis días segados por el Ángel de centelleante Sable!

Regresó Solal. Contempló con bondad a aquellos miserables de gueto. Por culpa de ellos, en definitiva, acababa de perder a su novia. Los Esforzados respetaban su silencio, se sentían intrusos y permanecían de pie tras los sillones Imperio para ocultar sus atavíos que se les antojaban de repente lamentables. Descendía la noche.

Fueron marchándose poco a poco, unos tras otros, con las manos en la espalda, olvidando, en su desconcierto, a Maïmon, que había tornado a dormirse.

En la estancia oscura, Solal pensaba en lo que acababa de decirle Maussane. «Va a salir usted pitando de aquí con toda su cuadrilla. El asunto ese del noviazgo, por supuesto, una broma. No me cabe duda de que le conviene mucho más la joven de los collares de coral». ¿Por qué ese pronto de Maussane, por qué esa brusca maldad? ¿Un pueblo risueño, poético, famélico, excesivo y desesperado no merecía acaso tanto respeto como sus cohortes mecánicas y civilizadas?

Maïmon, que había salido de su sepulcro, erraba levemente, soltando risitas. Sacó una vela de la levita, la encendió, la posó sobre la mesa, se frotó las manos que lanzaron chispas y se acomodó a su gusto. Alas gigantescas y ganchudas se desplegaban por las paredes. Mascullando una melopea, el rabí Maïmon, muy enfrascado en lo suyo, dispuso unas bolsitas sobre la mesa y alineó monedas de oro. A continuación, encantado con su palacio provisional, esparció unas piedras preciosas. Al tiempo que las reunía con finos ademanes, entonó un cántico de sinagoga balanceando el busto de adelante hacia atrás.

Solal seguía el ritmo, se inclinaba y se erguía inmemorialmente. El viejo lo miró con dulce e inteligente sonrisa, sacó el chal de oración que llevaba oculto bajo la túnica y cubrió con él los hombros de su nieto. A continuación, retornó a sus posesiones móviles y reanudó el cántico. Solal, en los brazos de un pueblo, no pudo sustraerse al encanto y cantó a su vez.

Se abrió la puerta. Aude y su padre miraban a aquellos dos hombres que cantaban en jerigonza. Solal, fascinado por el balanceo, no podía detenerse. Sabía que aterrorizaba a aquella muchacha pero proseguía su canto y el ritmo apasionado. Maussane comprendió que aquel cómico espectáculo era preferible a cualquier explicación definitiva. Aude llamó.

—Solal.

Como presa de un hechizo, no contestó y apretó el chal a rayas azules contra sus hombros. Maïmon alzó el rostro finamente modelado, miró a los extranjeros a través de las columnitas de cequíes. Aude comprendió que el anciano preguntaba quién era aquella muchacha y vio a Solal encogerse de hombros en señal de ignorancia, bajar la vista, sonreír con reticencia y humildad. Odioso.

—Solal, contésteme.

Solal se estremeció, le dirigió una mirada de temor y dobló inexplicablemente la espalda. El anciano se levantó, caminó hacia la muchacha, dijo que tenía un pasaporte en regla y que estaba autorizado por el Podestá para residir allí durante cuarenta y ocho horas; regalaría un precioso brillantito a la señorita si rogaba a su padre que no expulsase o colgase a aquellos pobres inocentes; él amaba a todas las naciones, tan buenas todas. Mientras hablaba no despegaba los ojos del collar de perlas de la

muchacha. Regresó por fin a su sitio, hizo chorrear el oro y bramó con renovados ímpetus la llegada del Mesías. Se cerró la puerta.

Solal se levantó, temblando de vergüenza, se puso el holgado abrigo y salió. Maïmon, olvidando sus tesoros, lo siguió. Cruzaban pasillos o siglos y temían a enemigos. Ante la última puerta, el viejo tomó la mano de su nieto y la acarició. Saltiel, atemorizado, los aguardaba afuera. Solal besó la mano de su abuelo y de su tío y se fue.

Se volvió varias veces para ver a los dos que miraban, sin atreverse a llamarlo, al hijo que se perdía en la gran ciudad. El viento le alborotaba los negros cabellos y Solal caminaba, viendo el miedo y el horror en los ojos de Aude perdida para siempre.

Lo rozó un coche y oyó insultos. El viejo Sarles no contaba las monedas de oro y no sentía atracción por los collares de perlas. En todas aquellas calles, todos aquellos hombres sabían adónde iban. Las pequeñas metas eran visibles.

Se reconoció en la estación, de codos en una ventanilla cerrada, y examinó en la placa de cobre la imagen de un proscrito, condenado a avergonzarse. Decidió irse y pidió un billete.

En medio de la sala, arrimado a una mesa de equipajes, un miserable de sesenta años de harapos reventaba de hambre, se calentaba, contemplaba su destino y confiaba en que al día siguiente lograría que le dejaran empujar un carretón de anuncios. «Y siempre será una moneda de tres francos». Un niño anciano perdido, sin familia, sin esposa y sin hijos; solo, sin astucia y con hermosos ojos azules. Solal se lo quedó mirando, atraído por el más grave espectáculo de la tierra. Aquella miseria era suya. Le resultaba entrañable, tormento terrible y familiar. De ella extraía fuerzas para más adelante. Pero ignoraba aún el futuro que le aguardaba. Tan sólo sabía que era responsable de aquel abandono.

El anciano tomó la cartera que le alargaba el joven. (¿Qué otra cosa alargar hoy?). Y el mendigo murmuró, como antaño su madre en el pueblo del Poitou: «¡Jesús, María y José!».

Oh Dios, Dios, estás ahí y sin embargo aceptas que exista este dolor. ¿Qué daño Te ha hecho este anciano abandonado para que lo castigues tan injustamente? ¿Qué Te hemos hecho para que seas tan duro con nosotros? ¿Con qué derecho nos golpeas así durante nuestros pobres años de vida? De rodillas ante Tu resplandor, grito contra Ti y pido justicia para mis hermanos de la tierra. Somos tan infelices. Yo llevo su infelicidad. Si transcurre mucho tiempo sin que escuches, me alzaré y Te discutiré. Porque si eres Dios, yo soy hombre.

El vagabundo acompañó de lejos a su bienhechor. Cuando se puso en marcha el tren, Solal saludó al viejo que alzaba la gorra y le decía adiós con la mano. Luego, entró en el compartimento y se sentó pesadamente en el banco y ya no entendía nada.

Los viajeros contemplaban a aquel joven alto sin equipaje ni sombrero, de oscuros cabellos desordenados y cejas de violación, temblando en el amplio abrigo. Puede que un artista. Les inquietaba y les echaba a perder el placer de ver mañana «los majestuosos montes, cielín mío». Le castañeteaban los dientes y murmuraba. Infeliz, era infeliz pero vivía, vivía, y vivía hoy y se dirigía hacia un milagro y él era un milagro. Una señora dejó de anotar los gastos del día y juzgó prudente cambiar de compartimiento. Aquel muchacho tenía una pinta extraña y nunca sabía una con quién viajaba.

Se puso ante la puerta. Tenía la campana de un pueblo. Hombres oriundos de una tierra regresaban a su casa y no tenían nada que ocultar y el día de mañana era seguro y tenían una misión que era hacer agujeros en los campos o en las barrigas de otros hombres. Un perro subía manso una pendiente. Pensativos animales pacían aún. En la carretera iluminada por el tren, Roboam Solal caminaba, empujando su fe y su bazar rodante. El anciano reconoció a Solal iluminado y lo bendijo con una mano abierta en dos rayos.

XX

El anciano Sarles fue a rondar ante el cuarto en el que se había refugiado Aude; pero no se decidía a entrar, se quitaba y se ponía las gafas. Por fin, abrió la puerta. Aude contemplaba el fuego apagado, con los ojos secos y muy abiertos. El pastor se acercó, se sentó apacible a su lado y le cogió la mano.

—Está aquí tu abuelito.

Ella rompió a llorar.

—Ahora tienes que descansar. Ya pensarás en todo eso mañana.

—Sí. Estoy cansada. Abuelo, acuéstame, llévame.

El pastor, apurado, apretó los labios y los bigotes se confundieron con la barba. Temía una derrota y le daba miedo no tener fuerzas para levantar a su nieta. Quiso ganar tiempo, se frotó las manos con falsa desenvoltura. En realidad, echaba pestes para sus adentros contra esa manía de querer que le lleven a uno.

—Llevaremos a la niña.

—¿Peso demasiado? —preguntó ella con indiferencia.

—En absoluto. Una pluma, una plumita.

Invocó al Dios de poderoso brazo y le rogó que le devolviese un instante, como a Sansón, su antiguo vigor. Alzó a Aude, la depositó en la cama temblando y, por orgullo, contuvo el jadeo. Luego, se preguntó de qué modo podría desviar los pensamientos de su nena hacia algún tema divertido.

—Imagínate que he encontrado en un manuscrito inédito de Bèze una anécdota curiosa de la infancia de Calvino. Parece ser que nuestro reformador, cuando tenía diez años, jugaba a las canicas. Hum. ¿No me escuchas, nena?

Aude divagaba, extraviados los ojos.

—Un extraño. Lo llamé y no me contestó.

El señor Sarles estaba apurado. Tales asuntos no eran de su competencia. Tampoco iba a contarle a Aude, para consolarla, sus propios contratiempos sentimentales y confesarle, por ejemplo, que una noche de enero, cuarenta años atrás, la señora Sarles había coqueteado con un pedazo de patán coadjutor de la Iglesia evangélica libre que, para colmo, no creía en la inspiración literal de las Escrituras. Se limitó, pues, a rezar silenciosamente por su nieta.

Al día siguiente, Aude se sentó a la mesa y comió con buen apetito. Carne asada y château-Lafite. El señor Sarles le preguntó sobre una exposición de pintura. Contestó con calma, mezclando con las apreciaciones definitivas breves miradas de cariño. En el salón, Maussane posó la taza de café y anunció que acababa de firmar la destitución del señor Solal.

—Me encontré un poco mal anoche —dijo Aude sonriendo a su abuelo—. No sabéis cuánto siento que lo hayáis pasado mal por mi culpa.

Por el tono con que fueron pronunciadas estas palabras ambos hombres comprendieron que quedaba prohibido en lo sucesivo hacer la menor alusión a lo ocurrido. El pastor, en su fuero interno, otorgó a su nieta nombres bíblicos de mujeres fuertes y Maussane se enorgulleció de verla liquidar tan fácilmente una situación delicada.

Aude se levantó bruscamente, cogió el teléfono, pidió el Trianon-Palace de Versalles y que la pusieron con el conde de Nons. Engalanó la voz con inflexiones que se estiraban, pasaban a cobrar tonos cariñosísimos.

—Hola, ¿cómo estás? Llevo dos días sin verte. ¿Mmmmmm? ¿Y cómo estás? Ven rápido. Sí, enseguida. Que sí, que estoy mejor. Adiós.

Sin transición, comunicó a su padre que no le gustaba París, que tenía muchas ganas de regresar a las Primaveras y que, además, prefería que la boda se celebrase en Ginebra, en el entrañable templo de Cologny. El señor Sarles sonrió complacido. La muchacha se dirigió hacia la puerta. Maussane se acariciaba la nariz no sin cierta ironía.

—¿Y cuándo se celebrará la boda? —preguntó.

Aude se volvió con un brusco vuelo lateral de la falda.

—Lo antes posible.

XXI

El ordenanza anunció a Saltiel que el señor Solal no formaba ya parte del personal, que no se sabían sus señas y despidió a aquel gusano.

El gusano, no obstante, volvió al ministerio los días siguientes, mañana y noche. Flojas las pantorrillas, regresaba al hotel donde los Esforzados aguardaban filosóficamente el momento de la marcha. Intentaban consolar a Saltiel y le explicaban que sin duda su sobrino se había ido a hacer un viajecillo de placer para olvidar sus pequeños quebraderos y que lo mejor era hacer lo propio. Una agradable vueltecilla por Suiza, «donde todas las ciudades están en las montañas y donde la leche tiene un sabor a almendra que te rejuvenece».

La mañana del cuarto día, el tío se levantó, puso definitivamente paz en su corazón, se encomendó al Eterno y cantó a voz en grito, con gran conmoción de los camareros de piso, que Él era su fuerza y su torre y su fuerza y su torre. Todo estaba bien en definitiva, y la desdicha engendra la felicidad del mañana. Ordenó reunión general.

Una hora después, se dirigían hacia la estación. Maïmon, rejuvenecido, caminaba bizarramente. El padre del recadero Einstein llevaba el equipaje.

Saltiel, mientras caminaba, pensaba en el libro que el dinero de Solal iba a permitirle escribir. Decidió titular sencillamente aquella obra filosófica, que llevaba meditando años en su palomar, «Las coyunturas del Mundo». Y se la dedicaría a su sobrino. ¿Así que qué más se podía pedir? Del libro se venderían trescientos o hasta seiscientos ejemplares y quizá se rodaría una película. «¡Y cuando sea rico el tío Saltiel, ajá señores de la injusticia, a vernos las caras! ¡Y se enderezarán los esfuerzos! ¡Y dejadme hacer a mí, ese día!».

Estaba exultante, se frotaba las manos y miraba a los transeúntes con aire conminatorio. Se detuvo ante una tienda de juguetes, entró y compró una imprenta de niño. Aquellos caracteres de goma le servirían para imprimir su magna obra. «¿A qué fin enriquecer a los impresores que te exprimen hasta el tuétano?». ¡Tiraría diez ejemplares y, si tenía éxito, pues haría una nueva edición! «¡Tú deja hacer al tío Saltiel que es un diplomático de tomo y lomo y un astuto que conoce el mundo!».

Entretanto, Comeclavos se cercioraba cada cinco minutos de que llevaba colgado el saco de piel al cuello y proponía a Salomon y a Michaël que comprasen unas esposas. ¡Qué diablos, entre los tres juntaban treinta mil francos que, al cambio, producían cantidades increíbles en distintas monedas! ¿No resultaría prudente precaverse de las astucias de los ladrones y atarse los unos a los otros con fuertes cadenas, como en las excursiones peligrosas?

Junto a la estación, en la tienda del padre de Bersohn, compraron vituallas y discutieron sobre la unidad divina con nuevos amigos. Pero salía el tren dentro de

diez minutos. Corrieron.

Escaleras. Ventanillas. Pánicos. Llamadas y carreras en el vestíbulo. ¿Y por qué facturar el equipaje y engrosar las arcas de la compañía? Andén de salida. Suspiros. Miradas emocionadas, abrazos y buenos deseos de los nuevos amigos. Inspección de la locomotora.

Mattathias empujó a Léa la desdeñada a un compartimiento de tercera clase donde tiritó y se puso a partir cerillas en dos. Los nuevos ricos, billete de primera en mano, reclamaban suplementos de coche cama al receloso empleado.

—¡Pues ya que pagamos obedeces, oh caravanero de asfalto y de la boñiga de camello! —dijo Comeclavos—. Ten, aquí van cinco francos más y conduce bien la máquina. ¡Y sabrás que soy Pinhas de la rama menor de los Solal, apodado Comeclavos, apodado Mala Cara, apodado el Cadáver, apodado Astutísimo, apodado Buen Apetito, apodado Embarullador de Procesos y apodado asimismo Capitán de los Vientos y Huracán, debido a cierta suntuosidad de mi aparato digestivo, y también apodado Intermediario A Posteriori y Bey de los Mentirosos y Palabra de Honor y Padre de la Mugre cuyos antepasados vivían en este país en tiempos de Felipe el Hermoso! ¡Para que lo sepas y te calles!

Con infinita satisfacción, los Esforzados colocaron sus asentaderas sobre el terciopelo azul, apoyaron la cabeza en la red bordada y se sentaron a la oriental.

Arrancó el tren. Maïmon, envuelto en un turbante, lanzaba grititos de júbilo. Cuando pasaba un viajero por el pasillo, Comeclavos tosía para que se le viera. De cuando en cuando, se ponía delante de la puerta para mostrarse, indiferente la mirada, al proletariado de las vías férreas y demostrarle lo que es un aristócrata de primera clase. Cansado, regresó al compartimiento donde habían sido abiertas las cestas de provisiones y las garrafas se balanceaban.

Los Esforzados comieron huevos duros, aceitunas, pescado ahumado, albóndigas de habas, callos con tomate, berenjenas con ajo, hojaldres con queso, un pastel de carne, tortas de queso, galletas de avellanas, hojaldres de miel, bizcochos de sésamo, cidras confitadas, avellanas con miel y *brioche*s con uvas. Bebieron unas gotas de vino y algunos vasos de agua y dieron gracias a Dios por haberlos creado y saciado.

Comeclavos eructaba liberalmente sobre el terciopelo estimando que quienes afirman que la felicidad no es de este mundo son indolentes, blasfemadores y pequeños pérfidos.

Adrienne se paseaba por el pasillo del mismo vagón. Los cables telegráficos lanzaban sus malvadas firmas a través del mundo transmitiendo juramentos, muertes y amores. ¿Lo encontraría en Annecy? Iba allá guiándose por tan leves indicios. Si daba con él, redimiría su absurda vida e impediría que Aude y Sol arruinasen la suya. Anunciaría a Solal la boda ya tan próxima. Dentro de cuatro días. Su hermano había

conseguido un permiso. No había acabado de entender lo que le había contado Jacques. En cuanto a ella, ya vería lo que haría más adelante.

Saltiel reconoció a la señora de Valdonne. Se levantó, se inclinó levemente, se disculpó sin despegar los labios, elocuentes los ojos, del rapto florentino; hizo alusión, mediante ademanes esbozados, a sus deberes de tío y mostró con toda su persona que sabía cómo debe comportarse un *gentleman* que viaja en primera cuando se tropieza con una dama que ha tenido un pasado delicado. Adrienne no comprendía qué quería aquel ancianillo desconocido, ni por qué le hacía gestos de inteligencia. Los Esforzados preguntaron intrigados a su amigo quién era aquella princesa.

—Negocio galante y adúltero —contestó el tío ajustándose su cuerdecilla corbata—. Caballeros, no quieran saber más. Discreción de honor y aventuras íntimas privadas.

Salomon se puso encarnado. ¿Cómo podía pronunciar el títo tamañas palabrotas? Negocio adúltero y aventuras íntimas, ¿habránse oído jamás semejantes impudicias?

Comeclavos, sintiéndose personalmente aludido por un letrado que prohibía escupir a los viajeros, expectoraba con abundancia, poesía, dignidad, aplicación y melancolía. Cada vez que escupía, miraba provocadoramente el letrado. «¿Soy o no soy un viajero de primera? —preguntó al revisor que pasaba por ahí—. Si es así, déjeme en paz y respete mis bronquios que hace más de cuarenta años que están delicados y requieren frecuente liberación».

Melun. Soldados. Salomon no alcanzaba a comprender por qué aquellos insensatos de Europa se mataban entre ellos ni el porqué de tantas guerras.

—¿No es mejor amarse como hermanos? Y si te ofende alguien, soporta, perdona el insulto, encoge un poco los hombros.

—Y piensa que le tocará sufrir más adelante —agregó Saltiel.

—Pero, eso sí, suéltale un buen insulto —especificó Comeclavos.

—Un insulto quizá —transigió Salomon—, pero entonces muy dentro de mí, para que no se enfade y me dé golpes brutales que hacen daño. Ha llegado a mis oídos por otra parte, oh amigos míos del compartimiento de primera, que en los combates heroicos los hombres de Europa se hunden puñales así de grandes en el vientre. Me lo ha contado un amigo. Pero yo creo que es una calumnia. Los europeos en definitiva son hombres y creen también en nuestro Decálogo. ¿Cómo van a atreverse a matar a su prójimo?

—Se atreven —afirmó vehementemente Comeclavos—, pues no son hombres, y en especial los germanos.

—¿Qué me dices, amigo, y qué me cuentas?

Comeclavos hizo una mueca espantosa, se acercó a Salomon y le susurró un secreto: a saber que los hombres de Europa eran cocodrilos con la sangre alterada.

Salomon retrocedió, con los ojos desorbitados y el copete al aire.

—¿Crocodilos?

—¡Crocodilos!

—¡Pero los hay que se niegan a matar en la guerra!

—¡A éstos los fusilan! —replicó Comeclavos, mano categórica.

Salomon se estremeció y se hizo un ovillo en un rincón. Luego, arrojó a los soldados unas flores que había comprado en París. Se decía para sus adentros que, al ver a aquellas pacíficas criaturillas, los militares jurarían de repente no volver a utilizar las armas o que, por lo menos, se limitarían a herir un poquito, «apenas un poco en el brazo para que no les regañe el oficial». Meditó activamente, al tiempo que balanceaba las piernas, y miró a los soldados imberbes. De repente, saltó, indignado.

—¡Pero qué me dices, Comeclavos, de los crocodilos! Mira ése, qué cara de bueno tiene. Fíjate, es cara de hijo de la madre y no de crocodilo.

—¡Crocodilos, crocodilos! —insistió con sombría terquedad el pesimista Comeclavos sacudiendo la cabeza—. ¡Crocodilos, la cosa es segura! ¡Crocodilos, eso te lo garantizo yo! ¡Apuéstate lo que quieras, crocodilos!

Saltiel, que estaba ordenando los pequeños caracteres con pinzas e iniciaba el primer capítulo de su obra, alzó la vista.

—Estaos quietos, no me dejáis concebir mi obra con vuestros crocodilos. Está bien, crocodilos. Pero ahora, basta.

—¡Crocodilos! —chilló Maïmon que despertó bruscamente—. ¡Crocodilos! —repitió sacudiendo a Michaël que roncaba.

Saltiel cambió de pajarera. En el compartimiento contiguo, con su prensa en las rodillas, demostró que los masones de la Edad Media eran fenicios, que construían castillos para los señores y que estos últimos los recompensaron concediendo franquicias a las corporaciones masónicas.

Las labores de impresión no tardaron en fatigar a Saltiel que continuó escribiendo a lápiz: «Las Catedrales fueron así construidas por los fenicios que dejaron huellas de sus Creencias Esculpiendo Demonios que se burlaban de los Santos y Pequeñas divinidades Sirias Denominadas gárgolas». Pero el historiador se cansó de desarrollar un texto inútil puesto que ya estaba pergeñado y se limitó a escribir los títulos de los capítulos del segundo volumen. Por fin, saltó al último volumen e imprimió la última frase.

Concluida por tanto su obra, fue a leérsela a su padre y a sus amigos que le escucharon, sentados en sus literas. Durante toda la noche, cincuenta inteligentes dedos discutieron atrevidamente sobre las coyunturas del mundo.

XXII

Los postes subían, bajaban, se inclinaban y se espaciaban. Annecy. Se detuvo el tren. Llovía.

¿Qué había que hacer? Ah sí, telefonar a los hoteles. A través del cristal de la cabina telefónica, vio a una mujer besando a su hijo y se sintió una ridícula e infeliz amante aterrada en aquella jaula, con su sombrero de través. Los conserjes no entendían el nombre.

Lo encontró por fin en el Imperial Palace. ¿Por qué otra vez aquel traje ruso y aquellas botas? Olvidó el objeto de su viaje, amó la voz dinámica del amado, el ligerísimo estrabismo intermitente de su hermosa mirada, la cortés impasibilidad de su rostro, sus bruscas interrupciones, sus asombros fingidos, su distraída solicitud.

—¿Cómo me has encontrado?

—Ha sido toda una novela, cariño. Se presentó un viejo en Versalles que quería saber dónde podía escribirte y darte las gracias. En la cartera que le diste encontró las señas del Trianon. Estaba yo allí precisamente y entonces me dijo que le parecía haberte oído decir Annecy en la ventanilla.

—Bueno bueno, está bien, basta ya de hablar de ese viejo estúpido. ¿Y la muchacha? ¿Muerta, viva, suicidada? ¿La muchacha Aude de Maussane?

—De ella quería hablarte, Sol.

—Otro día, gracias. Más importante es que pongas orden aquí. El mozo de habitación es un bandido de Calabria donde habrá violado probablemente a unas escuálidas niñas, y quizá también a un elefante. Las niñas se recuperan, se espera salvar al elefante. ¿Tienes hambre? ¿Ves?, he comprado este traje. Me sienta muy bien. Ah sí, ha venido a ofrecérmelo un ruso. Le he comprado también estas preciosas sortijas. Zafiros, diamantes, rubíes. Me gustan. Me gustan porque son demasiado preciosas. Me gusta lo que es demasiado. Me gusta. Estoy tan enamorado de todo.

Entró el criado. Solal había olvidado por qué lo había llamado.

—Vete. Retírate una vez enriquecido, porque me hurgas en las maletas. Mira qué desorden en este cuarto.

—¿Dónde, señor?

—Esa cerilla en el suelo.

El criado miró a la señora de Valdonne para que fuese testigo de su martirio. Se fue, noblemente ultrajado, sujetando la cerilla como un cirio.

—¿No quiere usted cenar, querida amiga?

—No gracias, mi Sol.

—¿Qué quiere hacer entonces? ¿Cuándo se marcha? Me encanta la soledad.

—Puedo volver dentro de una hora, o dentro de dos. ¿Cuándo quiere que vuelva?

—Pues nunca —contestó él con una sonrisa cortés.

—Me marcharé muy pronto, de eso puedes estar seguro. ¿No me dejas que me quede un poco contigo, un día o dos?

Solal no contestó, cogió un gorro de astracán, se lo caló hasta los ojos, y hasta la oreja izquierda, arqueó las cejas. Adrienne cogió la maleta y se dispuso a salir.

—Quédate seis o siete años quizá —dijo él bastante avergonzado—. Pero entreténme.

—¿Qué hay que hacer?

—Y además no hay que estar triste. Y además no hay que parecer un caballo de funeral, con esos meneos de cabeza.

—Te aseguro que no estoy triste. ¿Qué voy a hacer para divertir a mi niño?

—Y además no soy un niño. Soy un anciano lleno de sensatez, un caimán con nata. Y además tienes que divertirte tú también, tienes que estar loca de felicidad como yo. Prohibido morirse. Prohibido estar triste. No, no te acerques, déjame. Ve a decirles que quieres una habitación que esté cerca de la mía. Ponte esplendorosa, lávate y vuelve dentro de una hora y te pediré entonces que tengas a bien dejarme que te posea.

Una vez solo, cogió unas tijeras, se las apoyó con fuerza contra el pecho, se hizo un corte para castigarse por pensar en Aude, arrojó las tijeras dentro de un cajón donde descubrió unos lápices de maquillar. Entró el *sommelier*, empujando la mesa de la cena.

—Querido y gran amigo —le dijo Solal con gran nostalgia—, ten la bondad de traer vino disfrazado con especias y pensativas palmeras. Apresúrate y perdóname todo el daño del mundo.

El criado regresó casi enseguida y sirvió con celo ya que el cliente tenía cara de gran propina.

—Que Dios, si por error existe, te bendiga. Ve a decirle a la condesa de Valdonne que la aguarda el príncipe Solal. Es mujer de gran nobleza de alma, amigo mío. Pero esas cosas se te escapan pues eres un escorpión. Hay dinero en mi abrigo, coge y reza por mí.

Al poco entró Adrienne. Había decidido acabar galanamente. Un esfuerzo de voluntad reavivaba el brillo violeta de los ojos. Su vestido de noche era espléndido.

—Come mucho, está buenísimo. Bebe, vida mía. Eres rubia y guapa. ¿Vas desnuda bajo esos magníficos arreos?

La desnudó con precisión. Más tarde, le enseñó los lápices de maquillar y cerró un ojo. Ella estaba decidida a obedecer para comprar aquella noche. Estaba próxima la muerte y el vino la achispaba.

Pasaron las horas. Afuera, llovía una endecha de adioses. Se maquilló, utilizó telas, se disfrazó. Durante toda la noche, un diabólico ingenio pobló la habitación de mujeres llegadas de todas las comarcas, insinuantes, expertas o ingenuas,

atormentadas, bebedoras de zarandeos. Hacia el amanecer, desaparecieron las mujeres y dos hombres se convulsionaban ante el gran espejo mientras llameaban los leños de la chimenea.

Pasado el agotamiento, se levantó, tocó distraídamente los pechos de Adrienne.

—¿Te gustan? —preguntó ella con extraña maternidad—. Ves, empiezan ya a caerse. Estoy hecha una vieja. —Al pensar en la joven rival, los aplastó, acentuó su declive—. Mejor aún así. —Se echó a reír—. Soy vieja. Cada vez voy más al dentista. ¡Y todo lo demás! Las articulaciones que te crujen, el pelo que se te seca, la tez tan esplendorosa a las cuatro de la mañana, el aliento. Siento apenarte. Pobre cariño mío que está de morros.

Se echó a reír. Pero Solal no escuchaba y pensaba en Aude. ¿Por qué, cuando entró ella con su padre, acentuó el maldito balanceo y fingió no reconocerla? Ni siquiera estaba loco, estaba lúcido en aquel momento. ¿Qué demonio más fuerte que él lo había poseído en aquel instante? No volvería a verla. Oh su mirada, la noche de los grandes esponsales, el torpe ademán y la tímida sonrisa con que había exhibido su cuerpo. ¿Qué demonio lo había movido a encogerse de hombros, a esgrimir aquella sonrisa atemorizada? Y ahora, ella conservaba la repulsiva imagen de aquellos dos contorsionistas de Oriente reventando de miedo ante la muchacha de Europa.

Borró todo pensamiento de su mente, no quiso saber lo que iba a hacer y abrió el cajón. Pero ella fue más rauda que él, se abalanzó, le asió la mano y el revólver que sujetaba. La bala rozó la frente que sangró. Se desplomó.

La mujer desnuda sentó en sus rodillas al hombre desnudo. Besó las dos llagas, lo calmó, lo acunó mientras pensaba que había llegado la noche, ya hacía tiempo prevista por ella, noche semejante a las noches de los inviernos pasados y a las de los inviernos que vendrían cuando ella ya no estuviese.

Contemplaba el hermoso cuerpo herido y le parecía tener en las rodillas a un hijo mayor desvanecido, irresponsable, golpeado por los hombres, condenado, demasiado vivo, irremediablemente vivo. Pensaba en su propia vida fracasada. No había sabido hacerse querer. Nunca había sabido nada. ¿Quizá había tenido la culpa su padre y el espanto que le había inspirado desde niña? Aquella parálisis, aquella pasividad. Las obras, las que sabían hacerse querer, eran superficiales. También ella hubiera podido, pero había preferido la esclavitud. Esclava, desde la noche en que entrara el adolescente en su habitación hasta aquella última noche. Y ahora imposible empezar de nuevo. Se lo llevaría la otra, Aude. Mientras la otra no le impidiese vencer, todo iría bien. Se convertiría en Solal y en un gran hombre. Pero nadie iría a anunciarle a su tumba las victorias del amado. Porque a pesar de todo, ella lo había sabido antes que nadie. Antes que nadie, había adivinado la espera y la esperanza de aquel hombre tan sencillo, tan bueno en realidad, tan puro y que ocultaba su candidez con risas y rarezas. Y si ella se equivocaba, si no había de ser más que un hombre como los

demás hombres, al menos conservaría su ilusión hasta el final y tampoco vendría nadie a desengañarla.

Alzó al amado hijo y lo tumbó en la cama, permaneció largo rato inmóvil para no despertarlo. Por fin, abrió los ojos y miró la hora. Las cinco ya. Fue a su cuarto, olvidó el traje de viaje arrojado en un rincón, se puso el vestido de noche y volvió. Quería quedarse el mayor rato posible a su lado. Sobre todo, no despertarlo. Resultaba duro no besarlo una vez más. Perverso quizá. No, triste. Aquella extraña sonrisa de tonto o de epiléptico. Hasta el último instante no lo habría conocido. En definitiva, quizá no amaba a aquel extraño que dormía apaciblemente. Se sentía tranquila, un poco cansada. Sí, sobre todo cansada. ¿Qué estaba contando? Los agonizantes no saben lo que dicen. Había que irse. Rápido. Se le antojaba que una compañera invisible la tomaba de la mano y le decía, tras lanzar una mirada de desdén a este pérfido mundo: Ven, querida, vámonos.

De rodillas ante el fuego casi apagado, escribió en una hoja. Releyó con calma, añadió unas palabras. El vivo dormía. Se levantó, caminó con precaución, metió la hoja en un sobre que cerró con esmero. Los muertos no aman ya a nadie. ¿Qué le importaba aquel hombre que dormía? Se dio cuenta de que había olvidado o perdido la cartera. Aquel billete de cien francos bastaría para el viaje. Se quitó el collar y lo dejó sobre la mesa, junto a la cama donde él dormía. El calzador yacía en el suelo. ¡Cuántas veces lo había calzado! Apagó la lámpara. Los cristales estaban grises. Su cara en el espejo. Una pobre loca con vestido de baile y el pelo recogido apresuradamente. Se encogió de hombros. Ah, había olvidado el abrigo. Tener frío, calor, ¿qué más daba? Iba lo bastante vestida como para que no la parasen en la calle. Sol, amado mío, me voy y voy a morir y tú no lo sabes.

Abrió suavemente la puerta y su última sonrisa poseía una dulzura que le hacía merecer eternamente la misericordia de Dios. En un espejo del pasillo, atisbo los vestigios de maquillaje que animaban los ojos y los labios de aquella vieja loca. Se limpió maquinalmente, examinó las huellas azules y rojas en su pañuelo: su vida. Se sonó. Aun cuando te espere la muerte dentro de unos minutos, hay que sonarse.

Se despertó y su frente buscó el hombro de la mujer a la que había ignorado, que hasta aquel día no había cobrado casi existencia real para él, y a la que comenzaba a amar.

—¿Dónde estás, cariño? Madrienne.

Se levantó de un brinco, vio la carta.

—¡Vieja asquerosa, se ha largado!

Se vistió apresuradamente. Su abrigo camufló el desorden. Se alzó el cuello y corrió. Delante de la estación, dormía una criatura en su cochecito.

Solal divisó a Adrienne. Delante de la ventanilla, arqueada la espalda, cogía con

blando ademán el cambio que le alargaban. No se atrevió a acercarse. Adrienne, con los ojos ausentes, seguía restregando el cobre rayado. Detrás de ella, un viajero se impacientó y dijo que no le crecería el dinero por frotarlo. «¡Venga, sácale brillo al cobre, que es el momento!», dijo otro. Adrienne caminó lentamente hacia el tren. Qué fresca y limpia era la mañana.

Acodada en la puerta, vio de pronto a su amante y se llevó la mano al cabello para componer el desorden. Él le suplicó que bajase. El empleado cerró la puerta del vagón y bostezó. Ella le dirigió una sonrisa penetrante y sonrió.

Arrancó el tren. Adrienne hizo varias veces un suave gesto de denegación, alargó la mano con gravedad. Él asió la mano, la besó, siguió al tren que iba más aprisa. Algunos viajeros sonreían no sin apuro. Se detuvo. En fin, qué se le iba a hacer. Volvería a verla muy pronto. Dentro de uno, dos meses.

Ella se echó hacia atrás, no quiso seguir viéndolo, entró en un compartimiento, buscó su equipaje. Ah claro, si no llevaba. Cuando pasó el revisor, le preguntó cuánto quedaba hasta la próxima estación. Una hora.

Deambuló por el pasillo, mirando de reojo a una pareja de jóvenes que se besaban. Las vías de enfrente huían en sentido inverso, estriadas de rayas que brillaban a ratos. Eternamente, los cables telegráficos subían, se alejaban, se espaciaban de súbito, cantaban alegrías y victorias. Adrienne se hipnotizaba clavando la mirada en los cantos agudos entre las vías.

Paró el tren. Se apeó. El revisor le advirtió que sólo pasarían cinco minutos. Le dio las gracias con el tono altivo de antaño y caminó lentamente hasta la otra punta de la estación. Un halo de nobleza envolvía a la infeliz.

Se cercioró de que nadie la miraba y avivó el paso. Vías y más vías. Vidas. Un chiquillo con su cereza. Cayó, se incorporó, corrió. Basta. Se tumbó sobre los cantos agudos entre las vías. Aguardó, feliz de haber concluido su carrera. Señor, ten piedad de nosotros.

XXIII

Caminaba, sin sombrero, y se desgarraba la ropa con las zarzas. Jugaba con el collar de perlas que había dejado Adrienne. ¿Para qué abrir aquella carta? Tres días hacía ya que se había ido. ¿Dónde estaría ahora? ¿Quizá en Cimieu? Se pasó los dedos por la ensortijada crin, se los miró y se estremeció al descubrir una cana. ¡Tres días había perdido de su vida! Abrió de inmediato la carta. «Lamento disgustarte pero tengo que decirte algo. Ella cree que no la quieres. Se casa el miércoles en Cologny. Por favor, ve a buscarla antes de que sea demasiado tarde. La boda se celebra a las diez. Te quiero. No olvides a Adrienne».

¿Ginebra?, ¿dónde estaba Ginebra? ¡Malditos que me han puesto Ginebra en el otro extremo del mundo! Pasaba un coche. Hizo una señal al taxista.

—¿Qué día es?

—Miércoles.

—¿Y qué hora es?

—Las ocho y treinta y cuatro, treinta y cinco.

—Treinta y cuatro treinta y cinco. ¿Y qué se tarda en llegar?

—¿Adónde?

—A Ginebra.

—Depende. Hay que calcular tres cuartos de hora con un buen coche.

Dios mío, sumar las ocho y treinta y cuatro treinta y cinco más tres cuartos de hora. Jamás llegaría a tiempo.

—Tiene que llevarme.

—No puedo. No está libre el coche.

—Quinientos francos. Estoy invitado a una boda.

—Vamos allá.

Se sentó, se miró en el espejo. Sí, era joven y aquel traje ruso le sentaba bien. Se metió los suntuosos anillos en los largos dedos.

—Dios mío, protege el carburador. ¡Se necesitan tres cuartos de hora para llegar con un buen coche pero éste es un abuelo y maldito sea el que lo engendró!

Las propinas aumentaban a cada kilómetro. La vieja máquina perdía el resuello, daba tumbos. Solal vigilaba con ansiedad el cuentakilómetros. Pero de repente el motor pegó un grito, entró en agonía y se paró.

—No hay nada que hacer —dijo el chófer—. Es culpa suya. Me tendrá que pagar la reparación.

Todo perdido. Un letrero indicaba que Ginebra estaba a veinte kilómetros. Eran las nueve cuarenta y cinco en el reloj del chófer. ¡Y la maldita se casaba a las diez!

Llegaba un jinete al trote corto. Solal corrió a su encuentro, se puso a gesticular. El hombre detuvo su montura, se inclinó. Solal lo arrancó de la silla y lo depositó con

precisión en el suelo. Le cogió la fusta, le puso una sortija en la mano, saltó sobre el caballo y comunicó al desposeído que era los tres mosqueteros y que la sortija valía mil doblones. Saludó con la mano izquierda y fustigó al animal. ¡Estaba salvado! Buena idea haberse puesto aquel traje ruso y aquellas botas. Hermoso sol de invierno. Le estorbaba el abrigo. Con la fusta entre los dientes, se lo quitó y lo arrojó.

Se detenían los paseantes a mirar al loco envuelto en polvo que pasaba, maravilloso ciclón, y reía, centelleantes los anillos que lanzaban destellos blancos y azules en la fría luz. Espoleaba y gritaba de júbilo y decía palabras tiernas a su paloma que volaba.

Hermosa y dulce Ginebra. Suiza. Entrañable país, recio de cuerpo, sano de mente y limpio de alma. Sencilla grandeza de aquellos hombres lentos de las montañas. Su mirada era sincera y firme su palabra.

Se detuvo ante las Primaveras. La señora Sarles, quebrantada por diversas emociones morales, no había acompañado a Aude y a los tres hombres que acababan de salir hacia el ayuntamiento. Yacía lánguidamente en su hamaca, con un trapo empapado en vinagre pegado a la frente. Ruth, que estaba leyéndole un salmo reconfortante, alzó la vista y reconoció a la deslumbrante aparición a lomos del caballo humeante.

Unos chiquillos informaron a Solal: el coche del señor pastor había salido hacía quince minutos o quizá diez. Brillantes los ojos de cólera, fustigó los ollares del caballo que relinchó, se encabritó, piafó, coceó, dio una espantada y salió a todo galope, juntas las orejas, para hurtarse al castigo.

Divisó por fin el coche que subía lentamente la cuesta. Arrojó el collar de perlas que describió una airosa órbita y fue a circundar el maravilloso cuello. Ella se volvió, vio la llegada de la primavera, reconoció el rostro alargado coronado de sierpes azules y negras. Tendió él los brazos para ceñirla por el talle y arrebatarla. Obediente a su destino, ella se alzó y tendió los brazos.

Tercera parte

XXIV

Eran las cinco de la tarde. En el vestíbulo del periódico, tres grandes electores socialistas del departamento del Norte, vestidos de inoportuno esmoquin, esperaban a su diputado, el director del nuevo diario. Se paseaban a lo largo y a lo ancho atenazados por la vergüenza de una espera demasiado larga. Sus mandíbulas se estremecían, se abrían, se cerraban y el entrechocar de los dientes hacía volverse a los redactores que pasaban.

Apenas oyó la bocina del coche directorial, el ordenanza manco se precipitó a abrir la puerta y coger la cartera del señor director que sonrió gravemente al perro condecorado, leyó las tarjetas de visita con cara de fastidio y anunció que recibiría mañana.

Al entrar en su despacho, el diputado arrojó el fastuoso abrigo con cuello de astracán, examinó sus demasiado lujosas sortijas y la cinta roja en el ojal, esgrimió una leve y extraña sonrisa y jugó con el sobre grande que había llegado hacía cuatro días. Hizo saltar los sellos y paseó la vista por la hoja de pergamino con mayúsculas doradas y caligrafiadas.

«De Cefalonia bañada por el mar a 21 de enero día de Extrema gelidez. Mi querido Solal París. Mi querido Solal el objeto de esta carta es comunicarte que soy Rico y Espero que lo mismo te pase a ti y como ves sólo escribo ya en pergamino ¡y las mayúsculas y puntuaciones con Tinta de Oro!

»Mi querido Sol tu Padre estaba enfermo pero se le pasó todo gracias a un Medicamento que Arrasa la Sangre oh querido niño el Rabino está Triste porque no sabe nada de tu vida desde hace tres años cuando viniste a Cefalonia y es orgulloso por consiguiente no escribe pero Tiembla de Dolor pues es viejo. También yo soy un poco viejo conque escribe si no creo que irá a París pues le inspiras inquietudes Misteriosas que me hacen Estremecerme.

»Yo mi querido Solal te diré que he estado de Viaje de Negocios por distintos Países y ésta es la razón de mi silencio, pues no sabía tus señas, pero he leído el periódico llamado la Justicia que es un hermoso título y he visto que eres claro está el jefe del periódico y hasta diputado de Francia, ¡mira por el bien de tan milagroso país! ¡Pero no te fíes de los Envidiosos! ¡Paloma con las palomas y boa con las serpientes!

»¡Te mando un Checo barrado de cinco mil francos! ¡Y con mi agradecimiento por el presente de antaño, que la ingratitud no es mi fuerte!, para ayudar a la propaganda del periódico cuya línea política ignoro pero que de seguro es buenísima y espero que hagas algo bueno por nuestros Hermanos perseguidos. ¡Creo que pagan demasiados Impuestos! Estoy seguro de que ayudarás a nuestros Hermanos, pues eres sumamente israelita es lo que le repito cada día al Exilarca pero Golpea con el Bastón en el Suelo y me Fulmina con la Mirada me quedo aterrado y me tiembla la mano esto es un borrón de tinta pero tanto da porque no puedo rascar el pergamino que es caro. ¡No tengo ya el Estilo ágil de otrora pues envejezco oh hijo y sobrino mío!

»¡Conque perdí el dinero que me diste hace tres años con un negocio de Monos del Congo adonde fui que quería vender con beneficios para experiencias médicas de la Doliente Humanidad! ¡Mas los monos son innobles criaturas y no merecen la menor consideración y los beneficios se mudaron en tormenta que me devastó el alma llevándose todo el dinero que me diste!

»¡El Checo que te mando no se te olvide cobrarlo y no vayas a metértelo en el bolsillo del pantalón sin prestarle atención!, ¡que soy Observador! ¡El mono es como te decía peor que el cosaco y maldito sea y ojalá no pueda ver jamás al Señor en Toda su Gloria!

»¡Bueno pues al regresar del Congo a nuestra isla natal, regresé siniestro triste arruinado sentado fuerte y confiado en la Omnipotencia lamentándome ante la fábrica y maldiciendo a los Monos que me Traicionaron! ¡Pero tranquilízate! ¡Me salvé y el milagro!, ¡sobrevino y me he hecho Rico y llegarán otros Checos!

»He aquí cómo acaeció la cosa, que te cuento y refiero. Sentado pues estaba fabricando para el benjamín de Salomon, fabricando sin alegría, ¡un hombre como yo va a disfrutar con fruslerías!, un juguetito bastante ingenioso escucha lo que sigue. Te lo describiré para que te hagas una idea del juguete. Querido y amado sobrino un mono trepa por un hilo y penetra en el Arca donde duermen los Rollos de la Ley bien ejecutado todo ello se tira de los cordeles alza las cortinas y sale por la puerta trasera. Ahí radica lo Bonito de la Historia así como Mi Secreto. ¡Al salir el mono se ha convertido en un Joven Resplandeciente de Belleza! ¡Efecto magnífico de la Ley Moral dada por Dios a Su Intimo Amigo Moisés y entretanto los infames adoraban al becerro de oro! Hay un truco, ya te explicaré.

»Pues al ir a visitar a tu padre enfermo, S. E. el Barón Moisés de Leví Pachá, hombre famoso en Egipto o Casa de Esclavitud, ¡ve el juguete del nuevo pequeño vástago de Salomón! ¡Ese hombre piadoso y sagaz se informa! ¡El arrapiezo es una bolita de grasa que se cae cada tres pasos le dice mi nombre! ¡Entusiasmado!, ¡por el valor comercial!, ¡y religioso de mi juguete!, ¡el banquero a quien había leído la víspera mi obra sobre la filosofía de la humanidad y las coyunturas del universo y que me había escuchado con lágrimas en los ojos! ¡De admiración, me compra, el banquero!, ¡el derecho a explotarlo!, ¡el juguete! ¡No sé ya dónde tengo la cabeza de digna y orgullosa emoción! ¡Querido y amadísimo sobrino, me paga una primera entrega de diez mil francos! ¡Y decían que Saltiel es un inútil!

»¡Algunos envidiosos sostienen que S. E. fingió encontrar interesante mi invento por compasión al enterarse de la traición simiesca del Congo! ¡Quedarán confundidos!

»Estoy escribiendo precisamente dos poemas en nuestra santa lengua todos cuyos versos comienzan y acaban con la primera letra del alfabeto, ¡estos versos son extremadamente maliciosos y van dirigidos contra mi antiguo amigo la serpiente recalentada Comeclavos!, ¡el falso abogado envidioso!

»¡Recibe una pequeña bendición de tu tío hasta el fin del mundo y hasta el instante en que los muertos de todos los países rueden bajo tierra para reunirse todos en Jerusalén!

»¡Saltiel de los Solal!

»¡Candidato rechazado a distintos empleos!

»¡Psss!, ¡postdata de uso entre personas instruidas! ¡He oído hablar de un israelita alemán que es suizo!, y llamado Einstein que al parecer es también inventor como yo me dicen que ha compuesto una pequeña teoría sobre el tiempo no puedo juzgar pero leeré su libro pues deseo mantenerme al corriente de los acontecimientos de la ciencia te dejo pues de tantos inventos me hormiguea el cerebro.

»¡El susodicho S S!

»¡Ppsst!, mi querido niño he aquí ahora el auténtico objeto de mi carta marcharé dentro de unos días para ir a verte y no te molestaré me preocupa tu padre te ve en sueños Trágicos y dice que son auténticos, prefiero decírtelo para que escribas tiene un carácter vivo y sufre ¿y quién ha de soportarlo y consolarlo?

»¡El susodicho!

»Parece como si conociese secretos Extraordinarios de tu vida actual, permanece horas en silencio».

Solal tiró la carta y se acercó a un mapa geográfico prendido en la pared. Contempló Francia, pequeña vigía de Asia, con sus ríos razonablemente dispuestos, digna de ser servida. Para mejor servir a su patria había creado, tres años atrás, con tanto esfuerzo aquel periódico cuyas rugientes rotativas le recordaban su rauda potencia. Desde hacía seis meses, era diputado; y el más joven de Francia, puesto que tenía veinticinco años. Y se le citaba como uno de los líderes del partido socialista.

El ordenanza vino a anunciar que un loco furioso había hecho irrupción en las oficinas.

Un cuarto de hora antes, el loco anunciado por el ordenanza se había detenido ante el edificio del periódico, había dejado en el suelo un cesto de víveres y una maleta sin cerradura, que se mantenía cerrada con unos cordeles y alambres.

Haciendo visera con la mano, admiró la escalera de mármol, se enorgulleció de la alfombra y por fin se decidió a entrar. Se miró en un espejo de bolsillo, se retocó el cordoncillo que le hacía de corbata, quitó con el pañuelo el polvo de los escafpines, se sonó, ajustó el gorro de castor, rectificó las solapas de la levita y penetró con falsa indolencia, palpitándole el corazón.

—¡Psst!

El ordenanza se volvió. El ancianillo se llevó el dedo índice a los labios para indicar que se imponía una conversación confidencial.

—He venido a verle —dijo en voz baja—, pero no lo molestes si está conversando con notabilidades o potencias. Espero que no te duela el brazo por donde te lo cortaron. Te confieso que estoy inquieto pues su padre, nuestro señor Gamaliel, ha venido conmigo e ignoro lo que sucederá. Anda ve, ve a decirle que ha llegado Saltiel.

El ordenanza miró la maleta de cartón y las etiquetas que la dramatizaban (WARSZAWA. MONTEVIDEO. HOTEL-PENSION DES NAVIGATEURS BRAZZAVILLE. CAIRO. OSLO. HACER LLEGAR AL LAZARETO. SAIGON), agarró al loco por el cuello, lo metió en la puerta giratoria y empujó.

Corriendo para poder salir de la jaula vertiginosa, nuestro tío no hizo sino acelerar el movimiento de rotación. Al cabo de cinco minutos, haciendo acopio de valor, calculó el impulso, saltó juvenilmente y fue a caer sobre la escalera de mármol. El hueso de la barbilla sonó. El anciano se incorporó con esfuerzo, se sacudió el polvo tambaleándose, lanzó una temblorosa mirada sobre su perseguidor, dio palmas. Acudieron unos redactores, cogió un tampón secante, se secó la frente chorreante y de pronto se desplomó.

Cuando recobró el conocimiento, vio los afectuosos ojos de Solal. Las sillas fueron aminorando su rotación, se precisaron y quedaron por fin inmóviles. Saltiel sonrió y balbució.

—Tu jenízaro tiene un brazo que no veo. Pero ese brazo existe. Luego está en tu caja fuerte. Menos mal que he venido. Perdona al viejo Saltiel, no sabe lo que dice. Hola cariño mío. —Se tocó la barbilla descalabrada—. Es bonita la escalera pero un poco dura. Este mundo es vasto y muy terrible.

Resucitando de repente, se levantó, estrechó la mano de su sobrino y comprobó los cordeles de la maleta.

—Son nudos de mi invención. Sólo yo puedo hacerlos y si me place deshacerlos. El jenízaro ha rehecho bien el nudo. ¿Y cómo puedes dejarle llevar una cadena de plata en el cuello? ¿La devuelve al menos, por la noche, al marchar? ¿Y cómo se llama ese ladrón?

—Jean.

—¡Vaya nombre! ¿Quién ha oído jamás semejante nombre?

—¿Contento de sus negocios?

—Sí, hijo mío —dijo el ancianillo, cabizbajo—. Desde luego —agregó tras un silencio.

—¿Mejor que le devuelva el cheque, no?

—Gracias, hijo. Soy un viejo necio que se entusiasma enseguida. Su Excelencia me dio la remuneración por piedad. El juguete era estúpido.

Solal abrió la puerta. Rugían las máquinas. Saltiel suspiró. No le había dado tiempo a preguntar, admirar y ya lo despachaba su sobrino. Le preguntó si podría verlo aquella misma noche. Solal le explicó que tenía una *soirée* en el ministerio de Asuntos Exteriores. Arrugas de codicia estriaron el rostro de Saltiel que olvidó la grave misión que le había encomendado Gamaliel.

—¿No hay modo de que pueda ver la recepción? —preguntó pegando el dedo índice a la nariz—. Sabes, hace treinta años que me gustaría ver una fiesta de poderosos. Satisfaz el último deseo del anciano, concédeme esta alegría antes de que me envuelvan en el sudario.

Tras vacilar un instante, Solal entregó a su tío una invitación y le recomendó que viniera de frac.

—¿Un frac? ¿Y por qué no, Sol? ¿Un frac? Bien, Sol, un frac llevaré. Tú deja a tu tío. ¿Un frac? Desde luego, Sol. Y te haré honor, ya verás.

Solal dijo que tenía que firmar unas cartas y que volvía enseguida. Saltiel se sentó, se dio humos con el ordenanza, aspiró rapé. Acto seguido, sonrió a dos jóvenes que le cayeron muy simpáticos, sin duda dos periodistas. Abanicándose con la invitación, se les acercó con ánimo de trabar conversación y de entablar relaciones mundanas en París. Pero oyó con horror que ponían atrozmente verde a Solal. Se disponía el tío a arrojar un reloj de pared a aquellos dos infames cuando regresó su sobrino. Ambos jóvenes saludaron con respeto al director.

—¿Qué hay, tío?

—Nada, cariño, nada de nada —dijo Saltiel en voz alta y de cara a los dos maldicientes—. Silbaban dos víboras pero cuando el rey de los animales, el león, pasó con toda su gloria, las dos criaturas de pecado dejaron oír suaves trinos de ave. ¡Oh hijo mío, esto es realmente un mundo tremendo! ¡Ciñete la cintura y desconfía!

Solal miró a los dos compadres con desdén. El tío se regocijó y tembló. ¿No se vengarían aquellos bandidos y, embutiéndose en un abrigo color pared, asesinarían a su sobrino? De modo que, para ganárselos, se esforzó en sonreír a los dos periodistas.

Un empleado, que se ganó el beneplácito de Saltiel tras harto escrutarle con los ojos, recibió la orden de llevar a las señas indicadas por el anciano el cesto y la maleta inútilmente acarreadas hasta las oficinas del periódico. Acto seguido, Solal tomó del brazo a su tío y caminaron.

Al cabo de un cuarto de hora, se detuvo.

—¿Es tu casa? —preguntó Saltiel (que murmuró interiormente: «¿Comprendes en términos generales lo que quiere decir palacete, oh Mattathias? ¿Y has vivido alguna vez en el cincuenta y uno de la calle Scheffer? Entonces, te callas»).

—Hasta la noche.

—Que aproveche —dijo Saltiel.

Se fue tristemente. ¿Por qué no lo había invitado a pasar Solal?

Al llegar al hotel, encontró a Gamaliel como lo dejara, sentado, con la barbilla apoyada en el bastón. El rabino vio a su cuñado, frunció el entrecejo, abrió la boca, aguardó el relato. Saltiel se sentía culpable por no haberse atrevido a decirle en el acto a Solal que su padre estaba en París. ¿Pero cómo decirle ahora la verdad a aquel tremendo? Por temor a una escena violenta que le impediría acudir al festín político, mintió sin vergüenza, explicó que Solal se había alegrado muchísimo de que hubiera llegado su padre pero que, en el preciso instante en que se disponía a ir a verle, se lo había impedido la llegada de un alto personaje.

—¿Y yo, soy hombre de poca importancia? —gruñó el rabino levantándose.

Saltiel aseguró, retrocediendo, que Sol acudiría sin falta a la mañana siguiente. Gamaliel se sentó, cerró los ojos y su barbilla se apoyó con más fuerza en el bastón de ébano. El tío se eclipsó.

Fue a una prendería, alquiló un sombrero de copa y un frac demasiado ancho que lo trocaba en pingüino. Pegados los puños a las caderas, aprobó su imagen reflejada. A continuación, se metió en una peluquería.

—¡Muchacho, aféitame y córtame el pelo!

Ebrio de gloria e importándole un comino Gamaliel, consintió en que le lavaran la cabeza, exigió una loción. Tosió con fuerza mientras metía diez céntimos en el cepillo de las propinas, comprobó el efecto que producía su generosidad en los empleados, se colocó el pañuelo sobre el pelo y se caló con precaución el sombrero. El pañuelo así perfumado, que se quitaría más tarde, produciría exquisito efecto en la recepción. Echó a andar hacia el quai d'Orsay, al tiempo que se comía diez céntimos de aceitunas. La chistera se bamboleaba al ritmo de los maxilares.

En el ministerio, le comunicaron que la recepción no empezaba hasta las nueve. ¿Y si luego le venían con que no quedaba sitio? Más valía entrar enseguida. El jefe de los ordenanzas creyó entender que el visitante era el nuevo ministro de Bolivia y abrió de par en par la puerta del gran salón desierto.

Los espejos reflejaron durante sesenta minutos dos docenas de tíos solitarios, radiantes, candidatos y desamparados que leían, al tiempo que se enjugaban la frente con un pañuelo a cuadros, un antiguo «Manual para Uso de los Cortesanos» adquirido hacía un rato en el quai Voltaire. Estaba ensayando Saltiel algunas reverencias galantes cuando entraron los primeros invitados.

Corrió a un rincón y no se movió durante bastante rato. Advirtiéndolo no obstante

que comenzaban a observarlo, comprendió que era menester actuar y mezclarse con los poderosos. Pero las alfombras, los muebles dorados, el zumbido de las conversaciones, las sonrisas, la música, las flores y los bailes colmaban de espanto el alma de Satiel que se sentía menos que un átomo.

Planeó una estratagema para ocultar su vergüenza de marginado. Durante una hora, transitó rápidamente entre los grupos con aire atareado, como si buscara a alguien, para dar a entender que si no hablaba con nadie era porque no tenía tiempo. Los criados no dejaban de comentar las marciales idas y venidas del desconocido. A fin de infundirse ánimos para quedarse, se atrevió a beber vino de Champaña. El súbito calor alentó al sobrio anciano que, con melindroso dedo, señaló un emparedado de jamón.

—Dame esa lengua de buey.

Proclamándose engañado por el hijo de Moab, terminó de embriagarse saboreando la carne prohibida. Una diva acabó de quiquiriquear un aria de ópera. La gente aplaudió. El palmoteo también, extrañado de que no lo detuviera la policía. Lo cierto era que todo le salía bien, y aquella alfombra mecánica, aquellas paredes que de repente se desplomaban eran ingeniosos hallazgos. Se tambaleó, tropezó con una japonesa.

—¡Perdón, encantadora musmé!

Preguntó a un agregado turco por el Sultán, se extrañó de no recibir respuesta y tachó a los otomanos de la lista de sus amistades. Enérgico y vago, afirmó a *Sir George Normand* que corría un tupido velo sobre Santa Helena. Brindó a la princesa Golonna su sonrisa y una silla bruscamente arrebatada al ministro de Suiza que se disponía a sentarse y a quien dijo:

—Dispense Excelencia pero la princesa está cansada. ¡Princesa, sin cumplidos! ¿Pero no seré inoportuno, deliciosa aristócrata?

Se inclinó, se convenció de que era el niño mimado del mundo elegante y oficial. Lo disuadieron de ello dos criados. Cogieron por debajo de los brazos al anciano cuya sonrisa continuaba flotando donosamente y lo empujaron hasta el patio donde dormían, con los ojos apagados, nobles automóviles. Satiel se sintió más a sus anchas. La expulsión lo tranquilizaba y comprendía la unidad de su vida.

En tales meditaciones se hallaba cuando divisó a su sobrino que bajaba de un coche. Corrió hacia él, le aseguró que estaba encantado de la velada y que los invitados habían sido amabilísimos.

Caminaron por los muelles.

—¿Ha venido mi padre con usted? —preguntó por fin Solal.

—Sí.

Satiel miró a Solal cuya sonrisa fue horrible. Al anciano le acometieron temblores y asió el brazo de su sobrino.

—¡No hagas eso, no debes! ¡No reniegues, Sol! —Se dejó caer en un banco y le temblaron las rodillas—. Deja tu mano en la mía, bonito mío, paliducho mío. Es una desgracia ser judío. No hay que renunciar a tal desgracia. Oh hijo mío, tu sangre es pura desde antes de que naciera el Egipto. Quizá se presente el Mesías mañana. Cuando se presente, podrás hacer lo que quieras. —Se levantó y echó a andar—. Hemos temblado de amor ante nuestro Santo desde tiempos de Abraham, ¿y por qué habría de detenerse el temblor en tus manos, oh sobrino mío? Nuestro pueblo es un pueblo muy viejo, muy puro, muy santo y muy fiel. Te has casado con una hija de gentiles. Bueno. Asunto de destino, ¿qué le vamos a hacer? Sí, lo he adivinado, claro está. Y comprendo por qué te has pasado tres años sin escribir a tu padre. No temas. Tu padre la querrá, yo la querré y ella nos querrá y todo irá bien. Créeme, conozco el mundo y con los años mi capacidad de juicio es considerable. Sí, hijo mío, sonríeme. Mira, lo importante es lo siguiente: todo es sencillo para quien posee buen corazón, nobleza de modos y alegría en la resignación. Honra a tu padre y ve a verlo mañana y preséntale a tu esposa y Dios te lo agradecerá. El deber es un gran pasaporte. Sol, mira el cielo, cariño. ¿Qué puede ser más arrogante que una estrella? Y sin embargo, mira un buen rato las estrellas y verás cómo cumplen honestamente con su deber. Ninguna incomoda a la otra, todas se aman, cada una en su sitio junto a su padre un sol, y no se tiran todas al mismo sitio para aprovechar, para medrar. Al revés, apacibles, dóciles a la Ley, a la Ley Moral, a la Ley del Corazón, tienen alegría en la resignación. Y piensa además que eres mortal y serás polvo. Crecerá así tu alegría en la resignación. Si te haces bien a la idea de que morirás, todo cuanto es pequeñez desaparecerá y sólo quedará lo importante. Sabes, sólo se sufre por orgullo y sólo el hombre orgulloso cree que vivirá siempre. Lo que me digo yo es que he de pasar esta vida siendo un hombre bastante bueno y puro a fin de que pueda saborear la plácida sonrisa de la hora de la muerte. Y esa plácida sonrisa de la hora de la muerte tanto poder tiene, oh hijo mío, que se extiende sobre toda nuestra vida desde el principio hasta el fin y quien la conoce, antes mismo de morir, conoce el reino del Santo. Y cuando hayan comprendido los hombres esta verdad, serán todos buenos. Pero sólo el Mesías podrá inculcársela escribiendo el Libro de la Bondad. Y por eso has de honrar a tu padre, que quien hace sufrir a su padre entorpece los pies del Mesías.

Contemplaba el cielo y le enajenaba los ojos la verdad. Se le olvidaban su enfermedad de corazón y los sombríos pronósticos del médico de Nápoles. Pero regresó a este mundo.

—Ésta es la calle Scheffer. Preséntame a tu mujer. Le hablaré de ti cuando eras crío y bailabas cuando yo tocaba la flauta junto a la fortaleza. Y la veré y nos llevaremos bien y deja hacer a tu tío. —Se puso de puntillas y besó a su sobrino en el hombro—. ¿Ésta es tu casa? Es una hermosa casa, hijo mío.

Sol miró a su tío, lo quiso y le obedeció. Escalera. Puerta. Olor a casa rica.

Salón vacío. Saltiel, grave y poético, entró, se inclinó levemente, se sentó en la misma punta del sillón. Al quedarse solo, tan pletórico estaba su corazón de sentimientos sublimes, que se le pasó por alto calcular el precio detallado y global del mobiliario. Erguido el busto, torcidas las piernas, clavada la pensativa barbilla en la mano profética, se creyó obligado a abismarse en distinguida meditación. Quién sabe, a lo mejor lograba convertir a la mujer de Sol.

Pero cuando, al cabo de media hora, se abrió la puerta y Solal lo invitó a pasar, Saltiel comprendió la locura de su empresa. La hija del primer ministro se burlaría de él.

Tras pensar por un instante en huir, se decidió a cumplir con su deber, se abrochó el frac, buscó los guantes que había olvidado en Cefalonia, arqueó las pantorrillas y alzó la cabeza cual condenado a muerte. Patinando de puntillas al objeto de evidenciar su elegancia, su presencia de ánimo, su pericia en evitar los obstáculos y un hábito de frecuentar el gran mundo asociado a profundas y variadas concepciones sobre el universo, el tío Saltiel, esgrimiendo una sonrisa en sus labios cenicientos, se dirigió hacia el patíbulo.

XXV

Aude aguardaba el regreso de Solal. Tumbada en la alfombra, junto a la chimenea en la que ardían sin llamas tres impecables troncos, con un pequeño centro de mesa lleno de fondants a su lado, escribía en su cuaderno secreto un decimosegundo cuento poblado de rosados animales adornados con cintas que servían a la Princesa Ignorante raptada por el rey jinete Ermitaño. Se detuvo en el instante en que este último, mientras sostenía un austero discurso, se atrevió, ante los escandalizados ojos de la narradora, a pronunciar una indecencia con tono desenvuelto. Lo releyó poniéndose encarnada, se comió un fondant, se sentó en medio de la alfombra que imaginó voladora, cerró los ojos, revivió los tres años transcurridos desde la mañana maravillosa en que él la arrebatara del coche y se la llevara en su caballo.

Tras el rapto, habían ido a Sicilia. Pero al cabo de dos semanas, se habían quedado sin dinero viéndose obligados a regresar a Ginebra. Una noche, aprovechando que Solal dormía, Aude se había presentado en las Primaveras. Sin recriminaciones inútiles, el señor de Maussane había dejado caer el monóculo y dado su consentimiento, con el consuelo sin duda de pensar que el raptor hubiera podido llamarse también Isaacsohn o Guggenheim. «Además —dijo al señor Sarles, quien tardó lo suyo en entender—, han pasado quince días juntos». El pensar que el joven pertenecía al pueblo de Dios había reconfortado una pizca al buen pastor a quien, por otra parte, no le resultaba demasiado desagradable el pensar en la consternación de su mujer y en la indignación de la señorita Granier. Esta última, nada más conocer la enojosa noticia, se fue con su amiga a Zermatt donde esperaba poder recuperarse de su crisis moral.

La impresión fue mayúscula entre los medios bienpensantes. Algunas señoras que no creían en la inspiración literal admiraron el valor de Aude y el espíritu de tolerancia de que daban prueba su padre y su abuelo; la extrema derecha profetizó la decadencia de Ginebra y depositó todas sus esperanzas en un despertar religioso; la mayoría se sorprendió y se encomendó a Dios.

Durante las dos semanas que precedieron a la boda, las reuniones misioneras fueron especialmente concurridas. Las allí asistentes se emborrachaban con té al tiempo que discutían de los aspectos psicológicos y morales del descabellado matrimonio. Fue en el transcurso de una de esas reuniones cuando las ocho amigas íntimas de la señora Sarles decidieron que el día fúnebre del desposorio estrecharían con fuerza, sonriendo, pero sin abrir la boca, la mano de la querida víctima. El gesto fue muy comentado.

Al concluir la ceremonia, el señor de Maussane besó a su hija y a su yerno y

mandó que lo llevaran a la estación. En el coche cama que lo devolvía a la política y a sus amores, debió de murmurar, al tiempo que se friccionaba con colonia, que todo se solucionaba en la vida y bastante mal.

Luego, los novios viajaron a Egipto. A la vuelta, Solal celebró largas entrevistas con banqueros socializantes a quienes gustaba. Un mes después, fundaba el periódico que convirtió a su director en uno de los líderes del partido socialista.

Aude oyó cerrarse la puerta, escondió el cuaderno y la bombonera, se acordó de que la bata era transparente y se puso delante de la chimenea. Entró Solal. Sonrió, con ojos soñolientos, y sus labios rozaron la frente. Ella se quejó. ¿Por qué no la quería más y la besaba tan fríamente?

Se sentó, la hizo callar con un gesto. Ella se arrodilló a su lado, endurecidas todas las yemas por la imagen de aquella niña dócil. Lo miraba y pensaba:

«Qué bien sabe sentarse es alto y musculoso lo descubrí y lo vi mientras dormía Me gusta antes era algo que me horrorizaba en las estatuas y decía que las mujeres son más hermosas además es verdad Pero él es el amado ni un rasgo de la cara se le mueve está menos vivo que antaño más impresionante cada movimiento que hace lo piensa De día cuando vive tiene gestos aterradores precisos máquina pero no vive de veras Sabe que lo vigilo Por mucho que finjas que nada te afecta mientes todo te hiere a Mí en el fondo me da miedo muto medo Aude Conmigo es todo solicitud sus amigos lo admiran y no vive Quizá desgraciado perdido angustiado sin saber adónde va En el fondo es celoso se hace el indiferente cuando me hablan los hombres pero inquieto en realidad máscara Hijo mío confía en mí sabré amarte siempre Si blasfemo es para tranquilizarme Eres un desconocido No me atrevo a tutearte cuando te hablo Por qué no me hablas nunca de tus padres Me gustaría saber qué debo amar y qué detestar comprende que estoy esperándolo Me llamo Solal amado mío enséñame Te dije el otro día que no me gustaba Cristo de niña me daba miedo me pareció que ibas a pegarme Ayer te dije que lo admiraba y pusiste cara de celos Lo que amas hoy lo aplastas mañana conque yo ya no sé Si te hablase ahora te levantarías y no te volvería a ver nunca más nunca más hata mañana. Me he vuelto tonta tralaralará Me gustaría tanto conocer tu auténtico yo Sol porque sé que sientes un gran respeto desgarrado sin esperanza pero no sé Resulta literario lo que estoy diciendo En el fondo eres ingenuo Sois mi señor lo proclamo Él es el demonio lo sabe todo lo puede todo lo desprecia todo y no me quiere nunca querrá a nadie y mañana con la misma sonrisa me abandonará para siempre Tú amado en qué piensas Está aquí tu niña esperando que hables que te despiertes amadísimo basta de complicaciones Sé que me quieres No cierres tus hermosos ojos anda y no te estires anda Te amaré sin tanta posturita venga fachendoso teatral hipócrita bandidobribongolfo lesa majestad qué se le va a hacer un poco de libertad Tú cuando desaparezcas montado en el caballo blanco de

tus sueños te llevarás a tu niña contigo o la dejarás abandonada en la playa con arena entre los dedos Literario pero es para agradarte aunque no me oigas Tú niño querido eres tan gracioso cuando hablas de los destinos del partido eres peor que socialista pero resultas tan niño con esos aires tétricos puede que creas en lo que dices tanto me da mírame Tú no Jacques perrito vamos échate kss sino El el amado que te ha aplastado pobre minuetillo picobobo Tú el maravilloso Sol contempla qué guapa soy despréciame al menos un poco por inclinarme para que me veas los pechos tan hermosos Tu boca en ellos mucho mucho tiempo que se me irrite la piel Ah le arrancaré el pelo y que grite este hombre pobre Adrienne aplastada locomotora Yo también tengo celos de ti adónde vas qué haces cómo no estás siempre conmigo qué me importan tus éxitos te quiero sólo mío Tú tantas mujeres seguramente esas ojeras eres malo asqueroso tipejo hasta puede que con esa asquerosa actriz de padre seguro cómo no te da vergüenza Oh un hijo tengo derecho a obtener un hijo Yo me he casado con un dios y no estoy nada tranquila eres el hijo de Dios qué más da que lo diga si no me oye nadie y es tan diabólicamente inteligentísimo que sonrío sonrisa solapada en plan adivina lo que pienso bueno al fin y al cabo en realidad dirige un periódico y es diputado socialista lo furioso que se puso mi padre pero ahora ni chistar porque es muy poderoso mi marido Mi marido perfumes para turbarte siempre tiene miedo de que le ofendan sí pero espera la metamorfosis bonita palabra flor que se abre ser Juana de Arco me gustaría bastante o emperatriz con otro amante todas las noches perdón perdón Amado no es cierto sólo pienso en ti en nosotros dos Cómo ha sabido envolverse este hombre Si me mira fijo cálido profundo a los ojos un momento me abro en el centro exfoliado Tengo talento tu lengua Y ya como si me poseyeras Ooh bueno es bueno tan bueno en el fondo tú Sol eres tremendamente casto no siempre adiosgracinismo y entonces es tremendo y aguardo más abierta que el mar y antes era Aude tenis altivez y basta pero bueno Sol no te mueves estás marmóreo o dormido Sí hay cosas que no sé Los maridos se las explican a sus mujeres éste nunca explica nada estás hecho un pontífice Yo no sé nada ni siquiera sé realmente cómo es porque siempre ocurre a oscuras Me gustaría conocer también los vicios y los placeres horripilantes Sol compraré libros de medicina gaver Te advierto que no te tengo el menor miedo exsecretario y me enteraré de todo y se lo contaré a Ruth Únicamente por la vista no sé Quiero morir siempre debajo de él eternamente negro Los hombres me asqueaban antes como los perros Oh ése ha sabido envolverse Perdona amado te respeto Por la noche cuando estoy debajo de él cuatro cinco veces no no me atrevo a decir esa palabra leí en un libro que se dice gozar pero cuando él expira ya no sé loca de alegría orgullo lo miro y yo le he dado ese placer me desea quiere mis labios mi lengua quizá en ese momento y no sé pero además es bueno también que yo quiera y que él no sepa que quiero Oh pureza de antaño oh brincos en el jardín oh miradas claras y gestos pensaría menos en eso si estuviese segura de que me quieres pero se

entretiene conmigo en espera de la metamorfosis el bueno y simpático de Jacques que ya no es agregado militar qué se te ha perdido por Marruecos contenta de que coseche éxitos con su pintura pero no me gusta lo que hace pobre Jacques es que le falta ves sé palabras que he aprendido en el diccionario permaes pero lo más importante Sol son tus ojos de bondad y seré pura pura para ti y siempre leal fiel Tú mi señor de todo oh todo el cuerpoalma Pienso tremendamente en eso aunque me hable de su Cámara Diputados o de Spinoza en eso me hace pensar siempre Espantoso muchacha perdida y todas las mujeres son como yo Toca tómame con fuerza Aplástame bien Malvado poderoso autoritario no se puede resistir él ordena phallix phoenus Entra bien preparada para ti desde siempre tu nupcial Sol es mi amante amado marido Terrible calor los ojos pecho sed beber esclava golpeada y brota la sangre tanto mejor pero sangre blanca Por qué casi nunca Entonces cuando consiente gran acontecimiento místico para pobre de mí árida esperando seca torre en el desierto Me gustaría todas las noches a todas horas y más y más hasta la muerte y en el cielo pues también si hay aún si no no Oh chorros de lava por todas partes Suspiro impaciente cálido y cálida Ahaa absorberlo todo mío mío Morder el cuello Las piernas tan levantadas oprimen la cintura Qué abismo Bueno pues lo hacen todos qué mal hay en ello Yo lo pienso y no hago nada Pobre Aude Ahaa tan levantadas que se apoyan ampliamente Ahora áspera lengua y comerlo todo horrendo y quedárselo todo Qué llamada Oh bendíceme Su piel terciopelo pero también gran peso Me gustaría también una vez igual que él a ver si son privilegiados Bueno en el fondo ocultamos en lo más hondo una sonrisilla un tanto despreciativa para el enemigo aun tan adorado Como una serpiente en el fondo Cuando empieza a crecer tremendo Pero aun así lo más bonito es su pecho y más aún sus ojos que ríen y perdonan Oh el más amado me aferro a la salvación de tus ojos Quiere Vuestra Señoría gozar de su pequeña esclava Aude Yo primero alegría vivir ya es hora y apresar con mil bocas al joven dios muslos de cedro tumbado entre las altas hierbas pero una hierba más alta que mira Yo desde el corazón un gran río hasta ahí y ahí remolinea agita las orillas que se estiran hacia el terror Yo literaria quizá ah no demasiado deseo Y no me mira adrede Batín entreabierto Maldito pero mira de una vez a quien tiene esos muslos más hermosos que yo Toda mi piel enferma de deseo Vergüenza Pues sí estoy cínica esta noche Al fin y al cabo estoy en mi derecho Sí no me tomas con bastante frecuencia Pero bueno por qué no todas las noches Cierto es que cuando tomas es tremendo En qué horrenda mujer me he convertido Y eso que sé que soy pura Pero me enloqueces con tus gestos tus silencios tus inmovilidades distracciones Dios mío si peco es de amor perdonad a vuestra esclava Aude oh Sol ven ven Ven golpéame más rápido aún y luego impersonal y necesario eternamente Hermosa leche intensos Ahahaha Tus ojos Muerte en el bosque Amadoamadoamado oh oh Y no ha sabido Fatigada oh mitigada Tan bueno Los ojos siguen maravillosos Bueno Sol se acabó ese silencio empiezo a hartarme no

me gustan esos grandes aires misteriosos ya sabemos que eres elegante gran señor Enamorada de mi marido mi marido Me gustaría en mi boca Te advierto que a partir de ahora mando yo».

Alargó una mano suplicante.

—Amigo querido —moduló humildemente.

—La escucho —contestó él con esa majestad que la sacaba de quicio de admiración y de enojo.

—Nada, Sol. Un niño desnudo que jugase ante el fuego y te arañase. No te enfades Sol, no he dicho nada. —Posó la cabeza en el sitio establecido para toda la eternidad, el hombro de su marido.

Tras lanzar furtivas miradas a su dueño, alzó la cabeza, abrió desorbitadamente los ojos a placer espantados y jugó con su pie desnudo.

—¿Sabe, Sol, el bonito traje ruso —pegó la cabeza al pecho de su marido—, el traje que le sentaba tan bien? Le he mandado hacer tres preciosos, iguales que ése. ¿Se los pondrá en casa, verdad, quizá? No se enfade, Sol. —Posó la mano en el pecho de su marido—. ¿Permite mi señor que se los regale? Que te los regale.

Se levantó él.

—Muchas gracias —dijo sin acabar de enterarse—. Le voy a presentar a mi tío. Esta aquí.

—¿Cómo? —exclamó ella con voz súbitamente mudada y casi mundana—. ¿Le ha hecho esperar tanto tiempo? Cuánto lo siento. Me alegraré mucho. Daré órdenes.

Cuando Saltiel penetró en el saloncito, se inclino, balbució que estaba encantado y se dio cuenta por la leve sonrisa de Solal de que la dueña de la casa no estaba allí. Permaneció de pie, temiendo una catástrofe, se ahuecó la mata de pelo blanco y aguardó, pegada la mano al pecho, sin atreverse a hablar a su sobrino que lo miraba con regocijada maldad. Preparaba una interminable frase mundana («Me resulta grato, señora, saludar en usted a la vez a la entrañable compañera...») en el momento en que entró Aude. Retrocedió, se acercó, besó, en plan *gentleman* de los coches cama, la mano de la joven, buscó inútilmente la preciosa frase tan amorosamente preparada.

—Encantado —dijo esgrimiendo una pobre sonrisa distinguida.

Su cerebro aturullado no acertaba a entender las palabras que le decía la maravillosa criatura. Al tiempo que miraba de cuando en cuando, con terror, a su sobrino que se embriagaba con un cigarrillo, sustituía la elocuencia con pequeños ademanes insignificantes, vivos, amables, tímidos; con inclinaciones japonesas; con deslizamientos de suela; con arrugas del rostro y sobre todo, bendito sea el tío Saltiel, con una mirada apasionadamente sincera y entregada. Aude, compadecida, le preguntó no sin torpeza si podía ofrecerle licores o a lo mejor un jarabe.

—Sí, señor —contestó.

—¿Puedo preguntarle si le gusta la benedictine?

—Muy agradecido, señorita.

Aude se volvió hacia Solal para invitarlo a acudir en socorro de su tío y le preguntó si no opinaba que este último preferiría quizá el licor oriental que acababan de recibir. Solal, olvidando sus preocupaciones, disfrutaba del espectáculo, aguardaba con interés el resultado de tan peregrina conjunción. Ni pensó en contestar a Aude que estaba púrpura.

—¿Raki? —preguntó una voz débil—. Sí, gracias, señora.

Satisfecho de aquel inicio de conversación, Saltiel se atrevió a mirar a su sobrino. De inmediato hubo de arrepentirse.

—Pero, tío, ¿qué quiere usted, raki o benedictine? Ha dicho usted que sí a las dos cosas. ¿Quizá té? Creo que le gusta el té.

—Con mucho gusto, té —contestó enjugándose la frente el desdichado tío que aborrecía el té.

Salió Aude, tras suplicar a Solal con la mirada. Saltiel preguntó con voz apagada si no era preferible que se fuera. Solal lo tranquilizó, se acercó a estrecharle las manos, le dijo que todo iba de maravilla y que raras veces había visto tanta simpatía en los ojos de su mujer.

—Entonces, ¿tú crees, Sol, que no le he producido muy mala impresión? Es un ángel, hijo mío, y como uva moscatel. Pero no me gustó el té, hijo mío —agregó Saltiel con tono de suave reproche.

Llamaron. ¿Quién podía ser a tales horas? Entró el señor de Maussane, se disculpó, anunció que traía una noticia muy importante, frunció el entrecejo cuando divisó al majareta cuya expulsión había presenciado y que admiraba hipócritamente un cuadro tras un sillón. Solal los presentó. El presidente aseguró con furia que estaba encantado, se llevó a su yerno a un rincón del salón y le habló en voz baja.

Mientras la joven charlaba con Saltiel que asentía y mudaba sin cesar de postura para dar con otra más elegante, Maussane confiaba a Solal los motivos por los que se había presentado tan tarde.

—Amigo mío, estos disturbios huelguistas me están dando no pocos quebraderos de cabeza. Evidentemente, su grupo, dicho sea entre paréntesis jamás alcanzaré a comprender por qué se ha metido usted en la cabeza que es socialista, en fin dejémoslo, su grupo, digo, me dejará en minoría cualquier día de éstos. No me da la gana de que así sea y tengo intención de desprenderme de los derechistas de mi equipo. Vengo del Elíseo. El Presidente está conforme. Convenza a su grupo de que, hum, participen y le ofrezco una subsecretaría o si no, no, mire, la cartera de Trabajo. ¡Quéjese! Ministro a los veinticinco años. Pues conforme y gracias. Y le confieso que he acudido también por otro motivo. Amigo mío, el respetable personaje que está

hablando con mi hija ha producido peregrina impresión hace un rato en el ministerio. Se ha hecho notar lo suyo. Pero, en fin, Francia no saldría más perjudicada por ello de no haberse descubierto que gracias a usted pudo lucir en el cuerpo diplomático su frac alquilado y confiar a no sé quién sus opiniones sobre no sé qué punto de doctrina israelita. Y eso es una minucia, pero es que ha contado, los ordenanzas se partían de risa, muchacho, que, como buen tío, le frotó a usted los labios con ajo en el momento de nacer. Ha cometido usted una chiquillada proporcionándole esa invitación. Todo se sabe y todo se arregla, pero no conviene tirar de la cuerda. El pequeño incidente de esta noche no debe repetirse. Por supuesto que respeto sus convicciones personales. Digo que «no debe» si realmente quiere usted triunfar como parece ser su intención hasta el momento. Si ése es su deseo, sólo hay una actitud posible. Nada de ambigüedades. Francés, únicamente francés y todo lo que eso conlleva. Se le envidia, ándese con ojo. Naturalizado, socialista, mañana ministro. Es el consejo de un hombre que desea su bien, y el de su hija claro está. Compréndame y no me depare el placer de leer artículos titulados, yo qué sé, «Los avatares familiares del ciudadano Solal», o «El tío, los cacahuets y el nuevo ministerio Maussane». Dele usted un billete de primera para Atenas o para cualquier otra capital donde no tenga sobrinos ministrables y no se hable más del asunto.

El inocente Saltiel, alentado por la amabilidad de Aude, se las daba de petimetre, no paraba de echarse azúcar en el té con la mano derecha mientras enarbolaba donosamente con la mano izquierda las pinzas que explicaban cómo se echa a perder un negocio maravilloso.

—Lo repito —concluyó el señor de Maussane—, ¡quiera usted a sus parientes, pero de lejos, por Dios, de lejos! No se enfade, y déjeme decirle una cosa con entera confianza: mi bisabuela, pues sí señor, de Alsacia. Para que vea usted que no pongo en ello prejuicio alguno. Mis mejores amigos, además. Pero no tan puros —concluyó lanzando una mirada hacia Saltiel que dejó de echarse azúcar, atenazado por una sospecha.

El señor de Maussane aguardaba una decisión, miraba a su hija con semisincera indignación, se paseaba a lo largo y a lo ancho, lanzaba miradas escandalizadas al intruso y, con las manos en los bolsillos, husmeaba el techo.

A Saltiel se le hizo una luz. Apuró de un sorbo el horrendo brebaje ardiente y se levantó. Aude, que veía que estaban a punto de saltársele las lágrimas, se esforzó en hacer que se quedara. Pero Saltiel, herido por la insolencia del señor de Maussane y lastimado por el silencio de Solal, se inclinó casi majestuosamente ante la joven, dirigió un seco saludo a ambos hombres y abrió valientemente la puerta. Bien es cierto que lo echó todo a perder diciendo al criado:

—Mozo, mi vestuario.

Al poco, marchó el señor de Maussane. A Solal le entraron violentas ganas de

lavarse. Tras un efímero deseo de matarse, se enjabonó silbando, se interrumpió, temiendo que lo oyese Aude y no comprendiese que no se había casado con un hombre serio sino con un niño. Sentado en el borde de la bañera de vidrio que le tenía enamorado, pensaba que la única verdad radicaba en la vida injusta que va, crea, destruye y va. Volvió a ponerse el batín rojo porque habían llamado. Entró ella, conteniendo la indignación.

—No está bien, Sol. Haber dejado marchar así a su pobre tío. Mañana mismo vamos a verlo. ¿Qué quiere usted hacer?

—Tomarla.

Aude trató de resistirse. Pero el batín rojo cayó. Dos criaturas quisieron conocerse y fue el gemido que sube que sabe extasiado de la mujer que aspira y del hombre que expira y renuncia en el sueño.

En la calle, unas voces llamaron a Solal. Aude abrió suavemente la ventana, miró y retrocedió. Ante el farol, tres jóvenes que eran semejantes a él.

Despertó, se levantó, sonriendo de miedo, fue a abrir la puerta. Oyó ruido de pasos. Cuatro voces de Solal. Luego, un tumulto. Un chillido, dos risas y un sollozo en la escalera.

Regresó, envejecido, humillado, arrugado por un sabbat. Ella le preguntó quiénes eran aquellos tres hombres. Contestó, con risa absurda y enseñando tres dedos y luego otro, que era el misterio de la trinidad. Volvió a preguntarle. No contestó.

Aude advirtió con terror que se había dormido. Con la mano aún alzada, los ojos cerrados, sonreía.

XXVI

En el gran salón agitado, las arañas derramaban una leche corrosiva sobre los hombros ornados de diamantes y los perfumes anudaban serpentinas de deseo entre los hombres y sus blandas parejas sobre los que soplabla la orquesta. Solal, el nuevo ministro de Trabajo, contemplaba con satisfacción a su personal. Diputados velludos, encerados diplomáticos, generales, banqueros y los inmensos y resplandecientes lacayos comprados con premura. Aude alzó la cortina de una ventana y reconoció al tío Saltiel que deambulaba en compañía de otro anciano por la calle lívida.

Solal pensaba: «No más cartas ni llamadas telefónicas del tío. Se habrán vuelto los dos a Cefalonia. Tanto da. Primero yo. Yo vivir. Vivir yo».

Paladeaba por todo lo grande el novedoso espectáculo. Aquellos poderosos, todos aquellos negros duendes condecorados, parecían encontrar natural su presencia en casa del vagabundo que deambulaba con Roboam. Aude estaba exquisita con aquel vestido con lentejuelas de plata, repartiendo su encanto con ecuanimidad, sabiendo utilizar toda una gama de sonrisas matizadas que otorgaba a los recién llegados. Y aquella criatura de ensueño sería su esclava desnuda, maravillosamente maltratada, dentro de una hora.

Se le acercó un criado a decirle que un individuo, que debía de haberse escurrido por la escalera de servicio, estaba en el saloncito y quería ver con urgencia al señor ministro.

—Llevas una librea de pésimo gusto. ¿Verdad, *Sir George*? Una librea de advenedizo.

Encendió un pitillo y entró en el saloncito. Halló en él a Saltiel que se levantó y habló.

—Hace quince días que vine a verte con toda la alegría de mi corazón. ¡Prometiste que acudirías y nada! La alegría que tenía tu padre, al día siguiente. ¡Desde las ocho de la mañana te esperó, pobre anciano padre, con su traje de los días de fiesta! Y no apareciste. Te esperamos y esperamos. Por la noche, sufrió un ataque. Durante quince días lo cuidé. Aprovechaba los ratos en que dormía para escribirte. No hubo respuesta. Tus criados no me dejaron entrar, a mí, a mí que he sido tu otro padre, que te llevaba en los brazos, durante los paseos de los lunes a la fortaleza, puestas mis esperanzas en ti, todo, todo. ¡Tus criados, unos gentiles, me echaron de tu casa! ¡En mi vejez! Tu padre ha querido salir de su cuarto, y quiere verte ahora. Sol, es pecado hacer sufrir a dos ancianos, perdidos en esta gran ciudad. Oh Sol, ten tu corazón de hijo y no cometas el pecado. Recibe a tu padre. A los ancianos les quedan pocos años por vivir. ¡Oh Sol, que Dios me inspire! Los dos ancianos que somos, él y yo, se tomaron de la mano anoche y lloraron en la habitación oscura. ¡Oh Sol, vuelve a ti, a tu nación santa, al pueblo elegido, oh hijo mío!

—Basta de monsergas con el pueblo elegido. Harto estoy del pueblo elegido. No tengo tiempo. ¡Pueblo elegido, en verdad! ¿Y elegido para qué ese pequeño atajo de ratas amedrentadas? ¡Cómo nadie quiere saber de ellas, esas ratas se dan aires de majestad y proclaman que no quieren mezclarse con los demás! Qué lamentable comedia. Hasta un animal captaría lo cómico del asunto. ¡Id con el cuento del pueblo elegido a un gato y ladrará de regodeo y los perros se pondrán a dar vueltas cabeza abajo! ¿Hijos de los profetas esos corredores de comercio que ayunan una vez al año para obtener el perdón? ¡Ah el maravilloso pueblo del espíritu! Sí, como las ratas acosadas, os habéis pegado los unos a los otros. ¡No os han dejado mezclaros con los demás pueblos y, cómicamente, dándoos de perdonavidas, esas ratas perdonavidas se han vanagloriado de su pureza, de su persistencia! ¿Y vuestros profetas qué cosas tan extraordinarias han realizado? —Bostezó—. Los griegos dieron al mundo una hora de grandeza, de sonriente valor. ¡Y vosotros, con enorme fatuidad, diez pobres, diez elementales reglas de conducta burguesa! —Semejaban cada una de sus frases la única esencial que hubiese pronunciado en toda su vida—. ¡Todavía estáis extasiados ante tan grandiosa invención! ¡La ley de Moisés! —Se acarició la nariz—. ¡Valiente cosa el no codiciar el buey de tu prójimo! ¡Y tened ahí heroísmo por todo lo grande! ¡Aparte de que su buey os lo quedáis como prenda! ¡Y si pudieseis hincarle el diente a todo su rebaño, encantados de la vida! —Disfrutó de su agilidad mental y recorrió de arriba a abajo la habitación. Juvenilmente, se sentía inteligente y experimentaba un placer talmúdico demostrando lo contrario de la verdad—. Y hablando de esos diez malhadados preceptos, ¡menudo despliegue en la Biblia de ferocidad oriental! Llueven las condenas a muerte en vuestro Deuteronomio. Lo hizo mejor Epicteto, y con más modestia. ¿Y quiénes son vuestros grandes hombres? ¿Un Spinoza, que puso el universo en la nevera, o ese socialista alemán? ¿O algún físico que alejó la dificultad? ¡Raza de ranas que se imaginan elegidas porque, molidas a golpes, croan! «¡Justicia! ¡Justicia!». ¿O un Heine, ese mono tuberculoso, consumado palabrero? Basta. —Con las cejas oblicuas, enarcadas—: ¡Habéis inducido a creer a los buenos cristianos que sois un pueblo extraordinario, e ingenuamente, como gentes de buena fe, se han fiado de vuestra palabra! El mismo nombre de Israel me cansa. —Saltiel se pegó las manos a los oídos para no oír—. Y aun admitiendo que sea auténtico el asunto ese de la elección, los degenerados necesitan conocer su razón de vivir, ¿qué es lo que cambiaría? ¿No rodará a través de los espacios la calabaza enfriada y vacía de su criadero de champiñones humanos dentro de unos millones de años? Conque ¿para qué? ¿Acaso es provisional el reino del Mesías? ¡Otra sarta de tonterías al respecto! Cuando llegue el Mesías, todos unos niñitos buenos. La gente se aburrirá. Sólo justos. Y nada más. ¿Cómo? ¿Para tan mezquino reposo tanto entusiasmo? Soy un renegado, a Dios gracias, digáselo al rabino judío y déjenme todos en paz. Nada les pido. No me pidan nada. No recibiré al rabino. Puede marcharse.

Solal hurgó en el arcón, sacó el chal hebraico de oración, se lo enseñó a su tío y lo arrojó por la ventana. La corriente abrió la puerta del salón. Estalló una salva de aplausos en honor de la cantante. Saltiel se estremeció y salió.

Solal ordenó a los criados que no dejasen pasar ni a aquel hombre, ni a otro «muy parecido». Minutos después, y en el instante en que se inclinaba ante un obispo que daba las gracias al amable anfitrión, se oyeron exclamaciones, un tumulto de lucha y de cristales rotos. Se abrió una puerta con estrépito y entró el anciano Gamaliel.

Sus manos heridas por los cristales de la puerta, que los criados habían querido mantener cerrada, ensangrentaban el colgajo israelita que había lanzado Solal al barro. En la túnica rabínica, unos fragmentos de nieve. Jadeando con violencia y con la mirada perdida en el vacío, se apoyó en el marco de la puerta. Los músicos sonreían y las parejas se soltaban.

Aude se acercó a Gamaliel que rechazó a aquella mujer. Deslumbrado por las luces, buscaba a su hijo y no lo encontraba. Lo llamó. La gente comenzó a moverse, a hacer instintivamente el vacío en torno a Solal que se acercó. La lujosa vegetación se estremeció imperceptiblemente y pasó al reino animal. Lady Normand pensó en el rey Lear. Su cuñado se acarició los cabellos humanitarios y el bigote positivo, tomó el monóculo. El ministro de Grecia metió las manitas en los bolsillos de una chaqueta obesa y salió, seguido de dos polacos que se sonaban con satisfacción.

Gamaliel divisó a su hijo, esgrimió una amplia sonrisa enferma, lo miró con cariño. Le indicó que se acercase, que nada tenía que temer, pues era el hijo amado, indignamente acusado. Los invitados se escabullían uno tras otro. Tendió las manos y cayó la tela que sujetaba.

Solal lanzó una venenosa mirada a aquel hombre quien, tras venir a ridicularizarle, a desbaratar una vida laboriosamente forjada, tenía la audacia de sonreír. Loco de vergüenza, se acercó a golpearle. Pero una súbita inspiración lo hizo detenerse. Ardiéndole los ojos de malignidad, hizo, lentamente y con delicia, la señal de la cruz. Tras una orden discretamente proferida por el señor de Maussane, un corpulento lacayo asió el brazo del rabino que se soltó y, sin dignarse mirarlo, echó a un lado al criado que dio con la cabeza contra la pared. Entonces Gamaliel miró al hijo muerto, agarró el cuello de su traje negro, tiró de la tela que se desgarró, alzó los brazos como si alabase al Dios justiciero y salió.

XXVII

—Levántate, déjame solo. No voy al ministerio esta mañana.

Aude, con la tez sonrosada de sueño, se puso un batín y, tras la media hora salubre del cuarto de baño, se fue al salón. Sus pensamientos eran tristes, pero su cuerpo estaba feliz. Se sentó ante el gran piano, hermoso presente de su marido. Los regalos que le traía casi todos los días. Pielles, libros, esmeraldas, el viejo roble minúsculo del Japón. «El episodio de anoche. No pensar en ello. Interpretar con un tono más enérgico aquella alemanda. ¿Por qué se llama interpretar^[4] a la cosa más importante? Morir antes que prescindir de la música».

A la una, se abrió la puerta. La larga nariz aguileña escrutó el salón y las pestañas moras se cerraron con irritado pudor. Solal se acercó en silencio, descalzo. Se ciñó el cordón del batín tornasolado, escuchó, intentó silbar entre dientes pero se avergonzó al punto del apagado e inofensivo sonido que emitía. Aude se volvió, se extrañó, aguantó las ganas de sonreír. Qué hombre tan extraño, la verdad. ¡Qué ocurrencia aquel turbante de brocado! ¿De dónde habría sacado aquella tela? Él, impasible, miró a su mujer, se aburrió, deambuló por el salón.

Tropezándose en su éxodo con el busto de Calvino, regalo del señor Sarles, alzó muy serio la voluminosa tela dorada que le coronaba la cabeza y saludó al reformador que le caía bastante simpático. A continuación, siguió caminando acompañado de Roboam, unos siglos más tarde. Se detuvo en Amsterdam, invitó a Aude a que siguiese tocando y contempló interesado el salón, mirando embobado los cuadros y arrugando la piel de la frente.

Curioso. Un piso. Y ese piso le pertenecía. Cómico. Y ésa caracoleando ante su acordeón. ¿Quién resultaba más cómico, ésa, o él con su modesta tela dorada para preservarlo de las intemperies y que podría llevar bajo el brazo el día de la persecución? Sillones. Escobilla para la chimenea. Poseía objetos. El descargador de naranjas en Marsella tenía un piano de cola. ¿Y dónde estaba la cola de aquel animal? Y la estúpida doncella que disfrutaba, que caía en éxtasis cuando hablaba del despacho del señorito. Todos aquellos muebles acomodados. La caracoleadora también creía que todo aquello era de él. La gente es seria. Cómico. Menudas ganas de reír el otro día en la sesión del comité cuando aquella gente escuchaba gravemente a Solal, el «teórico del partido». Y los demás «desde luego, señor ministro». Aquella mujer estaba segura de su derecho de propiedad. Él era su marido. ¿Entonces ya no era Solal sino un marido? «¿Dónde estoy y quién me engaña?». La había raptado por placer y porque la boda con Jacques tenía que celebrarse un cuarto de hora después y porque el caballo galopaba bien. Y la seria esa lo había asesinado con su éxtasis por convertirse en su mujer a la luz de la luna. ¿Por qué les daba a todas aquel eczema del matrimonio? Se había casado con ella porque estaba tan segura de que se casaría con

ella. En definitiva, había sido víctima de un abuso de confianza.

Matrimonio, muy matrimonio. Y ahora estaba encerrado en un cubículo con ella. Llegaba a la una y a las ocho a devorar la comida. En medio de la madriguera, bajo una lámpara de cristal, había huesos y masticaban ambos. Alegría alegría mastiquemos y cepillémonos los dientes conyugalmente. Y por supuesto, se veía obligado a alimentarla, a traer carnes y hierbas y a montarla. Puede que más adelante tuviese que construir un nido con su boca, sentarse encima para dar calor a las serpezuelas, gorjear para solazar a la hembra y alimentar con la boca a los tiburoncillos. A la apareada todo eso se le antojaría natural. Vivían pegados el uno al otro, salían juntos de su madriguera, adelantando las patas con idéntico movimiento.

La miró tocar. ¿Por qué hacía esos gargarismos ante las mandíbulas del animal? ¿Qué utilidad resultaría de todo aquel quehacer y de aquellos ruidos? ¿Era una manera de poner los huevos y por qué gemir así en tal caso y quién había inventado aquel tamboril de la corrupción? Se rascó las cejas con rabia. La música le daba miedo y le asustaba no entenderla. Se animó observando tímidamente que aquella pagana hacía ruido al fin y al cabo y que también a las arañas les gustaba la música. ¡Qué diantre, con dinamita fabricaría una coral o doral muchísimo más útil e impresionante!

Se presentó un criado, a quien el Señor saludó respetuosamente, anunciando que la Señora estaba servida. En la mesa, Solal, esgrimiendo una sonrisa asesina, se negó a tomar zanahorias con nata, escuchó a su mujer con evidente sordera y embobamiento y se untó una rebanada de pan con mostaza. Como Aude le reprochase que se alimentaba absurdamente, le contestó en hebreo. Aude distendió los músculos de la boca como una madre que no puede más. Solal contó con gracia una entrevista con su colega de Obras Públicas. Ella se rió. Él la miró, escrutó las razones de aquella risa de aprobación. Si se reía, era entre otras cosas, porque admiraba en él la fuerza física y moral.

—¿No vas al ministerio, esta tarde?

—¿Ministerio? No entiendo ya nada de nada. No. Ministerio no.

Claro, ahora lo entendía todo. Al asomarse anoche a la ventana, vio a los dos viejos expulsados caminando por la nieve, tropezando, apoyándose el uno en el otro, deambulando, los dos viejos desesperados.

«En otro tiempo, cuando mi padre se figuraba que yo dormía, entraba en mi cuarto y me besaba en la frente. Y el tío que llegaba cada viernes por la noche con un regalo nuevo para mí, tan bien vestido esa noche el tío y se frotaba las manos con un ramo de mirto y cantaba “Que pases buena semana”. Hoy es viernes y yo también pasaré una buena semana. Oh mi Sol, este pueblo es un pueblo antiquísimo, sin comparación alguna con los cruzados que son de anteayer, un pueblo muy puro, muy noble y muy fiel. Pobre Solal, habías vendido tu alma. ¡A los pies de Gamaliel y

pídele perdón!».

Salió tarareando el canto de la buena semana. Oh las lámparas encendidas y las gratas sonrisas y las ropas limpias y todo el mundo se desea prosperidad y es un poco el Mesías llegando en este día de sabbat.

Cuando regresó por la noche, a Aude le sorprendió aquella expresión nueva, decidida, soñadora, sonriente, bondadosa, seria. Dio las gracias distraídamente. No, no tenía hambre. Se miró las manos y sonrió. Por fin, anunció que acababa de comprar un palacio.

—Del siglo dieciséis después de Jesucristo. ¿Cómo es que disponéis de tan pocos siglos? Se llama «La Commanderie». En el campo, junto a Saint-Germain. He firmado el acta. Tres millones. Me prestará usted el dinero, por favor. Se lo agradecería mucho. Podría pignorar sus acciones holandesas y americanas. Tiene a un montón de *coolies* deslomándose por usted en Sumatra. Le devolveré el dinero dentro de un mes. He dejado una cantidad a cuenta en el notario. Veinticuatro hectáreas pero no sé cuántos metros tiene una hectárea. La de hojas y árboles que debe de haber. Y hasta la tierra que está debajo nos pertenecerá.

Escéptica, extrañada, pero contenta de verlo feliz, trató de que le describiera la nueva vivienda y se lanzó con él en una serie de proyectos mientras se vestía. Él le preguntaba a cada minuto si estaba lista y le acariciaba distraídamente las maravillosas piernas, muslos, etcétera. Resulta agradable una mujer hermosa de cuerpo que se deja acariciar nupcialmente, sin los melindres, rechazos, ninferías y coqueterías habituales, todo para el mismo triste y viejo asunto.

En el coche, Aude le preguntó sobre la compra de aquella propiedad. Contestó que estaba cansado, que necesitaba el campo, la soledad. Acto seguido, se durmió.

Saint-Germain. El coche se internó por un camino, dio tumbos al pasar por unos baches y los faros iluminaron una verja.

Tropezando con ramas secas, caminaron por la avenida oscura. Solal abrió la puerta del palacio, pidió al lacayo que encendiese dos velas y se las entregase a la Señora. Penetraron. El viento húmedo apagó una de las velas en la sala de guardia donde velaban unas armaduras. Aude intentaba ahuyentar la tristeza que la invadía al contemplar aquellas salas destartaladas por las que volaban murciélagos enloquecidos. Quince inmensas habitaciones incómodas y malsanas.

En el coche que los llevaba a casa, ella pensaba en la piedra que se había despegado hacía un rato de la pared y la había rozado. Con lo bien que se estaba en la calle Scheffer, en la casa amueblada con amor. Qué locura cambiar, al año. Le hacía un regalo que no le apetecía en absoluto y, a fin de cuentas, correría ella con los gastos. Tres millones. Toda su fortuna.

Calle Scheffer. El coche se detuvo. Aude subió lentamente la escalera de mármol,

cubierta con una mullida alfombra e iluminada por un ángel anticuado. Agradeció los gestos reconfortantes de la criada cuando la ayudó a quitarse las pieles.

Al día siguiente, Solal dijo a su mujer que haría bien marchándose a Ginebra, que no quería imponerle las fatigas de la mudanza. Aude obedeció y se marchó.

Treinta días más tarde, un telegrama le anunciaba que la casa estaba lista y le rogaba que acudiese a la Comanderie.

Tumbada en la cama, intentaba descansar y pensaba con amargura en lo absurdo de aquella mansión y de su nueva vida. Aquellos matorrales que invadían las avenidas. Aquellos caminos reventados. Todos aquellos gastos. Los criados irritados e irónicos. Y de quince habitaciones, únicamente había encontrado cuatro amuebladas.

En la mesa, Solal habló animadamente del proyecto de ley sobre seguridad social que iba a presentar, y de sus dificultades con su suegro que se volvía irritable, hablaba de dictadura, se comparaba con Richelieu, encargaba magníficos coches para su amante. Se interrumpió bruscamente, miró la hora, se levantó.

Una hora después, la mandó llamar, le rogó que se sentase, le anunció con dulce y grave sonrisa que no se encontraba bien, que los médicos le habían prescrito más estrictamente aún el silencio y la soledad. Como ella, inquieta, le pidiese precisiones, se limitó a decir que le agradecería que tuviese a bien retirarse a su cuarto y ordenar a los criados que se abstuviesen de circular por la casa cada vez que (vaciló y su mirada se tornó mortalmente fría) sonase el gong colgado en su cuarto. Sería las más de las veces por la noche, después de cenar. Cuando le aquejaban ciertos dolores de cabeza, las idas y venidas le resultaban intolerables. Le dio las gracias sin aguardar a que ella le contestase y se levantó para señalar que la audiencia había concluido. Cuando ella se disponía a hablar, esgrimió una sonrisa, le besó la mano con infinita cortesía y abrió la puerta.

Aude fue a dar a los criados la nueva orden y regresó a su cuarto. Caminó, pegadas las manos a los hombros ateridos, fríamente exasperada. Desde que estaban en aquella casa imposible, no lo veía casi de día, nunca de noche. ¿Qué hacía ella, perdida en aquella ruina de casa, con un hombre que, según decían, era su marido?

Ruido de gong. Quiso desobedecer, salir, presentarse en su cuarto, ver qué hacía, desvelar el misterio. Pero tuvo miedo, recordó la dureza de su mirada.

Cerró la puerta con llave, dejó de caminar, escrutó en el espejo los ojos ojerosos, los pómulos salientes y el labio que confería un toque tierno al rostro. Admiró su cuerpo. Merecía ser amada y su marido la abandonaba.

Se sentó en el suelo, gimió la impotencia, canturreó entre dientes. El tictac del reloj la hacía sentirse menos sola. Lo escuchó largo rato. A continuación, la ira se decantó en grandes suspiros desconsolados y una sonrisa de ironía hacia sí misma la

apaciguó. La gente estaba convencida de que había hecho un matrimonio extraordinario. Aquel joven ministro tan brillante, un loco en realidad. ¿Qué hacer en medio de aquella soledad? Entretenerse como pudiera. Invocó los ensueños. Maldita sea. Soñar estaba bien cuando era una jovencita. Un placer un poco pobre ahora. Las desgracias habían empezado con aquel rabino. Desde aquella noche, Sol no era el mismo.

Dejó caer la ropa, se metió en la cama y se quedó quieta. Pensaría mañana. Ahora cierre y a dormir. Soñó que se oían cantos de Oriente en la Commanderie.

Transitaba por el parque, murmuraba, chocaba con las piedras y las apartaba con desconsuelo. Caía la noche sobre el prado empapado del que escapaban brumas. Quince días hacía ya, no, tres semanas, que estaban en Saint-Germain. Se acabó Solal el de los maravillosos desposorios.

Cómo había cambiado. Ahora, hasta la música le tenía prohibida. Su fatigosa e inútil insistencia en repetir que la música era acoplamiento y abominación. Aquel placer que experimentaba atisbando el pecado en ella, interpretando perversamente la menor mirada de admiración a un hombre, a un niño, a un árbol o a una joven campesina. Se nutría con las traiciones inconscientes de que la acusaba. Pesado y monótono, con su «justicia, justicia» siempre a flor de labio y su absurdo odio a la caridad. La de molestias que se tomaba en explicar cosas que ella entendía perfectamente.

¡Y ahora, para remate, se ponía a hablar de dinero! Y ese desprecio, ese rictus continuo sobre la creación. A sus ojos a veces de viejo perverso, todos eran bribones o estúpidos. Todo era vanidad, salvo la Ley de la que hablaba, el muy hipócrita, con la mirada extraviada y abriendo demasiado la boca. Se había casado para ser feliz y no para llevar aquella vida complicada y absurda. Quince habitaciones y ahora sin criados.

Porque resulta que sí, era otra innovación. Ahora sólo una asistenta. Todo estaba en desorden. ¿Por qué prescindir de criados? Que no quería espías, había contestado. En la mesa, no hablaba casi y cuando hablaba aún se le caía más el alma a los pies. Siempre la muerte o las ignominias psicológicas de todo ser humano. Como si en la vida no hubiese cosas hermosas y límpidas. Y luego, esa continua desvaloración, esa diabólica ronda de lo relativo. O mejor dicho no, decorados, y detrás, decorados, y nada auténtico a que aferrarse. Anteayer, había puesto a Spinoza por las nubes, pero para aplastar a Miguel Ángel. Y ayer, Spinoza había pasado a convertirse en un «pobre metasturbador».

¡Eso sí, qué ascendiente tenía sobre los diputados! Aquel silencio cuando subió a la tribuna y habló, con amor evidentemente sincero y apasionado, de la vida de los obreros. «Francia la de la dulce faz alargada, vuelve hacia abajo tus claros ojos y

contempla a tus hijos que trabajan». Recordó a los diputados emocionados, orgullosos y bastante apurados.

Pensó luego en su padre, aquejado de una extraña enfermedad, sobre la que los médicos no la habían informado como ella hubiera deseado y a quien hubo que trasladar, días antes, a un sanatorio.

«Sentado, sensato, cortés. No hay quien le quite el monóculo de las manos. Cuando me ve, se empeña en levantarse, esa triste gorra de débil mental que intenta alzar y las piernas que le flaquean. El tazón de leche entre ambas manos pegado al pecho. Deben de tenerle miedo a Sol para mantenerlo en el nuevo ministerio. Padre, la elegancia que ha sabido conservar en su decadencia, el viejo chocho queriéndome ceder el paso. Y no me reconoce. —Verá usted, papá, cómo enseguida se pondrá bien. —Acepto el augurio, señora. Se contenta con poco. Sonríe, dobla y desdobla los periódicos. Cortesía, elegancia, amabilidad, exquisitos modales, cosas esenciales en nuestra manera de ser».

Se detuvo junto a la puerta de su deplorable mansión. ¿Cómo? Gritos o cantos parecían surgir de las profundidades de la tierra. Frases entrecortadas y notas rápidas que se elevaban penetrantes. ¿Era presa de una alucinación? No podía más con aquella vida. Pese a la prohibición de ir a molestarlo, entró en la habitación donde trabajaba.

Qué cara tan torva tenía. Aquella mirada implacable, universalmente desdeñosa. Solal no reparó en su presencia y siguió hablando por teléfono.

—Sí, opción hasta el cinco de marzo. Y en cuanto a los cauchos, pues se monta otro sindicato. Que pase un buen sábado, Reuben.

Alzó la vista, le preguntó con rudeza qué hacía allí y por qué lo había molestado. Ella miraba con estupor los fajos de billetes en el suelo.

—Pues sí, esos azulejos y esas amapolas son míos. Cuarenta millones ganados con el sudor de mis circunvoluciones especulativas. Soy socialista y especulo en la banca. Amo a la humanidad y mucho mucho el dinero. —Repitió la frase en cinco lenguas de Europa—. Y controlo ya siete diarios de provincias. ¡Y no queda ahí la cosa y pronto me odiarán, a Dios gracias!

De pie con su batín de terciopelo rojo, abiertos los brazos, el gran señor amontonó con el pie descalzo las poderosas imágenes, anunció que estaba segando el heno, se paseó con desafío bastante juvenil por el prado de crujientes billetes.

—Estoy pisando un yate que no está mal dos chimeneas motor Diesel redes de oro no está mal una pizca demasiado afeminado. Estoy pisando tres duquesas tumbadas desnudas rubia morena y rubia. ¿Te gusta el dinero, Solal de los Solal? Me gusta, Reuben de los Solal. Adiós, Aude. No nos veremos esta noche. Váyase a París a oír un tamtam pleyel.

—Sol, escúchame. Hay que acabar con esto. Dime lo que me ocultas.

—¿Qué mujer es ésta que me tutea? ¿Y con qué derecho me llama Sol? ¿Qué hay entre tú y yo, oh mujer? —preguntó con poderoso y tremendo júbilo.

—Está usted aquí haciendo cosas prohibidas que no quiere que yo sepa. Estoy tan sola aquí, no puedo más.

—Yo puedo. ¿Qué quiere de mí? Soy un buen marido. Lo más curioso es que la quiero. Le doy todas las satisfacciones de amor propio. En cuanto al resto se refiere, concédame la paz. Por supuesto que llevo una vida especial. Tal es mi deseo. Yo no le impido que acuda a iglesias y otros lugares. ¿Quiere dinero? Recoja. ¿Quiere placeres de orgullo? Acuda a los salones de París y, cuando el michael la anuncie, verá como callan todas y la miran con envidia.

—Amado, sé sencillo, sincero, no hables siempre como si hubiese un tercero escuchándote. Soy tu mujer. Hablas de tu vida propia. Dime cuál es esa vida, cógeme de la mano y deja que participe de tu vida.

La admiró por hablar con claridad, por saber plantear los elementos de un problema. Era continuamente inteligente aquella mujer. El sólo sabía expresarse genialmente, bajo el impulso de la pasión. Su mujer, a pesar de todo, evidentemente. La obsequió con una mirada bondadosa. Ella sonrió esperanzada. Pero él echó marcha atrás y quemó unos cuantos millones en la chimenea, por distracción.

—¡O sea que siempre va a seguir así esta vida! Tengo miedo de noche sola en mi habitación. Ni un perro para hacerme compañía.

—¡Un perro! ¿Por qué no cocodrilos en la bañera? Cuando mi abuela veía un gato en la casa de los paganos de enfrente, corría rápidamente a lavarse las manos. Y esta quiere traerme una jauría de perros y mañana, quién sabe, una jirafa justificada por la fe. Odio —mueca violenta y juvenil— los animales.

Aude dejó caer los brazos, de cansancio, de impotencia y de ira. Tenía ganas de arrojarle algo a la cara. ¡Ella defendiendo su vida y él hablándole de jirafas!

—Cuando se oye ese ruido, el gong, ¿qué hace usted, adónde va, con quién se ve? ¿Se queda en casa?

Para matar el aburrimiento, Solal se asomó al abismo de la confesión.

—No, no me quedo.

—¿Y adónde va?

—Al antro. Al reino de los muertos. A la tierra de la horrenda sonrisa.

Abrió la puerta, despidió a su mujer con regio y deferente ademán. Aude salió.

Abrió una maleta, arrojó en ella un vestido, pañuelos, un cepillo. A continuación, se dejó caer junto a la chimenea, atizó los leños apagados y se sintió sola, pequeña, desarmada. ¿A quién pedir consejo? A sus abuelos, no. Adrienne. Si viviese aún, sí. Pese a su debilidad y sus errores, había sido buena. Las ruedas del tren aplastando el hermoso cuerpo de Adrienne. La mirada de Adrienne, tan dulce, cuando cerró el

libro. Y ahora, era un cráneo con pelos y huesos.

El retumbar del gong la hizo estremecerse. ¡Ingenuo, convencido de que ella iba a quedarse encerrada como una niña buena en su cuarto, porque se lo ordenase aquel instrumento!

Abrió la puerta sin hacer ruido, se asomó a la barandilla de la escalera, vio a Solal entrando en la sala de guardia. Bajó, decidida a desentrañar el misterio. Abrió la puerta de la sala y se quedó estupefacta. Nadie.

Sólo las armaduras inmóviles contra la pared. ¿Pero por dónde había desaparecido? La sala no tenía más salidas que aquella puerta. De haber salido, lo habría visto en el pasillo. ¿Por la ventana? Imposible; tenía rejas y los barrotes —los sacudió— eran fuertes. Levantó las alfombras, examinó piedra tras piedra, golpeó el suelo, movió de sitio las armaduras. Nada. ¿Por dónde se había esfumado, pues, aquel hombre diabólico?

Regresó a su cuarto, cerró con doble vuelta de llave, encendió todas las lámparas para infundirse ánimos.

Al amanecer, se despertó vestida. Divisó en el espejo la cara enflaquecida de Aude de Maussane, la amiga de siempre. Se alisó el vestido y, de un brusco toque de cepillo, se arregló el pelo. Se contempló con satisfacción, pulcra y noble. Se marcharía, ni que decir tiene; pero no sin descubrir el misterio de aquella desaparición. El resto lo adivinaba. ¡Huy, tiempo hacía que lo había adivinado! A lo mejor no estaba en su cuarto. Había que ir a ver, quizá encontrase indicios.

Escalera. Primer piso. Abrió la puerta.

Dormía con la misma severidad marmórea. Su mano sujetaba una cadena de la que colgaba una llave dorada. ¿Pero cómo no se le había ocurrido? ¡Claro! Todo el secreto radicaba allí. Si era la mar de sencillo. Deshizo suavemente el nudo que aguantaba la llave. Salió.

Al entrar en la sala de las armaduras, se dirigió hacia el gran arcón con escudo labrado, lo abrió utilizando la llave dorada. Pero no dio con la salida que estaba segura de hallar. Tanteó las paredes, recorrió con el dedo las hendiduras, movió los batientes, abrió el cajón inferior del armario, lo cerró. Nada.

Apoyó la frente contra el vidrio, meditó, regresó hacia el arcón, abrió ambos batientes y sacó el cajón. ¡Al fin había dado en el clavo! El fondo del cajón ocultaba la obertura de una escalera abierta en el suelo. Escuchó. Nadie. Se agachó para penetrar en el armario, posó el pie en el primer escalón.

Bajó unos cincuenta peldaños, enfiló un pasillo oscuro en cuyo fondo un cirio encendido suscitaba sombras movedizas. Entreabrió una puerta claveteada y divisó una sala de bóvedas en forma de estrella que aguantaban anchos pilares. Al fondo, los siete brazos de un candelabro brillaban ante una cortina de terciopelo, bordada con letras cuadradas y triángulos.

Por eso le había dicho que se marchase a Ginebra, al principio. Quería acondicionar aquellos sótanos a su gusto y en secreto. Al oír voces, cerró la puerta. Unos instantes después, se decidió a mirar por el resquicio.

De los hombres de pie únicamente veía los hombros bamboleantes y los turbantes. A la derecha, separadas de los hombres por una barandilla, unas mujeres sentadas de perfil. Una emperatriz bizantina se rascaba el eczema. Una linfática mostraba joyas a una corpulencia agitada. Una anciana de arrebolada peluca leía asintiendo y movía la barbilla. Unos ancianos extendían sus chales sobre los jóvenes y bendecían a su prole. Un pueblo había desplegado sus tiendas.

Entró suavemente en la habitación de Solal a dejar la llave en su sitio. Pero él se despertó bruscamente.

—¿Los has visto?

Aude hizo un gesto afirmativo y aguardó. Solal abrió los brazos en adolescente despertar y habló.

—Fui a arrojarme a las rodillas de mi señor padre y ese hombre misericordioso me perdonó. Me ordenó que construyese una mansión secreta en mi mansión de Europa. Obedecí. Es sensato y comprende que he de llevar adelante mi vida occidental. Llamé a parientes Solal, de Cefalonia y de otros lugares. Una ciudad bíblica hormiguea bajo la mansión de Su Excelencia. Durante el día en el ministerio, en la Cámara, en las reuniones del partido. Y por la noche, voy a mi país. Y tanto de día como de noche, estoy triste, tan triste. Esto también es un secreto. Durante el día, duermen y aguardan mi llegada. Qué conmoción, cuando llego, después del gong. Vienen a mí y me aconsejan. Disfrutan de mis éxitos y aprenden a utilizar mis adversidades. Así es. Viven en los sótanos. Las gentes de la Edad Media lo dispusieron todo perfecto. Muchas habitaciones. Mientras estabas en Ginebra, no hubo más que traer muebles, víveres. Así es. Tumbado a la oriental, sobre cojines, el ministro de la República francesa permanece conversando hasta la mañana con sus hermanos. Amo a Francia. Es tan bonita.

—Sol, ¿por qué no me contaste nada, a mí, a tu mujer? ¿Por qué no lo organizaste para que viviesen conmigo, a plena luz? Hubieras sabido convencer a tu padre y a todos los tuyos.

Alzó hacia ella ojos nebulosos. No se atrevía a confesarle el auténtico secreto. Sabía que era menester una ciencia en la mirada y una inteligencia en el corazón para descubrir la grandeza de sus judíos, y temía para ellos el desprecio de la mujer que amaba. Ah, qué difícil resultaba explicar la belleza de Israel a quien únicamente veía a los judíos.

Aude vio la Biblia, la hojeó, se detuvo en el Libro de Ruth, señaló con el dedo un pasaje y leyó sin temor al ridículo: «Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi

Dios».

Solal sonrió, volvió la cabeza y dos lágrimas surcaron su rostro. Miró a su amada, la estrechó en sus brazos. Por fin había pronunciado las palabras que llevaba aguardando tanto tiempo.

XXVIII

El jenízaro la ayudó a bajar y a orientarse por el subterráneo. Pensaba que, dentro de unos segundos, vería el mundo maravilloso que le había descrito su amado. Caminaba con respeto hacia el reino puro y guerrero del Antiguo Testamento. Caminaba hacia los profetas. Muy pronto se convertiría, y entonces sería realmente digna de llevar el hermoso apellido de Solal. El criado alzó una cortina y desapareció.

Al quedarse sola en la sala en la que unas bóvedas abrían sombras en el suelo de tierra batida cubierto con valiosas alfombras, miró apenas, por discreción, los objetos que la rodeaban. Lámparas de pie estrelladas se balanceaban. Arañas y espejos, arimados a las paredes blanqueadas. Un candelabro de oro brillaba sobre una caja de caudales con pústulas de acero teñido de verde por los años. Sobre una mesa, la fotografía de Solal niño cuyos labios entreabiertos interrogaban con inquietud o fatiga y parecían defenderse de un pecado no cometido.

Entró Gamaliel Solal, acompañado por Michaël. Reparó asombrada en que el anciano estaba ciego. (Cuando lo echó su hijo, el rabino quiso castigarse por haber engendrado a un renegado. En el cuarto del hotel, calentó al rojo vivo una hoja de hierro en la estufa y se la llevó a los ojos. No confesó a nadie el castigo. Una venda en los ojos ocultó la llaga y ni el propio Saltiel se percató de la verdad. Todos creían que una misteriosa enfermedad había aquejado al rabino). El anciano se sentó, cerró sus ojos muertos, separó los abultados labios.

—¿Cuándo se convierte usted?

Tras una vacilación, Aude contestó que, antes de tomar una decisión tan grave, deseaba iniciarse en la doctrina israelita pero que, por otra parte, en cuanto. Se detestó por perder el aplomo. El anciano la interrumpió con sonrisa cansada.

—Bien. Vaya a compartir la cena de los nuestros. Mírelos. Luego, me da a conocer su decisión, como dice usted. Y si esa decisión es negativa, pediré a Dios que bendiga su viaje de regreso con los suyos —agregó levantándose para despedirla.

El jenízaro hizo una seña a la joven que lo siguió, humillada. Abrió la puerta del comedor donde el tío Saltiel caminaba a lo largo y a lo ancho, encantado de la inesperada visita.

Tijeras en mano, el dinámico anciano se dedicaba a recortar festones en un cucurucho de papel que envolvía un ramillete, destinado a su sobrina. Se hallaba en el colmo de la felicidad y se prometía mostrar a la deliciosa prosélita a un tío Saltiel sin miedo, mundano, sinuoso, esbelto, lleno de mundología, locuaz y armado de interesantes puntos de vista. Y aquella reclusión iba a concluir. ¡Por Dios vivo, que el tío Saltiel era hombre hecho para el sol!

Apenas vio a Aude, se acercó con donaire y lentitud. «Este ramo está muy bien, decoroso, ni muy grande ni muy pequeño; en una palabra, un ramo distinguido». Pero

no pudo ajustarse mucho tiempo a un caminar digno y se abalanzó, maestro de ceremonias de oscilantes faldones. Le alargó su castillo de papel.

—Con los respetos de un tío seducido. (Tres sonrisas en punta, una tras otra. Tres zalemas).

Aude le dio las gracias. El tío hizo dos zalemas más y, alzando con las manos los faldones de la levita, examinó ufano su ramo. Acto seguido, se creyó en la obligación de conversar con desenvoltura, afirmó poseer una mente liberal y ser partidario incondicional de la fusión de las razas. Aude quiso dejar el pobre ramo en la mesa ya servida. El tío temió por su regalo.

—No, no, que se estropeará. Démelo, yo se lo guardo encima de las rodillas y después de la cena se lo devuelvo, pierda cuidado.

Esgrimió una sonrisa perfumada, intentó meter el ramo en el bolsillo de los faldones, no lo logró y sonrió con distinguido aplomo. Continuó con el ramo en la mano, confesó afectadamente que se moría de hambre, reconoció que era glotón, engulló uno de los pescados ahumados que estaban servidos en la mesa y coqueteó sin reparar en la sonrisa que reprimía Aude.

Gamaliel entró apresuradamente, seguido de tres notables envueltos en turbantes y de cinco *gentlemen*. El tío Saltiel con gesto galante, optimista y resuelto, ofreció a su sobrina la silla que le estaba destinada. Llegaron unas sirvientas convulsas con los platos. El rabino entonó una melopea. Los comensales se pusieron el sombrero, pues el Eterno, el Celoso de Israel, abomina de la desnudez. Saltiel, que había olvidado traer su gorro, creyó que podría limitarse a cubrirse con la servilleta. Los comensales miraron con reprobación. Se levantó, irritado, y salió.

Regresó con un tricornio en la mano que había pertenecido a su abuelo, se lo puso a la chula y sonrió a Aude. Simpatizamos, pensó, y se frotó las manos. Aude comía apenas. Saltiel, que se complacía en pensar que ella estaba encinta de un sobrino nieta ya delicioso a su corazón, la incitó a sobrealimentarse y le preguntó si no prefería cabeza de cordero o quizá, fino y deleitoso manjar, ojos de cordero.

Solal había venido a ocupar su sitio en la mesa. No prestaba atención a su mujer y hablaba a su padre con extraño respeto. Gamaliel, con alelado gesto de adoración y de vejez, había posado la mano en la rodilla de su hijo. El títo creyó ver un asomo de tristeza en los rasgos de Aude y se dio a la tarea de reconfortarla mediante un verbo chispeante. Parecía dirigir una orquesta con el cuchillo que agitaba hablando a un tiempo.

—Sabrá usted dispensar mi escasa elocuencia de esta noche. Habitualmente soy un conversador instintivo. Pero esta noche me rondan por la cabeza varios inventos. Una estilográfica que puede contener seis tintas diferentes al mismo tiempo. Un espejo doble para que no se vea uno al revés. Una canalización de aire salobre para tuberculosos a domicilio, por la noche corto el aire pirenaico y doy paso a la leche

suiza para el desayuno de la mañana. ¿Y si se corta la leche en el camino, me dirá usted? ¡Pues tarifa doble! Millones.

Picoteó, por puro afecto y para sentirse unido por tiernas relaciones familiares, las migas de pan que habían quedado en el plato de su querida sobrina, se le antojó que era objeto de gran admiración y habló de un aún más estupendo negocio, ¡a saber, la navegación a vela por ventilador! Hasta que llegó al entrañable capítulo de los pasaportes.

—Pero los aduaneros, esos hijos de madre casquivana y diablo de barriga tricolor, no comprenden los matices e ignoran que Arthur es la traducción de Saltiel —concluyó trasegando un vaso de agua. (Sonrió y consideró el efecto producido. Como su nieta no lo miraba, silbó entre dientes, tamborileó en el plato, respiró intensamente).

Los comensales enmudecieron y dirigieron miradas apuradas a los tres jóvenes que entraban. Cómo se parecían a Sol.

Saltiel, a instancias de Aude, explicó que aquellos tres eran los sobrinos del rabino, que Nadab había sido profesor en la Universidad de Berlín con el nombre, que se había hecho célebre, de Mann, y que había «descubierto en psicología cosas que dan escalofríos». Habló a continuación del segundo hermano, Saül el iluminado, que había suscitado el entusiasmo de los místicos de Polonia. Del tercero, Reuben, resultaba evidente que el tío no quería hablar. Se limitó a decir que el Reuben aquel era banquero y que los tres hermanos estaban «en general un poco enfermos de la mente». Desvió la conversación.

—Los cinco ingleses que están junto al rabino no son todos ingleses. Cada uno de ellos vive en una gran capital. Los cinco, Solal de la rama primogénita. Lo compran y lo venden todo. Pero nunca me han comanditado nada porque no tienen confianza en mí. Cinco mandíbulas. Son hombres de la tierra. ¡Asunto de destino! —concluyó suspirando y mordisqueó poéticamente una miga.

Reuben, que se había sentado a la mesa, elegía las carnes más grasas, los menudos, las partes cartilagosas o quemadas, deleitándose siriacamente con ellas. Su párpado izquierdo se cerraba regularmente en mueca convulsiva, tic o sonrisa de connivencia. En su avidez por devorar, sudaba y caían gotas sobre los chales de lana que le rodeaban el cuello. Rezumantes los ojos, aceitosos los labios, se desprendían de cuando en cuando las escamas eczematosas de la frente. ¡Y tenía los hermosos ojos de Sol!

Divisó a la joven y sonrió apocado. Se interrumpió para olfatear el olor de una candela que se carbonizaba y atacó el capítulo pasteles, al tiempo que se contemplaba en un espejo para saborear mejor. Cuando hubo dado cuenta de la jarra de fruta confitada, engulló distintas pastillas medicinales, pues temía todas las enfermedades, hizo sonar monedas en su bolsillo y recitó números.

Una bonita criada con vestido de florecillas ofreció un aguamanil a Solal que se lo presentó a su padre. El rabino sumergió los dedos y su hijo devolvió el cuenco de plata a la criada, que se lo alargó hincando la rodilla.

Al poco, Solal se acercó a Aude. ¿Era realmente él o uno de los tres?

—Le ruego que se quede esta noche hasta el final —dijo con dulzura. (Ella accedió con un ademán. Qué lejos estaban el uno del otro)—. Vea lo que vea. Y ahora vaya a la sala contigua. Mi tío la acompañará.

Las criadas abrieron la puerta contra la que vociferó inmensamente una sala enloquecida por la que se desparramaba un pueblo ávido de vivir. Manos discutían, ojos vivían. El clamor llameó más intensamente para extinguirse al entrar la extranjera, y la concurrencia clavó, muda, una sola y ávida mirada en la europea. Pero no duró mucho el silencio. Los extraños pasaron del temor a la familiaridad y rodearon a Aude, la interrogaron en varias lenguas, gritando para que los comprendiese. Aude contestaba como mejor podía, con un nudo en la garganta.

Nuestro señor Comeclavos dejó de masticar buñuelos de miel, apartó a la multitud y se presentó. Al tiempo que se ensortijaba los pelos que le salían de la oreja, pidió a la detenida precisiones sobre el funcionamiento de los tribunales en Francia. Saltiel, calándose el tricornio hasta los ojos, le instó a que se callase. Comeclavos rezongó irónicamente, soltó un eructo acanalado y engulló un séptimo buñuelo. Salomon sacó la libreta azul en el que copiaba frases elegantes y artículos políticos que endilgaba mal que bien en sus cartas de pésame. Se puso encarnado, tomó impulso.

—¿Y qué opina de Napoleón la noble dama? —preguntó tímidamente, al tiempo que se disponía a anotar la respuesta.

Pero Mattathias lo apartó e interrogó a Aude, con ojos recelosos.

—Ha llegado a mis oídos que el Banco de Francia ha bajado el tipo de descuento. ¿Es cierto? —Aude no contestó—. Tanto da. Tengo un zafiro de primera calidad. A usted le haré el precio israelita.

—¡Maldito negociante! —gritó Comeclavos para rehabilitar la nación.

—Muerte súbita te fulmine —dijo pausadamente Mattathias—. Me ves argumentando y me interrumpes. ¿Y por qué me interrumpes, oh hombre malvado? Explica la razón por la que me interrumpes cuando estoy haciendo un negocio.

Se interpuso el tío Saltiel, con la frente purpúrea.

—Callaos, por el santo nombre de D...

—¡Domingo! Domingo —rectificó un piadoso profesor de Talmud—. ¡Domingo, domingo! ¡No ha sido pronunciado el Nombre! ¡El Impronunciable no ha sido pronunciado!

Saltiel advirtió el peligro. La recepción que él deseaba hermosa y grave iba a

degenerar dejándolo a él en ridículo. ¿Por qué se había empeñado Sol en que acudieran al subterráneo, junto a los Solal de buena cuna, todos los Solal de baja casta? ¡Y ahora él, Saltiel, se quedaba solo para domar a aquellas panteras! En cualquier caso, su sobrina no tenía que llevarse una mala impresión. Era menester hacer callar a aquellos camorristas. Una hermosa leyenda, narrada con gravedad, los apaciguaría y daría lugar a sendas discusiones, aderezadas con lentos ademanes. Rogando a Dios que no ennegreciera la faz de aquel pueblo del que se sentía responsable, se colocó en medio de la sala y dio palmadas para detener las conversaciones.

—¡Oh gentes de mala educación —comenzó a decir—, oh raza de auténticos ignorantes!

Un coro nutrido protestó.

—¡Ah, pues si somos ignorantes nos instruyes tú! —chilló un aguador.

—Portaos bien y os contaré una historia de mirra, oro y esencias.

El pueblo dio a conocer su asentimiento.

—¡Ea, comience, hombre de consideración! —gritaron unas mujeres mirando a la francesa para ver si se unía a ellas—. ¡Comience y deléitenos con sus amenas historias! —agregó una gorda.

Acto seguido, callaron, espantadas de su audacia, y ocultaron con la mano su sonrisa avergonzada. Saltiel, al borde de la desesperación regresó junto a Aude, la saludó, se sentó, cruzó las piernas y habló.

—Pues bien, en tiempos pretéritos, tiempos en que el Eterno tenía en más estima a su pueblo.

Salomon había sacado un cucurucho y comía habas hervidas cuyas pieles escupía lejos de él con ruido de cerbatana, sin despegar los ojos de la francesa a la que admiraba profundamente. (Voluptuosamente tumbado sin hacer nada en aquel delicioso subterráneo en el que su señor ministro mantenía a tantos hijos de los Solal y les suministraba alimentos y placenteros lechos, Salomon había leído aquella mañana un libro de Fénelon. En su cerebro vibraban aún las deplorables metáforas que reavivaba su buena voluntad. No conocía nada tan hermoso como los «prados esmaltados de flores» o «los piélagos». Su corazón ingenuo se sentía inundado de belleza y admiraba a la compatriota del gran Fénelon). Mattathias ofrecía en voz baja ventas a plazos a una criada que escuchaba por la puerta entreabierta y le enseñaba anillos cuyo oro, según afirmaba, quedaba protegido de las intemperies gracias a una capa de cobre.

—Así pues —prosiguió Saltiel sin prestar atención a la puerta que se abría ante la litera—, la sobrina de Mardoqueo...

—¡Esther! —gritó el pueblo sosegado.

—Esther como bien habéis dicho, loables hombres, tenía catorce años.

—¡La quiero! —gritó una voz aflautada.

Saltiel gimió para sí. Todo estaba perdido. Nada peor podía suceder. Acababa de entrar su padre. Despertado por el ruido, el venerable Maïmon Solal había ordenado a las criadas que lo condujesen al salón. Desde que vivía en el subterráneo, pedía que le leyeran libros mundanos, hablaba de vivir su vida y de salir por esos mundos a buscar novia. Aquella noche, vestía sus mejores galas y parecía un loro del paraíso. Salomon susurró que el rabí parecía un sorbete de varios gustos. Saltiel intentó proseguir su relato.

—Asuero, en realidad, no quería casarse con Esther.

—¡Pues yo me caso con ella! ¿Es ésa? —gritó el impetuoso moribundo señalando a Aude.

La interrupción provocó un escándalo. Aude se sentía perdida en aquella feria medieval.

—Ah, ¿es la esposa del que es mi nieto en tierra de los francos y semejante a José en lo tocante a poder y lustre? Conforme. ¿Estás ahí, Saltiel, oh pequeña progenie de mis riñones? ¿Y de qué país vienes? ¡Cállate! Es mucho más interesante lo que tengo que contar —dijo el viejo enajenado a quien excitaban las luces de las arañas—. Escucha bien, oh mujer del lecho de mi nieto, en el año mil ochocientos veinte él tenía un título de los de lotería^[5]. —Se ignoraba a qué antiguo difunto aludía el moribundo—. Un solo título tenía, y quería venderlo. Me lo encontré un miércoles, ¡que si miento mis años se empañen y se esfumen como el rocío!

Interrumpió su relato para preguntar con voz casi tonante.

—Eh, mujeres, ¿soy un embustero?

—¡Guárdele Dios!

—No pregunto si me ha de guardar Dios, pregunto si soy un embustero.

—Desde luego que no —contestó el pacífico Salomon.

—La paz sea contigo entonces. ¿Pero qué estaba diciendo? Cállate, Saltiel. Y quería vender ese título. Cuando el premio gordo era de veinticinco mil dinars.

Se produjo un ajetreo de lápices en el silencio. (Merece la pena observar que la mayoría de los calculadores eran ingenuos, inadaptados y soñadores incapaces de ganarse la vida, poetas a quienes complacía imaginarse manejando millones). Salomon se disponía a tomar nota, Comeclavos contenía el aliento, Mattathias se había puesto lívido. Mujeres abotargadas que daban de mamar a sus hijos apartaron el pecho. Las criaturas frustradas se quejaron.

—Pero no sé si vendió su título —concluyó Maïmon con majestuosa simplicidad.

—Combinación del mundo y circunstancia de la vida —se creyó obligado a decir Salomon que se consolaba fácilmente de no haber entendido nada y se puso filosóficamente a comer habas.

—¡Y ello demuestra —concluyó Maïmon— que estamos todos a la diestra del

Señor y que hasta los números de los títulos de lotería bailan ante Su Trono, bendito sea!

—Amén, amén, amén —dijo brutalmente Comeclavos que también estaba harto.

—Pero creo que voy a morirme —gimió Maïmon—. ¿Y a cuánto está esta mañana el rublo del zar que fusilaron en tiempos de una revolución? ¿Y quiénes son los leopardillos que me afirman que el rublo del zar ya no vale nada? ¿Cómo podría ser así, cuando yo poseo setenta mil de tales rublos? El rublo está a la par, jóvenes. Creedme. Los periódicos no saben nada.

—¡Por el Nombre de Verdad, que me placería saber el número del título ganador! —dijo el anciano profesor de Talmud.

A una señal de Saltiel, el jenízaro, que había escuchado con desdén toda aquella cháchara, se llevó a Maïmon en brazos. El centenario, que deseaba gozar de la vida y permanecer a la luz de las lámparas, se debatió, tendió el puño a Saltiel, maldijo y desheredó a «esa mosquita de la mosca». La mosquita desengañada se acercó a Aude, le aconsejó que se marchase. Ella se negó con sonrisa perversa, extraviada. Saltiel se fue, desesperado, presintiendo un horrible escándalo.

—¡Por el Nombre de Verdad, desearía saber el número de ese título! —repetía el solitario profesor.

Comeclavos le machacó el pie y le dijo con suavidad:

—El treinta y tres mil trescientos treinta y tres. ¿Estás contento ya y cerrarás tu pestilencia?

Con gran asombro de la concurrencia, Salomon exclamó sarcásticamente:

—¡Le ha faltado un pelo para que gane! En mi billete de lotería española sólo hay nueves. ¡Pero quien dice nueve dice tres!

Un hermoso adolescente cejijunto entró como una tromba. Era Emmanuel Solal, apodado el Estupefacto. Su asombro no había cesado desde la noche en que asistiera a las alborozadas hazañas de cinco robustos soldados rusos que hallaron a su hermana de su agrado. Unos parientes lo habían mandado a Grecia y Reuben Solal subvenía a su mantenimiento.

—¡Sabed que me he enterado de una gran noticia! —gritó—. ¡Va a venir la nuera del rabino!

Michaël lo encerró entre tres sillas y le dijo que estaba en la cárcel. El loco gritó, pidió que llamaran en su socorro a la flota inglesa porque la nuera del rabino iba a matarlo en sus bodegas. ¡Era menester telegrafiar a todos los gobiernos y mandar venir flotas de guerra! Su terror era contagioso y sus gritos no dejaban de emocionar a las mujeres de imaginación rauda. El profesor de Talmud hipaba con generosidad y preguntaba el número del título. Aude se estremeció. Una mano le palpaba el vestido. Se volvió. Reuben Solal le sonreía. Aquel mundo giraba infinitamente, vertiginosamente inmóvil. Volaban murciélagos enloquecidos. Animales ciegos salían

del suelo.

«¿Platino?», preguntaba Mattathias sopesando el collar de Aude. Un grupo de resfriados se sonaba tenebrosamente. Un polaco se lamentaba golpeándose la frente contra la pared. Comeclavos explicaba que el polaco estaba algo nervioso y «si puede usted prestarme una cantidad, la aceptaré». Daba las gracias con dignidad, alababa la generosidad de Aude, le deseaba que hiciera buenos negocios, se auscultaba el pecho crepitante y diagnosticaba una tuberculosis galopante. Solal, que había aparecido de repente, iba de uno a otro grupo. Se mostraba risueño y apasionado, igual que ellos, subyugado. ¿Pero era él o uno de los Tres? El profesor de Talmud preguntaba al rabino de Bagdad: «Si se cuele un pelo por un intersticio de la ropa, ¿constituye ello desnudez que veda la lectura de la Unidad?». Ante un tablero de ajedrez, dos embobados movían piezas dejando traslucir cálculos en sus radios visuales ágiles y metálicos.

Unas vocingleras conversaban con voz desconsolada, bullanguera, amedrentada y temían desdichas. En sus ojos la nobleza de los antiguos dolores. Unos adolescentes exhibían una belleza rosada, de polvo irisado, falso, sin solidez, y se convertían de súbito en extraños tetrarcas de nariz gruesa, manos velludas de azul. Falsos mesías, hipócritas e iluminados, deambulaban. Melancólicos locos sonreían y tenían miedo. Lúcidas criaturas lo sabían todo y no hacían nada.

Un coro de mujeres bostezaba con aire encantado, escuchando la conversación de los sabios, con vibrantes escampadas cuando un negociante renombrado tomaba la palabra. Una madre acunaba a un retoño recién circunciso y se enorgullecía de la sangre que corría por los muslos de la bizarra criatura. Muchachas de la tribu felicitaban a la madre.

Los grandes espejos de las paredes formaban una multitud de Roboams Solal caminando. Todos aquellos centenarios confiaban.

Un anciano, que había terminado de grabar un hueso de oliva, se acercaba a ofrendar su obra a Aude. «Para usted, doña Solal. He grabado en el hueso palabras de pureza y en torno se ven leoncillos. Trabajo para usted desde que me llegó la noticia de su conversión. Quédeselo, es regalo gratuito y ofrecido por el corazón del israelita». Tras regresar a su sitio, se echó la barba encima del hombro para no mancillar el Nombre inefable que iba a brotar de la pluma de oca y plasmarse en el pergamino. Sonreía e imaginaba que el hueso grabado daba nacimiento en aquel instante a otro hueso, hermano celeste del zafiro que el Eterno engastaba en su corona al tiempo que creaba un cielo nuevo.

Salomon se estremecía y temía la muerte. «Estoy convencido de que los muertos viven, querido Michaël, pero no viven mucho y además son lánguidos».

Mattathias permanecía de pie para no estropearse el pantalón pero se inquietaba

por el posible desgaste de sus suelas. Mujeronas tímidas y amaneradas deambulaban. Sus crinolinas crujían y sus collares entrechocaban. En avanzado estado de gestación, llevaban su carga con orgullo, agitaban abanicos de plumas y respiraban con placer falso y ceremonioso de flores artificiales.

Unos viejos se preocupaban por su salud, tenían puesto mucho rato un termómetro en la boca y lanzaban ávidas miradas a las rayas graduadas. Uno de ellos pesaba sus alimentos. Otro chupaba un diamante. Algunos, barbirrojos y con orejeras, se frotaban las crujientes manos y brotaban chispas. Unos neurasténicos se ensortijaban sin cesar el pelo que restallaba. Tenían miedo, mucho miedo.

Otros comentaban comentarios y hacían girar los dedos con rapidez. El profesor de Talmud afirmaba que no se puede mirar ni el dedo meñique de una mujer. Un huesudo, que llevaba en la frente una cajita cuadrada, chascaba sus dedos multiplicados y pedía la palabra. «Me pongo las filacterias. Y esas filacterias están hechas con el cuero de un buey. Suposición: Ese buey se topó un día por descuido o voluntariamente con un cerdo. Discusión: ¿Peco tocando un cuero que ha tocado una carne prohibida? Pregunto también: ¿Puede matarse una pulga el santo día del sabbat?». ».

Una raza exudante expectoraba, escupía, tosía, sufría estertores, sudaba, se rascaba, efectuaba intercambios, asimilaba, rechazaba, vivía. Unos niños intercambiaban bienes. Ancianos intercambiaban ciencias. Todo circulaba. Una raza activa reía burlescamente, sollozaba, desbordaba de expresión, tenía miedo.

El retoño de Mattathias, no más de brazo y medio de alto, maltrataba a su padre quien, encantado de tan exquisita vivacidad, veneraba a su benjamín y se protegía de las patadas. «¿A eso llamas tú muchos cacahuetes, oh Mattathias, padre mío? Dame más, que tengo hambre y quiero vivir y prosperar». Acto seguido, al ver las puestas de Salomon y Michaël que jugaban en cuclillas a las tablas reales, el niño exclamaba (con voz suave trágica tierna, atenzado por el mal caduco que convulsionaba tras él a otros niños) que aquello era dinero, ¡auténtico dinero! Las madres se estremecían.

Una alta y dinámica muchacha de sangre real y ojos de loca inteligencia se acercó. Dijo que era Tsillah, sobrina de Gamaliel y hermana de los Tres. A continuación, sin más, habló de sus hermanos.

—De día, Nadab piensa, y es el frío geométrico, las estalactitas se pasean por la oscuridad de la verdad, los engranajes funcionan en vacío. De noche, Nadab entra en la vida. Su furor descubre, yuxtapone, compara, corta de nuevo, desplaza, reagrupa, especula y destruye ilusorios orgullos. De día, Reuben, hembra adiposa sangre densa fecundo sucio productor, telefona a los bancos, a los periodistas y a los reyes, aplasta, se encarama, con urgencia de vivir, se obstina impasiblemente y se hincha. De noche, es perseguido, llora, tiene miedo, teme que lo observen, para vengarse escupe, le gustaría ser orgulloso, no sonreír más ni asentir, el miedo lo descompone,

pero es un barro granulado con gérmenes preciosos, es piadoso y cobarde. De día, Saül adiestra a los Perros de Dios que rebullen y guían a las ovejas naciones hacia mañana y se hará justicia, se rebela y detesta el mal, su rostro es duro pero sus ojos vacilan de ternura. Por la noche, sonrío cansado, ama, desprecia y sabe que el Reino se proclama hoy mismo, las mujeres lo entienden, un simple, va con los niños, alegre, su rostro es dulce, a veces una chispa de malicia surca el ojo izquierdo, es el Cordero.

Aude ya no escuchaba a aquella loca. Los tres hermanos se peleaban ferozmente, parecían a punto de pegarse, cuando uno susurraba de pronto algo al oído del otro y los tres se apaciguaban.

El profesor de Talmud se acercó a explicar a la neófita que al Eterno le complacía tanto conversar con sus judíos que no atendía a sus oraciones. Si consintiese en concederles sus demandas, dejarían de dirigirse a Él. Reuben preguntaba cómo podían tenerle miedo al pobre de Reuben y pedía justicia con risa estúpida y sin fin.

Se dejó oír una voz grave y exquisita. Saül se paseaba sonriendo, pegadas las manos al pecho, y cantaba el día de bondad. Nadie parecía tan cariñoso ni inofensivo como aquel hermoso príncipe que arrancó de súbito una araña y se la arrojó a Reuben que se encaramó en una mesa y comenzó a berrear. Las gentes del subterráneo parecían habituadas a los caprichos de los tres hermanos que fueron amarrados de inmediato y sacados de allí.

Los lamentos de Emmanuel contagiaban a la concurrencia. Planeaba sobre la sala un brocado de zumbidos, hilvanado de risas, peleas, brazos agitados. Un pueblo enfermo y melancólico y mortalmente cansado y herido vivía bajo aquellas bóvedas y temblaba de miedo. Aquellos infelices Solal esgrimían rictus que calmaban su angustiada espera. Gamaliel rezongaba quizá palabras ateas. El ministro Solal, que yacía y se agitaba, con espuma en la comisura de los labios, se levantó de súbito, sonrió gravemente y salió con lentitud.

Pero al fondo de la sala, surgidos de repente, platicaban graves y ancianos profetas, auténticos hijos del pueblo. Sentados en los terciopelos, ofrecían una estampa más magnífica que el adolescente. Sus ademanes eran suaves, sus labios poderosos y la Llegada prendía una primavera en sus ojos. Sus manos iluminaban. Refulgía en sus ojos una espera de la desdicha, una anticipada protesta de inocencia.

Unos jóvenes escuchaban la alarma de Arriba, meditaban, ignoraban el mundo y sus dioses galvanizados de oro. Pulían cristales de gafas, doblegaban el universo a las leyes de la verdad y despreciaban el oro. Y eran éstos los auténticos hijos de mi raza.

Allá, al fondo de la sala, bajo las bóvedas, en los desiertos y las sombras y en los lugares del tiempo, hogueras miradas centelleantes llegaban hasta el mañana eterno. Había esperanzas alteradas, esperas, galopes lejanos y altas llamas en la curva de los siglos sobre los auténticos hijos de la nación primogénita. No los doblegaba la

desdicha. Iban, iluminados en su elección, y su conjura era el amor de los hombres.

—Eterno, que el día de metamorfosis ilumine la faz de mis hermanos y aparezcan todos maravillosos y muy santos como ya lo son.

—Por mi Nombre, que mostraré su belleza al universo —dice el Eterno—. Los bañaré con agua helada y bajo el lodo de los siglos surgirán los príncipes de jacinto ataviados —dice el Eterno—. En verdad, exaltaré a mi hijo Israel —dice el Eterno riendo sonoramente.

XXIX

Iba y venía por el cuarto, inquieto como el acusado que aguarda el veredicto. Entró Aude. Comprendió el significado de su silencio, se detuvo, cerró los ojos. Ella permaneció un rato inmóvil, pensó en el mundo del que acababa de escapar y reparó por fin, con estupefacción, en que Solal se había dormido.

De pie, como un señor del más allá, tenía los ojos peligrosamente cerrados. Qué frío y duro era su rostro. Raza incomprensible. No se atrevió a despertarlo, lo dejó así, en su letargo, apoyado en la pared y esgrimiendo una leve sonrisa. Al salir Aude, se acentuó la sonrisa del durmiente.

Una hora después, llegaba casi el alba. Aude de rodillas, guardaba objetos en una maleta. Solal abrió la puerta. Ella alzó la cabeza y reanudó su quehacer. Admiró él lo bien que doblaba sus vestidos y se sintió incomprensiblemente feliz. Era una sensación total contra la que se veía incapaz de luchar.

—Son maletas. —Tan sencilla e inútil afirmación lo colmaba de placer—. ¿Está usted preparando las maletas?

Aude se quitó los alfileres que tenía en la boca.

—Sí.

—¿Se va usted de viaje?

—Por supuesto.

—Aude, no ha sabido usted ver a esas gentes tal como son. Tal como son en realidad.

—Es posible.

—Es un gran pueblo. Sólo que entre ellos, los hay infelices y trastornados por los dolores.

Aude acabó de cerrar la maleta con energía. A continuación, se levantó, fue hacia él, le tomó los brazos. Solal se sintió empequeñecido.

—O ellos o yo. Elige. Si se quedan ellos aquí, no me quedo yo. Échalos. Tú no eres igual que ellos.

—Soy completamente igual que ellos. No has sabido verlos, a los auténticos, a los de mente privilegiada, a los que estaban mezclados con los otros anoche. Aunque los otros tienen también su lado bueno pues son los hijos y los padres de los príncipes en humanidad. Son el más magnífico estiércol. Y luego todos, los auténticos y los demás, son excesivos, ardientes. Compréndelo de una vez. Un pueblo poeta. Un pueblo excesivo. Entre nosotros, los grotescos lo son en grado extremo. Los avaros, en grado extremo. Los pródigos, que son mucho más numerosos, en grado extremo. Los magníficos en grado extremo. El pueblo extremo. El viejo pueblo genial,

coronado de desdicha, de real ciencia y de desencanto. El viejo pueblo loco que camina solo en la tempestad portando su arpa que suena a través del negro huracán de los siglos e inmortalmente su delirio de grandeza y de persecución.

Se envalentonó, refulgió en remota primavera.

—Pertenezco a la raza más hermosa del mundo, la más noble, la más soñadora, la más fuerte, la más dulce. Mírame y sabrás que digo la verdad. No has entendido que anoche estabas en una ciudad santa y loca e irremediable de humanidad. El puñado de estrafalarios, de descortesés juegan un gran papel para vosotros, los deformes no te han dejado ver a los santos, a los hijos del más grande, más grande, más grande pueblo de la tierra. Algunos sí, se dedican al dinero. Hacen con más pasión, con más poesía, lo mismo que los hombres de todas las razas. ¡Como si los hombres de todas las demás razas detestasen el dinero! Y además los Plateros^[6] de nuestra raza se dedican a este metal en virtud de un móvil santo: vivir, resistir, durar. Para que el pueblo dure, para que el hijo viva, para que venga el Mesías. Es nuestra fortaleza el dinero, para nosotros pobres proscritos, pobres errantes. Y además, junto a unos pocos de los nuestros que saben manejarlo magistralmente, ¡cuántos soñadores, poetas, menesterosos, desinteresados, títos, ingenuos que jamás supieron desenvolverse, perdidos en el mundo de la materia! Y hay otros que desde hoy mismo brillan con belleza sobrehumana. Sobrehumana —repitió desafiante—. Hay grandes naciones. Nosotros somos la más grande. Soy la más grande. En verdad, en verdad te lo digo, soy la más grande nación, yo Solal. Sonríe, sí, y búrlate de mí y búrlate de nosotros. —Pausa—. Os hemos dado a Dios. Os hemos dado el libro más hermoso. Os hemos dado al hombre más digno de amor. Os hemos dado al sabio más grande. Y a tantos otros. Y a mí, entre otros. A mí el de más adelante. Y veréis cuántas magnificencias y días de sol os daremos. aguardad un poco y veréis. Pero ya he hablado bastante de eso —dijo bajando la vista.

—Sol, no echés a perder tu vida por ellos. ¿Qué tenéis en común tú y esa gente? Tú eres noble y guapo, no eres como esas larvas. Amado, echa a esa gente.

—¿Y si me quedo con ellos, sólo con ellos, abajo siempre? ¿Si dejo de ser ministro y soy larva para siempre?

—Me he acercado a ellos con tan buena voluntad. No me esperaba una cosa así. No puedo. No quiero ver, no quiero oír a esos seres que vienen a felicitarme por mi supuesta conversión o a desearme florecientes negocios. —Lo observó con maldad—. Quiero vivir en mi casa, con mi marido, y no con esos tipejos insoportables.

Reinó un largo silencio. A Solal se le escapaban las lágrimas. ¡Dos mil años de sufrimientos valientemente soportados y tal era el resultado! Un pueblo que no había querido traicionar. Que había preferido la hoguera a la renuncia. Y que aún hoy prefería las persecuciones a la renuncia. Que prefería la vergüenza a la renuncia. Que prefería las matanzas, la propia ignominia. Durante la Edad Media, todos los que

preferieron la muerte a la apostasía. En Carentan, en Blois, en Bray, en Nuremberg, en Verdun, en Worms, en Francfort, en Oppenheim, en Maguncia, en Burgos, en Barcelona, en Toledo, en Trento y en otras ciudades, todos aquellos valientes que no quisieron renegar de su Dios, que prendieron fuego sus casas y se arrojaron a las llamas, con sus hijos en brazos y entonando salmos. Aquellos héroes, aquellos humillados por amar a su Dios, aquellos grandes nostálgicos de Dios, aquellos famélicos errantes a través de los siglos. Ese pueblo apasionado y fuerte que había atravesado la historia como una espada y marcado la tierra con su impronta real y con su Dios. Ese pueblo sublime de esperanza a través de los desiertos hacia Canaán y en las cautividades en tantas tierras extranjeras. Ese pueblo que había plantado cara, en su santa aldea, en Roma, y hecho temblar al más poderoso de los imperios. Ese pueblo del Espíritu. Ese pueblo del mañana eterno.

¡Y todo aquello, para la mujer a quien amaba, tipejos insoportables y larvas! Era el primer golpe asestado a su mutuo amor. Ella se alejaba de él. Comprendía que no podía ser de otro modo. Movi6 la cabeza, contempl6 su destino. Vacil6, baj6 la vista. Un impulso de locura se insinuaba en 6l.

Esgrimiendo una sonrisa sanguinolenta, se acerc6 a ella, le desgarr6 el vestido y las dem6s telas. Admir6 la fuerza y el nervio de aquel cuerpo. Aude se acerc6 a la cama, arranc6 una manta y cubri6 su desnudez.

—¡Cobarde! —dijo, temblando de indignaci6n.

¡Claro, lo sabía mejor que ella! Aunque no, no era cobarde. Era desgraciado y no sabía lo que hacía. ¿O quizá quería castigarse y proporcionar a Aude un auténtico motivo para despreciarlo? Ah, ¿por qué había elegido amar a ésa? La arroj6 sobre la cama. Pero contuvo su deseo y retrocedi6.

—Para que no te vayas —ri6 burl6n—, te dejaremos como Dios te trajo al mundo y te encerraremos. Vendr6 a buscarte luego y saldremos con las larvas hacia Jerusal6n.

Tir6 la maleta y las ropas de su mujer a la habitaci6n contigua, advirti6 con euforia que se perdía. Sonri6 exquisitamente y se inclin6.

—Hasta pronto, estimada doña Solal. La semana que viene en Jerusal6n. Te has casado con una larva. Peor para ti. ¡Judía, amiga mía!

Cerr6 la puerta con doble vuelta de llave y se fue. Sentía vergüenza.

Cuarta parte

XXX

Aude acechaba desde la ventana de su cuarto de las Primaveras. Divisó al cartero, bajó y corrió a su encuentro. Regresó lentamente, cabizbaja. No tenía carta. Ni noticias de Solal. ¿Dónde estaba?

Desde los dos meses que llevaba viviendo en las Primaveras, se arrepentía día tras día. Se había atrevido a forzar la puerta del cuarto en donde la había encerrado Solal. Tren a París primero, luego a Ginebra. Unos días después, regresó a Saint-Germain. Se encontró la Commanderie sin Solal y sin sus huéspedes. En París, el presidente del Consejo únicamente pudo enseñarle una carta de cuatro líneas en la que Solal le pedía que aceptase su dimisión. De regreso a Ginebra, confió su zozobra a su abuelo. A los demás les dijo que su marido estaba enfermo y que había ido a hacer una cura de reposo a un balneario de los Pirineos.

Cuando entró en el salón, el señor Sarles dejó de silbar entre dientes una melodía de «la Dame Blanche» y alzó las cejas en señal de interrogación. Aude hizo un imperceptible no. El pastor lanzó una temerosa mirada hacia su mujer y se acercó oblicuamente a su nieta. Hablaron en voz baja. Sí, había pensado ir él en persona a buscar al desdichado muchacho a Cefalonia, donde sin duda se había refugiado.

—¿Qué, se han acabado ya esos secretitos? —preguntó la señora Sarles con intención harto malévola—. Va a enfriarse el té.

El pastor se enjugó la frente con su estandarte de bolsillo y se abanicó con el gorro. Cefalonia era una isla. Emprender un viaje y enfrentarse a un mar embravecido a los setenta y ocho años era absolutamente inmoral. La señora Sarles mojó una galleta vitaminada en el té y habló del querido Jacques cuya fotografía acababa de recibir y que tenía que venir muy pronto a pasar unas largas vacaciones en las Primaveras.

—¡Comandante! —exclamó moviendo con ardor su querida galleta—. ¡Ah, qué guapo estará en su fogosa montura, dando el paseo matinal a la cabeza de su regimiento!

—Batallón —rectificó el señor Sarles.

—Eso decía. ¡A la cabeza de su batallón!

La sentimental anciana sonrió ante la evocación guerrera y se percató del desastre: su galleta flotaba como una medusa en la superficie de las aguas.

—¿Pero que estaba diciendo?

—Que a la cabeza de su batallón —dijo maquinalmente el señor Sarles que pensaba en Cefalonia y revolvió lúgubrementemente el Mediterráneo con la cuchara.

La señora Sarles suspiró discretamente y miró a su nieta. Habló de Jacques, aludió al dolor que lo había decidido a rechazar el espléndido destino de Roma y a pedir un puesto en África. Encareció sus brillantes acciones en Marruecos y su

magnífica prestancia. ¡Cuánto lo admirarían sus superiores por haberse hecho merecedor de tres menciones del ejército francés!

—De la brigada —dijo el señor Sarles.

—Eso decía —replicó la anciana.

—Sí, ha caído bien bajo —concluyó Aude.

Después de cenar, cuando entró en su cuarto, se encontró a Solal tumbado en el sofá, atormentando un rosario católico. Aterrada de júbilo, se arrojó en sus brazos.

—Por cierto —anunció Solal cuando cesaron los sollozos de su mujer—, soy católico. Tuve una revelación en Viena y pedí el bautismo en Berlín.

En las Primaveras, fue grande la alegría al día siguiente. La señora Sarles seguía lanzando algún que otro suspiro. «No se debe pedir demasiado a la vez —le decía el pastor—. Católico ya es mucho».

Solal se vio rodeado en los días posteriores de un ambiente de afecto. El pastor permanecía largas horas ante el armonio. La señora Sarles tarareaba por los pasillos. Ruth veía con menos frecuencia a su amiga y, en la mesa, prodigaba a Solal una espiritualidad fulgurante. Aude era la única que no participaba en la euforia. Hubiera preferido marchar rápidamente a París.

Una noche, a la semana de regresar, le dijo Solal:

—Los eché el día que te fuiste, ¿sabes? A mi padre se le saltaban las lágrimas de los ojos. Es ciego el tipejo imposible. Déjame solo. Buenas noches.

Quiso apagar, no dio con el interruptor, arrojó la Biblia sobre la bombilla que estalló. El rótulo fosforescente que el señor Sarles había colgado subrepticamente la víspera, empezó a relucir: «Cree y te salvarás». Solal caminó en la oscuridad.

Al rayar el alba, cogió la guitarra y, al tiempo que la tañía, pensó en sus semanas de vagabundeo tras dejar París y en sus aventuras. La archiduquesa de prietos muslos. La vendedora de naranjas de Venecia. Las dos suecas. Cuántos intentos de ahogarse sin éxito. La increíble aventura de Dresde. Y el bautismo, recibido con júbilo. ¿Pero a qué engañarse? ¿Acaso un Solal, arzobispo de Granada, no había vuelto a la fe de sus ancestros?

Bajó la escalera. En el jardín de invierno, Aude y Ruth se disponían a escuchar a la señora Sarles que iniciaba la lectura del periódico. Las tres mujeres se quedaron íntimamente sorprendidas de su indumentaria rusa. Solal saludó ceremoniosamente y se alejó con indolencia. Aude fue a verlo a su cuarto.

—Amado, tenemos que marcharnos a París.

Solal siguió rascando atentamente la guitarra. Admiró ella su noble pose. Solal alzó la vista, hizo un gesto negativo.

—Pero ¿entonces qué quieres hacer?

Él alzó la vista.

—Nada.

Repitió varias veces la palabra con júbilo, con arrebató como si anunciase una hazaña. Al quedarse solo, se preguntó:

—¿Sabes que las elecciones generales se celebraron en Francia hace quince días? ¿Que no te presentaste y que ya no eres diputado, ni nada? —No lo ignoro, gran señor. —¿Qué haces Solal? —Nada. —Muy bien, Solal. Sigue así, Solal.

Aquel hombre joven, que había tenido tan espectaculares inicios, parecía haber olvidado su vida parisina y decidido quedarse mucho tiempo en Ginebra. Cuando se sentaba a la mesa con su atavío ruso, no abría la boca y bajaba la vista. Su silencio pesaba en el aire. Y aquel continuo canturreo en su habitación.

Al poco, dejó de acudir a la mesa. A las horas de las comidas, un criado depositaba una bandeja ante la puerta. Aude intentaba convencer a los suyos de que su marido estaba enfermo.

Cuando se lo permitía, se ocupaba de él como de un niño. Se quedaba al pie de su cama y le contaba extrañas historias. El sólo toleraba incursiones en los siglos pasados o en los países de ensueño.

Una noche, cansada de aquellos espejismos que se veía obligada a renovar incesantemente, le dijo con naturalidad:

—¿Sabes? Jacques está en Ginebra, de vacaciones. ¿No te gustaría verlo? Está abajo.

—¿El hombre a quien te robé? ¿Cómo es que se atreve a venir?

—Todo eso es tan viejo —dijo ella con sonrisa forzada—. Se le ha olvidado ya todo.

—¿Se dedica a algo, trabaja?

—Sí.

—Entonces, no quiero verlo.

Previendo próximos desastres, repetía para sí el nombre de Jacques y examinaba a su mujer con terror. Ella se puso de rodillas, lo descalzó, le dijo que se acostase. Lo contemplaba con tristeza. Estaba arruinando su vida y quizá tenía ella la culpa. Sin duda había un modo de sacarlo de aquel marasmo, pero ella no podía mentir y pronunciar las palabras que esperaba de ella. Pensó qué anécdota de su infancia podía contarle.

—Cuando venía a pasar las vacaciones aquí, Adrienne...

—¿Quién es?

—Vamos, hombre, ya lo sabes.

—No lo sé. Me haces daño cuando discutes.

—Adrienne de Valdonne.

—Sí —contestó Solal examinándose atentamente los dedos—, lo he entendido

perfectamente. ¿Y cuándo viene?

—De sobra sabes que murió.

—Murió. Yo también. Vete, ve a ver al hombre que se dedica a algo.

Al día siguiente, la señora Sarles, aprovechando que su marido había ido a herborizar, dijo a su nieta que suponía que Solal quería pagar una pensión y que ella se hacía perfecto cargo de tan digna preocupación. Agregó que tenía no pocos problemas y que algunos de sus títulos (pronunció la palabra con pudor) hacía tres semestres que no le daban un céntimo. Solal, que acechaba tras la puerta, lo oyó y se puso a dar palmadas. Aude corrió junto a él.

—No me queda un rublo. Mis cuarenta millones —todos en billetes— los quemé después de mi conversión. Y la Comanderie se la cedí a Saint-Germain, a la ciudad, municipio, yo qué sé. Se me olvidó que te había pedido prestado todo tu dinero.

—Pero y qué más da eso —contestó ella con tan delicada sonrisa que exasperó a Solal de vergüenza y de amor.

—Sé que eres muy noble. El otro día dijiste: «Es muy bien educado», hablando de algún idiota o de un perro. Una hora después dijiste: «Es tradición en nuestra familia».

Lo miró ella a los ojos.

—¿Y qué?

—Nada —contestó retrocediendo—. ¿Te acuerdas de Reuben? ¿Es primo tuyo, no?

Aude salió. Solal se puso a dar vueltas por el cuarto. ¿Para qué había traído a aquella gente al subterráneo? ¡Imbécil, si no tenía más que seguir siendo ministro! Que no estaba nada mal. Y ahora ella los despreciaba y a él en ellos. Aude no podía quitarse de la cabeza a aquellos «tipejos insoportables». Y él también había pasado a ser para ella un tipejo insoportable.

La vergüenza se había adueñado de todas las regiones y reinaba, inmóvil y devoradora, sometiendo todo a su ley, deformando todas las cosas. Le hubiera gustado oír a su mujer decirle que admiraba a los judíos. Y que fuese cierto. Que fuese por impulso espontáneo y no por bondad o piedad. De sobra sabía que esperaba lo imposible. Aude se limitaba a ofrecerle una bondad sin mácula y sin importancia.

Se sentía ahogado de soledad y le hubiera gustado mezclarse en la vida de las Primaveras. Pero ya no se atrevía. Notaba que la señora Sarles y la señorita Granier lo consideraban como un pecador a quien había que amar a pesar de sus errores. El señor Sarles, para su desgracia, ya no estaba allí. Unos días antes, había ido a despedirse de Solal: iba a sustituir durante un mes a uno de sus antiguos alumnos, pastor en Brassus, que acababa de caer enfermo. El defecto de pronunciación del querido abuelo se había acentuado en el transcurso de la conversación y de repente el viejo ginebrino le dio un beso. Aquella bondad espontánea había sido benéfica para

Solal. Durante unas horas, le había parecido revivir.

Pero el instinto social que se apoderaba de la señora Sarles convertía a aquella mujer, que tenía pequeños defectos y sólidas virtudes, en una especie de amable verdugo. A su manera, castigaba al solitario. Al igual que la sepia lanza la tinta, ella arrojaba sin cesar a la cara de Solal nubecillas de orden y decoro. En su presencia, hacía continuas alusiones a su vida de hombre desplazado y marginado de la sociedad. No podía adivinar el dolor y desconcierto de aquel hombre que tenía el corazón demasiado ardiente para poder elegir entre su mujer, a la que amaba, y su raza, a la que también amaba, que se sentía culpable con ambas, que no se veía ya con ánimos para reintegrarse en la vida, cruel con los apasionados por lo absoluto.

Un día, estuvo en un tris de romper una taza, ante la teatral emoción de la señora Sarles, adoradora de objetos, que se complació en recordar la noble carrera familiar de aquella porcelana, herencia del tío bisabuelo de una señorita de bien, tía del comandante de Nons.

—El querido Jacques. Un hombre que ha hallado su camino y persevera en él. Hum, sí —concluyó la señora Sarles con una sonrisa llena de amor y de triunfante certeza.

Cada vez que veía a Solal, volvía a sus inocentes caracoleos y adelantaba sus peoncillos en el tablero. Poseía la señora Sarles la suave fuerza de la lluvia. Sin mala intención, desgastaba a Solal. Se extrañaba de que el leproso no quisiese aceptar su inmaterial beso ni contestase a sus sonrisas con una sonrisa. Aude contemplaba con asombro a su marido que escuchaba casi humildemente los imperturbables y sonrientes veredictos que brotaban de los minúsculos labios fruncidos de la anciana, representante de la sociedad.

A veces, olvidaban mandarle la bandeja. Para calmar el hambre, salía, se paseaba bajo la lluvia. A continuación, volvía, daba vueltas por la habitación. Toda la razón tenían en estar hartas. De sobra sabía él que era insoportable. ¿Con qué derecho permanecía en aquella casa?

Una noche, al salir de su habitación, oyó el martilleo importante, airoso, resuelto, propietario y fisgón de los botines de la señora Sarles. Quiso de inmediato dar media vuelta. Pero era demasiado tarde, lo habían localizado. La amable ametralladora crepitó.

—¿No estará usted enfermo al menos, querido? Nos ha extrañado mucho no verle en la mesa.

¿Qué hacer? ¿Contestar? ¿Hablar de sus remordimientos, de la vergüenza y el orgullo que le inspiraban los suyos, del desgarrado amor que profesaba a Aude, de su espera del milagro que volvería a poner armonía en su vida? Con razón o sin ella, aquel hombre sufría. No contestó, se encogió de hombros. La señora Sarles aguantó animosamente el insulto, se propuso rogar por Solal y le sonrió con espiritualidad

realmente aterradora.

Liberado, se precipitó a su cuarto y se tapó los oídos para no oír los secos pasos de la señora Sarles que hacía una pequeña ronda por el segundo piso para comprobar si la cocinera y la doncella habían apagado las velas. Ya más apaciguado, pensó: «Evidentemente, le tengo miedo. Si hubiera un león en este cuarto, me las entendería con él. En cualquier caso, el león no sonreiría. Le tengo miedo porque me ama para placer moral suyo y hundimiento mío». Tenía sed, quiso ir a por agua. Pero no se atrevió a salir, por miedo a tropezarse con la anciana.

A la mañana siguiente, la señora Sarles arponeó al ahogado y le mostró, en un arrebato de exaltación, la fotografía de un evangelista negro vestido de hombre insistiendo significativamente en que era un hombre trabajador, cortés, ordenado, cariñoso con su mujer, religioso y con un espíritu la mar de moderno.

El domingo de Pascua coincidía aquel año con el primer día de la Pascua israelita. Solal se acordaba de la jubilosa fiesta que se celebraba en Cefalonia. Los parientes y amigos se reunían en torno a la mesa y su padre explicaba el sentido de la antigua ceremonia. Hierbas amargas y pan sin levadura. Oh recuerdos abolidos. En Cefalonia, sus hermanos estarían disfrutando de la fiesta. Sacó del bolsillo una galleta de pan sin levadura que se había agenciado la víspera, la masticó lentamente. En la soledad, el renegado conmemoraba la salida de Egipto.

Deambuló en torno a la sinagoga, pero no se atrevió a entrar. A su regreso a las Primaveras, vio los huevos pintados sobre la mesa. «No soy uno de ellos. Y eso que quien resucita hoy es Uno de los míos. Y lo amo tanto como ellos. Quizá más, porque está tremendamente cerca de mi corazón. Pienso sin cesar en El que es mi hermano bienamado y venerado».

Apoyado en el vidrio, vigilaba el jardín. «Catorce invitados. Jacques. Sí, ha cambiado. Viril, sosegado. Vivió un momento de juventud, de ingenua afectación. Hasta que fue aprisionado por lo social. ¡Qué sable! ¡Destripa y lo admiran! Aude disfruta hablando con él. Ambos sonríen con franqueza. ¿Y cómo no va a sonreír con franqueza esa pareja de felices herederos? Otra que ha resucitado. Está tocando las condecoraciones la infame. ¿Le lamerá las espuelas? ¡Venga, venga, a la cama los dos! ¡Os estáis muriendo de ganas! Se van al salón a tomar su delicioso té y a sorber sus huevos de Pascua, me imagino. Tengo hambre».

Se tapó los oídos para no oír las amables risas que demostraban el interés patentizado por el interlocutor o, al menos, por su conversación. Tenía hambre. Advirtió una vez más lo trágico de su situación. Había dejado de ser de su raza y tampoco era cristiano. Solo. ¡Y a su mujer ni se le ocurría venir a llamarlo! Aquellas risas que estallaban en el salón le estaban quizá dedicadas.

«También me echan en cara que soy pobre. Si tuviera dinero, sería un tipo pintoresco. Me lo echan en cara y yo los amo a todos, a todos, en el fondo de mí

mismo. ¡Si supiera la Sarles cómo podría llegar a quererla! Bastaría que no me reprochase mi vida ni mi raza, en su alma que adivino, para que fuese a arrojarme en sus brazos y le dijera: Oh abuela, consuélame, consuela a tu nieto que sufre tanto. Espero el milagro. Cuando uno espera el milagro, no puede ganar dinero. Cuántas cualidades morales verían en mí, de buena fe, si fuese rico, si poseyese un trozo del rabo del becerro de oro. Y además estoy solo. Eso no gusta a la gente que forma parte de las mayorías. Cuando admiran, dicen: es un tipo, y cuando desprecian: ese individuo. Por otra parte, los envidio. Revienta, solitario, que los molestas. Se divierten cuando tú no estás y razón que tienen. Mira, están cantando un salmo. Un salmo que inventó David. También David es mi hermano por la sangre. Si resucitase, bostezaría en su salón. Vendría hacia mí y nos entenderíamos, él y yo».

Aude se daba cuenta de que participaba en aquellos festejos que la aburrían antaño. ¿Estaba mal relajarse un poco? De repente, Jacques dejó de hablar de un curioso documento que demostraba que su familia se remontaba al siglo XIII.

Surgida de lo más recóndito de las edades humanas, se había dejado oír una voz cálida y maravillosamente melancólica. En el salón paralizado, los presentes escuchaban apurados el trágico grito de una lengua de nostalgia. Arriba, en su cuarto, y lejos de sus hermanos, pero acodado sobre los cojines prescritos por el rito, el renegado solitario celebraba como podía el día de la Pascua y la salida de Egipto. Cantaba el himno que Moisés y los hijos de Israel cantaran a la gloria del Eterno, el cántico pascual que los Solal entonaran acompasadamente en Canaán bajo las tiendas y bajo las palmas:

¡Los carros de Faraón y su ejército
Los ha arrojado al mar!

Entró en el salón. Los invitados enmudecieron al ver a aquel hombre de andar vacilante y rostro enflaquecido. Sus ojos enrojecidos y brillantes se hundían en una brecha agrandada. Le hablaron amablemente y le ofrecieron una taza de té. El hombre acosado esgrimió una temblorosa sonrisa, no pudo hablar, miró desafiante a todos los presentes. Le avergonzaba necesitar compañía humana y no haber podido soportar la soledad.

—Desde luego que aceptaré una taza de té. Desde luego que beberé. ¿Y por qué no había de aceptar? ¿O acaso no soy hombre como ustedes? ¿Verdad, Aude, me siento a su lado?

No contestó a las preguntas corteses que le hacían, se tomó con falso aplomo otra taza de té y se dirigió a Jacques con inoportuna ironía. El comandante habló con sencillez de su última campaña en Marruecos y sus condecoraciones se

entrechocaron. Solal lo escuchaba esforzándose en sonreír con desdén, pero le temblaban los labios. Aquel militar, vigorosamente aposentado, estaba en su sitio, era feliz. La vida era sencilla para aquel hombre que vivía con sus iguales. Y él, Solal, extranjero entre los extranjeros.

Aude vio una lágrima en el rostro avejentado de su marido. Se levantó, lo tomó del brazo, con una hermosa resolución impresa en el rostro.

XXXI

Arreglaba lo mejor que podía el pisito amueblado de la calle Calvin donde vivía con su marido desde hacía tres días. Fruncidos los labios en gesto de atención, clavaba tiras de arpillera, destinada a camuflar la pringosa tapicería.

Contempló su obra concluida. Le había tomado ya cariño a aquel hogar al que acababa de insuflar un alma. Había arrumbado los vulgares cuadros y prendido preciosas reproducciones en la tela oscura. Por la mañana, había pedido a Solal que no regresase hasta última hora. Disfrutaba de antemano con su sorpresa cuando viese el piso transformado.

Era tan bueno, desde que habían abandonado las Primaveras. Había ido a buscar trabajo. Estaba segura de que pronto se trasladarían a París y que sería un triunfo más sonado que el anterior. Se sentó, inclinó su deliciosa cabeza. «Y en París, tendremos hijos más adelante, muchos hijos. Reñirán y yo intervendré. Los reñiré afectuosamente, pero con firmeza».

Al oír cantar, tres días antes, al solitario, se le había desgarrado el corazón de piedad. Supo hablar a Solal, mostrarle la necesidad de marchar de inmediato. Dejó una carta a sus abuelos en la que les pedía que no intentasen volver a verla antes de que les volviese a escribir. Despertó al jardinero, que los acompañó en coche hasta el hotel. Al día siguiente, fue a vender sus joyas y su abrigo de pieles, se sorprendió de que aquellos objetos tuviesen tan poco valor: cinco mil francos. Ni le pasó por la mente que hubieran podido engañarla los comerciantes.

Se fue a la ventana a atisbar la llegada de su marido. En la angosta calle, reconoció el caballo, el coche y el sombrero cilíndrico, de bordes redondeados, del señor Sarles que bajaba con esfuerzo. Evidentemente le habría teleografiado la abuela. Pero ¿cómo se había agenciado sus señas? Quizá a través del ayuntamiento.

Llamaron tímidamente. No se atrevió a abrir. Oyó el ruido del bastón, los pasos de su abuelo bajando las escaleras. Escuchó con el corazón palpitante, temiendo un paso en falso en las lóbregas escaleras. Miró por los postigos entreabiertos. El señor Sarles, desorientado, alzaba la vista y examinaba las ventanas del cuarto piso.

Al poco, llegó Solal. Besó a Aude con tímida sonrisa, le acarició el pelo y sacó del bolsillo un ramo de violetas que le alargó, cabizbajo. No se atrevió a confesarle que los correligionarios a quienes había solicitado trabajo lo habían recibido con recelo. Aude sirvió la cena, confeccionada con mil torpes esmeros.

—Amado, qué placer estar solos.

Solal se estremeció de miedo y repitió para sí la última palabra.

Pasaron las semanas. Su amor, que había rebasado el período en el que crece por

propia virtud, hubiera debido consolidarse, sostenido por una alianza en el seno de la sociedad.

Aude trataba de poblar su vida en común, aparecía con libros, flores, frutas exóticas. Se sorprendía a sí misma deseando que él le organizase una bronca. Quizá eso lo hubiera entretenido. Pero ¿de quién podía tener celos? Aude no veía a nadie. Y sólo le quedaban ochocientos francos. Pese a acercarse la miseria, había comprado una historia del arte en cinco volúmenes, que leían por la noche los dos pobres solitarios.

«Estoy echando a perder lo mejor de mi vida —pensaba Solal—. En vez de ser uno de los que aparecen en los libros o están escribiendo un gran libro y esgrimen una sonrisa de bondad, de hastío y desdén, leo libros. Nos cultivamos. Resulta cómico. A mi edad, Cristo. Y yo, emperador de una mujer. Es culpa mía si no encuentro trabajo. Cuando voy a pedir trabajo, ese estúpido orgullo. Les suelto una lista de nombres hebraicos, cuando hablo con cristianos. O proclamo muy ufano que estoy casado con una cristiana, cuando hablo con judíos. Anda, ha dejado de leer».

—Sí, sí, Aude. Los primitivos, Aude, los primitivos.

—Tenemos que salir, Sol.

—¿Tú crees? —preguntó él con tono mimoso—. Pero si se está tan bien en la calle Calvin.

—Dígame, Sol, ¿le gustaría tener un niño?

Tan dolorosa fue su sonrisa que ella optó, con el corazón encogido, por seguir conservando para sí el secreto.

Fueron al concierto. Con haberse acercado tan poco a la vida social, habían recobrado la alegría. Regresaron felices a su piso, se unieron como antaño.

Al día siguiente, Solal pensó: «Por ese camino hay que seguir. Pero ¿a quién puedo ver? Por su culpa, ya no tengo ganas de ver a los míos. Por mi culpa, ella ya no tiene ganas de ver a los suyos, o le da vergüenza verlos. Ella no es culpable, yo no soy culpable, nadie es culpable». Estuvieron juntos todo el día. Ella utilizaba sus reservas de amor para dejar resplandeciente el piso. Él seguía su actividad con indiferencia.

—Sol, te he hecho natillas con merengue.

Solal se estremeció. Comió, cabizbajo, la miró a hurtadillas. «Ahora me tutea. Caída del dracma palestino. ¡Viva, viva, casémonos!^[7]».

Después de cenar, Aude leyó en voz alta un capítulo sobre Botticelli. Del piso de al lado salían alegres cantos y los sonidos de un acordeón. El empleado del ayuntamiento celebraba una fiesta patriótica. Aquellos cantos montañeses eran vivos, libres y asociados. Y ellos eran dos malditos. «Oh, ser como esa gente. La amada tan buena. Hace cuanto puede. El anillo se le ha quedado ancho. Pobres dedos enflaquecidos. ¡Desdichados los solitarios! Ésos de enfrente se ríen. Son muchos,

están contentos, sus miradas brillan, sus ojos se quieren. Y nosotros, dos lectores de Botticelli muertos de aburrimiento. Solal y Aude son dos vomitados por la sociedad. No importa que la desdicha haga sufrir. Pero es que nos vuelve mezquinos. No es justo».

—¡Qué odiosa esa gente de enfrente! —exclamó ella—. No puedo soportarlos.

—¡Ajá, conque lo confieras! —bramó él.

Volvió a caer en su postración. «Caballeros, el amor sólo dura en función de la sociedad. Caballeros, únicamente la sociedad da lustre a lo biológico. Mi mujer ya no goza, caballeros, porque falta el contraste. Sólo nos sentimos deliciosamente solos y dos, por la noche, cuando hemos estado en contacto con los demás, durante el día».

Aude se sentó al piano. Solal contemplaba a aquella mujer caracoleando sola por su cuenta (había tomado algo de alcohol a escondidas). «Yo estoy de pie, asisto y ella hace de amazona. Pobre mujer. Todo para entretenerme. ¡Y ha alquilado un piano! Cómico. Estamos perdidos».

Aude dejó de tocar.

—¿Quieres que salgamos?

Solal hizo un misterioso ademán de asentimiento, la cabeza hundida entre los hombros, la mirada perdida. ¡Qué tristeza cuando la vio echarse una última mirada al espejo! ¿O sea que aún se esforzaba en agradecerle? Poco tiempo duraría.

Pasaron ante el Grand-Théâtre. Aude fingió no reconocer a dos antiguas amigas, despreció a aquella gente que llevaba una vida exterior, superficial. Solal se había detenido, miraba ávidamente las luces del teatro y a la gente social que entraba a divertirse. Se rascó la frente. Ella lo miró, reprimió una especie de vergüenza y le dio el brazo. Fueron a pasear a orillas del Arve. Pero no se les ocurría ya nada que decirse. Sólo tenían en común su amor aún vivo.

Un capataz, adepto de la Cruz-Azul se compadeció del infeliz de los zapatos agujereados. Solal no dijo a su mujer dónde trabajaba y habló vagamente de operaciones financieras. Desempeñó con celo su humilde trabajo.

Pero un día oyó el viejo insulto dicho sin maldad, por gustosa vieja costumbre casi cordial. Se levantó, golpeó al ofensor y fue despedido. Anunció la noticia al mediodía.

—Buenas noches, Aude. Me han despedido. Trabajaba en una fábrica de resortes de reloj. ¿Tienes algún reloj que no funcione? Soy un experto.

¡Su amado había aceptado animosamente semejante trabajo y ella sin darse cuenta de nada! Y mira que tenía que haberlo notado. Aquellos madrugones. Y él era el ministro que recibía con desdén, delgado, ágil y hastiado. Un sollozo se le agolpaba en la garganta, un sollozo de piedad maternal y de agradecimiento. Besó la mano de su marido.

—Escucha, amado mío. —Él esbozó un rictus de protesta—. Triunfaste tanto en París. Padre está completamente curado, me ha escrito el abuelo, y está deseando ayudarte a empezar de nuevo. ¿No quieres?

—Ni derecho, ni ganas. Además, mi especialidad son los pequeños engranajes.

Aude sonrió maquinal mente, con fatiga. Solal se puso a caminar por la habitación, conteniendo el deseo de preguntarle si no le quería menos. «Ni hablar, no tiene que saber que me quiere menos. Hay que retrasar el momento en que se verá obligada a reconocerlo».

Aude alzó la cabeza casi con alegría.

—Cariño, salgamos. Hace tan buen tiempo.

—Es aburrido —contestó él. (Pensaba que se aburriría con él lo mismo fuera que en casa).

Ella se tumbó en la cama sin hacer.

—¿Qué haces?

—Me tumbo.

Cerró los ojos, intentó dormir, dejar de pensar. Pero entraba el sol en la habitación y aquel hombre caminaba desmañadamente, con irregularidad. Le dolía la cabeza. Se levantó.

—¿Quieres que nos separemos, querido?

Él la miró con angustia.

—No, querido, no, me quedaré.

¡Qué tono de superioridad adoptaba!, pensó Solal. Sólo había una manera de romper por un instante el maleficio. Procedió a hurgar apresuradamente en la ropa de Aude. Ella se dejó, desconcertada, avergonzada. Durante unos instantes el peso de la vida resultó más llevadero. La miserable fiesta no duró mucho.

Solal reemprendió sus idas y venidas, sin entender ya qué hacía en aquella habitación y en este mundo. Por fin, abrió la puerta y dijo:

—Balance del matrimonio mixto. Me odian los míos y los tuyos. Te odian los tuyos y los míos. Y nos odiamos entre nosotros porque nos odian. Adiós, te abandono definitivamente.

—Ponte el abrigo. Hace frío afuera.

¡Ajá, conque creía que la cosa no iba en serio! ¡Pues ya vería! El portazo no impresionó a Aude. Se acercó a la ventana. Aquel infeliz que desaparecía por la angosta calle era su vida, la pobre parte que le correspondía.

Por la tarde, recibió la visita que más temía. El señor de Maussane se sentó, contempló la colada tendida, se quitó los guantes, se atusó el bigote. Mientras hablaba, observaba a Aude y su espalda encorvada, sus pestañas pegadas, la expresión extraviada de su rostro estragado.

—Ahora mismo dejas este piso —concluyó—. Yo me encargo de que Solal acepte

las formalidades del divorcio. Venga, vamos, hija mía.

Aude sonrió y dijo con un temblor de labios:

—Pero si yo no tengo la menor gana de irme.

—¿Contenta con tu suerte?

—Sí —contestó Aude con gravedad.

Maussane suspiró, se acarició la nariz, aspiró aire, cogió el sobre con el cheque preparado a todo evento. (Aude meditaba, con la mirada baja). Dejó suavemente el sobre encima de la chimenea, junto a un montón de papeles. Tosió.

—Hijita, no olvides que te esperan en las Primaveras.

Aude se mantenía erguida y digna, se aguantaba las ganas de llorar y de besar a su padre. El político sabía no insistir. Estaba seguro de que tarde o temprano regresaría con ellos. Se marchó.

Entretanto, el infeliz Solal erraba por una calle de Annemasse, pequeña ciudad saboyana a unos kilómetros de Ginebra. (Había mucho paro en Ginebra y había oído decir que en Saboya se encontraba más fácilmente trabajo). Divisó un cartel pegado a una tienda de ultramarinos. Pedían «joven recadero». Entró.

La tendera, que estaba charlando con un representante de pastas, dirigió una exquisita sonrisa al nuevo cliente. Pero cuando supo lo que traía al nuevo cliente, frunció el ceño, ojeó con suficiencia el pasaporte y desapareció en la trastienda. Se oyó una voz de hombre.

—Pero vamos, es que eres absurda. Absurda. Es que está clarísimo. Conocí uno en el regimiento de Marsella que se llamaba así y era de la cofradía. En mi casa no quiero judacas. Vamos vamos, que salga pitando de aquí. A Jerusalén. Dile al fulano que se pase por aquí por Navidad.

Solal salió, caminó unos pasos y se detuvo.

—En estos tiempos de paro hay que dar prioridad a los compatriotas —dijo la tendera.

—¡Desde luego, que vuelva a Polonia esa gentuza! —abonó el representante impaciente por colocar el pedido.

—¡Falsos como Judas y avaros como Rothschi! —proclamó en la trastienda la augusta voz de las naciones—. ¡Haced el bien y os pesará!

—Desde luego —contestó la tendera distraídamente pues una de sus clientes acababa de pasar sin detenerse, con un paquete que parecía proceder de la competencia—. ¡Hoy en día ingratitud, eso es lo que te encuentras! —concluyó con voz vibrante.

—¿Conque decíamos, señora Hermelin, que cien kilos de fideo semifino?

—Semifino —confirmó con soberana poesía aquella a quien el tributo era obligado puesto que hacía el pedido.

Solal se reunió con su mujer en la casa de comidas a la que solían acudir cada noche. Aude pensaba en una amiga a la que se había encontrado y que había mirado hacia otro lado. «Qué me importa a mí que no me haya mirado. Quedan aún ciento veinticinco francos más o menos. Son cincuenta comidas para cada uno. Prefiero venir a comer aquí. Si no luego toda la fregada. Sirven raciones pequeñas. Este bistec está lleno de nervios. Las yeguas amadas por los vientos de la Escitia más lejana. Me gustaban esos versos antes». Se inclinó sobre el plato.

Comían humildemente, masticando la pitanza con intimidad animal. No se miraban. Cada uno constituía para el otro la imagen de la asquerosa vida.

Junto a ellos, una pareja proletaria. La obrera consultaba la carta con enorme y disimulado placer. «Yo, Aude de Maussane, soy ya igual que esta gente». El amigo de la obrera llamó al camarero con dureza, para demostrar que era asiduo, y encargó el menú caro de cuatro francos. El profesor particular que comía con un café con leche se volvió. El proletariado se mantuvo soberbiamente serio.

Cuando llegaron los entremeses, de placer el obrero y su novia se mordieron vergonzosamente los labios para no sonreír. La mujer con gusto hubiera dicho que estaba de aúpa, pero logró contenerse, tiró el palillo y dijo fingiendo enfado que ya era hora. Emocionados por aquella visión de riqueza, el obrero y su novia se prodigaban inhabituales atenciones ofreciéndose recíprocamente entremeses. El hombre hizo el amago de afilar los cuchillos pero se detuvo y restregó el plato no sin soplarle antes.

A Aude se le escapó una triste risa y se levantó. Solal pagó y la alcanzó. Los dos presidiarios caminaron el uno al lado del otro.

Al llegar a casa, él le pidió que encendiera la chimenea. No prendía la madera húmeda y Aude sollozó exasperada. Cogió las hojas que estaban en el mármol de la chimenea y, con ellas, el sobre que había dejado Maussane sin que se enterase su hija. Arrugó los polvorientos papeles, los arrojó al hogar donde ardieron. Aquel hombre, aquel fuego, todo era insoportable.

Solal hablaba de los primeros días de su matrimonio con fingida ironía que ocultaba tanta desesperación y la esperanza de un milagro. Aude se levantó llena de rencor.

—¡Ni eso quieres dejarme! ¡Ni un bonito recuerdo!

—Oh novia mía, ¿recuerda usted lo cómicos que resultábamos el otro día, acatarrados ambos, en esta habitación, extrayendo, con todas nuestras fuerzas y sin mirarnos, un moco egoísta y conyugal? ¡Himen, oh himeneo!

—¡Basta, por favor se lo pido, basta!

Estaba harta y no comprendía que aquel cinismo camuflaba el dolor de ver lentamente ahogado el maravilloso amor por la soledad compartida y la miseria. Solal

tomó la decisión de aislarse altivamente. El silencio, la frialdad, quizá eso le devolviese el amor de su mujer. Pero ella lo conocía, sabía que aquella actitud era superficial, y contenía un mecánico deseo de reír al verlo constreñirse miserablemente al silencio.

Al cabo de un cuarto de hora, olvidó su decisión. Para romper el angustioso silencio, agobió a su mujer con inútiles preguntas, esperando que contestaría cariñosamente, que brotarían de ella palabras milagrosas, que le diría, súbitamente iluminada: «¡Vamos a ver a los tuyos!». Por eso repitió, sin cansarse, durante largo rato:

—¿Qué, qué, qué hay?

Esperaba la respuesta milagrosa. Pero ella no decía nada. Pensaba en otras cosas, soñadoramente, peligrosamente en otras cosas. Riendo como un bobo, con inexplicable y desasosegada alegría, intentó, para impresionar a Aude, para emocionarla, doblar el anillo que seguía llevando. Hacía falta algo inédito y no quedaba ya nada inédito. (Sufrir siempre. El sufrimiento grande entontece, reduce el alma, envilece el cuerpo. Y vuestros estúpidos poetas, delicadas criaturillas cuyo corazón jamás ha batido sangre negra, vienen a cantarme la grandeza y ventajas del sufrimiento).

A las nueve, no teniendo otra cosa que hacer ninguno de los dos, se acostaron. En cuanto la tuvo cerca, él se apartó para no notar aquel cuerpo extraño. Cada uno de ellos amó su cuerpo y odió el del otro. El hombre profesa un amor indulgente a su cuerpo, ese viejo infeliz que lo acompaña en todos sus infortunios.

—Vete, me molestas.

Temblando de frío, Aude se sentó en un sillón, pidiendo a Dios que los salvase.

—Hunde bien los clavos, amada mía.

Se volvió contra la pared, consciente de que devoraba los últimos restos del capital de nobleza y virilidad amasado antes del matrimonio.

—Los clavos del ataúd. ¡Vete!

Al quedarse solo, comprendiendo su culpabilidad, lloró, pegada la cabeza a la almohada. Pero no había nada que hacer. La mano de Dios pesaba sobre aquellas dos pobres criaturas.

No podía dormirse y se ahogaba en la oscuridad. «Si no me mato es porque me da miedo fallar. Posible parálisis. En cualquier caso, ahí está la pistola. Mañana se verá». La necesitaba. Aporreó el tabique y aguardó esperanzadísimo. Ella lo entendería todo. Los males pasados quedarían maravillosamente abolidos y sería un maravilloso volver a empezar y todo iría bien.

Pero apenas entró, la miró con odio, cogió un vaso de agua, quiso arrojárselo a la cara. Ella dijo con desdén:

—¿Para qué? La verdad es que no es interesante. —Era demasiado educada para

atreverse a decir que era una estupidez. Pero pensaba: «¡Qué bajo ha caído!».

—Di cómo te llamas.

—Aude Solal.

—En París, cuando ibas a encargarte algo a una tienda, ¿cómo lo decías? Te comerías las sílabas. ¿Te arrepientes de tu matrimonio? ¡Di que te arrepientes! —Le ardían las mejillas de vergüenza—. Di tu nombre de antes.

—Aude de Maussane.

¡Oh, qué bien lo decía! Lentamente. ¡Saboreaba su querido y precioso apellido! ¿Qué se le había perdido a él en aquel país? ¡Ah, vivir con su padre, con su tío, reír con los Esforzados, cuando contaban anécdotas de pasaportes, o cuando, mientras birlaban olivas, confesaban ingenuamente el pánico que les daban los guardias! Estaba tan cansado que durmió un minuto.

Abrió los ojos, cayó de rodillas ante su mujer. La mano de Aude acariciaba maquinalmente la mano de Solal. Ni siquiera se sentía ya triste, sentía indiferencia. Para experimentar dolor, se requiere un mínimo vestigio de alegría. Él había destruido todas sus esperanzas. Ya no creía en él. No lo abandonaba por nobleza y fidelidad a la palabra empeñada. Él contemplaba, loco de adoración, aquella mano que había maltratado.

—Amada, novia mía. Nunca más. Me arrepiento. Pido perdón. Amada, sé que tendremos un hijo. ¿Por qué no me has dicho nada? No me he atrevido a hablarte de ello. ¿Lo odias por mí? ¿Por ellos?

Las palabras salían trabajosamente. Era tan desdichado que casi no sabía hablar. Ella ya no lo escuchaba, endurecidos los ojos. Apartó la mano, pensando en su niñez. Las grandes frases cristianas se le agolpaban en la garganta: «Venid a mí, todos los que estáis atormentados y agobiados, que yo os aliviaré». Su maestro de siempre, su Señor Cristo, le sonreía. Solal había apoyado el rostro iluminado por las lágrimas en las rodillas de su mujer. Aude se echó ligeramente hacia atrás.

—No me desprecies, no me abandones —balbució él desesperadamente—. Quiéreme, puesto que yo te quiero.

Quiso volver a tomarla autoritariamente. Pero era demasiado sincero para lograrlo. Quiso besarla en los labios y la atrajo tan torpemente que chocaron sus dientes. Ella lo rechazó.

—Por poco me rompe un diente —dijo ella para aumentar la sensación de ridículo. (Acto seguido, se lo quedó mirando con perverso regodeo).

Se produjo un milagro. Solal se incorporó, se recobró, se indignó de aquella degradación y soltó una carcajada tan violenta que Aude tuvo miedo. Por fin se calmó, encendió un cigarrillo que arrojó de inmediato sobre la alfombra.

—¡Imbécil! —articuló—. Oh estúpida, te he rendido el real homenaje de presentarme ante ti sincero y desarmado. ¡De rodillas me has visto, a mí! Siempre me

ha inspirado desprecio la mujer, y qué razón llevaba. Ya antes de nacer, aborrecía a esas criaturas esclavas que adoran el puño, la entonación y el renombre. Qué asqueroso recuerdo he conservado de mi vida intrauterina. O sea que lo que necesitabas era el silencio viril y el hielo viril que las locuelas de satén se mueren de ganas de romper. «Toc toc toc, hermoso caballero enérgico y silencioso, ¿puedo entrar?». ¡Estúpida! Durante todos estos tiempos, no he querido hacer tiquismiquis. No he querido tratarte como mujer. Te he honrado. ¡Pero el pajarillo no ha querido saber nada y ha salido volando! No, si ya sé, tenía que haber sido lúcido —¡tan fácil! —, hablar poco, mirar, clavar una severa mirada. ¡Necesitabas los gestos graves que hacen derretirse a las estúpidas, que les hacen olvidar las ofensas y desear tan sólo que las abracen y soportar mis setenta kilos! ¡Y dos, tres mil años llevamos desgañitándonos por esas criaturillas! ¡Pobre Petrarca! ¡Y Laura acostándose con el capitán de dragones! Te diré un secreto. Resulta fácil ser viril, pero es más hermoso ser hombre. ¿Qué, qué me contestas?

Se presentó la portera anunciándoles que el dueño los echaba. Habían tenido paciencia con ellos, les habían reclamado varias veces el trimestre, pero tanto va el cántaro a la fuente. Le habían ordenado que les hiciera dejar las maletas. Por supuesto, les darían tiempo para que buscasen alojamiento. Pero dentro de tres días, los nuevos subarrendatarios, personas decentes, tomarían posesión de la casa. Por supuesto, les dejarían llevarse una maleta. No querían la muerte del pecador.

Se marchó la portera. Solal contaba su única riqueza y su último lujo: un montoncillo de pañuelos muy blancos y muy finos que había comprado pocos días antes y que disfrutó extendiendo. Aude canturreó: «¿Y la cosa cómo acabará, ah ah?». Ofreciéndose un pequeño goce, royó un terrón de azúcar y se tumbó en el sillón. Solal, al tiempo que se rociaba con colonia (anhelo del antiguo lujo y miedo a venir a menos), le habló con tono suave. Incluso acercó la mano a la frente de su mujer para acariciársela. Ella se estremeció y alzó el brazo para protegerse de los golpes.

Solal silbó, esbozó un paso de baile. La bestia necesitaba diversión. No era ya la despreocupación de la juventud sino el hábito a la desgracia y el envilecimiento por el hábito. Gesticuló como un loco y arrojó una jarra al suelo, aunque apuntando a la alfombra para no romperla. Aude soltó una carcajada y sacó la lengua a su marido (su niñez acudía en su socorro).

—Aborrezco a todo el mundo —proclamó.

Cantó imitando la pronunciación de su abuelo: «Muchachitoz iniciemoz nueztra marcha y nueztra cancionez», y observó que Solal llevaba unos magníficos calcetines nuevos. ¿De dónde sacaba toda esa ropa tan buena?

—Escúchame, amada. Dime un insulto. Ya sabes, esas dos palabras que se les

dicen a las larvas, a los tipejos insoportables.

—¿Insistes? Bueno, pues si tanto te gusta. Judío asqueroso.

Solal se estremeció, experimentando un extraño placer.

—Aude, he soñado que te habías muerto. ¿Quieres a Jacques?

—Quizá.

—¿Lamentas no haberte casado con él? Escríbelo. Escribe también lo que opinas de mi padre.

—Bueno.

Escribió: «Ojalá no hubiera conocido nunca a ningún israelita. Creo que lamento no haberme casado con Jacques de Nons». Disfrutaba haciéndolo sufrir, pagándole con la misma moneda, una vez al menos.

—¿Tengo que firmar? —preguntó tranquilamente y escribió: «Aude de Maussane».

Fue a buscar a Einstein, el comisionista que buscaba alojamiento a los estudiantes. Varios años antes, le había regalado mil francos, un día de euforia. Einstein le dio cuarenta francos, toda su fortuna, y lo acompañó a la Escuela de Bellas Artes. Unas horas posando, concedidas por caridad, supusieron veinticuatro francos más. Unos sesenta francos daban para ir tirando. Al regresar, comprobó con sorpresa que su mujer no había huido.

Salieron. Einstein llevaba la maleta. Delante de él, Solal y detrás, la joven que caminaba abstraída, persiguiendo un misterioso designio interior. En el escaparate de una carnicería de la calle de Carouge, un rótulo anunciaba que se alquilaba una habitación. Entraron.

Alindado el antebrazo con una manga encañonada, la enjuta carnicera de peluca rubia discurría ante un parroquiano, agitando los anteojos. A la derecha de la señora Quelut, colgaban tres hermanos corderos; a su izquierda, un buey engalanado con verduras reventaba de salud. La señora Quelut, cuyos sibilantes labios acababan de censurar la última boda del barrio, se interrumpió para mirar de arriba a abajo a los mal vestidos, y los escuchó al tiempo que acababa de engullir unas migas, restos de un bocadillo.

—Serán treinta francos. Más la luz, como es lógico. Pero la habitación es muy cuca —agregó alzando cariñosamente la oreja de una cabeza de ternera—. Y como ya se supone, el pago por adelantado.

La señora Quelut precedió a la pareja, al tiempo que aspiraba las fibrillas de carne que el mondadientes no había logrado desalojar. Caminaba con dignidad pues estaba bastante asqueada por el parvo equipaje de aquellos dos.

Se sentaron en la cama de hierro. Aude contempló la jofaina de hojalata, el espejo-anuncio y su barriga hinchada. Solal tocó con delicadeza el brazo de su mujer, suplicándole con la mirada que lo perdonase. Aquel vientre habitado por un niño lo

llenaba de respeto y ternura. La miraba con terror, aguardaba humildemente.

Aude se levantó de repente y salió, dejando la puerta abierta. Solal comprendió. Se levantó tambaleándose, logró llegar a duras penas a la barandilla de la escalera, llamó. No obtuvo respuesta. Su mente derivó y se inclinó como un navío dañado. Caminó por la habitación, canturreó que estaba perdido, perdido, se golpeó el pecho, se martirizó la cara. Con todo, estaba lúcido y vigilaba aquella representación que camuflaba, entretenía o adormecía su desasosiego.

—Ya no volverá. Merecido lo tienes —farfulló.

Y se desplomó. Permaneció largo rato tumbado en el suelo, con los brazos en cruz. Al cabo de una hora, se levantó y recobró las esperanzas. Aude regresaría. Había querido castigarle, pero regresaría. Una vez más, se mostraría paciente y bondadosa.

—Hay que arreglar el cuarto para cuando vuelva.

Con los ojos extraviados, sin saber lo que hacía, cerró los postigos, limpió el polvo de la mesa, ordenó las sillas. Se peinó, se lavó concienzudamente las largas manos.

Hacía una hora que se había puesto sol. Solal, sentado en la oscuridad, aguardaba el regreso de su mujer, hablaba en voz baja.

—Mi adorada tiene un pelo tan hermoso, tan hermoso. Un vestido tan bonito, un vestido de noche.

El liviano ropaje, del que no había querido desprenderse, estaba en la maleta. Extendió la tela plateada sobre la cama y la acarició.

—Tiene los ojos oscuros y dorados. Ojos maliciosos en otro tiempo. Tan hermosos, unos ojos tan hermosos. Tiene la voz grave pero a ratos muy fina. Una voz tan bella. Aude volverá. Sé perfectamente que volverá.

Era de noche. La habitación estaba fría y oscura.

Colgaba un grueso cordón junto a las cortinas. Lo arrancó e hizo un nudo corredizo. Vaciló.

XXXII

Era la hora helada entre la noche y el alba. El jefe del poblado salió de su barraca. Mientras los colonos seguían durmiendo, hizo sus abluciones, se miró en el fragmento de espejo colgado de la bomba y aprobó la levita color avellana que no había podido decidirse a abandonar pese a las faenas agrestes que venía dirigiendo desde hacía unos meses en Palestina. «En definitiva, amigo mío —pensó—, se está infinitamente mejor en tierra de Israel que en esa ciudad del Santo Germánico o como quieras llamarla, se me ha olvidado».

Tras la lamentable marcha de Saint-Germain, Saltiel viajó al Rif marroquí con intención de colocar unas arpas, y luego a Roma donde —tras una serie de malentendidos demasiado largos de explicar y de los que no era responsable— lo habían tomado, en el momento en que se apeaba de una carroza alquilada con ánimo de deslumbrar a los Esforzados que lo esperaban ante el Vaticano, por un alto personaje sionista que debía ser recibido en audiencia privada por el papa.

Un elegante prelado ayudó a bajar del coche al tío Saltiel, evidentemente sorprendido pero que se dejó gustoso, siguió a su guía y apreció la extremada urbanidad de las autoridades vaticanas. «¡Sea lo que Dios quiera y ya se verá!».

Una serie de monseñores se lo fueron pasando de sala en sala hasta la puerta roja ante la cual uno de ellos le susurró al oído que no olvidase besar la mula de Su Santidad. El tío buscó con mirada agonizante al indócil cuadrúpedo.

Un cuarto de hora después, salía, embellecida la faz por las azucenas del triunfo.

Fue a reunirse con los Esforzados al hotel, cerró la puerta con llave e instó a sus amigos a que rezasen y lo abrazasen. Por fin, tras preguntarles si entendían «en términos generales lo que era un papa», tras obligarlos a levantarse y sentarse varias veces, les anunció que había hablado como un ángel a Su Santidad, que había estado agudo, hábil, sincero, conmovedor, conmovido, ingenioso, patriótico y que el Santo Padre le había entregado una declaración de simpatía hacia el movimiento sionista. «¡Que Dios guarde al Papa!», exclamaron los Esforzados entusiasmados y rogaron toda la noche por el augusto anciano.

Al despuntar el alba, Saltiel se dispuso a dirigir los destinos de Israel. Pero los sionistas le arrancaron la declaración y amonestaron al usurpador. El tío se consoló pronto pues estaba ya hastiado de la política. Había logrado un triunfo sonado y eso le bastaba. Tras ir a mantener una pequeña charla con Tito sobre el arco erigido en honor del vencedor de Jerusalén, partió rumbo a Cefalonia, decidido a dedicarse a algo útil en el ocaso de su vida. Hablando con el papa, había descubierto que tenía una patria.

Su entusiasmo convenció a su padre. Maïmon —que conservaba en su arca una considerable cantidad de doblones, libras, onzas, ducados, pesos, piastras y florines— maldijo largo y tendido a su hijo y le hizo entrega de dos mil monedas de oro.

Saltiel compró pues un extenso terreno, entre Jaffa y Gaza. Treinta mozos y diez mozas oriundos de Rusia aceptaron seguirle y fundar el nuevo pueblo, al que dieron, pese a las hipócritas protestas del títo, el nombre de Kfar-Saltiel. La afabilidad, el entusiasmo y las torpezas del fundador de la colonia merecieron el respetuoso afecto de sus administrados.

Cuando se enteraron del nacimiento de Kfar-Saltiel, los Esforzados anunciaron a quien quisiera oírles su decisión de reconstruir Palestina, aprendieron agricultura, esgrima y pastoreo y se prepararon para la marcha.

El primero en estar listo fue Mattathias, que acababa de perder toda su fortuna. Al exigir la administración inglesa la presentación de una cantidad de dinero, Mattathias, para poder franquear el cordón aduanero, mostró a los funcionarios de Jaffa un billete de cien libras que había consentido prestarle Maïmon. Tan pronto llegó a Kfar-Saltiel, mandó el billete de banco a Comeclavos que se plantaba allí diez días después, tocado con una chistera y envuelto en una capa aventurera color muralla con la que se creía obligado a embozarse, no mostrando más que los ojos. Comeclavos envió de inmediato el billete eterno a Michaël. Por el mismo sistema llegaron innumerables hijos de la raza millonaria y, entre otros, Salomon que había perdido a su mujer y a sus hijos y no dejaba de alabar a Dios por no haberlo hecho morir a su vez.

Mattathias y Michaël se entregaron formalmente al trabajo. Comeclavos y Salomon perdieron unas semanas discutiendo acerca de la indumentaria más adecuada para unos agrestes y leales palestinos. Salomon se decidió por fin optando por vestirse de vaquero suizo. Comeclavos prefirió el uniforme de *boy-scout*, pantalón corto y blusa caqui, aunque sin decidirse a abandonar la chistera. En poco tiempo, la mano de obra no calificada —nuevo nombre de los Esforzados— desecó una marisma bastante grande.

La luz despertó las azucenas de los campos y a orillas del mar, por un instante de color amaranto, se estiraron unas palmeras. (Puede que un día veas ese país, Myriam, hija querida). Saltiel pensó que aquel día iba a ser segada la primera hierba de su finca. Intimidado, fue a comprobar el filo de las guadañas, que Michaël había afilado la víspera.

Sonaron cantos y los jóvenes pioneros rodearon al jefe que, con voz ahogada, ordenó que cogieran las guadañas.

—¡Adelante, en marcha!

Muy seria, la manada, negra de sol y de viento, siguió a la levita solemne y desfiló ante la fragua en la que Michaël golpeaba ya y Comeclavos avivaba las brasas

valiéndose de su tos y de su chistera a guisa de abanico. Mattathias, inclinado sobre una caja de madera, llevaba apasionadamente la contabilidad de la colonia y volvía las hojas del libraco con ayuda de su garfio de acero. Ante la mirada crítica de sus tres amigos, Saltiel alzó el fino rostro. Salomon, que había alcanzado a la cohorte, se enredó con la guadaña, se hizo un corte en la rolliza pantorrilla, sonrió y dijo que no tenía la menor importancia.

En el prado, los agricultores se dieron a la tarea. Los pioneros segaban con ritmo regular y Saltiel con frenesí, imitando sus arrugas la labor de las manos. De repente, Salomon soltó un bramido. Su guadaña, inmensa y mal dirigida, acababa de cercenarle limpiamente la punta del zueco. Una vez de pie, sonrió, dijo que no tenía importancia y que se encontraba bien. Saltiel se sacó de los faldones una hoz infantil, la afiló y se la tendió silenciosamente al cretinito.

Los mozos y mozas, bañados en sudor, se detenían de cuando en cuando y miraban con inquietud al anciano tío de la colonia que, muy pálido, arqueaba sus pantorrillas de sesenta y siete años para apreciar mejor la tarea realizada. Su corazón enfermo obraba prodigios. Dos muchachas le rogaron que se detuviese. Se negó y siguió segando, cabizbajo, en completo estado de inconsciencia. Le desconsolaba cortar las cabezas a las florecillas y procuraba indultar a los ancianos.

Entretanto, Michaël y Comeclavos habían venido a incorporarse a los trabajadores de los campos. Los rusos se volvían a admirar al corpulento jenízaro que segaba maravillosamente.

Tres místicos polacos, a quienes conociera otrora Saltiel en un tren italiano, estaban hundidos hasta las rodillas en una pequeña marisma con los abrigos empapados. Entornados los ojos, levantaban el cieno con las layas y entonaban salmos.

Todos aquellos antiguos nómadas eran conscientes de su impericia. ¿Pero qué les importaba? Trabajaban al sol y sus hijos se encontrarían con fértiles campos. Sudorosos y apacibles, trabajaban sin descanso. Honor a los nuevos hijos de Sión.

El antiguo Embarullador de Procesos era el único informal. Se interrumpía con frecuencia a maldecir a un mosquito o a contemplar con evidente satisfacción las ampollas de sus tremendas manos todo huesos, venas y pelos. Acto seguido, se calaba la chistera, cogía la guadaña ahogando un bostezo y proclamaba que estaba fecundando la tierra de sus ancestros. A continuación, descansaba. A unos metros de allí, unos estudiantes de Kiev que rompían animosamente piedras en la carretera se reían del mediterráneo holgazán.

Durante la pausa de la comida, Salomon se durmió sin comer y no despertó hasta al cabo de tres horas. Como reclamaba trabajo, le ordenaron que sembrase habas en el terreno reservado para experiencias. En cuclillas, hacía agujerillos con el dedo índice e introducía en cada uno una semilla. De cuando en cuando iba a preguntar a

Iarochovsky, que había sido jefe de clínica en Odesa, si aquella semilla no estaba enferma y si podía sembrarse sin inconveniente «en la patria». A veces, gritaba a Michaël que no le hacía caso:

—¡Pero tú sabes lo que se ensucia uno las manos aquí! ¡Se me mete tierra en las uñas y me da dentera!

Corría entonces a lavarse las manos al pueblo, se detenía entonces en el corral a tenderle a un burrito precioso o a una cabritilla, muerto de miedo de que se le llevaran la mano, una pizca de hierba metida en una hoja de papel. Luego volvía, pletórico de entusiasmo, saliéndosele continuamente los zuecos y diciendo: «¿Y ahora qué hay que hacer? ¡Que lo haré!». Pedía trabajos suplementarios, que olvidaba, atraído por una mariposa o zarandeado por los pioneros.

—¡Oh palestinos —gritaba Comeclavos enseñando las ampollas—, compadeceos! ¡Contemplad al pobre campesino! ¡Contemplad la calamidad que han sufrido mis manos de intelectual por culpa de esos sionistas del fondo de Rusia que me han traído a este Sahara y a esta Pollakstina!

Pero se calaba de nuevo el sombrero y reanudaba el trabajo con bastante buena gana.

El venerable Maïmon, que había llegado hacía una semana y acababa de despertarse en la hora quinta de la tarde y en el ciento cinco año de su existencia, exigió trabajo a su vez. Su hijo le encomendó respetuosamente la vigilancia de un puñado de cabras negras. Se divisaba, junto al bosque de eucaliptos, la larga forma temblequeante y la ondeante barbita del cabalista, tocado con una boina vasca y gritando a los cuatro animales del Maligno:

—¡Por el Nombre de Chispas, me gustaría saber por qué no paráis de moveros! ¿No es preferible que os quedéis tranquilos escuchándome en corro contaros unos apólogos?

Transcurrían las horas. Los trabajos prestaban escasa atención a Tartakower, un antiguo jefe sionista que se había pasado a la oposición, y venía de cuando en cuando a reconfortarlos con prosopopeyas patrióticas agitando el cuerpecillo, la crin pelirroja, el morro leonino, la corbata roja, y arqueándose sobre los tacones altos.

Comeclavos soñaba sobre un talud y contemplaba amorosamente sus manos. Había decidido no volver al trabajo hasta que se le curasen las ampollas. «¡País de miel y de leche!», decía burlonamente dando patadas a la lata que había contenido la leche, condensada con la que se sobrealimentaba.

El tío Saltiel dejó de segar para mirar con inquietud las barracas de madera y de chapa ondulada por encima de las cuales ondeaba una banderola azul y blanca. Temblaba por su colonia. Desde hacía unos días, circulaban inquietantes rumores. Las últimas fiestas religiosas parecían haber sobreexcitado a los campesinos árabes y Michaël había sorprendido coloquios entre estos últimos y los jefes de una tribu

nómada.

Saltiel se tranquilizó pensando en las alambradas que rodeaban el pueblecillo y en la ametralladora que había mandado traer de Egipto. Pasó un asnerizo, gangueando un llamamiento amoroso a una beduina que se escabulló hundiendo una risa avergonzada en una manga. El árabe se acercó a los judíos y les gritó que al día siguiente sus cabezas colgarían de los árboles.

Al atardecer, los trabajadores abandonaron el prado. Las hileras eran irregulares, la hierba estaba algo estropeada. Se miraría de hacerlo mejor al año siguiente.

En la lejanía, Salomon absorto sembraba su ciento cinco semilla sin reparar en el crepúsculo y en el silencio. Un caracol le arrancó un grito haciéndole retroceder espantado. Se percató entonces de que el prado estaba desierto. Nuestro hombrecillo salió a todo correr con toda su alma ingenua y medrosa, presa de violento pánico, imaginando tras él a los beduinos excitados por su sangre.

Y en verdad, ocultos en el bosque de eucaliptos, unos espías árabes vigilaban los movimientos de la colonia.

A la luz del claro de luna, el amigo Salomon. Sentado contra un arado, descifraba el himno sionista que había mandado traer de Jerusalén. Pero se cansó pronto, advirtiendo que le resultaban incomprensibles aquellas cinco rayas con aquellos malditos circulillos tan pronto negros como blancos. Se levantó, se rascó, buscó otra diversión. Fue a darle un trozo de chocolate al camello recién nacido, le limpió los labios con el pañuelo y se complació adjudicándose el título de cornac.

En éstas, llegó el falso abogado tísico, acabando de sacar fuerzas de un racimo de plátanos que llevaba colgado de un tahalí. Lo seguían Michaël y Mattathias. En la otra punta del pueblo, los pioneros cantaban y bailaban en torno a una hoguera.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora y a qué jugamos, Comeclavos? —preguntó Salomon.

—Parece ser que vendrán esta noche —dijo cavernosamente Comeclavos—. ¡Pobre Salomon, morir tan joven! ¡El árabe es tremendo y hace volar las cabezas a distancia!

Salomon golpeó el suelo con el pie, afirmó que no tenía miedo y dijo para que lo oyera Saltiel que se paseaba, con cara preocupada:

—¡Has de saber que estoy aquí en mi pequeño país y que como aparezcan los árabes extermino a uno!

Arrugó tremendamente la nariz y estornudó. Comeclavos miró a su amiguito con cariño y le propuso instruirlo en el oficio de las armas, a fin de salvar a Palestina. El antiguo cabo en el ciento uno regimiento se otorgó el grado de «Capitán Soldado» y explicó una teoría sobre el saludo militar al lobezno Salomon que saludó una y otra vez con sinceridad apasionada.

Tamar, una real moza de rotundas protuberancias, que salía de la barraca donde estaban instaladas las duchas, miró a los militares, esgrimió una resplandeciente sonrisa, se sacudió las gotitas que perlaban sus cortos cabellos y fue a reunirse con los que bailaban.

Saltiel se preguntaba con inquietud si habría israelitas en las estrellas y escrutaba los misterios del cielo pegando las manos al ojo derecho a modo de telescopio. Pensaba que, al haber un número infinito de estrellas, habría en otros mundos numerosos Saltiel Solal, algunos de los cuales estarían contemplando el cielo, exactamente como él a la misma hora. Se dio cuenta de que era una forma de vida inmortal en la que jamás había pensado.

Se acercó a los que bailaban. Las muchachas tenían las piernas desnudas y el viento del baile descubría los pechos de los mozos. El viejo Saltiel batió palmas, arrojó al aire su gorro de castor y gritó:

—¡Hacedme un sitio!

Entró en el corro con el entusiasmo del adolescente e hizo cuestión de honor el saltar más alto que los demás. Pero de repente el baile se paró en seco. Llegaba corriendo Michaël, alzando la mano.

—¡Hay docenas de ellos detrás de los eucaliptos! ¡Muchos a caballo y los demás a pie!

Arrojaron agua sobre las ramas ardiendo y los mozos se colocaron formando un cuadrado. Las mozas trajeron fusiles y una caja de cartuchos. Michaël quitó la funda de la pequeña ametralladora que engrasaba una vez por semana, se estiró hacia abajo los recios bigotes y aguardó arrogantemente. El jefe de clínica encendió un pitillo y rogó al tío Saltiel que se pusiera a buen recaudo. El pobrecillo sexagenario, extenuado por la dura jornada de siega, tuvo un momento de desfallecimiento y obedeció temblando, seguido de sus amigos.

Los tres polacos se habían alzado el cuello de la hopalanda y entonaban, mirando al cielo, un descarnado salmo. Sonó un disparo a lo lejos y surgieron unos jinetes a todo galope, seguidos de andrajosos vélites. Tan pronto estuvieron a un centenar de metros, Michaël, apacible operador, accionó la ametralladora. Los jinetes árabes dispararon, pegado el fusil a la cadera. Tartakower cayó, balbuciendo las últimas palabras de su discurso en el primer congreso sionista. Sus manos rascaron, estrujaron la tierra arrancada y, ya tiesas, la conservaron. Varios caballos se habían desplomado y el enemigo había desaparecido ya. Michaël anunció que los primos no tardarían en volver a la carga y recomendó a las muchachas que sustituían a los heridos que apuntasen a los caballos.

Entretanto, Saltiel había salido del barracón que servía de cocina. Quería rehabilitarse. Salomon se estremeció al ver el cadáver sobre el que Tamar extendía una sábana. Michaël ordenó que ensillasen los seis caballos de labranza y que los

tuviesen listos en el centro de la colonia. Algunos beduinos más obstinados reemprendieron el ataque.

Michaël, la guapa Tamar y cuatro mozos montaron en los caballos que saltaron pesadamente la alambrada. Mientras los seis jinetes se lanzaban en persecución de aquellos cargantes inalcanzables, los mozos que se habían quedado en el pueblo, al tiempo que bromeaban sobre la confusa táctica de sus enemigos, hacían fuego contra los primos que disparaban a su vez y trataban de cruzar la alambrada. Uno de los místicos cayó. Sus dos compañeros entonaron la plegaria de los muertos, inmóviles bajo las balas.

Salomon, entusiasmado por la bizarra partida de Michaël, asió una hoz y se la lanzó a un árabe que le apuntaba riendo. Quiso el Dios de los Ejércitos que el objeto alcanzase su objetivo y que el árabe cayese del caballo. Lanzando un grito de victoria y muerto de miedo, Salomon saltó la alambrada sin acabar de saber lo que hacía y montó en el caballo de la víctima. Se hacía amargos reproches y se disponía a apearse cuando su montura lo arrastró a todo galope hacia tres hijos de jeque que espolearon y huyeron. Salomon suplicaba a su caballo que regresase pero el maldito animal fingía no entender el francés. Estallaron carcajadas en el campo y todos aplaudieron al bizarro guerrerillo. Mattathias agarró con el garfio a un árabe que se había deslizado en una barraca para prenderle fuego, lo amarró, cogió la pistola del prisionero y la sopesó maquinalmente, a efectos de evaluación.

Entusiasmado por aquella serie de gestas, el tío Saltiel eligió a un hijo de Sem de cara particularmente inmoral, preparó un lazo, lo lanzó hábilmente y se cazó a sí mismo. Se hubiera ahogado de no ser por la pronta intervención de Comeclavos. Éste, que había resuelto en un principio limitarse a ser ambulanciero, se decidió a arrojar sobre un grupo de refuerzo unas botellas de ácido sulfúrico concentrado que sembraron el terror.

Tres estudiantes de filosofía, cinco médicos y dos guapas antimilitaristas salieron entonces del campo y se lanzaron en persecución de los numerosos vitriolados. Saltiel se hizo con una honda para gavilanes, la hizo girar con vigor y mató, de una profunda pedrada en el ojo, al único camello de la colonia que estaba detrás de él. Antes de hincar la rodilla, la noble y desdeñosa bestia dirigió una mirada de reproche a su asesino.

Desesperado y avergonzado, el tío cogió un sable, corrió hacia un inmenso árabe que cojeaba con esfuerzo y lo requirió lealmente. Como el gigante se volviese tristemente, Saltiel le instó a que reconociese con él la omnipotencia del Dios de Israel. Al ver que el árabe cargaba el fusil, Saltiel se juzgó en estado de legítima defensa y alzó el sable. Pero tuvo miedo de lastimar a su adversario y de ver correr la sangre, conque se limitó, cerrando los ojos, a asestar prontamente un gran golpe plano en la cabeza del hereje que cayó. Y tras haber tomado parte en el combate,

Saltiel se fue.

Los jóvenes regresaron y se sentaron, sudorosos, y se miraron con jadeantes y efusivas sonrisas. Saltiel, en paz con su conciencia, se encaramó en una caja de madera. Metidos dos dedos en el chaleco y haciendo visera con la mano, inspeccionó Austerlitz o Valmy. No quedaban árabes.

A lo lejos, Michaël y sus jinetes regresaban hacia el campo. ¿Pero por qué venían a paso tan lento sus caballos? A Saltiel se le encogió el corazón al ver que Michaël llevaba en los brazos al minúsculo Salomon acribillado de balas.

El agonizante, que fue depositado en el heno, se despidió de los Esforzados, queridos compañeros de su vida.

—Ya sabía yo que moriría joven. No volveré a veros, amigos míos. Adiós, querido Comeclavos, querido querido Michaël. Tío Saltiel, por favor, deme la mano.

—¿Y a mí no me dices nada? —preguntó Mattathias con una especie de sollozo.

Salomon se disculpó, sonrió, cerró los ojos y balbució que se lo dieran todo a los pobres. Un estertor musical brotó de sus labios abiertos y la muerte pasó la mano en la carita perpleja.

Saltiel cerró los ojos del pobrecillo. Comeclavos y Michaël lloraban, vueltos de espaldas. Por fin, llevaron a su amigo al granero donde yacían los otros tres muertos. De pie y con la mirada baja, los Esforzados montaron la guardia fúnebre en torno a Salomon.

En sus barracas, los pioneros se habían tumbado sobre las tablas cubiertas de heno. Encima de cada litera estaba la mochila que contenía las camisas, el jabón, las breves cartas del padre y las largas misivas de la madre, los libros socialistas y la Biblia. A las cuatro, todo el campo dormía a excepción de los Esforzados. Los jóvenes rostros se veían cansados. La reina Esther, negros los dedos de pólvora, sonreía. En su pesadilla, Iarochovsky insultaba en alemán a su profesor de anatomía patológica.

A las cuatro y media, Maïmon, que se había acostado con el sol, se despertó, ignorando el combate que se había librado. Salió, olfateó la creación, vio que era buena y se alegró de vivir. Detrás de un montón de heno, avistó al prisionero árabe que había logrado soltarse las ligaduras e intentaba apoderarse de los fusiles. La aparición del anciano traslúcido que lo maldecía en lengua caldea espantó al ladrón que salió huyendo.

Algún tiempo después del primer golpe de mano, el día que llegó Gamaliel, se presentó un emisario anunciando a Saltiel que la gente de los alrededores no quería más judíos en su tierra, que el primer combate no había sido más que un juego y que como los judíos no se marchasen en el acto, lo pagarían con la muerte. Saltiel había elegido la muerte.

El segundo ataque, bien organizado por los árabes, resultó sangriento. Los judíos se defendieron lo mejor que pudieron y Saltiel, herido repetidas veces, hizo prodigios. Gamaliel, con una cuchillada en la frente, acogotó con una reja de arado a un árabe que intentaba arrancar al ciego los rollos de la Ley. En ésas, llegaron refuerzos de Ruhama, la colonia vecina, y volvió la calma. Pero quedaban pocos vivos entre los habitantes de Kfar-Saltiel.

Iarochovsky comunicó a los Esforzados que su jefe y amigo no iba a tardar en morir. La misma noche llegó de Cefalonia el profesor ayudante de Talmud con una gran noticia.

—¡Oh compadre Saltiel, oh hijo de la fortuna, tu título otomano ha ganado el premio gordo!

El títo se había pasado medio siglo describiendo minuciosamente las magnificencias y donaciones del día en que «ganase su otomano». Escuchó al profesor con sonrisa distraída, preguntó por el camellito e instó a sus amigos a que se ocupasen del huérfano. Aspiró luego el perfume de las florecillas que acababa de traerle Michaël. Flores de Israel.

—¿Estáis aquí los tres? Amigos míos, creo que me reuniré muy pronto con Salomon, Dios sabe dónde.

—Vamos, vamos —dijo Comeclavos con voz especialmente ronca—. ¿Quién habla de morir aquí?

—Aguarde a que hayamos construido unos cuantos acorazados —dijo Michaël con fingida alegría—. ¿Ahora que es nuestro el Reino quiere morirse usted?

—Siempre ha sido extravagante —dijo severamente Mattathias que tenía los ojos enrojecidos y con cercos.

Pidió el moribundo que le leyesen el cuaderno azul que contenía las obras de Salomon. Sonrió y celebró uno tras otro los poemas enamorados, lozanos y cantarines que compusiera el aguador bebiendo su mercancía.

—Un inútil bueno como el pan, un granito de sal de la tierra. Como nosotros. Ahora, dame la maleta, Comeclavos.

Soltó una risita al reconocer a la vieja amiga perseguida. Contempló durante largo rato las fotografías de su sobrino, cerró los ojos de cansancio y se durmió.

Una hora después, se despertó con la sonrisa de hora de la muerte de que hablara a su sobrino una noche, mientras paseaban a orillas del Sena. Sus amigos se inclinaron para entender lo que decía. Parecía que dictase un testamento.

—He viajado mucho. ¿Quién ha visto lo que yo? Quien quiera información sobre el mundo que consulte a Saltiel. Los franceses tienen la simpatía, los ingleses son más altivos que el babilonio, los italianos son jóvenes de corazón y los alemanes tienen las melodías que hacen llorar. ¿Y quién es honrado, libre, independiente como el suizo? Que el Eterno proteja a Ginebra donde mi bienamado ha hallado a la que

ama. Oh amigos, si vais a Ginebra después de mi muerte, saludadla y llevadle una rosa de parte del tío Saltiel. Fui solo una vez a ver a mi amado, sin que él se diese cuenta. —Sonrió y exhaló un estertor—. Pero somos el hijo de Dios. Un anciano noble que ha cruzado las llamas sin traicionar y para salvar. Es menester decir a todos los hombres que son buenos para que lo recuerden. Los cristianos son muy buenos y sufren también. Saludadlos de parte del tío Saltiel que los ama. Mi Dios es mi fuerza y mi torre. Ojo con los niños cuando cruzan la carretera. Vas a caerte. Demasiado vivo, mi Sol. A ellos no les gusta quien vive demasiado. Hijo mío, sufres y tu tío te abandona. Cariño mío, es hoy el fin del mundo por la gelidez. ¿Pero qué señal, oh tía mía de infinita consideración? Oh Sol, hijo mío, ¿dónde estás y qué haces?

Sus labios, de los que brotaba sangre, invocaron al Dios único. La cabeza afectuosa y cándida, en la que tantos inventos burbujearan, se desplomó, apaciguada por un tiempo eterno. Los ojos del querido Saltiel reflejaban asombro por lo que veían y sonreían de incurable tristeza.

Tras un mes de luto, los tres amigos que se habían salvado de la muerte sacudieron las cenizas de sus abrigo y entraron en la vida. Y Comeclavos declaró que quería marcharse, que estaba harto de aquella Palestina «que devoraba a los mejores de sus hijos». Michaël le hizo observar que habían jurado al tío que se quedarían en Kfar-Saltiel. Comeclavos rió burlón.

—Pues si, prometimos ¿y encima quieres que cumplamos? Pero ¿quién te procreó, oh ignorante?

—Mi padre.

—Me lo pregunto no sin recelo. En cualquier caso, una cosa es jurar y otra mantener la palabra. ¿Por qué hacer ambas cosas? Con una basta.

—Pero —dijo Mattathias—, ¡mira con qué entusiasmo trabajan nuestros hermanos de Rusia!

—Ellos son los pepinos y nosotros la sal —contestó enigmáticamente Comeclavos.

—¿Pero qué entiendes por pepinos?

—Pepinos —explicó Comeclavos—. Yo me marchó. ¡Oh amigos míos, esta Palestina es un país que escupes al suelo y sale un saltamontes que se te zampa la cara! Estoy harto. Y por decirlo todo, hay demasiados árabes por aquí y no resulta higiénico para mi salud. He dicho.

Rabbi Maïmon se despertó.

—Eh, jóvenes, ¿qué hago yo en esta tierra? Explicádmelo. ¿Soy un cristiano para agostar mis años en Palestina? Yo necesito países en donde haya movimiento. ¿Soy un gentil para venir a ver un muro? ¿Y quién me garantiza que ese Muro de las Lamentaciones es auténtico?

—Habla bien el viejo —dijo Comeclavos—. ¿Y por qué hemos de quedarnos puesto que el propio rabino Gamaliel ha huido secretamente con una sulamita de dieciocho años?

—¡Es una calumnia! —gritó Michaël. Comeclavos se encogió de hombros—. Además —agregó con ferocidad—, si aquí hay judíos de Polonia es porque no van bien los negocios en su país. Con que han pensado: «¡Vámonos a Palestina y allí Dios proveerá!». Ésa es mi opinión.

Un judío de Varsovia se encogió de hombros y siguió afilando su guadaña. Él estaba seguro de su fe y de su amor. Amaba Jerusalén y sabía que millones eran como él.

—Niños, si me quedo aquí —concluyó Comeclavos lanzando una sombría mirada al segador—, noto que me volveré antisemita y que organizaré un pogrom, ¡palabra de honor! Hay demasiados hijos de Jacob por aquí. En una palabra, que siento nostalgia y languidezco por volver a ver a los cristianos.

—Lo que es cierto —confirmó Michaël lánguidamente— es que se aburre uno en esta santa tierra.

Y chupó una florecilla.

—No hay suficientes idas y venidas en esta comarca que según me aseguran es cananea —suspiró Maïmon incorporándose en su ataúd—. ¿Es justo que no vea los demás países antes de desfallecer en los brazos del ángel de la muerte? ¿Y soy yo población para quedarme en esta Palestina? La sal debe esparcirse y no concentrarse.

—Se me antoja que el viejo habla cuerdamente —dijo Comeclavos—. Somos la sal, ya lo he dicho. Y me urge ir a salar los países.

—Inútil desarrollarlo más —dijo Mattathias—. Hemos comprendido. No somos árabes.

—¡Pero lo seréis si os quedáis aquí! —exclamó Comeclavos levantándose—. En una palabra, que echo grasas malas en este país. ¿Soy acaso un judío de Rusia y de las tierras de bruma para deslomarme aquí? ¿Qué tienen en común estos rusos conmigo que soy un judío del sol? ¡Amigo mío, estos rusos tienen unas narices tales que puedes tomar el café encima de sus narices, palabra de honor! ¡Y luego echarte la siesta a la sombra de sus narices!

El segador se acercó y plantó la pesada mano en el hombro del insolente que soltó una bochornosa risita burlona y enmudeció.

Aquella misma noche, Comeclavos abandonó Kfar-Saltiel y se dirigió hacia la costa. Su sombra violenta se alargaba en la carretera y a la luz de la luna. Solo y libre, el grotesco soñaba o canturreaba nasalmente una melodía de libertad. Tras bastantes horas de marcha, oyó el grito de llamada de los Esforzados. Se volvió, divisó a Mattathias y a Michaël que le hacían señas.

Los esperó y creyó, con lágrimas en los ojos, reconocer más lejos las sombras de

Saltiel y de Salomon vagabundeando venturosamente.

XXXIII

Solal se despertó, se acordó de que habían transcurrido semanas desde la fuga de su mujer. Corrió hacia el espejo. ¿Quizá leyese el fin de la desdicha en su rostro? No, seguía siendo él, seguía siendo el miserable.

Se tumbó en la cama, temblando de frío, sin pensar en taparse. Si dentro de dos días no había aparecido, sí, iría a las Primavera. Pensó en la señora Quelut con terror pues le debía dinero. Unos días antes, había dado cuarenta francos a un Eterno que tocaba la guitarra en una esquina de la calle donde soplaba el cierzo y sólo había podido entregar un anticipo a la casera. Ésta había consentido esperar una semana más. Vigilaba a su inquilino y le preguntaba de cuando en cuando: «¿Qué, sin noticias de la señora?».

Se levantó, salió, vagó, fue a parar a un jardín, delante de la Universidad. Cuatro jubilados se calentaban en un banco. Se sentó con ellos. Uno de ellos comentaba que había asistido a un funeral hermosísimo, que daba gusto verlo.

—Estaban todas las personalidades. Es que el señor Sarles era alguien. Para que se hagan una idea de qué clase de hombre era, un día vuelvo yo a mi casa. Lo veo en la acera de enfrente. Pienso: No lo saludes, lo molestarás y lo más seguro es que no te reconozca. Bueno, pues ese hombre que fue presidente de la Cruz Roja, rector de la Universidad, una personalidad inminente, inminente qué duda cabe, pues me reconoció, alzó la mano para saludarme y me dijo: ¡Hola, señor Perrolaz! ¡No sé si me creerán pero se me saltaron las lágrimas! Ni más ni menos era ese hombre. Son una familia aristocrática. Muchas perras hay ahí.

Los tres acólitos silbaron de enternecido respeto. El señor Perrolaz se quitó la pipa, escupió, soñó. Acto seguido, se sonó porque creía que estaba emocionado. Pero en realidad lo hizo porque el sol pegaba fuerte, porque el señor Perrolaz tenía intención de ser feliz y de gozar de sus años de retiro y finalmente porque no hay nada mejor que sonarse largo y tendido para subrayar bien una anécdota.

Solal se estremeció y se levantó. Había muerto el abuelo. La paz sea contigo, viejo abuelo. Entró en una floristería, pidió un ramo de rosas y pagó.

—¿Es bonito? —preguntó a la vendedora con ingenua sonrisa.

—Desde luego.

—Ah, gracias. Ponga más rosas preciosas. Son para mi abuelo. Ponga de las amarillas, de las pequeñitas que tienen lágrimas por la mañana.

En el cementerio, se sentó ante la tumba del pastor. (Puesto que pronto yacerás también sepultado, tú, lector, mata el orgullo y desde ahora revístete de bondad).

Se levantó, no vio a Aude y a Jacques que se acercaban. Junto a él, un hombrecillo endomingado —sentado en una silla de tijera y untando con pasta para pulir el granito de una cruz mortuoria— se interrumpió para recoger una hoja

amarillenta que rompía el orden de la primorosa sepultura. Parecía feliz. Era un grato quehacer que le recordaba los tiempos en que la querida difunta sacaba brillo a los cobres. Solal señaló el retrato esmaltado que estaba sellado a la cruz y preguntó al correcto lustrador quien, de un competente tijeretazo, hizo caer una rama seca y sopló en el pequeño sauce.

—Mi señora, sí. Murió el mismo día que me jubilé. Pensábamos: Haremos un viaje a Venecia. Pero un flemón me la arrebató.

En aquel momento, Solal reconoció con terror a su mujer y se alejó rápidamente. Pero una vez fuera del cementerio, se arrepintió. ¿Acaso no tenía derecho a ver a su mujer? La esperaría, la interrogaría. Convocaría a ambos culpables ante su tribunal.

Caminó de un lado para otro, majestuosamente, y algunos espasmos sacudían los músculos de su rostro demacrado. Se detuvo, se sacudió el polvo del pantalón, se alzó el cuello del gabán.

—Un juez debe ir pulcramente vestido —murmuró soltando una risita.

Pero cuando vio a los dos tan bien vestidos, sintió vergüenza, ocultó la cara entre las manos, al tiempo que vigilaba a los enemigos.

El rumor afelpado del largo automóvil lo sublevó. Corrió. Jacques contempló con piedad al pobre mendigo que había posado la mano en la muñeca de la joven. El coche arrancó velozmente. Solal corrió un instante. Vencido, se detuvo, cogió una piedra y la arrojó al perverso animal que desapareció. Se tumbó en un talud, abrió los brazos y gimió.

Un dolor helado entre los hombros lo despertó. El viento traía los sonos del carillón de Saint-Pierre y sus danzas pastoriles. Serían las nueve de la noche.

—¡A las Primaveras!

Jadeaba cuando llegó ante la verja. Estaban cerrados los postigos. Tocó el timbre. No hubo respuesta. Fue a llamar a la puerta del chalé del jardinero. Abrió una chiquilla, balbució que no estaba su papá, olvidó las natillas que preparaba en un minúsculo hornillo.

—La señorita Aude ha salido de viaje esta noche con el señorito Jacques y el chiquitín.

—¿Adónde han ido? ¿A París?

—No lo sé.

—Claro, a París. No me tengas miedo. ¿Qué estás haciendo? —Aquel delicado cuerpecillo le inspiraba una gran ternura.

—Natillas de chocolate.

—¿Son buenas?

—No lo sé —dijo la cría sonriendo.

—¿Y los hombres, son buenos?

—No lo sé. Sí.

—Tienes razón. Dame un beso.

Se quitó el anillo que seguía llevando, cogió unas monedas de cinco francos que estaban encima del arcón y un pedazo de pan. Entregó a la cría la sortija a cambio. Salió dando zancadas y devorando el pan.

—¡A París! —gritaba al viento.

XXXIV

Iba y venía por la acera, ante el ministerio de Asuntos Exteriores. «Bien, llevo diez días en París. Bien, vivo en la calle Damrémont y mi casera es carnicera. ¿Por qué otra carnicera? ¡Ajá!». Esgrimió una sonrisa peligrosa y taimada y siguió al acecho. Sabía que su suegro tenía que aparecer. Había leído unos días atrás que Maussane había recibido el encargo de formar el nuevo gabinete. ¿Qué vicio tenía aquel hombre con lo de organizar ministerios? Por él sabría dónde vivía ella.

En aquel instante, divisó a Aude a quien un chófer con escarapela tricolor ayudaba a apearse del coche. Se decidió a entrar. Pero el ordenanza rechazó suavemente al mendigo que no protestó, agachó la cabeza y se limitó a rogar al criado que dijese a aquella señora, que acababa de entrar, que Solal vivía en la calle Damrémont, número cuatro.

Acto seguido, se fue, paseó por los muelles. Se detuvo ante una tienda de antigüedades en el quai des Grands-Augustins. Un precioso puñal corto atrajo su atención. Lo examinó durante largo rato, sonrió taimadamente y siguió caminando. Se acostó a medianoche.

A la mañana siguiente, llamaron a la puerta. Fue a abrir: tenía ante él a la carnicera, acabándose un pedazo de gruyère. Le preguntó si había alguna carta para él. La señora Glerre hizo caso omiso de tan absurda pregunta, soltó una risita amarga y habló en los siguientes términos:

—¡Señor, la gente está harta de usted! ¡Si es costumbre en sus países hablar así en voz alta, eso aquí no se estila! El inquilino de al lado, un hombre ponderado, serio y como debe ser, está hartado. ¡Si no le gusta esto, me paga lo que me debe y adiós muy buenas! No se sabe de qué vive usted. ¡Ay Señor!

—Dígale a mi vecino que no volveré a pensar —contestó Solal olfateando un frasco de colonia—. Puede retirarse.

La señora Glerre se retiró, bastante impresionada. Pero el hecho de ver su vajilla nueva con hilillos dorados le devolvió el orgullo y dio un portazo gritando ante la habitación de Solal:

—Los que quieran chillar que se vayan a su sinagoga.

Solal se lavó, examinando sus manos con asombro. Qué curioso. Se movían solas, él era el espectador. Dentro de diez días, ¿qué suerte habrían corrido sus manos, sus pobres amigas?

—Bueno, quién sabe, quizá cuando este jabón esté gastado, sea feliz, esté con ella.

Se encontró en la calle. Puente. Plaza Clichy. Arrastrado por la corriente de los transeúntes, recorriendo las casas de los prósperos, transitaba por las calles, ríos nutricios de los solitarios. Deslizaba las suelas y se le arqueaban las cejas.

—Soy un cadáver que flota —declaró experimentando un pequeño placer fosforescente.

Pasó un regimiento. Aplaudió con la multitud, sin comprender, y bostezó: había que entretenerse y espolvorear con azúcar la desdicha. Pero quizá hubiera una carta de Aude en casa: «¡En casa!». Corrió.

La señora Glerre había acabado de conferenciar con sus consejeras íntimas. Estaba ya convencida de que su acróbata era un revolucionario. ¡Pues estaríamos apañados! ¡Tenérselas con la policía en los tiempos que corren! En presencia de las excitadas espectadoras, la diosa, sentada ante su balanza y enmarcada por los sacrificados bóvidos, procedió con vehemencia a la ejecución del sospechoso. Le notificó que ahora mismo se largaba pitando y que se buscara una habitación en casa de algún carnicero israelita. No más casa, resulta más lógico, pensó Solal casi con alegría.

Olvidando llevarse la maleta, deambuló hasta la noche. Regresó varias veces al quai des Grands-Augustins, para contemplar el bonito puñal. Comenzaba a llover. Al examinar a todos aquellos hombres, iguales que él en definitiva, le inundaba una oleada de adoración. Se sentía hijo de todos los hombres.

—El hijo del hombre.

Se estremeció, reaccionó y siguió deambulando en la bruma, ante la mirada y a la sombra de los guardias del orden público que perfilaban su inmensa severidad.

A las cuatro de la mañana, se fue a dormir a la estación de Lyon. A las seis, lo despertó el ruido. Con la boca abierta, se absorbió durante largo rato en la contemplación de las locomotoras, seguras de su cometido. Se palpó el pelo con los dedos. Anda, le había crecido la barba. Le habría cambiado la cara ahora. Ah sí, había que ir al ministerio. ¡Adelante!

Se apostó inútilmente durante horas. Ni rastro de Maussane. Fue a acodarse al pretil y contempló el Sena. Cinco extraños viejos se habían parado, lo miraban, aguardaban pacientemente a su lado. Qué querían de él aquellos tipejos insoportables, de mirada turbia, que se arrancaban pensativamente pelos de la barba y los examinaban.

Cuando vio salir al comandante de Nons del ministerio, ordenó a uno de los ancianos que siguiese a aquel hombre y regresase a decirle adónde había ido. El viejo contestó a su señor Solal escuchando y obedeciendo.

Regresó al cabo de dos horas y anunció que el hombre de la espada había entrado en varias tiendas donde había pedido alimentos y lujos y, a continuación, había tomado un coche sin caballo que lo había conducido a la estación del santo Lázaro donde había tomado un billete para la villa del santo Germano.

Saint-Germain, por supuesto. Le habría alquilado al municipio aquella Commanderie que contenía aún todos sus muebles. ¡Adelante pues hacia Saint-

Germain!

Sus compañeros de levitas empolvadas por los siglos y por negocios involuntarios y tan milagrosamente largos y entrañables como sus barbas se pusieron en movimiento y caminaron arrastrando los pies. No quiso zafarse de aquellos ancianos hermanos a los que había reconocido. Miembros de la familia Solal a los que hospitalizara antaño en el subterráneo. Lo miraban con esperanza como si aguardasen de él un acto maravilloso. Meditaban y sus cavilosas manos retorcían las hebras de las barbas recelosas.

Cuando llegó el tren a Saint-Germain, Solal abrió los brazos y respiró. Por fin iba a verla. Caminó rápidamente. Los viejos tocados con gorros de pieles seguían como podían.

La Commanderie. Estaba seguro de que estaba allí, su novia a la que amaba con todas sus venas. Ella le vería, comprendería y le abriría los brazos y sería comenzar de nuevo.

Espió a través de los matorrales. Aude y Jacques estaban sentados en el jardín bañado por el sol. Qué guapa estaba. Anda, traje de equitación. Montaba a caballo mientras él, su marido, llevaba meses deambulando por las calles. Y seguro que disfrutaba cabalgando acompañada por aquel magnífico oficial tan bronceado. «Jacques se ha convertido en un hombre y Solal en un infeliz».

Un criado les sirvió el té. Fulgor de los cristales tallados y de los objetos de plata. Y la criatura desconocida, cuya carita no llegaba a ver, durmiendo sobre un fondo rosa. Su hijo.

Aude sirvió a Jacques con una bonita sonrisa que mostró sus magníficos dientes deslumbrantes al sol. Al poco, llegó el jardinero con dos caballos.

—Se impacienta su Sadi —dijo Aude a Jacques—. Váyase ya. Le alcanzaré en el Carpedal. Tengo que dar unas órdenes.

Abrió la puerta en el instante mismo en que él se disponía a llamar. Frunció el ceño y lo miró sin pestañear, con la acuidad solar de las rubias. Pertenece a una estirpe que no había tenido miedo desde hacía siglos.

—¿Qué desea?

Él sonrió, alargó la mano. Ella retrocedió levemente.

—Hola —dijo él tímidamente dejando caer la mano desdeñada.

—¿Qué quiere usted?

—Aude, eres mi mujer —balbuceó tras un largo silencio de adoración.

Debilitado por varios días de continuo caminar y por el hambre, se apoyó en la mesa. La tetera cayó y se hizo trizas. Recogió los pedazos, los contempló.

—No es nada —dijo con miserable sonrisa.

—Váyase. Le ruego que se marche.

Él temblaba y sus dedos atormentaban el mantel de la mesa. Aborrecía aquella sonrisa humilde que no podía reprimir. Cogió una galleta y se la comió, abstraído. Ella lo miraba no sin asco. Luego, él volvió a su afirmación obstinada:

—Eres mi mujer, eres mí mujer, eres mi mujer.

Bebió ávidamente el té que quedaba en una taza y luego arrojó la taza.

—Ven, ven conmigo. Soy desdichado. Soy miserable. Mira en qué estado me hallo por tu culpa.

A ella le venían a la memoria los malditos tiempos de la calle Calvin.

—No se acerque.

Él se echó a reír, loco de dolor. ¡Qué diablos, la había desflorado a aquella mujer, había separado las rodillas de aquella mujer! Acercó la mano. Ella retrocedió. La cogió por los hombros y quiso besarla en los labios. Ella lo rechazó violentamente, alzó la fusta.

La estría era roja en el rostro que se había tornado lívido. Miró a su mujer. La mujer que, hacía un instante, estaba tan seguro de que se apiadaría de su dolor. Con los ojos anegados en lágrimas, tendió la mejilla ultrajada, en doloroso desafío. Como espoleada por un demonio, quizá para castigarse por su remordimiento, ella golpeó por segunda vez. Él se la quedó mirando, movió la cabeza, luego cruzó el jardín, encorvado, pegada la mano a la mejilla que sangraba ya.

Los ancianos aguardaban tras la verja. Lo siguieron en silencio. Uno de ellos besó la mano del ofendido. Caminaron por el bosque durante toda la noche. Al alba, los ancianos se lo llevaron hacia la estación.

Calles. París, sí, era París. Todos aquellos condenados a muerte en torno suyo caminando, aquellas mujeres que traicionaban. Las estrías de la acera zigzagueaban, las paredes de las casas temblaban, se oían zumbidos de moscas. Ordenó a los ancianos que se marcharan. Fingieron obedecer pero continuaron siguiéndolo de lejos.

Cámara de Diputados. Él había hablado allí dentro. Qué silencio cuando el joven ministro subía los peldaños de la tribuna.

Puente. Hombres. Hombres. Todos aquellos monos sabios caminando sobre dos patas.

Quai des Grands-Augustins. Se detuvo ante la tiendecilla. Entró, se informó con insolencia. La vendedora aterrada no se atrevió a echarlo y le dijo que era una misericordia^[8] del siglo XIII. ¡Misericordia! Se echó a reír y salió. No sabía adónde ir, bostezaba de hambre y ni se le ocurría pensar en procurarse comida.

Había acudido, sí, a su mujer con toda su esperanza, con su ingenua espera, y ahora portaba una señal de amor, dos señales de amor en su mejilla de veinte siglos. Hambre, sí, hambre. Frío sobre todo. Hubiera debido comerse las natillas con chocolate de la niña. ¿Cuándo había visto a aquella niña? Buena niña. ¡Qué va, una enemiga también, ésa, más adelante!

Caminaba sin descanso. Calles y calles. El cansancio lo entumecía, y lo llevaban las olas en su cansancio. Solo. Totalmente abandonado. Insultado por todos. Toda aquella gente volviéndose y riéndose de sus santos chirlos. Estaba muerto. Era el más muerto de los hombres. Oh, reclinar la cabeza en el hombro de Adrienne y dormir durante años.

Un ciego, provisto de un organillo, trituraba melodías. Entre la miseria de aquel infeliz y la suya propia, le parecía descubrir un misterioso vínculo, un vínculo de causalidad que se perdía en el infinito de su vida. Reanudó la marcha. Ya era de noche.

Una plaza. Una feria. En la oscuridad, taladrada por tristes lámparas, otro organillo rumiaba las alegrías acetilenadas del pueblo. Caballitos de madera daban vueltas en el vacío. El minúsculo dueño de los abandonados columpios se columpiaba haciendo gracias para atraer a los clientes. Solal lo miró con ternura.

Delante de Notre-Dame, lo detuvo un aura de dulzura. Aquella catedral era una casa de bondad. Los hombres se despojaban de sus armas al entrar. Y reinaba la noche, la excelente noche, su hermana la noche. El agua del río fluía tiernamente. La plaza desierta aparecía rodeada de grandes faces melancólicas.

Se dio cuenta de que estaba bailando y su baile lo consolaba. Ante aquellos reyes de piedra, bailaba. Las estrellas lo miraban con compasión. Allá arriba, los ojos de sus antiguos muertos lo bendecían.

El frío de la mañana lo despertó en los peldaños de la catedral. Temblando, reemprendió su vagabundeo eterno. Quai des Grands-Augustins. Eran las siete de la mañana. Aquellos hombres aseados se dirigían a su trabajo. Iban a insertarse en sus cubículos, cada uno feliz ante su engranaje. Y él tenía hambre, y era una reivindicación.

La herida. Su mujer le había golpeado. Los ojos le echaron chispas. Claro, ¿a quién le va a dar miedo, quién va a temer golpear a una larva? ¡Qué sufrimientos le había acarreado aquella mujer! Vivir sin ella en lo venidero, no volver a ver su mirada, ni gozar de su nobleza, ni volver a ser amado. ¿Para qué vivir?

Todos aquéllos. Aquellos malditos se mofaban de él y le amenazaban. Y sabían lo que era. Estaban perfectamente al corriente. Aquellos imbéciles conocían su desdicha. ¡Ah, una epidemia que cortase aquel caminar rectilíneo que tenían, aquellos decentes, aquella gente tan segura del mañana! «Pobres. En realidad, incluso en este momento, los amo».

Helado de hambre, se metió en una galería. Aquellos jarros de leche resultaban tentadores. Pero le dio vergüenza y apagó su sed bebiendo en la fuente de una plaza.

Fue a sentarse a un banco. Tenía al lado a una mujer. Con tono de despego, para decir sin peligro la verdad, con tono indiferente como si se tratase de una reminiscencia, como si recitase un fragmento de poema, declaró:

—Soy el Señor.

La obrera miró al majareta andrajoso que temblaba con todo su cuerpo. Solal se levantó, caminó rápidamente. Calles, hombres. Cuántos hombres. Nunca había habido tantos hombres en la tierra. Cuántos condenados. Calle Damrémont.

Ojo, no aburrirse. El dolor aprovecha la primera fisura de aburrimiento y se insinúa con su séquito. Para entretenerse, para pasar el rato, se apretó un ojo. Una calle auténtica aparecía arriba, otra menos auténtica, abajo y a la derecha, cabalgaba sobre la primera. Se hace lo que se puede.

Canturreó, tarareó, como se había habituado a hacer desde hacía unas semanas. ¿Qué hacía en la calle Damrémont? Ah sí, en otro tiempo había vivido en aquella calle. Pasaron dos muchachas. Para no estar solo, acompasó su paso al suyo.

—Mira, Jesucristo ha vuelto por el barrio —dijo la rubia.

¡Siempre aquel nombre! Ah sí, lo llamaban así desde que llegó. La señora Glerre se lo había comentado sardónicamente. Sin duda lo llamaban así por la barba. Se tocó los pelos de la barba con majestuosidad. Ahora llevaba barba, no era ya el Solal de rostro desnudo de antaño sino un rey muy majestuoso sin duda alguna y perseguido. Su mano derecha hacía grandes gestos mecánicos y solemnes. Lo seguían unos chiquillos, riéndose de sus cejas que se alzaban, de sus soliloquios y de sus gestos oratorios.

—¡Mira, mira Jesús!

—¡Qué bien vestido va Jesucristo!

—¿Te duele la mejilla, Jesús?

—Despacio, chiquillos —dijo volviéndose con una sonrisa huraña, amando de pronto con toda su alma a aquellos pequeños.

Uno de los niños arrojó con violencia una naranja que manchó el pelo y la barba de Solal. Un mozo de carnicero escribió: «Soy el chiflado» en un papel y lo prendió en el abrigo del pordiosero que sonreía a los niños y alzaba las manos temblorosas para formularles votos de felicidad.

Bostezando de hambre, entró en un café de la calle Caulaincourt, pidió leche caliente y pan, mucho pan. Unos estudiantes que estaban confeccionando una invitación de baile en francés antiguo lo miraron maliciosos. El camarero aquel tenía una fusta. ¡Basta de torturas! Toda aquella gente tenía fustas. Dolor. Dolor en la mejilla.

—No tengo dinero para pagar —dijo con tono amenazador.

—¡Se lo pagamos nosotros! —gritó un estudiante.

Solal lanzó una mirada de amor al joven, se incorporó con esfuerzo y lo saludó sonriendo. En su barba las briznas de naranja temblaron. Sí, sí, tenía razón la chiquilla. Los hombres eran buenos. Gracias, Dios mío, gracias. Aude, te perdono.

—¡Invitamos al amigo, si nos echa una perorata!

—Eso es —dijo otro estudiante.

—¡Venga, Jesús, una parábola!

Rechazó el vaso de leche y se levantó, echando llamas por los ojos. ¡Otra vez se habían mofado de él! ¡Otra vez lo habían azotado! Quiso pronunciar palabras tremendas, no las encontró y salió. Dio unos pasos, se dirigió a una anciana pacífica, una propietaria que acababa de cobrar los alquileres, cuyas manos apretaban trágicamente el cierre del bolso.

—Soy judío, hijo de judío —le dijo el loco con voz suave y enajenada—. ¡Soy el rey de los judíos, soy el príncipe del exilio!

Los ancianos que no habían dejado de seguir al hombre de dolor estaban junto a él y lo escuchaban con atención. Le hubiera gustado llorar pero tenía la garganta endurecida. Se sentía espantosamente infeliz y acosado. Los ancianos conocían la vida de aquel hombre y confiaban en aquel hombre que había sido poderoso y que quizá fuese más adelante un salvador en Israel.

El pobre salvador se sentó en la acera. Un rayo de sol irisaba sus lágrimas. Algunas mujeres se compadecieron, unos hombres se alejaron apurados. Una vendedora de periódicos se inclinó, le acarició el hombro y le habló.

Pero el loco no oía ni veía. Bendecía a aquella gente y a toda la ciudad. Una endecha cantaba en su interior, vieja compañera. Era solidario con su pueblo, era el sufrimiento y la humillación de su pueblo. Era el expulsado, el leproso, el proscrito, el flagelado. Con todo, el orgullo y la emoción que lo habían invadido no le impidieron ver a un guardia municipal que se acercaba, revestido de gravedad. Brilló en sus ojos un relámpago de astucia y se levantó de inmediato.

En su marcha sin tregua, llegó a un hospital. Había gente sufriendo allí dentro. Mejor. Al menos, no era él el único que sufría. ¡Ah, no aceptaría ya más flagelaciones! Y no tardaría en restablecer la justicia. Había llegado la hora del castigo.

Entró en una pastelería. Tres *brioche*s en una fuente. Los agarró y los engulló con cuatro movimientos bruscos y precisos. Todo le pertenecía. Tenía derecho mágico sobre todo.

—Más —dijo con voz ronca a la empleadilla.

¿A quién iba a engañar la cretina aquella que tenía muslos tijera y una barriga llena de basuras y un sucio corazoncillo-cerebro ubicado Dios sabía dónde? En definitiva, se divertía incluso cuando sufría mortalmente. Salió sin pagar. La

empleada protestó. La rechazó violentamente y se fue dando zancadas, siguiendo a un enorme gato sarnoso que iba rozando las paredes.

Aquel gato era su vida. La amada de antaño. Ahora lo despreciaba. Era feliz toda aquella gente. En cambio él, era el gato sarnoso, el asqueroso judío. Aquel policía lo vigilaba. Todos aquellos hombres con sus ojos taciturnos, tan atrocemente indiferentes. Y aquellas peripuestas maquilladas ocultando sus hediondos órganos tras sus vestidos perfumados. «A todos os escupo. Vencido por vosotros, por vuestra organización, vuestro sistema. Pero soy superior a vosotros. Esa sonrío con distinción y sentimiento porque acaba de descargar su alivio en algún rincón oscuro. Malos, todos malos. Canallas. Hablan de justicia, de amor, de colaboración de clases. Hipócritas. ¡Colaboración! El pobre tiene hambre. El rico le ayuda, come para el pobre. Evidentemente, se reparten el trabajo. Claro. El uno tiene el deseo, el otro lo realiza. Basta. Qué me importan a mí esos monos que se toman en serio caminando sobre sus dos patas».

Quai des Grands-Augustins. No había nadie en la tienda. Entró, cogió tranquilamente el puñal y salió silbando. Le dolían las dos heridas.

No le extrañó tropezarse con su primo Saül. ¿Qué quería aquel imbécil, que se lo quedaba mirando con piedad? Caminaron juntos. Los faroles iluminaban de cuando en cuando los tormentos de sus rostros.

—No tengo tiempo de hablar contigo. Ahora voy a tomar el tren para Saint-Germain. Tengo cosas, asuntos que solventar allá. Estás loco y yo también. ¡Y te escupo! ¿Qué crímenes meditas? Dame dinero, voy a comprarle unas flores a mi novia.

Salió de la tienda, muy serio con su ramo, ajeno a los comentarios que provocaba. Contempló su imagen en un escaparate. Llevaba el abrigo sucio y roto, pero la magnificencia de las flores armonizaba con el fasto de los cabellos oscuros y deslumbrantes. Tiró el papel blanco que envolvía las rosas. La fragancia de aquellas flores desnudas resultaba benéfica. Guiñó el ojo a Saül señalándole una tienda de pompas fúnebres, iluminada con gas. Un policía lanzó a ambos una mirada universal. Solal sonrió astutamente.

—Es preciso que hablemos contigo —dijo Saül—. Tenemos que pedirte algo importante.

—Venid mañana a Saint-Germain. La Commanderie. Una vez haya amanecido, os escucharé durante mil años.

Se fue bruscamente. Allá, Saül conversaba con los cinco ancianos. Solal caminó largo rato con sus rosas y, disimulado en la manga, el puñal. Otra vez ese gato inmundo delante de él. Un espasmo continuo y refrenado vivía en aquella sucia y fuerte jaula del pecho, un espasmo de sollozo le endurecía la garganta. Se volvió. Había desaparecido su primo. Una alucinación, quizá, como muchas veces, cuando se

le antojaba ver u oír a los tres hermanos.

Estación Saint-Lazare. Ventanilla.

—Sí, Saint-Germain. No, billete de vuelta no. —Rió burlón.

Sufría en la soledad. Ah, ser un niño como antaño y correr al sol, con dos perlas en la mano. Se habían acabado aquellos días felices. Y eso que podía haber conocido la felicidad. Y toda aquella gente observándole con recelo. ¿Qué hacer?, repetían los ejes.

Se colocó junto a la ventanilla y aulló de dolor, de miedo y de rabia contra su vida. De pie ante él estaba el revisor. Solal le contestó con timidez. Y sin embargo, con aquel puñal que llevaba en el bolsillo, podría, ajá, impedir a aquel hombre feliz regresar a su casa y reunirse con su padre y su mujer y sus hijos.

Fue a sentarse. En el compartimiento oscuro, tenía miedo de lo que muy pronto iba a hacer.

XXXV

Arrimó una escalera a la pared y subió poco a poco. A través de la rendija del postigo, vio el beso que intercambiaban Jacques y Aude.

No mirar más. Primero dormir. ¿Pero dónde? La cuadra. Abrió la puerta, se dejó caer en la paja. Los dos caballos volvieron la cabeza como para inquirir tristemente, y se sumieron en su reflexión.

Lo despertó el ruido de la verja. Se levantó, corrió, reconoció la silueta de Jacques que se marchaba. Subió de nuevo por la escalera y contempló a la maldita. ¿Por qué tomaba adormidera? Tendría insomnio. Durante los primeros meses de matrimonio, no lograba conciliar el sueño y tomaba a veces aquella infusión de adormidera. Qué bien cortaba la adormidera. Aquella gente lo hacía todo con esmero. Se movía con la misma elegancia que cuando no estaba sola. ¡Lucía su garbo para sí misma la pagana!

Aguardó largo rato antes de penetrar en la casa. La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Dio la vuelta a la casa, bajó unos peldaños, se apoyó en la puerta del sótano e hizo fuerza. La cerradura cedió. Caminó a tientas, subió otras escaleras, abrió con precaución, entró en el salón, encendió.

Qué bien había sabido darle otro aire a la antigua casa. ¿Y el dinero? Ah claro, había muerto el viejo Sarles. Retratos de familia, preciosos sillones, paredes tapizadas de seda.

Se sentó, llevándose las manos al rostro flagelado por la infiel que entregaba los labios a otro. Sacó el puñal, comprobó el filo en el terciopelo de un sillón. Esgrimió un rictus de decisión y salió de la calle.

Crujían las escaleras bajo sus pasos. Segundo piso. Entró en su habitación de antaño. A la luz de la luna, reconoció su baúl. Lo abrió. Despacio. No hacer ruido. No despertarla.

¿Y qué había en aquel cofrecillo? Hizo saltar la cerradura con el puñal. El collar de Adrienne. Lo había olvidado. Pobre Adrienne, tan buena. Aquellas perlas servirían. Perdonaría a Aude muerta y adornaría su inmovilidad. También él tenía que estar guapo aquella última noche.

Se despojó de su ropa hecha jirones. Abrió el agua de la bañera. Demasiado ruido. No, la habitación de Aude quedaba alejada y las paredes eran macizas. No lo oiría. Lavó con esmero su hermoso cuerpo. Descubrió en un armario los siete trajes rusos. Cogió uno.

—Me lo pondré. ¿Y si me da la gana de estar loco? ¡Os escupo, imbéciles!

Sí. Y ahora despejar esa cara. Buscó en los cajones, encontró la navaja. Se dio varias pasadas con la hoja por las mejillas. Apareció el antiguo rostro, radiante de juventud, más hermoso que nunca.

Mientras se ponía el ancho pantalón de terciopelo negro, las botas de cuero

blando, la blusa de lino ceñida por una trenza de oro, pensaba en el acto tremendo que iba a cometer. La luna, mezclada con los primeros albos, derramaba su leche azulada. Divisó el chal hebraico de oración, lo desplegó y se lo puso en los hombros. Ahora, era un príncipe cubierto de seda y de franjas.

—Se burlan de ti. ¡Que se burlen, pobres! ¿Cómo van a comprender?

Con las perlas en una mano, la daga centelleante en la otra, bajó, exultante de alegría y de desafío arcangélico. Era Solal, ¿y quién podía en aquel instante impedirle que fuera Solal?

Abrió suavemente la puerta. Aude dormía el sueño profundo de una criatura feliz. Miró aquellos ojos cerrados, aquellos labios que, de pronto, pronunciaron muy quedo el nombre de Jacques. Cogió el puñal de admirable filo y contempló a la culpable, la causante de sus desdichas, la cruel amazona cuyo desprecio llevaba él impreso en el rostro. Mas alzó la vista y se divisó en el espejo, iluminadas las manos con perlas y deslumbrante el rostro. La bondad era una luz de Dios en el rostro de aquel hombre. Cayó de rodillas y alabó a Dios.

—Dios de bondad, Dios de bondad, Dios de bondad. Terrible Dios de bondad. Señor sobre la tierra y en mi corazón.

No supo dónde dejar el collar de perlas y se lo colocó en torno al cuello. Aude se quejó, respiró más quedo, se volvió hacia la pared y se destapó. Aquella mujer sana dormía desnuda. Un primer rayo de sol tocó el cuerpo prieto y largo. Sí que le había hecho efecto la adormidera.

Contempló aquella vida. Le vinieron a los ojos lágrimas de arrepentimiento. ¡Qué hermoso e infinitamente adorable podía llegar a ser un ser vivo! Una rama florida se balanceaba ante la ventana abierta bajo el peso de un petirrojo. Cortó una flor con el puñal, depositó la ofrenda al pie de la cama y salió.

Sabía que no volvería a ver aquella casa y que su mujer no tardaría en convertirse en la mujer de otro. Pero aquella mujer dormida le inspiraba un sentimiento profundo y misterioso de agradecimiento. Sí, me ha golpeado. Bendita sea. Sí, he sufrido por ella. Bendita sea en verdad. Ha destrozado mi vida. Bendita sea y todos los hombres con ella.

—Dios, Dios —balbucía mirándose las manos.

Pero ver a su hijo, antes de morir. Abrió otra puerta. Ésta es la cuna, éste es el hijo de Solal. No sabía ni que nombre le había puesto.

—Dios de mis antepasados, recibe a este niño en Tu alianza con el nombre de David, hijo de Solal.

El niño se despertó, sonrió. Solal lo alzó con precaución, se lo apretó contra el pecho y salió.

En el jardín, el viento hizo palpitar la seda de oración. El niño despierto jugaba con el puño de la daga. Estaba abierta la puerta de la cuadra y el caballo blanco

relinchaba viendo aparecer el sol. Solal pegó la mejilla a la cruz del animal.

—¿Quieres salir? ¿Y por qué no, hermano? —Soltó el ronzal—. Si así lo deseas, sal y goza del nuevo día. Somos amigos, tú y yo. Hijos de Dios, tú y yo.

Silenciosos, satisfechos, dóciles, el animal y el hombre enfilaron el fresco camino. Solal llevaba a su hijo en el brazo derecho y su mano izquierda asía la crin del caballo. Caminaba, distraído y feliz. Se cruzaron con un vagabundo. Solal rompió el collar, conservó dos perlas, como en el día lejano de Adrienne, y entregó el resto al mendigo.

—Tómalas y vive en la alegría. Pero, antes, antes, padre, bendíceme.

Se alejó, estrechando más fuerte a su hijo que no lloraba, sonreía, lo miraba con milagrosa confianza. Su hijo, su hijito que no sabía nada del mundo, que no sabía aún lo que es un padre ni lo que es la muerte ni lo que es el dolor que hace desear la muerte.

Se decidió, levantó el brazo y se dibujó una horrenda sonrisa en sus labios hermosos como una flor. Su mirada era rebelde. El sol que brillaba en el puñal alzado en alto cayó, penetró de golpe en el pecho.

Retiró el arma en la que se perlaban unas gotas de sangre. Le temblaban las piernas y notaba el cuerpo liviano. Ahora, era menester acelerar la llegada de la muerte caminando. A su alrededor, la vida. Las abejas templadas por el sol zumbaban activas. Todo vivía. La sangre de los árboles circulaba. Un pajarillo feliz del frescor matinal sacaba el pecho, hinchaba las plumas brillantes de rocío, se alisaba, satisfecho de sus patitas y del universo.

Se acercaban dos muchachas. Estrechó a la criatura contra su pecho para ocultar la sangre que manaba. La maravillosa rubia se ajustó el cinturón y se rió para llamar la atención del extraño príncipe, para proclamarle la lozanía de su cuerpo, para mostrarle que no se fijaba en él, para ocultarle su emoción de virgen. Solal notaba un dolor lacerante en la espalda. ¿Cómo podía seguir caminando? Sonrió a las muchachas que se alejaron, se internaron en el bosque y cantaron. Sus voces se mezclaban en un grito de vida. Puede que lo esperasen en el bosque. Demasiado tarde. Cuántas bellezas perdidas.

El caballo blanco le seguía fielmente. Solal arranco la rama de un árbol, mordió una flor. La leve brisa traía tibias fragancias. Demasiado tarde. Rió la sarcástica alegría, vengado de sí mismo. Error tras error. Existía la vida, existía Solal, ¿y por qué había destruido la vida en Solal? Como caminaba con esfuerzo, se sentó, dejó en la hierba al niño que se durmió de inmediato.

Aude se despertó sobresaltada, vio la flor en su cama, corrió al cuarto del niño. La cuna vacía. Comprendió en un vuelo. ¡El loco había venido a robar al niño! Jadeante, sin parar mientes en su desnudez, salió. Allá, estaban allá, en la linde del bosquecillo.

Corrió.

Solal, alzada la mano, inmóvil y tan blanca. Su rostro, dulce y suave, mostraba indiferencia. La muerte había impreso en él su simplicidad.

XXXVI

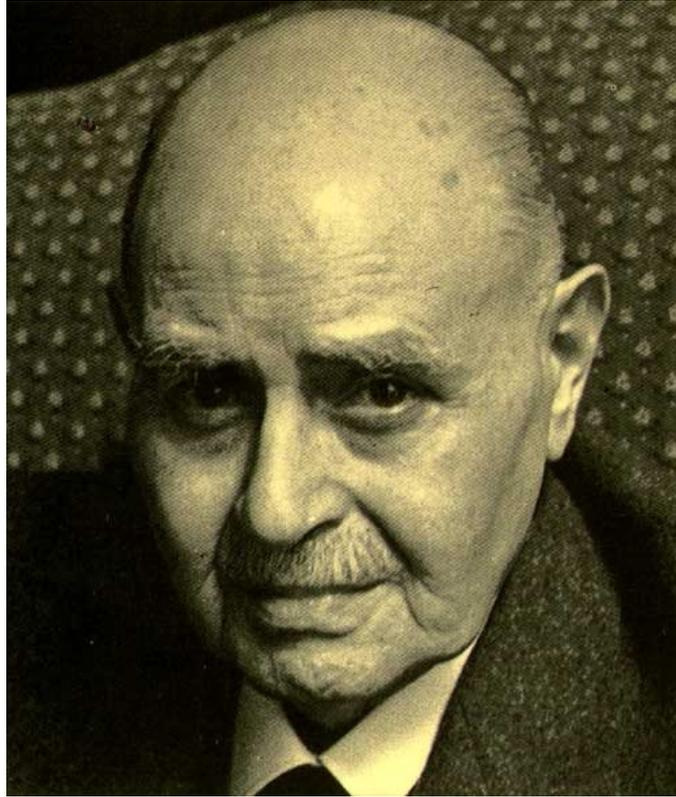
Surgidos de las más secretas moradas de la Comanderie, donde habían seguido viviendo a la espera de un milagro, los cinco ancianos, los tres hermanos, otros ancianos, unos pordioseros, unos iluminados y un grupo de mujeres contemplaban a Solal tumbado en el suelo. Y he aquí que se estremeció y se levantó, y una mujer cubrió un velo a Aude que contemplaba el misterio del hombre muerto y resucitado. Solal posó la mano en la herida, se llevó a los labios los dedos mojados de vino carnal y bendijo la vida. No sabía ya por qué había querido morir. El corazón le latía. ¿Qué podía una pizca de acero contra aquel corazón de Solal? Lo habían creído muerto y no estaba muerto. Y he aquí que la sangre había dejado de manar de su pecho desnudo dorado por el sol. Oh raza de vivos.

Se prosternó hasta tocar el suelo ante aquella mujer del pasado que estrechaba contra su pecho a su hijo, besó la tierra, se levantó y olvidó su vida pasada. Solal era otras vidas. Era nuevas y más regias tristezas. Llamadas más desgarradoras y más nobles se dejaban oír por la zona del sol. Se sentía impaciente por marchar y vivir.

Los indigentes ayudaron al vivo a subir al caballo blanco. Le presentaron a su hijo que él presentó al sol. Besó a su hijo en los labios y lo devolvió a la que lo engendrara. Rió y el caballo obedeció y echó a andar y los indigentes siguieron. Solal era otras vidas y era otras mujeres. El jinete de la mañana alzó a una maravillosa muchacha que caminaba a su derecha y posó un sol en sus labios. La vida poseía la fragancia de todas las flores. En una rama un fruto que arrancó y sus dientes refulgieron y se eclipsaron todas las penalidades del pasado.

Puro y súbitamente grave, preguntó a los servidores adónde lo llevaban. Y le contestaron: Tú lo sabes, señor. En el cruce, los aguardaba un indigente, sentado en su baúl claveteado. Al borde de la carretera, otro abría las manos formando radios y aguardaba.

Unos campesinos apoyados en sus layas se burlaban de la absurda comitiva y de los errantes con su mirada de esperanza. Una piedra arrojada por alguien hirió en la cara al jinete de torso desnudo. El sol iluminaba las lágrimas del señor ensangrentado de rebelde sonrisa que se dirigía, loco de amor por la tierra y coronado de belleza, hacia el mañana y su maravillosa derrota. En lo alto un ave real desplegaba el vuelo. Solal cabalgaba y miraba de frente al sol.



ALBERT COHEN (1895-1981), nacido en Corfú, fue hijo único de una familia judía. En 1914 se trasladó a Ginebra, donde estudió derecho. En 1926 ingresó como funcionario internacional en la División diplomática del Bureau International du Travail, en Ginebra, un observatorio privilegiado para la descripción de los medios diplomáticos y de los avatares personales en las grandes organizaciones internacionales; en dicho Bureau trabajó, con intermitencias, hasta 1951, fecha a partir de la cual se dedicó exclusivamente a su actividad literaria. Fue activo militante sionista, en especial desde 1939 hasta fines de los años 40.

A lo largo de más de treinta años fue gestando una extraordinaria saga, épica y cómica, compuesta por cuatro obras maestras: *Solal* (1930), *Mangeclous* (1938), *Belle du Seigneur* (1968) y *Les Valeureux* (1968). También es autor de *Paroles juives* (1921), *Le livre de ma mère* (1942), *O vous, frères humains* (1972) y *Carnets 1978* (1979). A partir de la publicación de *Bella del Señor*, galardonada en 1968 con el Gran Premio de novela de la Académie Française, el prestigio de Albert Cohen se ha ido agigantando. Actualmente está considerado como uno de los nombres imprescindibles de la narrativa del siglo xx.

Notas

[1] En francés, Angleterre. Juego de palabras con *angle*: ángulo, rincón. (N. del T.) <<

[2] En francés, *argent*. (*N. del T.*) <<

[3] Nombre que recibían los antiguos magistrados municipales de Toulouse. (*N. del T.*) <<

[4] En francés, *jouer*, como jugar. (N. del T.) <<

[5] Título de deuda que producía escasos intereses pero por el que se podían obtener primas, tras un sorteo. (*N. del T.*) <<

[6] Juego de palabras con *argent*, que en francés significa dinero y plata. (N. del T.) <<

[7] Canción popular. (*N. del T.*) <<

[8] Puñal antiguo que se llevaba para dar el golpe de gracia al enemigo. (*N. del T.*) <<